

V.1

01086

Vol. 1
Vol. 3
24 de c/o

LA ELABORACION ARTISTICA EN LA OBRA DE JUAN RULFO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
ESTUDIOS SUPERIORES

Tesis que presenta Sergio Lopez Mena para optar al grado de

Doctor en Letras. Universidad Nacional Autonoma de Mexico.

Facultad de Filosofia y Letras. Division de Estudios de Pos-
grado. 1990.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

| | |
|---|-----|
| Presentación | 5 |
| A. EL MEXICO DE JUAN RULFO | 8 |
| I. 1944, un año decisivo | 9 |
| Notas | 39 |
| II. Un soñador de cuentos | 41 |
| Notas | 61 |
| III. Tímido, introvertido y jovial. Rulfo y la revista <u>América</u> | 62 |
| Notas | 77 |
| IV. Nacimiento de <u>Pedro Páramo</u> | 78 |
| Notas | 85 |
| V. Laberinto de espejos. Técnica y contenido en la obra de Rulfo | 86 |
| Notas | 101 |
| B. LOS CAMINOS DE LA CREACION | 102 |
| I. Genesis de <u>El Llano en llamas</u> | 103 |
| Notas | 131 |
| II. De <u>Una estrella junto a la luna</u> a <u>Pedro Páramo</u> | 132 |
| Notas | 147 |
| CONCLUSIONES | 148 |
| BIBLIOGRAFIA | 150 |

ANEXOS

El Llano en llamas. Fijación del texto, registro de variantes y notas explicativas.

Pedro Páramo. Fijación del texto, registro de variantes y notas explicativas.

PRESENTACION

Desde hace varias decadas la obra de Juan Rulfo se ha estudiado con especial atencion. Hay ya varios volumenes de critica dedicados a El Llano en llamas y a Pedro Paramo. Sin embargo, el presente trabajo es novedoso y, me parece, de no menor importancia que la que tienen los estudios realizados.

Uno de los aspectos escasamente estudiados antes de la investigacion de la que dan cuenta las siguientes paginas es la situacion vivida por la sociedad mexicana hacia el tiempo en que Rulfo inicio la elaboracion de sus textos, situacion de cambios, de pronunciamientos y acciones trascendentes, que sin duda influyo en la direccion literaria seguida por el jalisciense. Al lado de ese olvido se notaba la ausencia de una labor de reconstruccion de la vida de Rulfo, relacionada sobre todo con la produccion de su obra. Me propuse llenar esos vacios como una forma de dar pasos hacia la comprension de las dos obras que constituyen una alta cumbre en la prosa hispanoamericana.

Mis objetivos de dar a conocer el Mexico de Rulfo y de adentrar a los lectores en el camino vital del autor adquieren cumplimiento en la primera parte de la tesis, con el analisis del acontecer de un año decisivo, 1944, y con la recreacion de pasajes significativos de la vida de Rulfo, principalmente del periodo que va de su nacimiento a la publicacion de Pedro Paramo. En esta seccion agrego un capi-

tulo acerca de la tecnica y el sentido de las dos obras antológicas de Rulfo.

En la segunda parte estudio el proceso de creación (elaboración-reelaboración) de El Llano en llamas y de Pedro Páramo, a través del análisis de los principales cambios que los textos experimentaron al pasar de las versiones mecanográficas o de las publicaciones periódicas a las ediciones de los libros.

Las observaciones que realicé en torno a las modificaciones que presentan los textos derivan en mi elección de una versión de El Llano en llamas y de Pedro Páramo que considero definitiva, misma que incluyo en los anexos con el registro de las variantes que contiene cada uno de los documentos estudiados. El texto que presento como propio de una edición definitiva lleva al final una serie de notas referentes a la geografía de la obra de Rulfo y al léxico regionalista.

Confío en que los datos y la interpretación que en este trabajo entrego al lector acerca de la vida y de la obra de Juan Rulfo contribuya al mejor conocimiento de las letras mexicanas.

Solo deseo agregar mi agradecimiento a las personas y a las instituciones que me brindaron su ayuda en la elaboración de este trabajo. A Irais Rodríguez, del Instituto Nacional Indigenista, quien fue secretaria de Rulfo, al Centro Mexicano de Escritores, al Fondo de Cultura Económica, a Ali Chumacero, a Carlos Montemayor y a la Association Archives

de la littérature latino-américaine, des Caraïbes et africaine du XXe siècle, cuyo encargo de fijar y anotar los textos de Rulfo desembocó en la presente tesis.

A. EL MEXICO DE JUAN RULFO

I. 1944, UN AÑO DECISIVO

La obra de Juan Rulfo surgió en los años en que el país vivía la derrota de un importante proyecto de desarrollo con beneficios para la mayoría de la población. El gobierno de Lázaro Cárdenas había tratado de llevar a la práctica los postulados revolucionarios. No perduró esa intención una vez que Cárdenas dejó la presidencia. Por el contrario, apenas se acercaba el fin de su mandato y ya tomaba posiciones de fuerza "la reacción", para emprender la más decisiva batalla política del siglo XX.

Pero el futuro del país no lo iba a decidir la burguesía que con Ávila Camacho quedaba apoderada del timón. La guerra mundial desbordaría con sus consecuencias las previsiones de los capitalistas mexicanos. Un país poderoso regiría en adelante los destinos de los pueblos situados al sur del río Bravo, Estados Unidos.

La entrega de la dirección del país al huésped de la Casa Blanca se configuró con claridad en 1944, al mostrar Estados Unidos las cartas con que en adelante habría de jugar en su relación con Hispanoamérica. Los países de América Latina recibirían a partir de entonces beneficios provenientes de la nación más poderosa del continente en la medida en que cooperaran con ella. América para los americanos, proclamaban en Washington. América como propiedad que

los norteamericanos vigilarían, administrarían y explotarían. Renacía el imperio.

1944 fue para México un año de grandes definiciones, un año decisivo. Las pugnas de intereses y los reajustes de fuerzas políticas internas habidos ese año han hecho afirmar a Víctor Manuel Durand que en 1944 se inicia la ruptura de la nación. Así ve este analista la realidad mexicana de los años 1944-1952:

En lugar de desarrollo autónomo del capitalismo, creció la acumulación del capital dentro del modelo más crudo del capitalismo salvaje; la voracidad de los gobernantes y de la burguesía no encontró ningún límite, el proceso de destrucción de la naturaleza y de desperdicio de recursos fue impresionante, la irracionalidad en los programas de inversión y de planificación de grandes obras conoció formas de derroche y de ineficiencia alarmantes. En lugar de mejoramiento de las condiciones materiales de salud y culturales de la población se dio un franco proceso de deterioro de la misma; la población perdió en sus formas de vida y en sus posibilidades de educarse, regresando a situaciones precaristas. Y en lugar de un gobierno nacionalista, democrático y popular, se gestó la formación de un gobierno autoritario, dependiente del imperialismo y antipopular. Es decir, lo que se dio fue la derrota del programa nacional popular.⁴

No todo fue dar marcha atrás durante el gobierno de Avila Camacho. El nacionalismo, tan caro a Vasconcelos, a Obregón y a Cárdenas, fue un propósito que Avila Camacho acrecentó a través de las acciones de su Secretario de Edu-

cacion, un poeta salido del grupo de "Contemporaneos". La situacion de enfrentamiento, de guerra entre paises, en la que finalmente Mexico participo al habersele hundido los petroleros Faja de Oro y Potrero del Llano, segun las versiones oficiales a causa de los torpedos provenientes de submarinos alemanes, era elemento favorable para avivar el amor patrio, aunque el pais retrocediera o se estancase en cuanto a las condiciones de vida de sus habitantes.

En el Mexico de grandes contrastes, de grandes contradicciones, que habia durante el gobierno de Avila Camacho, encontramos a autores que toman bandera con los desposeidos, los desheredados, y nos los presentan en su lucha contra la adversidad o en la conciencia de sus frustraciones.

El presente capitulo constituye un acercamiento a la realidad que un habitante del pais pudo vivir ese año de 1944. En el he intentado mostrar tanto las paredes interiores, el ambito de los hechos, como los protagonistas y sus acciones.

La lectura de este capitulo, en el que abordo generalidades acerca de la vida mexicana en 1944 puede conducirnos al mejor conocimiento de los textos de Juan Rulfo, quien a fines de la decada de los años treinta habia comenzado a escribir una larga novela que luego destruiria. Solo conservó para los lectores un capitulo de ese primer trabajo literario, publicado en 1959 con el titulo "Un pedazo de noche". Quizas se trate del mismo capitulo que Rulfo le entregó a Juan Larrea hacia 1940 para su inclusion en la re-

vista Romance, y que nunca se publico ahí. Mas tarde, a invitacion de Efren Hernandez, Rulfo se va a relacionar con los escritores de la revista America, en la que aparecieron publicados sus cuentos "La vida no es muy seria en sus cosas", "Nos han dado la tierra", "Macario", "Es que somos muy pobres", "La Cuesta de las Comadres", "Talpa", "El Llano en llamas", "Diles que no me maten", y un conjunto de once fotografías tomadas por el.

México llego al año de 1944 en medio de una gran campaña contra el vicio, centrada esta en el ataque a la prostitución en los hoteles. Se trato desde luego de una campaña que no perseguia la desaparicion de las causas del comercio carnal, sino que se limitaba a reprimir, vejar y extorsionar a algunos sectores dedicados a ese negocio. "Plan general de moralidad y honradez en hoteles metropolitanos. Parejas sin equipaje no encontraran hospedaje", decia Excelsior el primero de enero de ese año.

La relacion con el clero, que el gobierno intentaba mejorar, la imagen creada al regimen de Avila Camacho en el sentido de poseer principios morales y de decencia, estaban tal vez en el fondo de esa absurda campana que vinculaba la moral a los aspectos externos. "El vicio" y "las enfermedades secretas" eran palabras que aparecian continuamente en los periodicos y en la radio. La campana fue manejada en forma tal que casi creo una psicosis colectiva, misma que desemboco en un Congreso contra el Vicio efectuado en la capital.

Ciertamente las enfermedades por contagio sexual se habían convertido en un azote muy difícil de librar, dado que apenas se empezaba a usar en México la penicilina. Los periódicos de este año narran los primeros casos de aplicación de ese antibiótico. Un cuento de Rulfo, "Talpa", va a presentar a un personaje que, abatido por una enfermedad venérea, va en peregrinación a Talpa con la esperanza de que la virgen lo cure.

Los dueños de muchos hoteles "de paso" solicitaron amparo frente a las medidas que a favor de esa campaña había dictado el gobierno, pero los jueces no se lo concedieron. Parecía que de la noche a la mañana la sociedad había descubierto el mal y estaba decidida a combatirlo. Las palabras obscenas y los temas difíciles y peligrosos, como el del divorcio, debían desaparecer de la mente de los mexicanos. Además de dictar leyes contra la prostitución en hoteluchos, el gobierno se entregaba a la construcción de la Ciudad de los Deportes como una medida "para contrarrestar el vicio".

Fueron las prostitutas pobres y los incautos los únicos que padecieron la citada campaña, que por otra parte pudo no estar desligada de pugnas entre los magnates propietarios de cadenas de hoteles dedicados a ese negocio. Lo que no necesita demostración es la supuesta amalgama extorsión-corrupción a que la campaña debió contribuir. Toda ley tiene un sujeto que la aplica y todo sujeto un precio, según había sentenciado Alvaro Obregón. Este principio de la sabiduría popular mexicana se aplicó en la campaña a favor de la mo-

ral, con lo que la sociedad quedaba dividida en dos bandos: aquellos a quienes se perseguía como delincuentes y los que eran dejados en paz, aunque el amor fuese el escudo de ambos. Existían el vulgo y la gente bien. Mientras la policía secreta hostigaba y asaltaba parejas en hoteles de mala muerte, José Gaos dictaba en el palacio de Bellas Artes una celebradísima conferencia acerca de "la mano, la caricia y la ternura".

Precisamente a la vida de las prostitutas pobres del centro de la ciudad de México haría referencia Rulfo en "Un pedazo de noche".

Había un ambiente de normas, leyes, decretos y reglamentos, que llegaba a los cabarets y a los salones de baile. No escapó el cine. Se reservaban a los adultos las películas de desnudos, como Nana, exhibida a fines de año a raíz de la muerte de Lupe Velez.

Muy a tono con el baño de moral que quiso darle a México el régimen de Avila Camacho, se dio el año de 1944 la glorificación de la abnegada madre mexicana. El gobierno capitalino y Excelsior apadrinaron la campaña para construirle un monumento. Hubo efervescencia: concursos de himnos, guiones cinematográficos, etc. La mujer y la madre aparecieron retomadas entre los versos de Acuña: adoración a la belleza-bondad inmarcesible. El famoso monumento llevaría a la piedra una idea acerca de la mujer madre que no correspondía a la realidad. Ser mujer era motivo de desigualdad. En muchos estados apenas a mediados de ese año

se otorgaria a las mujeres el voto. El valor de estas residia en su virginidad y en la capacidad que tuvieran para desempeñar el papel de hembras y de mujeres de su casa. "Muy mujer" era la docil, tierna, callada, sufrida, dedicada a tener y a criar hijos y a atender su casa. Ese era el modelo que mostraban las peliculas en que la figura central era el "macho", por esos años a cargo de Jorge Negrete.

El cine tambien se ocupo de la madre. Varias peliculas se exhibieron ese año sobre el tema. Joaquin Pardave y Sagra del Rio fueron vistos en Como todas las madres, basada en la comedia Maternidad, de Catalina D'Erzell; Mediz Bolic dirigió El amor de los amores; Sara Garcia protagonizó Mis hijos, y Chachita La pequeña madrecita.

Mexico vivia epoca de sacrificios, de penalidades. La guerra estaba en su apogeo. El gobierno del pais ya habia declarado su participacion en la contienda mundial al lado de Estados Unidos. Muchos mexicanos tenian que dejar su hogar para irse de braceros o al frente de batalla. Se decido entonces, habida cuenta de propositos mercantilistas, hacer de la madre un simbolo de bondad y de amor verdadero. Decia Excelsior a fines de mayo: "La madre adquiere un emblematico caracter celestial en esta epoca de sacrificios."

En efecto, nadie parecia saber mas del dolor que la madre mexicana. Ella surgiria labrada en piedra, perpetuada en sus virtudes. Una de estas, su inmensurable capacidad para soportar el dolor del alma. ¿Y como no iba a tener tal virtud quien como procreadora veia al hijo morir sin mas

remedio? Las madres pobres, la mayoría de las madres mexicanas, atestiguaban desde la impotencia los datos que las estadísticas nos han traído acerca de la falta de salud infantil en el México de esos años. El 30% de los niños nacidos en el país no lograba vivir más de dos años. Cada año morían 200 000 niños menores de nueve años, de un total de 400 000 defunciones, es decir, de cada diez habitantes fallecidos, cinco eran niños que no llegaban a los diez años.

La falta de protección en términos de salud que presentaba la niñez mexicana, sobre todo la campesina, llevó a los médicos participantes en el Segundo Congreso Nacional de Pediatría, realizado ese año en Puebla, a insistir ante el gobierno para que se brindara atención urgente a la parte más sensible de la sociedad, los niños. En el congreso se insistió también en el hecho de que la falta de salud infantil era el resultado de desequilibrios en la estructura económica y social y no un fenómeno aislado de la compleja realidad del país. La voz de los pediatras traía a primer plano a la niñez campesina, condenada, por su pobreza, a la muerte.²

La pobreza cruzaba los campos de México como un nuevo jinete del Apocalipsis. Muchos, como en un país sin ley, quisieron allegarse la sobrevivencia en forma ilegítima: se dedicaron a asaltar caminos. La miseria, la ignorancia, los atavismos de los movimientos revolucionarios y el bestialismo se conjugaron entonces para producir un tipo de mexicano que la sociedad y las leyes condenaron a la pena de muerte. Desde octubre de 1943, regía en el país un decreto

del ejecutivo segun el cual se castigaba con la pena capital al salteador de caminos o en despoblado si concurrían las siguientes agravantes: homicidio, violacion, tormento o lesion. Por supuesto que hubo casos de aplicación de esta pena. Uno de los mas sonados, el que reseñaron los periodicos en los primeros meses de 1944: en el estado de Hidalgo unos miserables fueron fusilados por haber dado muerte a quienes habian asaltado.⁹ Pero la pena máxima se presto a fines personales. La corrupcion y la arbitrariedad estaban a la orden del dia. Esa pena que se cernia como amenaza sobre los mas desprotegidos llego a servir de "instrumento de venganzas pueblerinas", segun se leia en Excelsior el 8 de mayo de ese año.*

No habia nacido el campesino mexicano para el bandidaje, ni tenia por que ser la encarnacion de la miseria. Una larga historia de abandono y de explotación lo obligaron a reducirse a condiciones infrahumanas. En 1944, las carencias de los hombres del campo desembocaron en situaciones conflictivas que evidenciaron la desviacion politica de los derroteros que la Revolucion habia buscado.

El apoyo a los ejidatarios, seccion de los trabajadores del campo organizados mediante un sistema que provenia desde tiempos prehispanicos y que el Congreso de 1917 reconocio y el gobierno de Cardenas se encargo de impulsar, se centro en 1944 en una publicitada campaña de entrega de arados. El apoyo a todos los hombres del campo, ejidatarios y agricultores privados, se configuro en la implantacion del seguro

agricola, que protegía el 30% de cosechas siniestradas de maiz, trigo y frijol, y en el decreto que, como en años anteriores, fijaba los precios de garantía para algunos granos.

1944 fue mal año para la agricultura. Se perdió la cosecha de maiz de principio de año y eso aumento los problemas de abasto que ya existían por la situación de emergencia. Aunque el gobierno negaba la importación de granos, buena parte del maiz y del trigo consumidos ese año en los hogares mexicanos provenía de Argentina y de Estados Unidos.

Además del maiz, en el mercado negro se manejó el azúcar, que escaseaba desde 1943, año en que México había dejado de exportarla. Su importación era inminente. El gobierno creyó que fijándole precio de garantía a la caña impulsaría su cultivo. Lo cierto es que tres días después de la fijación del precio de garantía a la tonelada de caña, el azúcar vendido al consumidor sufrió un aumento de cinco centavos, mismo que produjo en cascada otras alzas, aunque estas no fuesen reconocidas por las autoridades.

El comercio vivía meses de caos y de abusos. La guerra no declarada entre el gobierno, que imponía el control de precios a los productos de primera necesidad, y el comercio de gran capital, que luchaba porque el control desapareciera, solo tenía un perdedor: el pueblo de escasos recursos, que no hallaba a la venta los productos de precio controlado o era testigo de que este no se respetaba.

La escasez de alimentos, combustibles y materiales diversos llevo al gobierno a dictar medidas drásticas. Para solucionar en parte la falta de maiz se obligo a sembrarlo a los campesinos de determinadas entidades. Para organizar la distribución de las pocas existencias de gasolina y de llantas, se decreto su venta racionada.

Ante las grandes presiones de los productores y de los comerciantes, el gobierno de Avila Camacho, al que interesaba principalmente conciliar los intereses poderosos, cedio a favor de los potentados.

Los propietarios agricolas y la clase capitalista atacaban el ejido por todos los flancos posibles. Lo hacian la causa de todos los males habidos y por haber. Ciertamente no brillaban las organizaciones ejidales por su alta producción, pero esto se debia a multiples circunstancias y no a que el ejido fuese en si mismo una equivocación. Haciendo caso de la satanización que desde la prensa orquestaba la burguesia terrateniente en torno al ejido, Avila Camacho dejo de dar a este apoyo prioritario y asigno creditos y estímulos a los agricultores privados. Ese año de 1944, el Departamento Agrario se comprometio a ejecutar un amplio programa de apoyo al campo, en el que figuraban en primer termino los decretos de inafectabilidad de extensiones agrarias.

La inafectabilidad de la propiedad agraria, la irrigación a gran escala y la electrificación, acciones politicas de enorme trascendencia, tampoco eran negativas en si mis-

mas. Al contrario. La seguridad en el campo aparecia como una condicion necesaria para el trabajo y como una demanda legitima, dada la fiebre del reparto que habia vivido el agro durante el gobierno de Cardenas. La irrigacion y la electrificacion incorporaron al cultivo tierras nuevas y tecnologia. Manchaban esos planes, beneficiosos por naturaleza, la corrupcion y la anteposicion de intereses particulares en su ejecucion. La historia de los grandes sistemas de irrigacion del noroeste del pais, llevada a cabo esos años, tiene paginas en que no brillan precisamente la justicia ni la honradez. ▯

Mal habia entendido el gobierno de Avila Camacho el señalamiento de los pediatras del Segundo Congreso en el sentido de que si se queria evitar la alta mortalidad infantil debian de realizarse cambios en la organizacion de la sociedad. Como ya indique, la situacion de maxima pobreza que padecia la poblacion infantil y sus efectos en la mortalidad fueron señalados en forma insistente durante el congreso de Puebla. Alguien habia, sin embargo, que desde las esferas sociales iba a poner su empeño en que el cambio social fuese una posibilidad a traves de la educacion.

Estaba en la Secretaria de Educacion Pública un hombre de gran cultura, humanista, emprendedor, organizado, capaz, con gran influencia en las clases altas: Jaime Torres Bodet, quien tenia el mismo punto de vista que los pediatras respecto de la necesidad de cambios profundos en la sociedad mexicana. Para favorecerlos, el Secretario de Educacion se

habia propuesto llevar a cabo una gran campaña alfabetizadora, construir el mayor numero posible de escuelas, apoyar los aspectos nacionalistas de la cultura y arrumbar el carácter socialista que el regimen cardenista habia impuesto a la educacion.

Para lograr sus objetivos en cuanto a la construccion de aulas, Torres Bodet consiguio del ejecutivo una partida inicial extraordinaria de diez millones de pesos, que destinaria a la construccion de escuelas urbanas y rurales en el bienio 1944-1946, y formo un animoso Comite Pro-Construccion de Escuelas. En marzo de 1944 contaba ya para este efecto con la suma de cincuenta millones.⁶

En 1944, el 47% de la poblacion mexicana era analfabeta. Torres Bodet pidio a Avila Camacho el establecimiento de la Campaña Nacional de Alfabetizacion con el proposito de abatir tan alto indice de iletrados. Hubo en esta campaña mucho de idealismo y resultados magros,⁷ pero no cabe duda que represento un esfuerzo honesto por vencer un mal endemico que era factor innegable de desigualdades y de injusticias.

Al impulsar la construccion de aulas, al buscar que existiera mayor numero de escuelas en el pais, Torres Bodet se enfrento a la cuestion de las escuelas particulares, que luchaban desde tiempo atras por recuperar un estatus de legalidad que durante el regimen de Lazaro Cardenas se les habia menoscabado. Conciliador como el ejecutivo, el Secretario de Educacion se pronuncio en contra de la clausura de

escuelas y a favor de la libertad de enseñanza. Ya en 1942 Octavio Bejar, su antecesor en el despacho, habia reconocido la inaplicabilidad del Articulo 3ero en los terminos en que lo habia fijado el gobierno de Cardenas.⁸ Torres Bodet prohiaria a fines de 1945 una nueva redaccion del citado articulo, en la que ya no se hablaba de que la educacion debia ser socialista y desfanatizadora, sino solo "tendiente a desarrollar en el individuo todas las facultades de una manera armonica y a fomentar la solidaridad internacional".⁹

Institucion que experimento importante encauzamiento durante 1944 fue la Universidad Nacional, a la que por obra de Alfonso Caso, estrenado rector a mitad de año por renuncia obligada de Rito Foucher, se le hizo entrega a fines de año del clausulado de una nueva Ley Organica. En esta quedaron redefinidos los estudios de la máxima casa de estudios del pais como apoliticos, sin credo ideologico y solo con el objetivo de formar profesionistas para servir a la sociedad.¹⁰ Se puso fin, así, a una epoca de inclinaciones socialistas entre importantes grupos de la universidad.

Hombre sensible a las manifestaciones artisticas y en general interesado en la cultura, Torres Bodet apoyo las actividades de esa area durante 1944. Ese año, la UNAM recitio importante subsidio, y se crearon en esta institucion las escuelas y dependencias de Biblioteconomia, Archivonomia, Museografia y Hemeroteca Nacional.¹¹ Se coloco la primera piedra de la Escuela Normal de Mexico a principios de julio.

En marzo, el Palacio de Bellas Artes albergó una exposición de arte jalisciense.¹²

Aceptando todas las limitaciones que haya tenido la labor de Torres Bodet al frente de la Secretaría de Educación Pública, es innegable que su gestión apuntó al blanco que señalaban los pediatras durante el congreso de Puebla: había que rehacer México, había que darle un "vínculo indestructible", que para él residía en la educación.¹³

El gobierno de Avila Camacho no desconocía del todo la urgente necesidad de abatir los altos índices de mortalidad en el país. Mientras Torres Bodet hacía planes para echar a andar la campaña alfabetizadora, empezaba a regir la Ley del Seguro Social, mediante la cual se buscaba llevar atención médica obligatoria y gratuita a los trabajadores. Avila Camacho había dictado el decreto correspondiente en mayo de 1943 y la ley tuvo vigencia a partir de enero de 1944.¹⁴

Pero desde mayo de 1943 se había desatado en diversos niveles de la sociedad una fuerte campaña contra el Seguro, la que arreció a principios de 1944. Sus opositores decididos fueron algunos sectores patronales, pero también entre los obreros hubo rebeldía. La clínica número 8, que el gobierno había construido en el suburbio capitalino de San Ángel, fue apedreada el 27 de marzo por grupos de obreros textiles pertenecientes a las fábricas La Magdalena y La Hormiga, cercanas a esa clínica.¹⁵ Parece ser que esos ataques estuvieron motivados por diferencias entre las grandes organizaciones de obreros. Dirigida todavía por Vicente Lom-

bardo Toledano, la CTM apoyo la vigencia del Seguro Social, por la que habia luchado. Los obreros de la CROM, comandados por Morones, intentaron boicotearla. Tambien hubo lideres oportunistas que impulsaban mitines de obreros en contra del Seguro. Uno de esos mitines, en el zocalo, origino varios muertos.¹⁶

Considerado por algunos analistas como una recompensa otorgada por el gobierno a los trabajadores organizados en pago de su docilidad,¹⁷ el Seguro Social se impuso finalmente en beneficio de la mayoria de los trabajadores, aunque habrian de pasar muchos años para que llegase a todos los rincones del pais y para que venciese subterfugios.

El Seguro Social constituia ciertamente un paliativo respecto de la indefension en que se hallaban los trabajadores. En un gesto nacionalista, las grandes organizaciones obreras se habian comprometido a evitar en lo posible los conflictos que provocaran falta de produccion.¹⁸ Ese compromiso constituyo una camisa de fuerza que en varios casos tuvo que ceder ante las presiones que contra ella ejercia una situacion injusta, ya que el trabajador era inmolado por empresarios, lideres y gobierno, ahora con el pretexto del nacionalismo y a causa del estado de emergencia.

La Suprema Corte fallo en 1944 que no obligaba a las empresas el pago del septimo dia.¹⁹ Apenas en mayo del año anterior se habia conquistado la jornada laboral de ocho horas. Varias fabricas textiles iniciaron 1944 en huelga;²⁰ buscaban mejores salarios y el respeto a los contratos co-

lectivos. Luego se dieron conflictos en las relaciones del gobierno con los ferrocarrileros,²¹ con los trabajadores de Petroleos Mexicanos²² y con los maestros.²³ Un sindicato poderoso, el de los telefonistas, se fue a la huelga²⁴ con el apoyo y la solidaridad de otros sindicatos, como el de los electricistas, que a este efecto hizo un paro en todo el país.²⁵ El gobierno intervino en el conflicto de Telefonos y requiso la empresa, con lo que aceleró el arreglo.

La clase patronal y los medios informativos a su servicio insistían en que los problemas que presentaban los trabajadores debían solucionarse con decisiones autoritarias, sin complacencias ni componendas. Excelsior opinaba que en momentos en que el país se hallaba en guerra, y con la promesa estadounidense de brindar ayuda para la industrialización de México, eran inconcebibles las huelgas y los paros, y que en aras de la patria, bien común y excelso, los obreros debían sacrificarse.²⁶ A la patria invocaba también Avila Camacho, quien para bien de esta exigía "de los trabajadores abnegación y honestidad".²⁷ Desde las trincheras del periodismo mercantil se atacaban el sindicalismo y los liderazgos de trabajadores.²⁸ El mismo gobierno había decidido cuestionar a los líderes impuestos en beneficio del sistema. Eran meses en que el gobierno buscaba un reacomodo de fuerzas políticas en el país. La inminente industrialización de este iba a tener la castración previa de los trabajadores.

Tradicionalmente agrícola, México avizoraba, con el fin de la Segunda Guerra Mundial, su etapa industrial. Aclaraban ese camino las relaciones que Estados Unidos mantenía con su vecino del sur, más que relaciones de amistad, de luna de miel. En 1944 ya eran cosa olvidada los sinsabores de la expropiación petrolera. Apenas entrado el año, el gobierno de México entregó 500 000 dólares en abono al pago por los daños que ciudadanos norteamericanos hubiesen sufrido en sus propiedades durante la Revolución.²⁹ e indemnizó a la compañía petrolera El Aguila,³⁰ expropiada por Lázaro Cárdenas. Reconocidas las obligaciones por parte de los mexicanos, olvidadas las posturas antagonicas, quedaba poner en marcha una relación de aparente beneficio mutuo que se tradujo en una situación de servicio por parte de México. Ya en abril de 1943 se había creado la Comisión México-Norteamericana de Cooperación Económica, que tendría como finalidad la firma de convenios para asegurar a Estados Unidos materias primas estratégicas, y a México asistencia e inversiones.

Una de las principales materias que México vendía a Estados Unidos era el petróleo, sobre el cual Estados Unidos tenía especial interés dada su participación en la guerra. Pero la industria petrolera mexicana se estaba marginando en los trabajos de refinación, en tanto que la guerra aceleraba las mejoras tecnológicas. Estados Unidos acudió entonces, en marzo de 1944, con un crédito de diez millones de dólares para apoyar la actualización de la refinación Azcapotzalco.³¹

Hubo otro plano en el que México tomó parte en correspondencia al pacto de mutua cooperación, el de la guerra. En marzo, México recibió cazasubmarinos norteamericanos para vigilar los lechos del mar cercanos a ambos países, y en los últimos días del año, el Congreso dio su autorización al ejecutivo para que enviase al frente de batalla el Escuadrón 201, que contaba con pilotos previamente capacitados en Texas.³²

México tomó como suya la lucha contra las potencias del eje. Si bien por su carencia de infraestructura y por sus problemas económicos no participó en el nivel en que lo hicieron otros países, sí cooperó en los mejores términos con los planes de los aliados, principalmente con los de Estados Unidos.

México-Estados Unidos, 1944: amor, amor, amor, como repetía una canción mexicana famosa en todo el mundo. El embajador de Estados Unidos en nuestro país nos prodigaba los más calidos elogios: "México ha cumplido en exceso todos los compromisos que ha contraído, sin pedir ninguna ventaja para él", declaró ante la prensa en el mes de marzo.³³ Por su parte, Ezequiel Padilla, Secretario de Relaciones Exteriores de México, aseguraba que la amistad México-Estados Unidos iba a ser un ejemplo para el mundo.³⁴

La guerra llevó a frentes de intensa lucha a miles de norteamericanos que fueron sustituidos en las fábricas y en los campos por braceros procedentes de México. Los campos

mexicanos quedaron abandonados ante la posibilidad de recibir un salario en dólares. Los trenes con rumbo a la frontera iban llenos en tanto los propietarios de tierras labrantías se quejaban de la falta de jornaleros. Hicieron su aparición el desorden y la corrupción en la entrega de tarjetas para ingresar a Estados Unidos. También el manejo político y amañado de las denuncias por corrupción. A la capital llegaron numerosos campesinos en busca del documento correspondiente. En muchos casos corrían con suerte, pero no eran pocas las veces en que no tenían éxito. En poco tiempo, un ejercito de miserables deambulaba por la ciudad. En su desesperación por obtener la famosa tarjeta verde, un día efectuaban manifestaciones por las calles de la capital, otro día se enfrentaban entre ellos o tomaban por asalto el Senado. "Es terrible la situación de los braceros en el D.F.", señalaba Excelsior el 9 de mayo. Rulfo la narra en "Paso del Norte".

La capital que en 1944 veía en las calles a los desesperados aspirantes a braceros tenía su propio ritmo y sus propios espectáculos, por lo que le resultaban por demás incómodos los tropieles de desarrapados que buscaban visa norteamericana. Estos eran ajenos al diario vivir cosmopolita, semejantes a la irrupción de zapatistas en las calles de Plateros durante la Revolución.

La ciudad de México tenía en 1944 una activa vida cultural y de divertimentos. Destacaba la música clásica, ejecutada en diferentes foros por las orquestas sinfónicas de

Carlos Chavez, de Julian Carrillo, de la Universidad Nacional y de Xalapa, que daba en la capital algunos conciertos. Una asociacion diligente, Pro-Arte, reunia fondos para costear la presentacion de conciertos y la visita de musicos extranjeros. Durante ese año estuvieron en Bellas Artes figuras de la talla de Chavchavadze,³⁵ Stokowski³⁶ y Heifets.³⁷

Pero la musica clásica no estaba recluida en los foros. Tenia un gran aliado para llegar a los hogares, la radio. En los programas culturales de varias estaciones alternaban Beethoven, Tschaikowski, Blas Galindo, Chavez y Revueltas. Ya transmitia Radio UNAM. Los aficionados a la musica clásica pudieron oír desde sus hogares "Tata Vasco", poema sinfónico de Manuel Bernal transmitido por la XEW.³⁸ La Hora Nacional jugo por ese tiempo un papel importante en la difusion de la buena musica.

Acontecimiento musical constituyo en 1944 la visita a Mexico de Ivie Anderson, cantante de jazz y de cantos espirituales de los negros. Se presento en marzo ante los asistentes a El Patio. La Anderson, a la que alude el personaje central de "Paso del Norte", venia de Nueva York y aqui iniciaba una gira por America del Sur.³⁹

Hacia años que la escasez de opera se acentuaba en la capital, pero 1944 tuvo en este sentido una actividad inusitada. Dos organizaciones se disputaban el patrocinio de las operas, Opera Nacional y Opera de Mexico, gracias a las cuales ese año se escenificaron en Bellas Artes Traviata, Bohe-

nia, Otello, Don Juan, Barbero de Sevilla, La fuerza del destino, Tosca, La flauta mágica, Don Pasquale, Las bodas de Figaro, Caballeria rusticana, Payasos, Elixir de amor, Pelleas y Melisande.⁴⁰ En ballet, destacó ese año la visita de Paul Draper.

Menos importante que la presentación de conciertos y de operas parece haber sido en 1944 el teatro capitalino, aunque signado por la visita de Louis Jouvet.⁴¹ Una asociación intentaba impulsarlo, Teatro de Mexico, pero al menos en las crónicas periodísticas no hay reflejo de intensa vida teatral. Ruelas, Usigli y Wagner empezaban en la Facultad de Filosofía y Letras la organización del Teatro Universitario. Entre los nombres que las carteleras teatrales de ese año conservan están El yerro candente, de Villaurrutia, La esposa constante, de Somerset Maugham y El alcalde de Zalamea, de Calderón. Algunas actrices: Clementina Otero, Pita Amor y Maruja Grifell.⁴²

Aparte de la capital, solo Guadalajara tenía un público importante asiduo al teatro, y un gran foro, el Degollado. Los tapatíos disfrutaron en septiembre de operetas y zarzuelas montadas por Esperanza Iris,⁴³ y luego le rindieron homenaje a Virginia Fabregas.⁴⁴ También para ellos actuó y dirigió Louis Jouvet, de quien conservan recuerdos Antonio Alatorre y Juan José Arreola, que se hizo su discípulo y se fue a estudiar con él a Francia.⁴⁵ Guadalajara cerró 1944 con la presentación de Salome, de Oscar Wilde.

A diferencia del teatro culto, en la capital existía nutrida actividad en los teatros populares. El llamado Teatro de Revista era eminentemente un teatro de cómicos, títeres y rumberas, llevado a carpas y foros de barriada. En 1944, el teatro de revista se vio invadido por el tema de los pachucos.⁴⁶ Roberto Soto, Tin Tan, y Harapos explotaban invariablemente rutinas del mexicano-norteamericano.⁴⁷ En ocasiones, el cómico más prestigiado, Roberto Soto, hacía crítica social, como en las revistas La canción del rebozo y Mario Candelario,⁴⁸ en las que satirizaba el folklorismo de moda, o como en El Inseguro Social.⁴⁹

El teatro se hallaba en desventaja frente al cine, que era la quinta industria del país por el capital invertido y por los empleos que generaba. 1944 fue un año de realizaciones para el cine mexicano. Se exhibió Maria Candelaria, película que Emilio El Indio Fernández filmara en 1943 y que lo consolidó como director de cintas situadas en provincia, con personajes indígenas enfrentados a la adversidad.

Del tronco de Allá en el Rancho Grande, que desde su filmación dio muchas ramas, procedían Cuando quiere un mexicano y Ay Jalisco, no te rajes, con el charro cantor, Jorge Negrete, exhibidas también en 1944. Pero ese año las salas mostraron Distinto amanecer, en la que no aparecen los nopales, el macho y la hembra de las haciendas, sino los bajos fondos de la capital, con intrigas policiacas, conflictos amorosos y líderes venales.⁵⁰ Allí estaba la ciudad como enterno en el que los individuos luchan contra la desgracia.

El director, Julio Bracho, retomó en ella el camino que Alejandro Galindo había recorrido ya en 1938 con Mientras México duerme, y que hallaría su mejor realización en Campeón sin corona, del propio Galindo, filmada en 1944 y exhibida en los primeros meses del año siguiente.⁵¹

Para Jorge Ayala Blanco, 1944 fue el año en que se filmó una película mexicana perdurable, La barraca, basada en la novela homónima de Blasco Ibañez.⁵² Desde luego, hubo también muchas películas intrascendentes.

Las cintas mexicanas se nutrían frecuentemente de argumentos salidos de las más diversas novelas o bien de guiones y obras escritas por gente como Mauricio Magdaleno y Romulo Gallegos. Con Dona Bárbara, este último había dado el argumento para la película del mismo nombre, filmada en 1943, y en los primeros meses de 1944 quedó lista La trepadora, supervisada por el propio Gallegos. Los cinefilos vieron en 1944 La vida inútil de Pito Pérez, basada en la conocida novela de José Rubén Romero; La hija del cielo, El niño de la bola y El sombrero de tres picos, en novelas de Pedro Antonio de Alarcón; Miguel Strogoff, que siguió la novela escrita con ese título por Julio Verne; La mujer sin alma, guiada en La razón social, de Alfredo Daudet, y la ya citada Cuando quiere un mexicano, una versión de El juego del amor y del azar, de Mirabeaux.

La década de los cuarentas, dice Jorge Ayala Blanco, es el periodo en que se da el reconocimiento internacional al

cine mexicano. También la canción mexicana era conocida más allá de las fronteras.

Una tradición musical romántica firmemente arraigada en el país daba sus frutos en las canciones de María Grever, Agustín Lara, Consuelo Velázquez y Gabriel Ruiz. Otra tradición nacional, con temas y arpeggios campiranos, acentuaba su fuerza, era la canción ranchera, que muchos críticos, promotores y políticos deseaban ver como la expresión genuina de lo mexicano.

La canción romántica llegaba a los hogares a través de la radio. María Luisa Landín, Pedro Vargas y Miguel Aceves Mejía cantaban en la XEW acompañados al piano.⁵³ Pedro Vargas hacía presentaciones en Cuba.⁵⁴ Una canción de Gabriel Ruiz, "Amor, amor, amor", era grabada en diez idiomas.⁵⁵ "Besame mucho", de Consuelo Velázquez, obtenía en Estados Unidos los primeros lugares de popularidad.⁵⁶

La canción ranchera provenía de la parte rural del Bajío y del occidente del país, sobre todo de Jalisco. Pronto, esta entidad se convirtió en el reservorio de la conciencia mexicana. Los tonos alebrestados, melancólicos y sonantes de las canciones jaliscienses los había hecho oír en la capital desde 1919 Lucha Reyes, muerta en 1942. Desde entonces resonaban en la radio, las cantinas y los tablados esas canciones de emociones ambiguas, con sentimientos encontrados de alegría y tristeza, con aires de angustia, de llanto y de reto; vendavales de imploración y desafío, caricia y puñalada.

En 1944, "La Panchita", "La Altenita", "La Trenida", jaliscienses, se anunciaban como "el alma", "la reina", o la "fiel interprete" de la cancion ranchera. Otra jalisciense, "La Torcacita", era llamada "la embajadora de la cancion mexicana". Entre las voces masculinas destacaba Tito Guizar, "el rapsoda de la cancion mexicana", conocido sobre todo a partir de Alla en el Rancho Grande. Tito Guizar se presentaba todos los viernes en la XEW.²⁷ Tambien sobresalia un dueto femenino que interpretaba canciones de vena genuinamente rústica, "Las Hermanas Aguila".²⁸ Ya estaba en primer plano el Mariachi Vargas, de Iecalitlan, Jalisco, pero existian otros conjuntos de categoria, como "Los Dorados". Tata Nacho alimentaba con sus letras muchos exitos rancheros, aunque no pocos eran temas anonimos, algunos muy viejos.

En la gran produccion musical de esos años habran quedado justamente olvidados muchos titulos de canciones, pero algunos nos han traído hasta finales de siglo el perfume y el dejo de la epoca. Hacia esos años la cancion mexicana se inserto en el patrimonio de la humanidad. Chucho Martinez Gil declaraba con razon en marzo de 1944:

La cancion mexicana figura hoy en primer termino al lado de las manifestaciones populares de los pueblos del mundo.²⁹

1944 fue asimismo un año de gran actividad literaria en Mexico. Circulaban varias revistas que habrian de incidir en el desarrollo de las letras: El Hijo Prodigio, Abside,

Cuadernos Americanos, America, Letras de Mexico, Tierra Nueva, Universidad de Mexico, Rueda.

Se ha visto la decada de los cuarentas como epoca de siembra que fructifico en los años cincuentas.⁶⁰ Esto es verdad solo en parte, pues ya en los cuarentas se produjeron textos literarios capitales, como Al filo del agua, de Agustín Yañez (1947), El luto humano, de Jose Revueltas, y Poemas de guerra y esperanza, de Efraim Huerta, los dos ultimos de 1943. Huerta publico al año siguiente Los hombres del alba; Ali Chumacero, Paramo de sueños; el poeta y ensavista Octavio Paz publico en 1942 A la orilla del mundo, y en 1949 Libertad bajo palabra, y ya entonces figuraba como el poeta mas importante de Mexico, segun Carlos Magis. En 1947 se conocio el segundo libro de Ali Chumacero, Imagenes destradas. En 1941 habia salido de la imprenta Los muros de agua, de Revueltas; en 1949, de él mismo, Los dias terrenales. En 1947 se puso en escena una importante obra de autor mexicano: El gesticulador.

La ciudad de Mexico contaba en 1944 con un grupo notable de exiliados españoles que influian en la vida cultural y cientifica del pais. Uno de ellos, Max Aub, leyo en marzo de ese año su drama Morir por cerrar los ojos ante Jose Bergamin, Romulo Gallegos, Emilio Frados, Concha Mendez, Manuel Altolaguirre, Juan Rejano y Octavio G. Barreda.⁶¹ La capital abrigaba en sus colonias de clase media, en sus cafes, grupos hispanomexicanos a los que se agregaban escritores de

Centro y de Sudamerica, como Rafael Heliodoro Valle y Romulo Gallegos.

En 1944 eran familiares al publico lector nombres como Neftali Beltran, Rafael Solana, Vicente Magdaleno, Octavio Paz y Efrain Huerta, que pertenecian a la generacion de Taller, revista publicada entre 1938 y 1941. Tierra Nueva empezo a salir en 1940, con textos de Ali Chumacero, Wilberto Canton, Jorge Gonzalez Duran, Manuel Calvillo, Leopoldo Zea y Jose Luis Martinez. Su publicacion continuo hasta 1970.⁶²

De los autores extranjeros, uno de los mas populares era sin duda Blasco Ibañez, de quien en 1944 se llevo al cine La barraca, como ya he indicado. Pero tambien se hallaban en las librerias novelas de John Dos Passos y de Jules Romains, que ese ano hizo una visita a Mexico.⁶³

La literatura mexicana conto en 1944 con dos textos clave para comprender el ser y el deber ser de nuestra narrativa. El primero fue la conferencia con que Agustin Yañez participo en el Seminario sobre la America Latina organizado por el Colegio de Mexico, institucion que dirigia Alfonso Reyes. En su trabajo, que llevo por titulo "El contenido social de la literatura iberoamericana", Yañez afirmo que las letras del continente han mostrado, por encima de todo, "el miserable nivel de la existencia" del pueblo. Las desigualdades sociales, el arraigo del abuso como fuente de miseria humana, la injusticia hecha regimen de convivencia, dijo alli Yañez, constituyen historicamente el dato esencial de la literatura iberoamericana.⁶⁴ El segundo texto fue el

prologo que Jose Revueitas escribio para Los olvidados,²⁵ descarnada novela del michoacano Jesus R. Guerrero, en la que aparecia un

Mexico atonito: Mexico con los ojos abiertos de estupor, sin palabras para dar cuenta de su sufrimiento, victima asombrosa, pisoteado, escarnecido, pero interiormente dueño de una fuerza cosmica, dura como la piedra y eterna como el vuelo de los astros. Un Mexico que es el de Jesus Guerrero y que es, tambien, el Mexico en el cual nos reconocemos, encontrando, al fin, la sustentacion definitiva.

Revueitas escribio que el pueblo de Los olvidados no era un pueblo inventado, como el de los escritores de la Revolucion, a los que fustigo por haberse alejado con sus amadas y perezosas invenciones, "del indio real, de la tierra real, de la politica real, de la Revolucion real". Revueitas incluia en su condena a Mariano Azuela. A diferencia de ellos, dijo Revueitas, Guerrero logro elevar la realidad a categoria artistica mediante los mecanismos de la propia realidad, sin ponerla al servicio de una tesis, sin subordinarla a una idea preconcebida:

Las rudas paginas de Jesus R. Guerrero, sus hermosas paginas de piedra, laten y respiran una expresion fidedigna, directa y pura. No hay ninguna retorica que pueda empanarlas, no hay ninguna simulacion, ninguna 'novela como nube', sino la mano brutal y varonil tras de la cual vibra, primigenio, casi como anterior al hombre, el sollozo, que ahora es un largo, quedo, inmovil sollozo mexicano.

Este es el Mexico que Rulfo reconstruira en sus relatos, el de los braceros, el de los campesinos sin tierra, el de los miserables que yañez encuentra en la literatura iberoamericana, el de las paginas brutales de Jesus R. Guerrero defendidas por Revueitas como obra artistica. Rulfo recons-

truirá una parte de Mexico, la que esta en la idiosincrasia de los campesinos de Jalisco.

N O T A S

- ¹Victor Manuel Durand. La ruptura de la nación. Historia del movimiento obrero mexicano desde 1938 hasta 1952. Mexico, UNAM, 1986, p. 146.
- ²Excelsior, 15, 27, 28 y 29 de marzo de 1944.
- ³Idem, 14 y 19 de enero de 1944.
- ⁴Idem, 8 de mayo de 1944.
- ⁵Luis Medina. Historia de la Revolución Mexicana. Período 1940-1952. Del cardenismo al avilacamachismo. Mexico, El Colegio de Mexico, 1978, pp. 231-281.
- ⁶Excelsior, 28 de marzo y 6 de mayo de 1944.
- ⁷Luis Medina. Op. cit., p. 388.
- ⁸Idem, pp. 358 y ss.
- ⁹Francisco Larrovo. "La educación". En Mexico y la cultura. 2a. edición. Mexico, Secretaría de Educación Pública, 1961, pp. 782-783.
- ¹⁰Excelsior, 30 de diciembre de 1944.
- ¹¹Idem, 1ero. de marzo de 1944.
- ¹²Idem, 1ero. de marzo y 4 de mayo de 1944.
- ¹³Idem, 4 de enero de 1944.
- ¹⁴Idem, 6 de enero de 1944. El Instituto Nacional de Cardiología, de gran importancia para el avance de la ciencia médica, se inauguró el 18 de abril de 1944.
- ¹⁵Excelsior, 28 de marzo de 1944.
- ¹⁶Luis Medina. Op. cit., p. 322.
- ¹⁷Idem, p. 293.
- ¹⁸Idem, pp. 300-305.
- ¹⁹Excelsior, 5 de enero de 1944.
- ²⁰Idem, 19 de enero de 1944.
- ²¹Victor Manuel Durand. Op. cit., pp. 84-90.
- ²²Idem, pp. 90-93.
- ²³Luis Medina. Op. cit., pp. 371-379.
- ²⁴Excelsior, 16, 19, y 24 de marzo de 1944.
- ²⁵Idem, 2 de abril de 1944.
- ²⁶Idem, 8 de enero, 8 de marzo y 14 de abril de 1944.
- ²⁷Idem, 1ero. de abril de 1944.
- ²⁸Idem, 20 de marzo, 1ero. y 6 de mayo de 1944.
- ²⁹Idem, 2 de enero de 1944.
- ³⁰Idem, 11 de enero de 1944.
- ³¹Idem, 1ero. y 3 de marzo de 1944.
- ³²Idem, 18 de marzo y 30 de diciembre de 1944.
- ³³Idem, 21 de marzo de 1944.
- ³⁴El Informador, 2 de diciembre de 1944.
- ³⁵Excelsior, 29 de enero de 1944.
- ³⁶Idem, 6 de mayo de 1944.
- ³⁷Idem, 2 de abril de 1944.
- ³⁸Idem, 1ero. de abril de 1944.
- ³⁹Idem, 5 y 7 de abril de 1944.
- ⁴⁰Carlos Díaz Du-Pond. La ópera en Mexico de 1924 a 1984. Testimonio operístico. 2a. edición. Mexico, UNAM, 1986. (Cuadernos de Historia del Arte, 42) pp. 120-123.
- ⁴¹Excelsior, 7 y 28 de enero, 21 y 27 de marzo.

- ⁴¹Idem, 11 de abril de 1944.
- ⁴²El Informador, 1ero. y 2 de septiembre de 1944.
- ⁴³Idem, 1ero. de octubre de 1944.
- ⁴⁴Juan Jose Arreola. Confabulario. 3a. edicion. Mexico, Joaquin Mortiz, 1973. p. 10.
- ⁴⁵Excelsior, 14 y 28 de enero de 1944.
- ⁴⁶En el estudio del pachuco constituye ya un clasico El laberinto de la soledad, de Octavio Paz.
- ⁴⁷Excelsior, 28 de enero de 1944.
- ⁴⁸Idem, 7 de marzo de 1944.
- ⁴⁹Jorge Ayala Blanco. La aventura del cine mexicano. 6a. edicion. Mexico, Posada, 1988. pp. 118-119.
- ⁵⁰Idem, pp. 253-259.
- ⁵¹Idem, pp. 260-265.
- ⁵²Excelsior, 6 de enero de 1944.
- ⁵³Idem, 13 de abril de 1944.
- ⁵⁴Enciclopedia de Mexico. t. 11. Edicion Especial. Mexico, Instituto de la Enciclopedia de Mexico-Secretaria de Educacion Publica, 1987. p. 204.
- ⁵⁵Excelsior, 2 de marzo de 1944.
- ⁵⁶Idem, 19 de marzo de 1944.
- ⁵⁷El Informador, 1ero. de octubre de 1944.
- ⁵⁸Excelsior, 4 de marzo de 1944.
- ⁵⁹Carlos Magis. "La cultura literaria". En Historia de Mexico. t. 11. 2a. edicion. Mexico, Salvat, 1985. p. 2775.
- ⁶⁰Excelsior, 26 de marzo de 1944.
- ⁶¹Carlos Magis. Op. cit., p. 2771.
- ⁶²El Informador, 17 y 18 de mayo de 1944.
- ⁶³Agustin Yañez. El contenido social de la literatura iberoamericana. Mexico, El Colegio de Mexico, 1944. (Jornadas, 14) p. 33.
- ⁶⁴Jesus R. Guerrero. Los olvidados. Prologo de Jose Revueltas. Mexico, Estampa, 1944. pp. xi-xv.

II. UN SONADOR DE CUENTOS

Cae el agua sobre la cabeza del niño, que llora y causa en los demás una sonrisa. Bautizo de Carlos Juan Nepomuceno en la iglesia parroquial de Sayula, Jalisco, el 11 de junio de 1917.

Jose de Jesus Perez Rulfo, hermano del padre, y Maria Dolores Rulfo, tía de este, asientan en señal de compromiso cuando el sacerdote, Roman Aguilar, los amonesta acerca de sus deberes: si los padres de la criatura llegaran a faltar, es su obligación procurarle instrucción en la fe y darle ejemplo de virtudes cristianas. Son los padrinos.

El padre del niño es Juan Nepomuceno, "don Cheno" Perez Rulfo, agricultor y dueño de algunos potreros con ganado cerca de San Gabriel, donde viven y ha nacido el niño. La madre se llama Maria Vizcaino Arias y es hija del abogado Carlos Arias.

Carlos Juan Nepomuceno son los nombres del niño. Carlos, en honor del abuelo materno; y Juan Nepomuceno, por nacer el 16 de mayo, día del santo que lleva ese nombre, y que es el mismo del padre.

Son tiempos duros. La zona, de por sí pobre, ha quedado destruida tras siete años de Revolución. Las haciendas y los molinos de cana están en ruinas. No hay ley ni gobierno estable. El dinero no vale. Los pueblos anohecen en manos del ejército y amanecen en poder de los rebeldes. Unos y otros se exceden en las arbitrariedades, el robo y el

homicidio. Para que el enemigo no se abastezca, se destruyen sembrados, se queman trojes y se anegan pozos.

A la guerra y al hambre se junta otra calamidad: la influenza española, epidemia de gripe que hace estragos en todo el país. Por eso, los familiares y los amigos más cercanos, que ese día conviven en la casa de los Pérez Vizcaino, hacen votos porque ese niño se logre. Será un milagro entre tantos desastres, piensa su madre.

La casa de los Pérez Vizcaino es una de las más grandes de San Gabriel. Como las casas tradicionales del rumbo, tiene zaguan, recámaras y comedor en torno de un gran patio alegre y sombreado.

Tardes de juegos en la mitad de la calle. Sobre la tierra, los niños corren y gritan mientras el padre se va a arrear los animales para la ordeña. Uno de los niños es más tranquilo que los demás, más sosegado: Carlos Juan Nepomuceno. Así lo recuerda Blas Galindo:

A él no le gusto andar corriendo, brincando, haciendo estragos como lo hacían otros muchachos, sus juegos eran más tranquilos. No recuerdo nada que lo hubiera hecho sobresalir en aquel entonces, nada, ni siquiera una travesura que todo mundo recuerda. Yo solo tenía tiempo para jugar de 5 a 6 de la tarde porque a esa hora me iba a cantar el rosario y en ese lapso nos frecuentábamos. Severiano, su hermano, era más amigo mío, Juan era más chico.

Mi trabajo lo tenía frente al curato y ellos vivían también frente al curato, entonces nos juntábamos en la calle a jugar a los huesitos de tepalcote; se hacía un monito y luego se sorteaba a ver quien era el que le tiraba primero. Formábamos una fila y el que le daba recogía los demás huesitos, nos divertíamos mucho porque era un griterío cuando alguien le atinaba y se quedaba con todos los huesitos.

Juan una vez me lo recordó, me dijo: ¿te acuerdas cuando jugábamos a los huesitos de tepalcote? Sí, le contesté, claro que me acuerdo. Siempre me ganabas, me

reprocho. Bueno, le dije, es que yo estaba mas grande.²

Cuando el pequeño Carlos Juan Nepomuceno tiene seis años su padre muere asesinado "por una nimiedad".

Sucedio una noche en el camino de San Pedro Toxin a Tonaya. En venganza porque Don Cheno lo habia regañado cuando sus animales invadieron el potrero de los Perez, Guadalupe Nava le descargo en la espalda todo su rencor y todos los tiros de una pistola. Ebrio, Nava habia pedido a don Cheno que lo llevara de compania, pues era ya avanzada la noche. Su caballo iba unos pasos atras.³

A los niños los despertaron en la madrugada para que vieran a su padre, para que le lloraran. En un texto publicado despues de la muerte de Rufio se hallan los recuerdos de su padre y de aquella oscuridad:

Mi padre fue un hombre bueno.

Vivio en esa epoca en que todo era malo. En que no se podian hacer planes para el mañana, pues el mañana era incierto y el hoy no terminaba todavia. Los tiempos eran malos: no se veia el cielo ni la tierra; ni si habia sol o si el viento venia del norte o del sur.

Mi padre murio un amanecer oscuro, sin esplendor ninguno, entre tinieblas. Lo amortajaron como si hubiera sido cualquier hombre y lo encerraron bajo la tierra como se hace con todos los hombres. Nos dijeron: -Su padre ha muerto, en esa hora del despertar, cuando no duelen las cosas; cuando nacen los niños, cuando matan a los condenados a muerte. En esa hora del sueño, cuando uno está a mitad del sueño dentro de los sueños, inutiles, pero llevaderos, fatales pero necesarios.

-Su padre ha muerto.

Yo soñaba que tenia un venado en mis brazos. Un venado dormido, pequeño como un pájaro sin alas; tibio como un corazón quieto y palpitante, pero adormecido.

-Se le acabo la vida.⁴

Cuatro años despues fallecio doña Maria Vizcaino Arias, la madre de Carlos Juan Nepomuceno. El quedó al cuidado de su abuela materna, en San Gabriel, pero luego fueron enviados Carlos Juan y Severiano a un orfanatorio de Guadalajara. Habia pobreza en la familia. La suficiencia economica era solo un recuerdo.

El orfanatorio Luis Silva, de Guadalajara, dio un poco de abrigo a los niños Perez Viscaino; no el insustituible calor de la familia. Luis Gomez Fimienta, compañero de Rufio en el orfanatorio, recuerda:

En el internado, el colegio más antiguo de Guadalajara, los que tenían dinero comian mejor, y los que no, no. Nuestro desayuno era, por ejemplo, un jarro de atole blanco, panocha (piloncillo) y un plato de frijoles llenos de gorgojos y dos tortillas. Los que tenían dinero comian además pan y leche. Juanito era muy ceremonioso al partir el pan; hasta debio ser sacerdote. Al mediodia comiamos siempre la misma sopa, carne echada a perder y cuatro tortillas. En la noche se repetia la racion de la mañana.

Nos levantábamos a las cinco de la mañana para hacer nuestras oraciones; rezábamos el rosario, haciamos el aseo y desayunabamos, para que cuando llegaran los externos estuviera todo en orden.

Los sabados comiamos mejor, pues nos daban las migas del hotel Fenix, los desperdicios, y a comer rico.

Y la imagen que de el conserva es la de un adolescente "siempre muy pulcro, retraido y hasta medio hosco".

Carlos Juan Nepomuceno entro al orfanatorio a los diez años. Cuatro años mas tarde salio de el, quizas a la casa de algun familiar, en la misma Guadalajara. Estudiaba preparatoria para luego ingresar a la Universidad de Guadalajara a cursar la carrera de abogado, como su abuelo materno. Alguien tenia que leer los libros que don Carlos habia dejado, se decia.

San Gabriel y los demás pueblos de la comarca estaban en el abandono. La última contienda entre mexicanos, la Guerra Cristera encontró en el sur de Jalisco un importante escenario. Los soldados del gobierno y los rebeldes pusieron en práctica entonces los mecanismos más crueles para martirizar, para matar.

Cuando el joven Carlos Juan Nepomuceno regresa al pueblo, en Semana Santa, en verano, en Navidad, solo encuentra los recuerdos del abuelo ("lo colgaron de los dedos"), de los tíos ("todos fueron asesinados por la espalda"). Sus ojos se detienen en una pequeña cruz clavada cerca del río, donde mataron a su padre.

La Universidad de Guadalajara pasa esos años, 1934-1936, por un período de crisis. Hay suspensión de clases. Carlos Juan Nepomuceno se desalienta. Siente que la espera se alarga demasiado y decide irse a la capital del país con la mira de cursar la abogacía en la Universidad Nacional.

Un hermano de su padre, el teniente coronel David Pérez Rulfo le consigue hospedaje en las afueras de la ciudad, en Molino del Rey, finca de gestas heroicas, donde el militar vive. Aquel caserón de alrededores arbolados y solos es casi todo para Carlos Juan Nepomuceno, que apenas anda en los veinte años.

Un tiempo estuvo viviendo Carlos Juan en Molino del Rey. De allí se cambió a una casa de huéspedes, dentro de la ciudad, por haberse habilitado Molino del Rey como fábrica de armas.

Carlos Juan Nepomuceno presenta exámenes extraordinarios previos al ingreso a la Universidad. No aprueba algunas materias y en consecuencia desiste de la idea de ser abogado. Entra, sin embargo, a las clases que imparten en Mascarones Carlos González Peña, Lombardo Toledano, Antonio Caso, Menéndez Samará y Julio Jiménez Rueda. Le llama la literatura. Pero más que la asistencia en calidad de oyente a las clases de los académicos busca la tertulia en la cafetería del edificio. Allí se reúne de tarde en tarde con varios jóvenes de su edad: José Luis Martínez, Manuel González Durán y Ali Chumacero. Con ellos comenta acerca de sus autores favoritos: Korolenko, Andreiev, Hansum, Lagerlof, Ibsen, entre los cuentistas.*

Hace tiempo que Carlos Juan Nepomuceno ensaya sus fuerzas para hacer una novela. En la soledad de los bosques cercanos a Molino del Rey o en su pequeño cuarto de la casa de huéspedes, ha expuesto la soledad, el abandono y la tristeza, en un fajo de hojas titulado El hijo del desaliento. Hasta ahora solo él lo sabe.

A fines de la década de los treinta, Carlos Juan consigue trabajo en la Secretaría de Gobernación, al hacerse cargo de la dependencia el jalisciense Silvino Barba González. Busca y ordena expedientes de inmigrantes. A veces desempeña comisiones como agente.

En la oficina de la Secretaría de Gobernación encuentra a Efrén Hernández, también introvertido y esceptico.

Como Carlos Juan, Efren Hernandez habia nacido en la provincia, en León Guanajuato. Era trece años mayor que el de Jalisco, que lo tomo como su maestro, su amigo y su confidente. Sin duda tenian muchas cosas en comun. Los dos habian padecido la orfandad. Los dos leian los libros capitales del existencialismo, como La náusea y Crimen y castigo.

Un dia, Rulfo mostro a Efren Hernandez un capitulo de El hijo del desaliento. Este lo animó diciendole que era buena novela. Entusiasmado, Carlos Juan le llevo un capitulo a Juan Larrea para su publicacion en la revista Romance, pero no logro verlo en letras de imprenta.⁷ Reflexionó, analizo su texto y se deshizo de él:

Era una novela un poco convencional, un tanto hipersensible, pero que mas bien trataba de expresar cierta soledad. Quizá por eso tenia esa cosa de hipersensibilidad. No convencia. Pero el hecho de que escribiera se debia precisamente a eso: parece que queria desahogarme por medio de la soledad en que habia vivido, no en la ciudad de Mexico, pero desde hace muchos años, desde que estuve en el orfanatorio. En realidad yo estaba solo, en la ciudad, que era una ciudad pequeña, miserable. Una ciudad burocrata. Yo no conocia a nadie, asi que despues de las horas de trabajo me quedaba a escribir. Precisamente como una especie de dialogo que hacia yo conmigo mismo. Algo asi como querer platicar un poco. En mi soledad en que yo... con quien vivia. Se puede decir: yo vivia con la soledad. El hombre está solo. Y si quiere comunicarse lo hace por medios que estan a su alcance. El escritor no desea comunicarse, sino que quiere explicarse a si mismo. De eso se trataba en esa novela que yo destruí, porque estaba llena de retorica, de infulas académicas sin ningun atractivo más que el esteticado y lo declamatorio, en su lenguaje, del cual me daba exactamente cuenta. Creo que me estaba llenando de retorica por andar en la burocracia. Me estaba empapando de ese modo de tratar las cosas. No era lo propio, como yo queria decir las cosas.⁸

A Guadalajara fue a dar nuevamente Pérez Vizcaino por motivos de su trabajo de Gobernación. Allá se enviaron los miembros de la tripulación de barcos japoneses y alemanes a los que sorprendió en aguas territoriales la declaración de guerra del gobierno mexicano.

Guadalajara tenía las comodidades de una ciudad media y el ambiente agradablemente provinciano. Era una ciudad pulcra, católica, de abolengo, a la que emigraban familias del interior del estado cargando recuerdos de haciendas y de persecuciones, pero también en la que vivían algunos intelectuales con pundonor, con arrestos y con generosidad.

En la capital de Jalisco se halla por ese tiempo, 1943, un inquieto joven llamado Juan José Arreola. Busca vivir, hacer. Una tarde se encuentra en la farmacia Rex a un lector sorprendente, Arturo Rivas Sainz. Le muestra -ya embriagan sus palabras, ya flamean sus ideas- "Hizo el bien mientras vivió" y arranca a Rivas Sainz aquella frase histórica: "Usted y yo vamos a publicar una revista..."⁹

Arreola y Rivas Sainz aparecen en julio de 1943 como editores de Eos, Revista Jalisciense de Literatura, con la pretensión de reivindicar derechos conculcados y de "desfacer entuertos", además de responder

a la necesidad que tiene nuestro estado de un órgano, donde se haga grito y enseñanza, voz y advertencia, documento e historia, el espíritu de nuestros artistas y escritores.¹⁰

Eos tuvo una breve vida, cuatro números, de julio a octubre de 1943. Simpatizaban mucho con ella los contertulios de la farmacia Rex, situada en Pedro Moreno número mil, pero

la simpatía pocas veces se concretaba en la entrega de originales para formar los números. Además de Arreola y de Rivas Sainz, publicaron en ella Adalberto Navarro Sánchez, Noel Rivas Sainz, Fray Luis del Palacio, I. B. Anzoategui y Edmundo Báez.

Eos ("Alborada", en griego), contenía un texto principal, cuyo título ocupaba la portada de la revista: "Hizo el bien mientras vivió", de Arreola, número 1; "El payaso", de Noel Rivas Sainz, número 2; "Micaela", de Edmundo Báez, número 4 -el número 3 estuvo dedicado en su totalidad al poeta arandense Manuel Martínez Valadez-, y otros trabajos literarios. Destacan entre estos un ensayo sobre la poesía de Alberti y otro sobre la imagen femenina en la poesía (en el Romancero, en Garcilaso, en Lope y en Efrén Hernández), escritos por Rivas Sainz, traductor de un texto de Valery allí publicado.

En Eos se reseñaron El gesticulador, de Usigli, y El luto humano, de Revueltas -por Juan José Arreola-, Luz de agosto, de Faulkner -por Joaquín Ríos- y Entre apagados muros -por Arturo Rivas Sainz-, entre otros libros.

Arturo Rivas Sainz, el pilar de la publicación, era un verdadero animador de empresas culturales. tenía la formación del verdadero humanista. Actual, sólido, observador profundo, comunicador certero, es recordado muchos años después por Arreola como el gran lector de los libros más importantes que llegaban a Guadalajara. Leídos por Rivas Sainz, esos libros constituían los temas de las charlas en

la farmacia Rex. Con gran frecuencia, era Rivas Sainz el de la voz.

Eos llegó a recibir el apoyo de instituciones políticas y de comercios, pero en sus primeros números caminó gracias a la habilidad de Rivas Sainz, que consiguió regalado el papel, y a la generosidad de Manuel Hernández, que obsequió el trabajo en su imprenta.

Eos salió a las calles de Guadalajara con pretensiones de ser un órgano cultural interlocutor del gobierno estatal. Desde sus páginas, los editores solicitaban a este la creación de sistemas de estímulos para los artistas jaliscienses, por esos años figuras destacadas en la música, la pintura y la poesía.¹¹

La revista de Arturo Rivas Sainz y de Juan José Arreola murió pronto, pero fue una publicación valiosa. A la muerte de Rivas Sainz, Arreola habría de confesar su convencimiento de que el "usted y yo vamos a publicar una revista" no tuviera otro objetivo que dar a conocer al autor de "Hizo el bien mientras vivió".¹²

La tertulia que Arreola y Rivas Sainz animaban en la farmacia Rex se trasladó luego a las mesas del café Nápoles. Inicialmente acudían a la farmacia a hablar de libros y de música. Ramón Luquín, Adalberto Navarro Sánchez, Joaquín Ríos, Mora Galvez, Alfonso Mario Medina y José Inés Casillas. Poco a poco se agregó Rulfo, y después llegaron Antonio Alatorre y Alfonso de Alba. Seguramente continuó la

tertulia aunque ya no existiese la revista. Más tarde, los amigos se dispersaron y venció el apartamiento.

De cuando en cuando Rulfo regresa a San Gabriel o a Apulco a pasar unos días lejos de la rutina de su trabajo. Lleva un interés especial: busca a los arrieros, a los hombres del campo, para que le cuenten historias. Se fija sobre todo en sus expresiones. Severiano, su hermano mayor, recuerda:

Platicaba el mucho, en las noches, con los rancheros, los mozos y los vaqueros. Con los arrieros que iban o venían de Sayula o de Zapotlán, también debió platicar mucho. Entonces había mucho movimiento allí. Había mesones, comercios y fondas. Yo llegaba cansado a acostarme y él se quedaba platicando.¹³

Rulfo anida la idea de escribir cuentos, pero no quiere hacerlo como tantos otros narradores que más que nada redactan ensayos filosóficos o historias de hechos comprobables. El pretende escribir sin hacerse presente, narrar historias verídicas que no hayan sucedido, crear nuevas realidades, no reproducir las ya existentes. Está convencido de que hay tres pasos en la elaboración de un cuento: la creación del personaje, la construcción del ambiente y la adecuación del lenguaje, y se entrega a la realización de esas etapas.¹⁴

Las largas pláticas con los campesinos le proporcionan algunos de los datos que va a convertir en partes de sus argumentos literarios. No escribirá historia ni reportaje sino ficciones, cuentos, que presentarán personajes y hechos verosímiles: recreará la realidad del rancho jalisciense en historias concentradas en unas cuantas páginas.

En la soledad de las altas horas de la noche, Rulfo pergueña nuevos relatos. Escribe ahora en una forma muy distinta de como lo hacia en El hijo del desaliento. Sus construcciones son breves, laconicas, como las expresiones de los campesinos de Jalisco, que en ciertos rasgos muestran un castellano del siglo XVI. En las paginas de esos cuentos que esconde a la publicidad ya no hay imágenes procedentes de los modelos literarios, si modismos y cuadros atribuibles a la gente de su tierra. Sus personajes hablan y piensan como los rancheros de Jalisco.

Guadalajara vive, entre 1944 y 1945 las condiciones del estado de guerra: racionamiento, escasez de leche, de gasolina, mercado negro de maiz y de azucar. La ansiedad y la esperanza se confunden en la estación del ferrocarril, donde miles de campesinos inician viaje a los Estados Unidos para dar su fuerza de trabajo en el campo o "en lo que sea". Una figura noble se distingue entre tanto agitado bracero una mañana de 1944: Louis Jouvét, a quien la ocupación de Paris por los nazis ha arrojado de gira por Mexico, baja a los andenes de la estación tapatia. Ha dado representaciones en Bellas Artes y ahora estará en el Degollado. Un joven con unas rosas alegres, un rostro sonrojado por la emoción y un francés oscuro le sale al encuentro. Es Juan José Arreola, que tiene vistas todas las peliculas francesas dejadas por las compañías distribuidoras en Guadalajara. Contempla la escena Antonio Alatorre.

Juan Jose Arreola y Antonio Alatorre. Dos amigos. Alatorre dice haber conocido la vida y la literatura gracias a Arreola. Antes de hallar a Arreola, las lecturas de Alatorre eran Wast y Junco. El de Zapotlan le abrio los ojos para encontrarse con otra clase de escritores: Baudelaire, Rimbaud, Cocteau, Claudel, Schwob. Alatorre tenia el timon: habia estudiado frances; Arreola, la brujula: le mostraba el camino. Cuando Arreola encuentra a Antonio Alatorre, empieza para ambos una relacion enriquecedora, con productos que incidiran en la cultura del pais.

No era Alatorre el unico que escuchaba elogios a Jovet en labios de Arreola de tarde en tarde, en torno de una mesa del cafe Nápoles. Otros amigos le prestaban atencion en aquellas reuniones que prolongaban o revivian la tertulia de la farmacia Rex: Arturo Rivas Sainz, Adalberto Navarro Sanchez y Joaquin Rios. A veces, el cafe se alegraba con la visita de Ali Chumacero, Lupe Marin y Octavio Barreda. El jerarca de la tertulia era indudablemente Arturo Rivas Sainz, que poseia la "experiencia literaria más completa, más rica, mejor asentada". Arreola era el nervio y la sal de las reuniones.

Seguramente fue en la tertulia del cafe Nápoles donde Arreola y Alatorre conocieron a Rulfo, con quien iniciaron una amistad que solo rompería la muerte.

Más que en la tertulia del cafe Nápoles, las charlas de Arreola y Alatorre con Rulfo tenían lugar en la oficina de este, según recuerda Alatorre:

Rulfo trabajaba en algo vagamente relacionado con Aduanas, a pocos pasos del periódico El Occidental, en un edificio y una oficina y un escritorio que andaban por el rumbo de lo gris y melancólico. Allí era donde solíamos verlo.¹⁵

La casa donde vive Rulfo en Guadalajara es una casa adusta; "infundia respeto", dice Alatorre. En la biblioteca-dormitorio de Juan Nepomuceno hay orden y pulcritud, muchos títulos de novelas norteamericanas y discos de música clásica. Rulfo tiene una cultura citadina. Así lo recuerda Alatorre:

Rulfo poseía tocadiscos, lujo que ni Arreola ni yo hubiéramos soñado. En una de mis dos visitas, Rulfo me hizo oír cosas que yo no conocía, como el Poema para violín y orquesta de Chausson, y el aria "He shal feed His flock like a shepherd" del Mesias de Haendel, bellísimamente cantada por Marian Anderson.¹⁶

Arreola y Alatorre son más activos que Rulfo. El primero no quiere darse por vencido en sus lides de editor de revista literaria. Sueña tener, como don Quijote, una segunda salida. Convence a Alatorre y juntos editan a mediados de 1945 el primer número de Pan, Revista de Literatura.

Arreola había aprendido la lección de Eos: la pequeña patria no prestaba mucha atención a "desfacedores de entuertos", redentores de causas, si no extrañas, no tan familiares. Escribe en el primero número el siguiente "Propósito":

Hacer una revista literaria en Guadalajara es tarea que ofrece a sus emprendedores más de un triste presagio.

El ejemplo de las publicaciones que nos han precedido no es ciertamente halagador. Todas ellas, sin contar una sola excepción, tuvieron vida episódica y señaladamente difícil.

Ahora, en lugar de asumir una responsabilidad superior a nuestras fuerzas, plantamos este germen de revista, que solo alcanzará su mejor desarrollo si a ella concurren nuestros amigos.

Publicando con el mayor decoro posible los originales que nos sean confiados, esperamos que nuestra obra tenga muy pronto el merito que trata de alcanzar.¹⁷

Sólo eso: germen arropado por amigos, páginas que buscan la satisfacción de compartir con los iguales ideas, significados, símbolos, palabras.

Pronto va a tener Arreola un desengaño más: los amigos son muchos pero los escritores pocos. Faltan originales y los números habrán de hacerse otra vez con pocos textos y con los mismos nombres: Arturo Rivas Sainz, Juan Jose Arreola y Adalberto Navarro Sánchez.

Pan se imprimía entre tirada y tirada de El Occidental, cuyo personal, ganado con la simpatía de Arreola, no escatimaba tiempo, trabajo y plomo para esa aventura de las letras. Oigamos a Alatorre:

El director de El Occidental, don Pedro Vázquez Cisneros -"don Gaiferos" en nuestro idioma- era un idealista de gran corazón y de buen humor. Para Arreola era juego de niños seducir a uno de los linotipistas, que en dos o tres ratos perdidos paraba el texto (y hacía luego las correcciones).¹⁸

Se imprimían cien ejemplares, sin anuncios, y se obsequiaban a los amigos. Desde luego, muchos ejemplares se quedaron en bodega.

Junio de 1945: Arreola y Alatorre comentan con Rulfo el primer número de Pan. Se trata de una revista humilde en su tipografía, pero a la vez con elementos de distinción. El título está impreso a tres colores: negro, gris y magenta. El papel, a pesar de las carencias de ese artículo, es excelente. Abre el número un fragmento de La fenomenología de lo poético, libro que tiene en preparación Arturo Rivas Sainz. Siguen dos "fragmentos de una novela" escritos por Arreola, dos poemas de Francisco González León, poeta lagunense fallecido en marzo de ese año, y por último un ensayo de Raissa Maritain ("De algunos músicos"), traducido por Alatorre. Arreola está radiante, satisfecho. Acaricia con palabras la revista. Alatorre es menos efusivo. Rulfo guarda absoluto silencio. A los pocos días, el amigo Juan entrega a los flamantes editores de Pan unas cuartillas:

Puso en nuestras manos unas cuartillas y, como desentendiéndose del asunto, con aquella como brusquedad tan suya, nos dijo que ahí teníamos esa cosa, por si nos servía; y que si no, la tiráramos. Era el cuento "Nos han dado la tierra". ¡Vaya si fue sorpresa! Ni Arreola ni yo sabíamos que Rulfo escribiera, y eso que lo conocíamos desde hacía meses.¹⁹

recuerda Alatorre.

"Nos han dado la tierra" muestra a un grupo de campesinos que regresan al pueblo después de recorrer las áridas tierras que les han repartido. El narrador, uno de los propios campesinos, piensa, platica consigo mismo, se observa a sí y a los demás. La perspectiva de "Nos han dado la tierra", visión del mundo rural desde dentro de un campesino, y el lenguaje que en él maneja Rulfo, constituyeron una nove-

dad ante los ojos de los editores, desconfiados del costumbrismo.

Convencidos Arreola y Alatorre de que "Nos han dado la tierra" es un cuento bien hecho, merecedor de honores editoriales, en julio abren con ese relato el número 2 de la revista. Al cuento de Rulfo siguen una nota sobre Parano de sueños, de Ali Chumacero, escrita por Rivas Sainz, dos poemas de Alatorre y un texto de André Maurois sobre Chesterton, en traducción de Alatorre.

La escasez de originales para la revista Pan queda manifiesta en el número 3, de agosto, que presenta dos traducciones de Alatorre ("La poetica de Paul Valery", de André Rousseaux y "Reflexiones sobre Nueva York", de André Dunoyer de Segonzac). Entre ambas traducciones están "El converso", de Arreola, y dos poemas de Miguel Rodríguez Puga.

Arturo Rivas Sainz figura nuevamente en el número 4, septiembre (el título cambia levemente: Pan, Revista Mensual de Literatura), con un cuento, "El Desahucio", que abandera la causa de los desposeídos, su causa, ya que "el mismo, mal pagado profesor de literatura, acababa de ser víctima" de una situación semejante. No es un buen cuento. Lo propio de Rivas Sainz era el ensayo. Para este número, Adalberto Navarro Sánchez dio un poema, y Alfonso de Alba uno de López Velarde que había encontrado autografiado en la correspondencia de González León, "El adiós". Todos creían que "El adiós" era inédito, pero ya había aparecido en La Nación en 1912. También en ese número figuran dos textos traducidos

por Alatorre ("Fugacidad lenta de las cosas", de Jean Cocteau, y "Fin", de Edgar Neville).

Se acerca octubre y casi no hay colaboraciones. El número 4 tendrá que formarse solo con la "Carta de un amigo", de Valery, traducida por Alatorre, y dos sonetos incoloros de Ricardo Serrano.

Apenas termina la Segunda Guerra Mundial, da comienzo la reconstrucción de Europa. Francia recobra su luz. Paris late de nuevo, y se dispone a recibir de inmediato a estudiantes de Hispanoamérica becados por el gobierno francés. Dieciocho jóvenes mexicanos parten para allá a fines de 1945. Entre ellos va un jalisciense "lleno de sol, de primavera, / de flores y de pájaros... / de internas brisas y profundas voces": Juan José Arreola, que había despertado comprensión en Louis Jouvet. Este lo tendrá en su Théâtre de l'Athénée.

La partida de Arreola deja a Alatorre solo y a Pan sin aliento, aunque con un buen relato para el número 6, "Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos". Alatorre acude a Rivas Sainz para pedirle que tome el lugar dejado por Arreola. Rivas Sainz no accede. Alatorre baraja nombres. Son pocas las cartas. Allí está el de Rulfo, que le ha entregado un nuevo cuento, "Macario". Es de creerse que la invitación se haya convertido en una suplica. Rulfo admite figurar en el directorio como coeditor.

Junto a los relatos de Arreola y de Rulfo, el número 6 de Pan contiene un soneto de Ali Chumacero ("Ojos que te

vieron"), tres de Luis Noyola Vázquez y un extraño poema de Juan de Alba.

Ali Chumacero residía en la ciudad de México. Es nayarita, con parentela en Guadalajara. Cuando viajaba a la capital tapatía, solía ver a sus amigos del café Nápoles, dejarles algún poema, festejar con magnífico humor las anécdotas, comentar con rigor y lucidez alguna página. Luis Noyola Vázquez vivía en San Luis. Escritor cercano a Letras Potosinas, lo suyo no sería la poesía, sino el periodismo, el ensayo, la investigación literaria.

No sale Pan en diciembre. Arreola ya está en París; Alatorre y Rulfo en la ciudad de México. Un amigo de Eos y de Pan, el laguense Adalberto Navarro Sánchez, toma la estafeta. Saca el número 7 en enero de 1946 (la revista se anuncia ahora como bimestral), con textos suyos y de Rivas Sainz, Ali Chumacero y Edmundo Báez.

Distinto de los números anteriores, por el número de páginas, la tipografía, los anuncios y la presentación del contenido, el número 7 de Pan tiene, sin embargo, la calidad de aquellos. Rivas Sainz, "el amigo por excelencia de Pan, un amigo de matices paternales", colabora en él con su ensayo "Poesía pura", y Ali Chumacero con el poema "El secreto". En el número 7, con sus reseñas a libros de José Antonio Portuondo, Héctor del Valle, Efraín Huerta y Max Aub, y con su suplemento -de que carecía- "El despojo", de Georges Duhamel, traducido por Alatorre, Pan cuajaba ya como una revista mayor. Sin embargo, llegó hasta ahí. Mas tarde,

Navarro Sánchez emprendería la edición de una longeva e importante revista en el occidente de México, Et Caetera.

A pesar de su breve vida y de su formato sin pretensiones, Pan tuvo importancia en la formación de la literatura mexicana contemporánea. En ella se publicaron por primera vez dos de los cuentos que Rulfo iba a incluir -sólo Dios lo sabía- en El Llano en llamas, se dieron a conocer dos cuentos clásicos de Arreola y se publicó la primera reseña de Alatorre.

Pan: siete números de literatura cosmopolita, con sabor francés. Desembocadura de amistades con intereses literarios, pero sobre todo floración de un encuentro, el de Arreola y Alatorre. Como las mejores empresas, labor personal, vicio de la ilusión, realizada por el solo placer de hacerla.

Quizas, como señala Alatorre, no sea tan acertado hablar del "trío" de Pan para aludir a la amistad Arreola-Alatorre-Rulfo. Arreola y Alatorre, en Guadalajara, son el "par" de Pan. Con Rulfo, parco en el hablar, platicaban más bien de música. Dice Alatorre que sus conversaciones con Rulfo estaban cargadas de silencios. Así era Rulfo: constructor de castillos interiores. Antes de que les diera a los dos editores de Pan "Nos han dado la tierra", estos ni siquiera sospechaban que hubiera en él un soñador de cuentos.

NOTAS

¹Felipe Cobian Rosales. "Dato fidedigno: Rulfo nació el 16 de mayo de 1917". En Los murmullos, Antología periodística en torno a la muerte de Juan Rulfo. Selección de Alejandro Sandoval, Felipe de Jesús Hernández y Arturo Trejo Villafuerte. México, Delegación Cuauhtemoc del Departamento del Distrito Federal, 1986. (Colección Divulgación de las Artes. Serie Testimonio) pp. 58-59. El acta de bautismo asienta que nació en Savula. Rulfo señalaba que había nacido en San Gabriel pero que por circunstancias de la Revolución sus padres lo llevaron a bautizar a Savula. Lo importante es la decisión que siempre tuvo Rulfo de pertenecer por nacimiento a San Gabriel. nov Venustiano Carranza.

²"Entrevista a Blas Galindo". En México Indígena, número extraordinario, 1986, pp. 55-56.

³Felipe Cobian Rosales. "Fue entonces cuando Rulfo vio a su padre asesinado". En Los murmullos, Antología... pp. 50-51.

⁴Juan Rulfo. "Mi padre", texto inédito dado a conocer un año después de la muerte de Rulfo por Diario 16 el 4 de enero de 1987. Lo reprodujo en México La Jornada el 6 de enero, p. 16.

⁵Felipe Cobian Rosales. "La cordillera sería el título del tercer libro escrito por Rulfo". En Los murmullos, Antología... p. 54.

⁶Fernando Benítez. "Conversaciones con Juan Rulfo". En México Indígena, ed. cit., pp. 46-51.

⁷Idem, p. 48.

⁸Reina Roffe, compiladora. Juan Rulfo. Autobiografía armada. Buenos Aires, Corregidor, 1973. (Serie Breve) pp. 52-54.

⁹Eos, Revista Jalisciense de Literatura, num. 1, 30 de julio de 1943-num. 4, 31 de octubre de 1943. Edición facsimilar. Presentación de Juan José Arreola. México, FCE, 1985. (Revistas Literarias Mexicanas Modernas) p. 10.

¹⁰Eos, Revista Jalisciense de Literatura, ed. cit., pp. 15-16.

¹¹Idem, p. 67.

¹²Idem, p. 12.

¹³Felipe Cobian Rosales. "Dato fidedigno...", p. 58.

¹⁴Juan Rulfo. "El desafío de la creación". En Revista de la Universidad de México, vol. XXXV, nos. 2-3, octubre-noviembre de 1980, pp. 15-16. Al parecer, este texto es transcripción de una conferencia-charla de Rulfo.

¹⁵Pan, Revista de Literatura, num. 1, junio de 1945-num. 7, enero y febrero de 1946. Edición facsimilar. Presentación de Antonio Alatorre. México, FCE, 1985. (Revistas Literarias Mexicanas Modernas) p. 224.

¹⁶Idem, pp. 234-235.

¹⁷Idem, p. 239.

¹⁸Idem, p. 231.

¹⁹Idem, p. 224.

III. TIMIDO, INTROVERTIDO Y JOVIAL. RULFO Y LA REVISTA AMERICA

Creyeron Arreola y Alatorre que eran los primeros en dar a conocer la obra de Juan Rulfo con la publicacion de "Nos han dado la tierra" en el numero 2 de Pan. Estaban equivocados. En la ciudad de Mexico se venia editando desde agosto de 1940 la revista America. Fue en el numero 40 de esta publicacion, de fecha 30 de junio de 1945, donde aparecio por primera vez un cuento de Rulfo, "La vida no es muy seria en sus cosas", ciertamente apenas un mes antes de que el numero 2 de Pan llegara a los hogares tapatios.

Efren Hernández llevo a los editores de America el primer cuento de Rulfo. Como hemos visto en el capitulo anterior, Rulfo, timido y deprimido, cultivaba un jardín interior de floraciones literarias sin que nadie, más allá de Hernández, lo supiera.

"La vida no es muy seria en sus cosas" contiene ya el elemento tragico que aparecerá en la narrativa de Rulfo. Hay dos personajes: una mujer que ha perdido a su esposo y a su hijo mayor y que lleva en el vientre al segundo hijo, y Crispin, el niño que aun no nace. Crispin disfruta de la placidez de la cuna humana. La madre se entusiasma con los latidos de la nueva vida. Esa relación de ternuras es cortada repentinamente al caer la madre en forma accidental y morir ambos. Se impone el destino, inmisericorde. Triunfa el absurdo sobre la felicidad. Fracasan los planes humanos.

Cuando Rulfo da a America su cuento "La vida no es muy seria en sus cosas", la narrativa europea y norteamericana se inclina al análisis introspectivo existencialista. Rulfo vive también la preocupación profunda por el ser del hombre, su razón, su destino. Mira con amargura la hecatombe mundial, el dolor, la miseria, la violencia, la muerte. En ese cuento Rulfo recrea su propio estado animico, ha dicho Julio Rodríguez Luis.¹

Los editores de America se interesaron en el autor de "La vida no es muy seria en sus cosas" y le pidieron más trabajos suyos. En el número 42, de 31 de agosto de 1945, apareció en la revista el cuento que el mes anterior había publicado en Guadalajara Pan, "Nos han dado la tierra", con pequeñas modificaciones. También reapareció en America el segundo relato de Rulfo publicado por Pan, "Macario", con algunas variantes, número 48, junio de 1946. Antecede a ese cuento la primera nota crítica acerca de la narrativa de Rulfo, escrita por Marco Antonio Millán, Director de America:

Descubierto y estimulado desde hace tres o cuatro años por Efrén Hernández -quien lo ha puesto en contacto con los animadores de esta Revista-, Juan Rulfo se ha distinguido desde sus primeras letras publicadas, por una fresca sencillez soleada de tierra provechosamente llovida y por una hondura de visión poco comunes en nuestro medio literario, dentro del cual habrá de ocupar tarde o temprano el puesto que le van ganando sus pensamientos.

Más de un año después de haberse publicado en America el texto de "Macario", se dio a conocer en esa revista otro cuento de Rulfo, "Es que somos muy pobres", en el número 54,

de fecha 30 de agosto de 1947, y al año siguiente apareció "La Cuesta de las Comadres", número 55, febrero 29 de 1948.

Al pie de "La Cuesta de las Comadres" hay una nota de Efrén Hernández, en la que señala el rigor y el ansia de superación artística que observaba en Rulfo:

Nadie supiera nada acerca de sus inéditos empeños, si yo no, un día, pienso que por ventura, adivinara en su traza externa algo que lo delataba; y no lo instara hasta con terquedad, primero, a que me confesase su vocación, enseguida, a que me mostrara sus trabajos y, a la postre, a no seguir destruyendo.

Till Ealling -tal era el seudónimo de Hernández- agrega que la sinceridad artística de "La Cuesta de las Comadres" es nueva en México, a pesar de que ha constituido una aspiración casi enfermiza entre los escritores. Ciertamente: Rulfo mostraba una autenticidad que tras siglos de lenguaje falso y de imitación literaria constituía un punto de llegada. José Revueltas, Jesús R. Guerrero y J. Guadalupe de Anda hacia algunos años venían remando hacia ese puerto.

Hacia 1945 Rulfo deja de trabajar en la Secretaría de Gobernación. Entre ese año y los dos siguientes su vida se vuelve más difícil que cuando sobrevivía con el exiguo sueldo de archivista de folios de inmigrantes. Por la ley de compensación, conoce entonces a quien será su contrapeso en las desgracias, su timón en las horas adversas: Clara Aparicio.

En 1947, México se incorpora de lleno a la industria de la posguerra. Hay inversiones extranjeras y planes de desarrollo. El poniente de la capital ve sustituidas las anti-

guas haciendas y los establos lecheros por grandes fabricas. En una de las nuevas instalaciones de la Goodrich Euzkadi hay un lugar para Rulfo. Su oficio anterior parece recomendarlo para fiscal de los obreros, puesto que sin embargo no puede desempeñar con agrado. Es testigo de la explotacion del hombre, de la entronizacion de la máquina. Asi escribe a Clara a fines de febrero de 1947:

Ellos no pueden ver el cielo. Viven sumidos en la sombra, hecha más oscura por el humo. Viven ennegrecidos durante ocho horas, por el día o por la noche, constantemente, como si no existiera el sol ni nubes en el cielo para que ellos las vean, ni aire limpio para que ellos lo sientan. Siempre así e incansablemente, como si sólo hasta el día de su muerte pensarán descansar.

Te estoy platicando de lo que pasa con los obreros en esta fábrica, llena de humo y de olor a hule crudo. Y quieren todavía que uno los vigile, como si fuera poca la vigilancia en que los tienen unas máquinas que no conocen la paz de la respiración. Por eso creo que no resistiré mucho a ser esa especie de capataz que quieren que yo sea. Y sólo el pensamiento de trabajar así me pone triste y amargado. Y sólo el pensamiento de que tú existes me quita esa tristeza y esa fea amargura.²

Rulfo trabaja en la Goodrich desde 1947 hasta 1954. Mientras ve las cosas "que no calculaba que existieran", como el hecho de que "aquí en este mundo extraño, el hombre es una máquina y la máquina está considerada como hombre", da a la revista América nuevos cuentos, luego entrega al Fondo de Cultura Económica una selección con textos reelaborados y con otros relatos, y escribe su novela. Rulfo ejemplifica el caso de la depresión creadora.

Contrariamente a lo que era de esperarse, Rulfo no toma a los personajes del entorno en que vive o trabaja. Ni la

ciudad ni la fabrica le van a dar tipos para su narrativa. En la soledad de su cuarto de casa de huéspedes reconstruye realidades que tienen que ver definitivamente con el mundo rural de su infancia. Los recuerdos de familia, los relatos de los arrieros, las historias que había oído contar, son recreados por él en un lenguaje cortado a navaja, como el que hablaban sus paisanos de Jalisco.

Rulfo leía cuanta novela le era posible comprar. "No sé por qué, pero siempre por donde yo ando, camino o vagabundeo, encuentro librerías", confesaba a Clara en julio de 1947. Algunas tardes iba a un café de chinos de las calles de Dolores, a la tertulia que hacían los intelectuales que patrocinaban y redactaban América, a quienes se uniría. Los fines de semana subía al Ajusco, al Popocatepetl o al Nevado de Toluca. Nada procuraba tanto como contemplar el infinito e interrogar la inmensidad con su mirada. La soledad de las alturas era el sitio mejor para observarse a sí mismo, para sus monólogos recurrentes. Con su cámara fotográfica llegó a obtener magníficas reproducciones de paisajes mexicanos. Entendía el lenguaje de las imágenes, la perspectiva de los ángulos, el juego de la sombra y de la luz.

La ciudad de México ofrecía ventajas que no tenían las pequeñas ciudades del interior: vida cultural, empleos, periódicos, librerías, pero Rulfo vivía en continuo desasimiento. No se sentía arraigado a la metrópoli. Sufrió por estar lejos de Clara y de la capital jalisciense:

Y es que aquí la vida no es nada blandita. Es como si de nueva cuenta también, estuviera uno comenzando a vivir. A veces me imagino que desde que llegue a esta ciudad he estado enfermo y que no me aliviaré ya jamás. Y me siento como si me arrastrara la corriente de un río, como si me empujaran, como si no me dejaran ver hacia atrás.³

El desarraigo que Rulfo experimentaba no era simple consecuencia del cambio geográfico. Desde pequeño había sentido que le cortaban las raíces en las cuales apoyarse para crecer, como diría el coronel de "Diles que no me maten". Rulfo había llegado a la capital para quedarse en ella, pero no era ciudadano. Su mente estaba en San Gabriel. Pero tampoco era ya provinciano. La provincia sólo tenía para él recuerdos de escenas sangrientas.

Mientras intenta resolver los problemas de la vida cotidiana, como conseguir un departamento para vivir con su esposa, con Clara Aparicio de Rulfo desde 1947, y en los ratos que le hurta a su trabajo en la Goodrich, en la que llega a desempeñarse como agente de ventas foraneo, Rulfo escribe, sube a los volcanes, entra a las librerías de viejo, toma fotos, ve cine con regularidad, oye música clásica y, sobre todo, lee novelas.

Entre febrero de 1948, año en que nace su primera hija, Claudia, y diciembre de 1949, no entrega ningún texto a la publicidad. América, que pasa entonces por una de sus malas épocas, sólo publica en ese lapso seis números (56, 57, 58, 59, 60 y 61), en uno de los cuales, el número 59, incluye once fotografías de paisajes tomadas por Rulfo.

En el número 62 de America, enero de 1950, aparece "Talpa", con episodios que se sitúan en tzinzontla y en el famoso santuario del occidente de Jalisco. En diciembre de ese año llega a los lectores del número 64 de America "El Llano en llamas", relato de contiendas revolucionarias en el sur de Jalisco. Finalmente, esa revista da a conocer en el número 66, junio de 1951, el texto "Diles que no me maten". Ese año nace su segundo hijo, Juan Francisco.

Hablar de la revista America es mencionar una publicación muy diferente de las tapatías Eos y Pan. Esta revista tuvo la pretensión de ser "Órgano de la juventud hispanoamericana", según se lee en la portadilla de los primeros números. En el número cuatro se observa además la leyenda "Tribuna del pensamiento continental democrático", y más adelante "Tribuna de la democracia", que alternará con "Tribuna de las democracias". Otras de sus leyendas fueron "Revista de contacto americano", "Por una América libre y unida", "Revista mensual de cultura", "Revista antológica de literatura" y "Revista antológica".

America fue fundada en 1940 por un grupo de jóvenes mexicanos y de españoles del exilio, procedentes de las Juventudes Socialistas Unificadas de México y de la Juventud Socialista Española, respectivamente. El poeta Roberto Guzmán Araujo, quien llegaría a ocupar puestos de importancia en el gobierno de Avila Camacho aglutinó a unos inquietos dirigentes estudiantiles dedicados al cultivo de la sociología, el arte y las letras: Manuel Lerín, Agustín Rodríguez

Ochoa, Armando Salazar, Jose Pavia Crespo, mexicanos; Juan Bautista Climent Beltrán, Carlos Sainz de la Calzada, Tomas Ballesta, Jesús Bermúdez y Juan Vilatela, republicanos. Mexicanos y exiliados deseaban crear una asociación cultural que propiciara el intercambio de ideas, estudios, opiniones, proyectos, y que por lo tanto contribuyera a que, en palabras de Marco Antonio Millán, "el pueblo español y los pueblos hermanos de nuestro continente se identificaran".⁴ Guzman Araujo presidió el Consejo Editorial de la asociación, que tomó el nombre de Unión Cultural América, con la idea de también editar libros. Quedó como Director de América Agustín Rodríguez Ochoa, y como Subdirector Juan Bautista Climent Beltrán.

Con la incorporación de Millán en la revista, hacia el número 18, esta tomó rumbo literario más que sociopolítico, mismo que se consolidó con la adición de Efrén Hernández y de Margarita Michelena en el consejo de colaboración del número 48 y siguientes.

A partir del número 59 América aumentó la presencia literaria con dos escritores más en su consejo de colaboración: el cuentista Juan Rulfo y la novelista Magdalena Mondragón. En el número siguiente de la revista, Efrén Hernández figuró como Subdirector, en lugar de Climent, quien pasó a ocupar un sitio en el consejo de colaboración y poco después desapareció del cuerpo directivo. Climent era un socialista convencido, un hijo legítimo de la España republicana.

Efren Hernandez, como Marco Antonio Millan, tuvo gran participación en una etapa de la revista. En el numero 65 se le nombró Co-director. Otras modificaciones hubo a continuación. En el numero 67 se sumaron al consejo de colaboración Luis Noyola Vázquez, Ramón Martínez Ucaranza y Alberto Quiroz. El Consejo de colaboración fue modificado nuevamente en el numero 70, con la inclusión de Salomon de la Selva, Jose Martinez Sotomayor y Felipe Ayala Manzo. Este numero ya no presenta a Juan Rulfo ni a Alberto Quiroz en el consejo de colaboración.

América tuvo el sello que le imprimió cada uno de sus principales animadores. Juan Bautista Climent parece haber influido considerablemente en ella durante los primeros numeros. Luego llegó el poeta Marco Antonio Millán, a quien se ha considerado el alma de la revista. Efren Hernandez, poeta, cuentista, novelista, ensayista, dramaturgo, guionista, se entregó a ella con pasión. Fue Subdirector y Co-director de América, aunque no perteneció al grupo fundador. A su muerte, los editores prometieron continuar con la revista como el mejor homenaje que podían hacer a su memoria. Varios de los nombres que figuraron al final en América eran enemigos del socialismo, lo que quizás haya sido un factor de la gran crisis que llevo a la desaparición de la revista. América murió con un sello contrario a aquel con que había nacido.

América fue una publicación indoamericanista y nacionalista. Prevenia acerca del fenómeno norteamericano. En sus

ultimos numeros, a raiz de la invasion de Hungria por las tropas soviéticas, se pronunció en forma poco elegante contra la Unión Soviética y contra el comunismo.

El nacionalismo de América cristalizó en el seguimiento de la vida sociopolítica del país. Las actividades científicas y académicas, como el Congreso Internacional de Cirugía, el Congreso Nacional de Física, el Congreso Demográfico Interamericano, la Conferencia Panamericana de Salud, El Congreso Nacional de Historia, en Veracruz, lo mismo que la Segunda Feria del Libro, la instalación de bibliotecas públicas y la Feria de la Primavera, aparecieron reseñadas en la revista. De la política nacional, dos temas atrajeron principalmente la atención de los redactores, la educación y la seguridad social. Sobre el primero, destacan trabajos de René Avilés Fabila, y acerca del segundo, los ensayos de Rodríguez Ochoa y de Pedro de Alba. Si bien en menor medida, también se cuentan estudios acerca del tema del trabajo, con comentarios referentes a la contratación de braceros mexicanos por parte de Estados Unidos y con la reproducción de discursos, como el que dirigió el Secretario del Trabajo, Ignacio García Téllez, a los trabajadores del continente.

No toda América fue un discurso oficial ni una proclama nacionalista de jicara y sombrero ancho, ni sus páginas sacrificaron la calidad en aras de la ideología socializante. En ella hubo hojarasca y fruto, aciertos y caídas. Entre sus no escasos logros pueden contarse la serie de ensayos sobre el indoamericanismo, el apoyo a la obra literaria de

escritoras, su larga vida en el intento de llevar cultura a un publico numeroso y de nivel medio, la presencia de Efrén Hernández, uno de los escritores mejor dotados en esa etapa de la cultura mexicana, su vinculación al séptimo arte, la publicación de las primeras versiones de los cuentos de Rulfo. "Juan crecía -ha dicho en acertada frase Marco Antonio Millán- en tanto le publicábamos poco a poco todo El Llano en llamas".

Rulfo tuvo con la revista América una relación más firme que la que había tenido con Pan. Las tardes en que los colaboradores de América se reunían en un café de la calle de Dolores para organizar los números de esta, Rulfo llegaba sin el peso de la depresión, aunque un poco reservado, más bien tímido. Los compañeros de entonces lo recuerdan jovial.

Los cuentos que Rulfo llevaba a la tertulia del café de chinos para que se publicasen en América coincidían con los textos de otros autores incluidos en la revista en dos vertientes definitorias de esta publicación: el nacionalismo y el existencialismo.

El nacionalismo tuvo en la revista América manifestaciones constantes, pero diversas en su factura y en sus alcances. Ese nacionalismo multifacético de América logró en los cuentos de Rulfo su momento más apreciable. No es el de Rulfo un nacionalismo exterior, de huipil y de tambora. Hay en este autor una indagación profunda del drama social de los mexicanos, un compromiso estético con la idiosincrasia

del pueblo. Rulfo, hombre de preocupaciones sociales, intentaba comprender el país en que había nacido, la gente con quien vivía. Encontraba la realidad de este suelo insoponible por injusta. La miseria del pueblo bajo, que constituye mayoría, la injusticia, la explotación y el abandono ancestrales que vive soportando, le llegaron tan hondo como los recuerdos de su infancia. Para él, estas dos realidades, la común y la personal, se fundían en una sola. Rulfo, hombre de letras, escribía historias que parecían al lector reales pero que no lo eran. Su estética se orientaba en la recreación imaginaria de realidades. No escribía ensayos ni reportajes históricos o sociales, sino ficciones literarias, verdades aparentes en que los personajes se movían con entera libertad. Para sus personajes, Rulfo no construía previamente los callejones, pues sabía que en la literatura todo callejón preconstruido es un callejón sin salida. En esto radica la diferencia entre el nacionalismo de Rulfo y el de muchos de sus contemporáneos en cuanto a estética literaria. El de estos fue con frecuencia un nacionalismo de consigna y de miopía interior. El nacionalismo de Rulfo fue identificación de las raíces comunes, es decir, el conocimiento del ser del hombre. Creo, así, una obra auténticamente nacionalista, esto es, universal.

El nacionalismo de Rulfo tomó forma en expresiones y en actitudes de su persona a lo largo de su vida. Desde la lectura de los libros elementales de historia patria había aprendido el nombre del invasor, del saqueador, del domina-

dor. Mas tarde vivió los episodios de la nacionalización del petróleo, de gran impacto en la conciencia del pueblo. Luego fue testigo de como Estados Unidos, con la imposición de la alienante industrialización del país a partir de la Segunda Guerra Mundial, nuevamente se servía a su antojo de la nación que desde hacía un siglo venía destruyendo y robando. Pero Rulfo sabia que no era con agresiones como podíamos hacer frente al devastador coloso del norte, a las acciones arbitrarias, del imperialismo, sino con el conocimiento y el aprecio de la cultura propia, una suma de culturas antiquísimas y muy ricas. Pasados los años, cierta vez diría de Estados Unidos lo que siempre había creído:

Si, fuimos sometidos a su poderío económico y, ciertos países nuestros, hasta al político. Pero culturalmente ellos jamás han podido someternos ni tampoco influirnos por la sencilla razón de que no comprenden la mentalidad latinoamericana, profundamente ajena a la anglosajona. Algo más, la cultura latinoamericana tiene tras de sí muchos siglos de existencia. Nuestro pasado, tan antiguo como la propia humanidad, sigue vivo en la memoria de millones de gentes.

Si, somos vecinos, ellos explotan nuestras riquezas naturales, nuestra mano de obra barata, pero jamás podrían imponernos su cultura. La nuestra ya estaba creada cuando ellos vinieron a estos lugares de América. Nosotros crecimos odiándolos. Nos declararon la guerra y nos quitaron mas de la mitad de nuestro territorio. No tenemos nada en comun con ellos: ni idioma ni costumbres ni convicciones. Así que no tiene por que ocuparnos su modo de vida. Ya han hecho intentos de imponernoslo, pero como se ignora cualquier aporte valioso de ellos, además de acumular dinero, ¿qué mas podrían enseñarnos? A no ser la corrupción, pero también de ella ya tenemos suficiente.*

La expresión del destino tragico de Mexico obtuvo en las corrientes del existencialismo impulsos aprovechados por Rulfo en toda su fuerza. La angustia del desarraigo, la

busqueda de respuestas a la identidad personal, el pesimismo, el desengaño, se hicieron familiares a varios poetas que escribían en América y conformaron una atmósfera que fue la respirada por Rulfo durante su segunda estancia en la capital.

Las ideas estéticas de Rulfo reafirmaron una importante dirección de la literatura mexicana, la que habían seguido Lizardi, Inclán, Payno, José T. Cuéllar, Azuela, de Anda, Guerrero y Revueltas, entre otros, la del realismo. Es el suyo un realismo estilizado, una reelaboración de tipos, escenas y paisajes del campo jalisciense de la primera mitad del siglo. No hay en su obra retratos de la realidad. Sí, una realidad posible.

Los personajes que observamos en la primera obra de Rulfo, El Llano en llamas, son gente miserable. Rulfo los echa a andar entre laberintos de crímenes y ternuras, ilusiones y tragedias. Entre página y página de sus cuentos, vemos seres que tanto la historia social como las vivencias interiores sofocan y oprimen. Nacen esos personajes de los recuerdos infantiles y juveniles de Rulfo, que pasó sus primeros años entre arrieros y campesinos y luego los buscaba para que le contaran sus historias. Rulfo sabía que a los campesinos no había llegado la justicia ni con la Revolución ni con los gobiernos que siguieron a ella. Es a esos campesinos, históricamente esclavos, a quienes hace sujetos identificables en la realidad creada por él. Esa actitud refleja la ideología política de Rulfo, que cuestiona determi-

nadas acciones del gobierno mexicano⁷ y ataco duramente al imperialismo. Sin duda alguna el sabia que de cuando en cuando se pueden dar en el gobierno algunos resquicios de honradez o de eficiencia. Seguramente estaba convencido de la grandeza del pueblo norteamericano, a cuyos escritores contemporaneos debe la narrativa de Mexico una fuerza importante. Pero se interiorizaba del pesimismo de su mundo literario. Casi se sentia un personaje de El Llano en llamas. Desde alli resultaban naturales los reclamos.

NOTAS

¹Julio Rodríguez Luis. "La función de la voz popular en la obra de Rulfo". En Cuadernos Hispanoamericanos, nos. 421-423, julio-septiembre de 1985, pp. 141-142.

²Las Jornadas, 6 de enero de 1987, p. 16

³Idem, p. 17.

⁴Marco Antonio Millán. "América. Revista Antológica". En Las revistas literarias de México. Segunda serie. México, INBA, 1964. p. 113.

⁵Idem, p. 129.

⁶Ivan Argentinski. "Jamás podrían imponernos su cultura: Rulfo". En Plural, número 189, junio de 1987, p. 30.

⁷Los críticos han visto en "Nos han dado la tierra" un cuestionamiento al reparto agrario. Rulfo expresaba que este había sido un fracaso. También llegó a aludir a la corrupción en un polémico discurso leído en la Universidad en noviembre de 1980, pocos días después de que el gobierno patrocinara un homenaje nacional en su honor.

V. LABERINTO DE ESPEJOS. TECNICA Y CONTENIDO EN LA OBRA DE RULFO

Hubo en la elaboracion de El Llano en llamas y de Pedro Paramo tres grandes vertientes de influencias literarias. Rulfo siguió, en primer termino, una orientación fijada en la narrativa mexicana desde Lizardi y renovada por Azuela. Constituyeron la segunda vertiente los escritores españoles de entresiglos, particularmente Valle-Inclan. La tercera vertiente la configuraron los recursos técnicos y la concepción de la novela que Rulfo halló posiblemente en los narradores europeos y norteamericanos de la primera mitad del siglo. En consecuencia, la obra de Rulfo fue en gran parte un trabajo de síntesis, de aprovechamiento de aciertos de la narrativa mexicana y de la de otros países. La capacidad de recepción, de selección y de asimilación con que Rulfo leyó la narrativa de avanzada y el bagaje de sus emociones íntimas lo condujeron a la redacción de una obra original. Rulfo dio al cauce de esas vertientes su estilo único, proveniente del arraigo mental a su tierra y de los recuerdos de su infancia. Pero fundamentalmente se produjo en su obra la integración de la tradición cultural mestiza del centro y del occidente de México, criba a la vez de la sensibilidad, la lengua y la mentalidad de origen nahuatl, y del pensamiento, la expresión y la vida hispanocriolla.

El lenguaje popular

Rulfo escribió El Llano en llamas y Pedro Páramo con el oído atento al lenguaje popular, actitud que había tenido ya una larga serie de escritores mexicanos, desde Lizardi. Pero el jalisciense buscó, más que el léxico de los campesinos, el mecanismo y las implicaciones de la conversación de esa gente.¹

El pensamiento de la expresión popular figuró con fuerza en la literatura iberoamericana de las primeras décadas del siglo XX (José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes), y en su presencia en la literatura mexicana tuvo papel importante Azuela. Temas, personajes, voces y conciencias populares aparecieron luego en la obra de José Mancisidor, José Rubén Romero, Cipriano Campos Alatorre, Mauricio Magdaleno, José Revueltas, que configuraron la escuela literaria a la que iba a pertenecer Rulfo.

El lenguaje de la obra de Rulfo posee onomatopeyas, arcaísmos, indigenismos, vulgarismos, construcciones anafóricas, el lenguaje de la cortesía y el de la autoconfirmación. Se trata de un lenguaje rico, connotativo, de una expresividad como cortada a navaja, como tallada con buril. Ese lenguaje animado, vital, ambiguo y preciso a la vez, es puesto por Rulfo en boca de campesinos, arrieros, niños de pueblo, curanderos, maestros de escuela rural, expresidiarios, como si se limitase a transcribir los relatos comunicados por ellos.

El narrador

Rulfo tuvo especial interés en recurrir a una técnica que conviniera al realismo psicológico y social que se proponía seguir. En la narrativa española, ya Valle-Inclán y Gómez de la Serna, entre otros, habían modificado la relación del autor con sus personajes, quitándole terreno a la narración-ensayo para dar al protagonista la capacidad de crearse y de explicarse a través de su lenguaje y de sus acciones. Rulfo asimiló esa técnica; redujo las intervenciones que buscaban, más que describir, explicar la acción, y evitó las reflexiones moralizantes de la novela naturalista. En un texto escrito muchos años después de la publicación de sus dos famosos libros, explicaría su papel como creador:

Una de las cosas más difíciles que me ha costado hacer precisamente, es la eliminación del autor, eliminarme a mi mismo. Yo dejo que aquellos personajes funcionen por sí y no con mi inclusión, porque, entonces entro en la divagación del ensayo, en la elucubración; llega uno a meter sus propias ideas, se siente filósofo, en fin, y uno trata de hacer creer hasta en la ideología que tiene uno, su manera de pensar sobre la vida, o sobre el mundo, sobre los seres humanos, cuál es el principio que movía a las acciones del hombre. Cuando sucede eso, se vuelve uno ensayista.²

El lenguaje del narrador en la obra de Rulfo presenta la escenografía de las acciones, crea atmósferas y paisajes, acota los diálogos. Educado en la fotografía, en el cine y en la música, no menos que en los murmullos de la conciencia, Rulfo escribe escenas eminentemente visuales y auditivas, como las siguientes:

San Gabriel sale de la niebla húmedo de rocío. Las nubes de la noche durmieron sobre el pueblo buscando el

calor de la gente. Ahora está por salir el sol y la niebla se levanta despacio, enrollando su sabana, dejando hebras blancas encima de los tejados. Un vapor gris, apenas visible, sube de los árboles y de la tierra mojada atraído por las nubes; pero se desvanece en seguida. Y detrás de él aparece el humo negro de las cocinas, oloroso a encino quemado, cubriendo el cielo de cenizas. ("En la madrugada")

En el hidrante, las gotas caen una tras otra. Uno oye, salida de la piedra, el agua clara caer sobre el cántaro. Uno oye. Oye rumores; pies que raspan el suelo, que caminan, que van y vienen. Las gotas siguen cayendo sin cesar. El cántaro se desborda haciendo rodar el agua sobre un suelo mojado. (Pedro Páramo)

Rulfo llevo a su máximo rendimiento literario el monólogo, recurso mediante el cual logro que los personajes se volvieran sobre si mismos, desnudaran su alma. Elemento inherente al monólogo en su obra fue la memoria portentosa, la recordación detallada de sucesos lejanos a cargo de los protagonistas. En la utilización de esos recursos, Rulfo se asemejo, sea que haya habido influencias o coincidencias, a Ramuz, Dos Passos, Faulkner, Proust.³

El perspectivismo literario

El universo narrativo de Rulfo, como el de Dostoievsky, se poblo con personajes complejos, hechos de una pasta amasada con diversas sustancias. Rulfo siguió a quienes veían en los seres humanos la integración de elementos distintos y aun contradictorios. Azuela, Revueltas, Yañez, y mucho antes en la narrativa hispanica Galdos y Clarin, habían desechado la idea de que la vida entre la gente de la provincia carecía de conflictos emocionales, y habían retomado la afirmación de que el problema humano no depende de la geografía

sino de la propia condicion del hombre, que es amasijo de amores y de odios, de venganzas y de ternuras, de fallas y de grandezas.

Los personajes que encontramos en la obra de Rulfo son muy complejos, son ellos mismos. No hay en la narrativa de Rulfo juicios acerca de los protagonistas, como atinadamente ha escrito Ignacio Trejo:

Rulfo no juzga, sino muestra. Asi, no es teologo, ni escolastico ni meralista: es un conocedor profundo de la existencia humana, convencido de su esencia conflictiva, compleja y contradictoria."

La palabra de Rulfo crea desde dentro al protagonista, que llega a escena con su verdad, con su propia justificacion. Cada personaje tiene su trastienda particular y posee la verdad a su manera. Rulfo, un gran psicologo, un gran observador del alma, de las actitudes del hombre y de sus mecanismos mentales, construye personajes que no poseen solo una verdad, sino varias, y estas contradictorias; hace figuras multidimensionales, observadas en sus diferentes caras; cambia al narrador de perspectiva, lo lleva a diversos sitios y a distintos tiempos a fin de observar mejor al protagonista. Sabe, como Ortega y Gasset, que los individuos son con su circunstancia, y como Ramon Iglesia, que la verdad es relativa.

El Mexico de Rulfo

Rulfo surgió como escritor en los años en que el nacionalismo batía con fuerza los remos. Desde principios del siglo XIX, se había producido en Mexico una corriente artis-

7

tica e intelectual simpatizante de los tipos populares. Lizardi, Linati, Cumplido, Prieto, Inclán, Payno, observaron a los personajes del campo y de los barrios de la ciudad de México. A lo largo de ese siglo hubo en el país viajeros que describieron en sus memorias la vida y el paisaje del interior. Ya en 1851, Edouard Pingret fechó su pintura "Herrador de caballos en un patio mexicano". Una pareja de niños de la familia Rincón Gallardo dio a Maximiliano la bienvenida en Tlalpan. Iban vestidos, el de charro y ella de china poblana. Al paso del tiempo, los artistas y los intelectuales enfatizaron el sentido social del costumbrismo, muchas veces con intenciones reivindicatorias, y en ocasiones sin complacencias. Un médico novelista anduvo en medio de la tropa: Azuela. De pueblos devastados por la violencia y el hambre procedían Jesús R. Guerrero y Juan Rulfo. A la gente apostada en las tierras áridas de los Altos de Jalisco pertenecía José Guadalupe de Anda. De la vida cotidiana en los barrios céntricos de la ciudad de México sabía muy bien Revueltas, que había nacido en un pueblo de Durango durante los días más duros de la Revolución. El México de todos ellos fue el México de dentro: el de los caciques, los bandoleros, los tahúres, los presidiarios, los curanderos, las prostitutas, los buscabullas; el México ignorante y miserable. Inclán había escrito acerca de los charros contrabandistas; Payno, sobre una gavilla de asaltantes. Azuela presentó su Demetrio Macías: ni héroe ni villano; de cualquier manera, alguien del pueblo. "Desde una perspectiva irreduc-

tiblemente pesimista" -palabras de Ignacio Trejo-,⁵ Rulfo escribió en torno de la vida de los campesinos jaliscienses. Con sus carencias y su interior laberíntico, ellos fueron su modelo. Ni Azuela ni Revueltas cantaron al hombre victorioso.

Azuela fue alcalde de su pueblo durante el breve periodo maderista. Al acabar este, se incorporó a la tropa de Villa. Pasada la contienda, en su casa de Santa María la Ribera rumiaba los recuerdos de su participación en un movimiento que consideraba traicionado. Todo lo que venía después le dejaba grandes decepciones. No había político en el que no sospechara aspiraciones ilegítimas. Rulfo devengó un modesto sueldo de burocrata gran parte de su vida, pero tuvo siempre una visión desencantada del gobierno. Como Azuela, fue siempre leal a su pesimismo, a su "intima tristeza reaccionaria". Dice Elías Trabulse que la visión que Rulfo tenía de México

era la visión desencantada, descarnada, carente de fantasía de alguien que sabe que la historia escrita de México no es más que el itinerario de las desventuras de los explotados y los desposeídos de siempre, para quienes no existe un mundo ideal ni al principio ni al final de la historia.⁶

Rulfo no podía ser un aeda de las glorias de la Revolución. Con arbitrariedades, violencia y muerte, esta representa en su obra un rompimiento del orden social mal establecido. El régimen anterior a la Revolución era un estado de cosas en desorden. La Revolución será un nuevo caos, y la sinrazón la tónica permanente en el país. Durante el porfiriato, las relaciones sociales estaban dañadas: el cacique

se apropiaba de tierras y de vidas; los demás consentían, avalaban o padecían los abusos. El gobierno se hallaba lejos y propiciaba el triunfo del más astuto, del más fuerte. En ese régimen inmoral, los latifundios crecían a fuerza de engaños, de matrimonios interesados, de robos y de homicidios. Llega la Revolución y lo único que deja es el olor de los cadáveres chamuscados. Como en la obra más conocida de Azuela, hay en los textos de Rulfo personajes que se van a la lucha sin saber por qué, en sola respuesta a impulsos de venganza y en busca del placer que les asegura la muerte ajena. Para Rulfo, la Revolución coincide con el desorden espiritual de los individuos (padre Rentería) y produce la liberación de fuerzas animales soterradas, la animalización de las relaciones entre los individuos: hasta los apodos con que se nombran los protagonistas pertenecen al reino animal.

También la Guerra Cristera aparece en la obra de Rulfo, que la describe en "La noche que lo dejaron solo": razonamiento satánico del militar que desea colgar al primero que pase por el camino sólo para completar el número de muertos que pide la dimensión de la venganza.

Sentido de El Llano en llamas

Los personajes de El Llano en llamas son trágicos, se hallan situados sin salida posible en la negatividad y en la destrucción, como algunos personajes de Dostoievsky y de Valle-Inclán. El gran mural que forma ese pequeño libro de cuentos está realizado con pinceladas de desesperación, de

autodevaluación, de miedo, de crueldad, de pesada culpa, de ansia de perdón y de soledad. En él se observan las consecuencias de un estado corrompido de las relaciones familiares, sociales y políticas, con el daño como constante.

El crimen es un acto motivado por la venganza en "El hombre" y en "Diles que no me maten". El odio, el rencor, el rompimiento del vínculo de parentesco, el filicidio y el parricidio, están en "No oyes ladrar los perros" y en "La herencia de Matilde Arcángel". La lujuria, el incesto, en "En la madrugada", en "Talpa" y en "Anacleto Morones". El homicidio, el robo y la crueldad en "La Cuesta de las Comadres" y en "El Llano en llamas". La prostitución en "Es que somos muy pobres". La miseria espiritual en "Diles que no me maten". La depresión vital se muestra asimismo en realidades padecidas por el ser humano: la orfandad ("Macario"), la miseria económica ("Nos han dado la tierra" y "Paso del Norte"), la demencia ("Acuérdate"), la represión religiosa ("Macario"), la injusticia ("Nos han dado la tierra"), la persecución militar ("La noche que lo dejaron solo"), la ignorancia ("Anacleto Morones"), el abandono familiar ("Paso del Norte"), la catástrofe de la naturaleza y la demagogia del gobierno ("El día del derrumbe"). La muerte está en estos relatos de manera inevitable.

En los argumentos de El Llano en llamas, el gobierno y la ley figuran de manera negativa. Cuando los funcionarios o empleados del gobierno hacen acto de presencia, como el juez de "El hombre", el delegado de "Nos han dado la tierra", los

policías que persiguen a los luvinenses, el gobernador de "El día del derrumbe", su actuación es arbitraria e ineficiente.

Sentido de Pedro Páramo

Diversos aspectos hicieron de Pedro Páramo una novela muy diferente de las publicadas en México hasta 1955. Extraña novela, la llamó Alfonso Reyes. Desde los primeros segmentos de la obra los lectores debían olvidarse del tratamiento del espacio y del tiempo tradicional en la narrativa en lengua española, ya que éste era uno de los grandes cambios introducidos por Rulfo, la eliminación de los límites entre el ámbito de la vida y el de la muerte, entre el pasado y el presente. Pedro Páramo aparecía como una novela de almas, de fantasmas, de pensamientos y de deseos, pero también de los sentidos y de la carne. Además, era como un mural con muchos personajes y estos colocados en torno de varios nudos escénicos, entre los que Pedro Páramo y Susaná San Juan constituían los puntos centrales.⁷ No contenía cuadros progresivos sino escenas intercaladas. Esa nueva manera de novelar llevó a los críticos a decir que no había en Pedro Páramo una estructura o que en todo caso esta fallaba. El reconocimiento no se dio de inmediato. Al paso del tiempo, la crítica general vio en ella uno de los mejores momentos de la narrativa en lengua española y un clásico de la literatura universal.

Pedro Páramo: las caras del poliedro

Pedro Páramo es el núcleo de la novela, personaje que vemos desde su niñez hasta su muerte. La novela contiene la historia de la vida de este hombre, su historia vital, no la de un cacique solamente. Pedro Páramo se nos da en ella íntegro, puesto a actuar, a ser, por el autor, que ni lo salva ni lo condena.

Ciertamente hay un Pedro Páramo cacique. Este desfila por las páginas de la novela con los arrestos legendarios de esos latifundistas que se adueñaron del campo durante el gobierno de Porfirio Díaz. Sus propiedades crecen a partir de homicidios, engaños, dolo, imposiciones, matrimonios interesados, despojos. En la comarca, él y su palabra se erigen en ley. Es el macho, el semental de la región. Típico señor feudal que usa sexualmente a sus sirvientas, toma a las mujeres que se le antojan y estas aspiran a satisfacerle. Tiene cómplices y alcahuetas que efectúan con placer sus encargos.

Pedro Páramo representa a un individuo que se hace a lo largo de la vida, que recorre su camino. Un gran cambio se produce en él al morir su padre y hacerse cargo de La Media Luna. Si antes no sabía nada de los negocios del campo, ahora es calculador, ambicioso y prepotente. Hay más desdoblamientos de su personalidad. Puesto a engendrar en las mujeres de la comarca, cuando le llevan a Miguel, uno de sus hijos, cuya madre ha muerto en el parto, lo rechaza. Poco a

poco lo amará, poco a poco le entregará en amor de padre sus fibras más profundas.

Pedro Páramo sabe de amores y de odios. No hay en la novela únicamente el Pedro Páramo de la historia externa, pues este lleva en su alma una historia personal. Vive hacia afuera y hacia adentro. Astuto, abusivo, inhumano, puede sentir también una gran ternura y un dolor espiritual sin límite.

Tras una vida de arbitrariedades, llega para el protagonista el final. Muere luego de ser atacado por uno de tantos hijos a los que no había dado su apellido. Sin embargo, la muerte de Susana San Juan le había quitado ya el amor a la vida.

Pedro Páramo resiste los contratiempos de la Revolución. En cambio, sucumbe ante la pasión por Susana San Juan. El lenguaje épico en el que está descrito su encuentro con los revolucionarios posee la fuerza de la prosa realista que se había escrito sobre el tema. Las palabras con que Páramo habla a Susana San Juan tienen con frecuencia un tono lírico que parecería ajeno a los labios de un perdonavidas:

Y siguió: "Hace mucho tiempo que te fuiste, Susana. La luz era igual entonces que ahora, no tan bermeja; pero era la misma pobre luz sin lumbre, envuelta en el paño blanco de la neblina que hay ahora. Era el mismo momento. Yo aquí, junto a la puerta, mirando el amanecer y mirando cuando te ibas, siguiendo el camino del cielo; por donde el cielo comenzaba a abrirse en luces, alejandote, cada vez más desteñida entre las sombras de la tierra."

Susana San Juan: el idealismo

Susana San Juan es el personaje femenino central de la novela. Mujer de belleza extraordinaria, según Pedro Páramo, ser hundido en la locura, según las malas lenguas de Comala, representa al mismo tiempo una figura de primera importancia y un personaje inaprehensible, un mundo de enigmas.²⁰ Parece que sufre el desengaño de la vida, la imposibilidad de ser feliz, el carácter perecedero del amor, la conciencia de las limitaciones humanas, y que si bien triunfa relativamente sobre ella la pasión arbitraria de Pedro Páramo al conseguir que se vaya a vivir a La Media Luna, se rebela contra la falta de libertad personal, contra la ausencia de caminos para transitar lejos de las leyes que, pretextando justicias divinas o amores totales, imponen los demás. Y es que en el mundo asfixiante de Comala y de La Media Luna, se vive y se muere, y aun se está después de la muerte, según los demás desean:

--Anoche vino y la confesó. Hoy debía de haber comulgado, pero no debe estar en gracia porque el padre Rentería no le ha traído la comunión. Dijo que lo haría a hora temprana, y ya ve usted, el sol ya está aquí y no ha venido. No debe estar en gracia.

--¿Ya me voy a morir?

--Sí, hija.

--¿Por qué entonces no me deja en paz? Tengo ganas de descansar. Le han de haber encargado que viniera a quitarme el sueño. Que se estuviera aquí conmigo hasta que se me fuera el sueño. ¿Qué hare después para encontrarlo? Nada, padre. ¿Por qué mejor no se va y me deja tranquila?

--Vas a ir a la presencia de Dios. Y su juicio es inhumano para los pecadores.

Luego se acercó otra vez a su oído; pero ella sacudió la cabeza:

--¡Ya váyase, padre! No se mortifique por mí. Estoy tranquila y tengo mucho sueño.

A Susana San Juan parece atormentarle no un pecado, sino el Pecado, no un mal, sino el Mal. Como personaje, responde a un ideal de la hermosura, de la dignidad y de la desgracia. Esa ilusión encarnada nació de los primeros deseos románticos de Rulfo. A decir de él mismo, era la reconstrucción ideal de una muchacha que había visto en su adolescencia y de la que se había enamorado.⁷

Susana San Juan es la pasión de Pedro Páramo, que no llega a poseerla cabalmente dada la locura de esta. A Páramo le atrae, tanto como el cuerpo de ella, lo que pueda existir en su alma, en su mundo interior. Nunca llega a saberlo, y en esa frustración reside el carácter dramático de la novela: así ame el hombre con todas sus fuerzas, hay realidades inalcanzables.

Una novela total

Pedro Páramo es una novela trágica por el desenlace violento de las acciones y por la derrota de los protagonistas; es también una novela de amor, del amor imposible de Páramo por Susana, de los recuerdos de Florencio en la memoria de ella. Dolores Preciado y su hijo constituyen nudos de imágenes en las primeras secuencias de la obra. El Padre Rentería y su conciencia atormentada se intercalan entre los cuadros de la infancia de Pedro Páramo, de la mina de la Andrómeda, del encuentro de Páramo con los revolucionarios y

de sus astucias para conservar la hacienda. En la primera parte, las escenas se mueven de las tumbas a la superficie de la tierra y de esta a las tumbas, entre los diálogos de Juan Preciado con los que lo reciben en el pueblo o con quienes se hallan en los ataúdes vecinos. Finalmente se imponen las secuencias en que Pedro Páramo y Susana San Juan aparecen como protagonistas. La relación entre ellos dos acaba por importar más al lector. La imagen de Páramo que pasa la vida mirando hacia el cementerio donde esta enterrada Susana es una de las claves poéticas de la novela. Sin embargo, como bien señaló Rulfo, más que Pedro Páramo y Susana San Juan, el verdadero protagonista de la obra es todo el pueblo, Comala, purgatorio de almas que se quejan y murmuran bajo el peso del pecado.¹⁰

La obra cumbre de Rulfo es Pedro Páramo, densa, múltiple, total. Su lenguaje vernáculo, dice Sergio Fernández, constituye sólo un estilo que enmascara el complejo interior de la novela, imagen de quien, al leerla, en ella se mira. En los autores que leía, Rulfo halló los caminos hacia una obra que únicamente en su conciencia anidaba:

Alguna vez -cuenta Joaquín Armando Chacón-, en una noche de cigarrillos, insomnios y remembranzas, Juan Rulfo le dijo a Fernando Benítez: "Yo quería leer algo diferente, algo que no estaba escrito y no lo encontraba. Desde luego no es porque no exista una inmensa literatura, sino porque para mí, sólo existía esa obra inexistente y pensé que tal vez la única forma de leerla era que yo mismo la escribiera."¹¹

NOTAS

¹Christopher Dominguez afirma, creo que en gran medida con razón, que los campesinos de Rulfo corresponden a los habitantes de los Altos de Jalisco. Sergio Fernández había encontrado en *El Llano en llamas* una expresión del mundo indígena. Alatorre tiene una interpretación más próxima a la de Christopher Dominguez. "Juan Rulfo, puesta en obra". En *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*. México, UNAM-U de G-INBA, 1988. (Textos de Humanidades) p.92. *Pan. Revista de Literatura*, ed. cit., pp. 237-238.

²Juan Rulfo. "El desafío de la creación", pp. 16-17.

³Acerca de las influencias en la obra de Rulfo, vease: Andrés González Pages. "Todos nos llamamos Pedro Paramo". En *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, pp. 67-68.

⁴Ignacio Trejo Fuentes. "La noción de pecado en Juan Rulfo". En *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, p. 60.

⁵Loc.cit.

⁶Eliás Trabulsee. "Juan Rulfo y las crónicas coloniales". En *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, p. 87.

⁷Un análisis de los personajes centrales de la novela se halla en José Riveiro Espasandín. *Juan Rulfo, Pedro Paramo*. Barcelona, Laia, 1984. (Guías Laia de Lectura, 10) pp. 61-78.

⁸Hay pasajes en los que Rulfo aumenta la ambigüedad, como los que presentan la relación de Bartolomé San Juan con su hija y la del padre Rentería con su sobrina. Parece que en ambos casos se trata de relaciones incestuosas (Anthony M. Stanton. "Incesto y parricidio: estructuras antropológicas". En *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, pp. 147-155).

⁹Reina Roffé, compiladora. *Juan Rulfo. Autobiografía armada*. Buenos Aires, Corregidor, 1973. (Serie Breve) pp. 65-66.

¹⁰Además de Ignacio Trejo, ha estudiado la conciencia del pecado en la obra de Rulfo, Javier Algara ("La perspectiva religiosa en la obra de Juan Rulfo". En *Letras Potosinas*, año XLVII, julio-diciembre de 1989, p.21). Tiene también importantes observaciones al respecto Sergio Fernández. ("Pedro Paramo: una visión espiritista". En *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, pp. 131-140).

¹¹Joaquín Armando Chacón. "Juan Rulfo y la condena perpetua". En *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, p. 145.

B. LOS CAMINOS DE LA CREACION

I. GENESIS DE EL LLANO EN LLAMAS

Uno piensa, al leer El Llano en llamas y Pedro Páramo, que Rulfo debió escribir esos textos poseído por un demonio desesperado. Cada página posee extraña animación, como si fuese hija de estados febriles. Y, sin embargo, que cierto es que para alcanzar esa perfección literaria fueron necesarias largas horas de vigilia. El genio de la lengua se hacía presente ya en las primeras cláusulas que redactaba, pero el cuidado porque la voz siguiera dócil el mandato de la conciencia fue una preocupación obsesiva en Rulfo. Después de la escritura inicial venía siempre el castigo de la forma: la supresión de pasajes y el cambio de palabras o de construcciones, que son los aspectos más notorios al confrontar los textos mecanográficos con las diversas ediciones y estas entre sí.

El estudio de la abultada serie de dudas, de aceptaciones y de rechazos que se observa en la elaboración de los textos capitales de Rulfo da cuenta de la búsqueda de un estilo personal que innovó profundamente la narrativa en lengua española.

En el presente capítulo examinaré los cambios relevantes que experimentaron los textos de El Llano en llamas desde sus primeras versiones hasta su edición en Obras, de Juan Rulfo, 1987. Con objeto de hacer cómoda mi exposición, utilizaré las siguientes siglas para referirme a los diversos documentos confrontados.

Pan, la revista tapatia, que contiene los cuentos "Nos han dado la tierra" y "Macario".

Am, la revista America, que presenta "Nos han dado la tierra", "Macario", "La cuesta de las Comadres", "Es que somos muy pobres", "Talpa", "El Llano en llamas" y "Diles que no me maten".

MC, el suplemento cultural Mexico en la Cultura, en el que se halla "El día del derrumbe".

Met, la revista literaria Metafora, en la que figura "La herencia de Matilde Arcángel".

A, el manuscrito de El Llano en llamas entregado a la imprenta del Fondo para la edición inicial. Son 129 cuartillas. Obra en poder del Fondo de Cultura Económica.

B, El Llano en llamas y otros cuentos. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1953. (Letras Mexicanas, 11) 171 p.

C, El Llano en llamas, 2a. ed., corregida y aumentada. México, Fondo de Cultura Económica, 1970. (Colección Popular, 1) 153 p.

D, El Llano en llamas, recopilado en Pedro Paramo y El Llano en llamas. 11a. reimpresión de la 12a. ed. Primera edición: 1975. Barcelona, Grupo Editorial Planeta, 1987. (Colección Popular) pp. 109-249.

E, El Llano en llamas, 9a. reimpresión de la 2a. ed., revisada por el autor. Segunda edición: 1980. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1987. (Colección Popular, 1) 191 p.

F, El Llano en llamas. Reimpresión de la edición especial de 1980. Fotografía de Rafael Castro López e ilustra-

ciones de Juan Pablo Rulfo. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1986. (Colección Tezontle) 217 p.

G, Obras de Juan Rulfo. Proemio de Jaime Garcia Terrés. México, Fondo de Cultura Económica, 1987. (Letras Mexicanas) pp. 13-145.

La secuencia de las ediciones de El Llano en llamas concluye con G, muy cercana ésta a la que podría considerarse como definitiva. Los editores de G siguieron en general el texto de las versiones revisadas por Rulfo, E y F, criterio que debe prevalecer en el trabajo de fijación de El Llano en llamas. Sin embargo, aun en las ediciones revisadas por Rulfo se notan algunos descuidos y vacilaciones que los editores de G no corrigieron y que es necesario arreglar. En el primer anexo de esta tesis puede observarse mi trabajo de fijación del texto, con registro de variantes y anotación explicativa. Allí se comprobará cómo, aunque básicamente asumo la edición G, esta es modificada en algunas ocasiones. En los casos en que opto por una lectura distinta de G, la forma que presenta esa edición aparece registrada como variante. Las variantes léxicas se hallan frente al texto fijado; las de puntuación y gráficas, en la parte inferior, todas relacionadas con el texto principal a través de letras en serie progresiva. Cuando considero que las variantes léxicas ocuparían espacio no disponible en la parte lateral, las llevo al pie de la página.

"Nos han dado la tierra"

El número 2 de la revista Pan publicó por primera vez "Nos han dado la tierra". Era el mes de julio de 1945. En junio de ese mismo año, había aparecido en la revista America, de la ciudad de México, "La vida no es muy seria en sus cosas", cuento que Rulfo no incluiría en El Llano en llamas.

Quizás al mismo tiempo que entregaba el original de "Nos han dado la tierra" a los editores de Pan, Rulfo mandó una copia del cuento a America, ya que en el número 42 de esta revista, de fecha 31 de agosto de 1945 reapareció ligeramente modificado.

Las modificaciones que presenta el texto de "Nos han dado la tierra" publicado en la revista America respecto del incluido en Pan son pequeños arreglos estilísticos, omisiones (Pan: nube negra que pasa; Am: nube que pasa), restituciones, como la del texto que seguramente por falla tipográfica no aparecía en Pan: Y a mi se me ocurre que hemos andado más de la cuenta para lo que hemos andado, sustituciones léxicas y de puntuación, entre las que abundan las correcciones.

La transformación estilística de "Nos han dado la tierra" se da en el momento en que Rulfo reescribe el relato para formar el volumen que en 1953 le va a publicar el Fondo de Cultura Económica. Hubo en esa ocasión omisiones y adiciones significativas, como la eliminación de la imagen del

viento invitando a la nube aguacera a alejarse del Llano. Pero más que con omisiones o con adiciones, Rulfo rehizo "Nos han dado la tierra" a partir de sustituciones que aumentaron la ambigüedad del relato o le dieron mayor verismo. En Fan y en Am Rulfo había escrito Después de caminar diez horas sin encontrar; en A eliminó la precisión de las horas: Después de tantas horas de caminar sin encontrar. Las ca-suarinas, árboles que abundan en la región de El Llano Grande, sustituyeron a los sabinos; compré se tornó en merqué, balancea en zangolotea, me voy en arriendo. Las modificaciones no se redujeron al léxico, sino que comprendieron cambios de estilo indirecto a directo en la narración. Además, se incluyó el cambio de nombres: Odilon se convirtió en Meliton; Justino en Faustino. Con todo, no se trató de una transformación estructural del relato. Si de un perfeccionamiento del texto, de su fijación en términos generales.

Los cambios realizados en A permanecieron en general en las ediciones de El Llano en llamas, B, C, D, E y F; los asumieron los editores de las Obras de Juan Rulfo, G. Desde luego, hubo en el transcurso de las ediciones la aparición de algunas variantes. En A, B, C y D todavía alternan llano y Llano. En E y en F se impone ya la palabra con mayúscula, importante alusión a un lugar específico de la región sur de Jalisco, El Llano Grande. En Fan y en Am, Esteban declaraba acerca de su gallina: ¡Es mia! En A, B, C y D, leemos ¡Es la mia!, es decir, su única gallina. E y F presentan la segunda forma, pero sin signos de admiración. En estos casos,

los editores de las Obras de Rulfo, G. respetaron las formas que se hallan en E y en F. Finalmente, la construcción se te va a ahogar, se ve en A, B, C, D y E pero no en Pan ni en Am ni en F (se va a ahogar).

"Macario"

La primera versión de "Macario" apareció en el número 6 de Pan, en noviembre de 1945. También dio a conocer este cuento la revista América, varios meses más tarde, en junio del año siguiente (número 48).

El texto de Pan y el de América coinciden casi totalmente, por lo que deduzco que al mismo tiempo que hacia llegar a la prensa tapatia este relato, Rulfo enviaba copia de él a México. Rulfo compartía ya la responsabilidad de la edición de Pan al lado de Alatorre.

Son pocas las modificaciones que Rulfo le hizo al texto enviado a América: echandome (Pan: echándose), me gusta darme (Pan: me gustaba darme), le contara (Pan: le platicara), mi. Todos los días. Todas las tardes de todos los días. (Pan: mi. Todos los días. Todos los días. Todas las tardes de todos los días), salir sangre (Pan: salir la sangre), manotazo (Pan: mantazo). Podríamos decir que además de escasas son poco importantes. En cambio, el texto que se halla en el original mecanografiado que Rulfo entregó para la edición de El Llano en llamas contiene una larga serie de modificaciones con respecto a la versión Pan-América. Esta nueva versión es la que Rulfo debió considerar definitiva

pues las ediciones de El Llano en llamas presentan solo un par de variantes, la corrección entrado en ganas (B, C, D, E y F), que sustituye a entrado de ganas (Pan, Am y A), y la supresión del adverbio temporal ya (Pan, Am, A, B, C, E y F: ella ya sabe; D: ella sabe).

La versión Pan-America fue un proyecto que ya poseía la estructura narrativa propia de "Macario". En A, Rulfo ciñó el relato a las características de su estilo. Castigó el lenguaje, aumentó el realismo. Omitió la referencia al Señor de Amula, que solo quedó en Señor, con lo que el texto ganó en ambigüedad, y suprimió la parábola del cura acerca del hombre que quemó su casa, pasaje que quizás debía de haber dejado, y la imagen de Macario comiendo el maíz que encuentra en el axcremento de los puercos, ésta sí, acaso, innecesaria.

En general, las adiciones que Rulfo hizo en el texto de A precisan el sentido ya expresado en la versión Pan-America, y solo en algunos casos modifican ideas, como en los siguientes. Pan y Am: Las ranas son verdes de todo a todo. Los sapos: A: Las ranas son verdes de todo a todo, menos en la panzas. Los sapos. Pan y Am: Felipa tiene los ojos verdes. Ella es la que; A: Felipa tiene los ojos verdes como los ojos de los gatos. Ella es la que. Pan y Am: no le llegará por ningún lado el sueño si las oye cantar, y entonces le pedira; A: no le pegará por ningún lado el sueño si las oye cantar, y se llenara de coraje. Y entonces le pedirá.

Entre los numerosos cambios léxicos que observamos en A, se hallan palabras que Rulfo eligió para acentuar el clima de terror en que vive el protagonista (Pan y Am: asusto; A: espanto. Pan y Am: tengo mucho miedo; A: tengo tanto miedo) o porque convenían mejor al habla del niño (Pan y Am: hora; A: rato. Pan y Am: Sin embargo; A: Pero). Rulfo situó en el presente algunas acciones que en Pan-América estaban en copreterito.

Hay en la versión de "Macario" que contiene el original mecanografiado y que como he dicho tiene ya la estructura de la versión definitiva, un pasaje que produce dudas. Se trata del texto en el que se cita el sermón del cura, que aparece así en Pan: y por encima de las condenaciones del señor cura... El camino de las cosas buenas es oscuro. El camino de las cosas malas está lleno de luz. Eso dice el señor cura. Entiendo que la idea así expresada se refiere a que la búsqueda del bien requiere de esfuerzo, en tanto que el mal es fácilmente ejecutado por el individuo. En Am, salvo que haya habido una falla tipográfica, Rulfo suprimió El camino de las cosas buenas es oscuro. Aun así permaneció la idea expresada en Pan. Pero en A se intercambiaron las atribuciones y apareció iluminado el bien y oscurecido el mal: y por encima de las condenaciones del señor cura...: "El camino de las cosas buenas está lleno de luz. El camino de las cosas malas es oscuro." Eso dice el señor cura. Tal vez ese cambio haya que entenderlo tomando en cuenta la parte que, como ya dije, se omitió en A, el relato del hom-

bre malo que incendio su casa. El cura habia dicho que ese hombre necesitaba la luz porque estaba condenado en vida. Quizas la relacion pecado-oscuridad, que aparece en ese pasaje, motivó la redaccion de A.

En términos generales, en las diversas ediciones de El Llano en llamas se sigue el texto de "Macario" que se halla en A.

"Es que somos muy pobres"

Más de un año después de publicado "Macario", la revista América publicó la primera versión de "Es que somos muy pobres" -numero 54, 30 de agosto de 1947-. La segunda versión de este cuento, con bastantes diferencias estilísticas respecto de la versión de América, es la que figura en A, misma que continúa en las ediciones de El Llano en llamas.

Al realizar las modificaciones que vemos en A, Rulfo resalta la alusión que al pecado como causa de la desdicha hacen los personajes (Am: no ve claro dónde estuvo la maldad de nacerle una hija tras otra con la misma mala costumbre; A: no ve claro dónde estuvo su mal o el pecado de nacerle una hija tras otra con la misma mala costumbre). También destaco aspectos de la moral provinciana, con su categorización de lo bueno y lo malo, e íntimamente ligada a la religión. La versión de América decía: les dio por andar con hombres que les enseñaron muchas cosas. En A se lee: les dio por andar con hombres de lo peor, que les enseñaron co-

sas malas. Una importante modificación realizada en A es el cambio Ayutla-Ejutla. Seguramente Rulfo creyó que era necesario situar el lugar al que las hermanas del niño se han ido de pirujas en una población con vida económica, Ayutla, y no es un sitio más bien pequeño y pobre, Ejutla. Otros cambios sólo intentan consignar el término adecuado, preciso, sin modificar sustancialmente el significado, o bien construir imágenes más cercanas a la composición del cuadro descrito. Si en América veíamos al río llevarse unos troncos de árboles con ramas puntiagudas, en A encontramos que arrastraba muchos troncos de árboles con todo y raíces.

"Es que somos muy pobres" tuvo desde su primera redacción la naturaleza candorosa y tierna que Rulfo buscaba imprimirle, como monólogo de un niño del campo que discurre acerca de los problemas económicos de su familia y también acerca de lo que está más próximo a sus afectos: los animales. A contiene algunos ajustes que decantaron la expresión de las relaciones humanizadas entre los animales y el niño. El becerro pasó a ser el becerrito. En América se leía: Tal vez (la vaca) haya despertado. En A: Tal vez se le ocurrió despertar.

Las ediciones de "Es que somos muy pobres" presentan con respecto de A dos cambios estilísticos y una corrección. Podemos estar seguros de que en términos generales la versión escrita en A fue la definitiva. Asumidas las escasas modificaciones que se le hicieron en B, esa es la versión que se retomó en G.

"La Cuesta de las Comadres"

En el número 55 de América (29 de febrero de 1948), apareció la primera versión de "La Cuesta de las Comadres". La segunda versión, con un estilo depurado, es la que se halla en A, que excepto algunas variantes léxicas y de puntuación permanece en las diversas ediciones de El Llano en llamas.

Las modificaciones estilísticas que presenta A revelan el interés del autor por plasmar la mentalidad campesina y por lograr una inmejorable caracterización de los personajes. La tarea de sembrar maíz, no siempre, como se lee en América, sino todos los años, como se escribió en A; el ocio de los forajidos, que andan a la espera de algún lance, son referencias que contribuyen a exponer con realismo la naturaleza psíquica de los protagonistas.

Rulfo reelaboró varios párrafos a fin de mejorar la atmósfera del relato, la escenografía campirana (Am: me senté afuerita de mi casa para poder remendar un costal todo agujerado, cuando llegó el Torrico; A: me senté afuerita de mi casa a remendar un costal todo agujerado, aprovechando la buena luz de la luna, cuando llegó el Torrico), y agrego una oración que incorpora significación y sostiene la última parte del cuento. En América había escrito Pero no fui yo el que lo mató. Quisiera que te dieras cabal cuenta de que yo no me entrometi para nada./ Eso le dije al difunto Remigio. En A se lee: "Como ves, no fui yo el que lo mató.

"Talpa"

"Talpa" figuro por primera vez en el número 62 de America -enero de 1950-. Esa fue una versión mejorable estilísticamente, según pareció entenderlo Rulfo, ya que en A rehizo el texto con las consabidas supresiones, adiciones y sustituciones, pero sin transformar la estructura del relato.

En A, Rulfo suprimio el epigrafe Salgan, salgan, salgan, animas de penas, mas no se olvido de esa invocacion, parte de un estribillo religioso, que reaparece al final de "En la madrugada". También quitó la alusión a que durante las noches escapaban llantos o gritos entre los bultos de los peregrinos. Tal vez justifique la supresión del epigrafe el que éste se relaciona más bien con los hechos narrados, la peregrinacion, los cantos, que con la esencia humana del relato, el remordimiento. Por el contrario, pienso que "Talpa" perdio una imagen que le pertenecia legitimamente al quedar eliminada la referencia al llanto nocturno de los peregrinos. Como fue voluntad reiterada de Rulfo suprimir esa referencia, no se incluyó en B, C, D, E, F ni en G. Tampoco el epigrafe.

El texto de "Talpa" ofrece algunas vacilaciones en los diversos momentos de edicion de El Llano en llamas, pero estas no alteran el carácter definitivo con que se escribió la versión de A. Considero que en los casos de vacilación deben preferirse las soluciones que Rulfo eligio en E y en F.

"El Llano en llamas"

La primera versión de "El Llano en llamas" se publicó en el número 64 de América -diciembre de 1950-. La segunda corresponde al texto mecanográfico que Rulfo entregó al Fondo de Cultura Económica para la primera edición de El Llano en llamas. En general, las ediciones de El Llano en llamas siguen la segunda versión.

Rulfo efectuó en la segunda versión de "El Llano en llamas" la más grande cantidad de modificaciones que haya realizado en alguno de sus cuentos. Ciertamente estamos también ante el más extenso de ellos.

Las omisiones que Rulfo llevó a cabo en "el Llano en llamas", versión A, van desde una palabra hasta un episodio completo. Señalaré en primer término los grandes recortes. En la versión de América se habla del incendio de la Hacienda de San Pedro, a la que llega el grupo de Pedro Zamora luego de estar en San Buenaventura y antes de irse para el Petacal. Esta parte, narrada en tres párrafos, queda reducida a menos de veinte palabras en la versión que contiene el texto mecanografiado. Un episodio omitido totalmente es el que se refiere a que después de jugar a los toros en Coasastecomate Zamora y los suyos se remontaron a la Sierra de San Pedro, donde se dedicaron a desollar reses para venderle las pieles al gobierno. Son siete párrafos que desaparecieron en A. Relacionado con el pasaje anterior está un conjunto de cuatro párrafos que sólo se lee en la versión de América. Allí, el Pichón cuenta que los indios

mecas del Cerro Grande eran sus enemigos por haberles desollado las reses. Es una parte de imágenes crueles acerca del sufrimiento de los animales. El último gran segmento que se suprimió en A es el que se refiere a la muerte de Pedro Zamora, un extenso párrafo en el que se dice que el jefe de la gavilla se enamoró de una mujer y que murió a manos de unos desconocidos, cuando la buscaba en la capital del país.

No sólo las partes extensas que se suprimieron en A poseían significación importante. Rulfo omitió en A la alusión a que en el tren que vuela la gente de Zamora iban niños, quizás porque le pareció una crueldad excesiva o porque ese hecho estaría sobrentendido. También omitió la oración adverbial Después que nos mentó la madre, al decirnos el Pichón que Armancio Alcalá llegó a donde ellos estaban y luego de saludarlos en esa forma les indicó que Zamora los esperaba en San Buenaventura, posiblemente por considerarla innecesaria para caracterizar unos bandidos que quedaban muy bien pintados con las demás acciones.

La versión de A suprimió asimismo frases, oraciones o palabras que sólo completaban o repetían el sentido de la expresión.

La cantidad notable de supresiones que Rulfo efectuó en la segunda versión de "El Llano en llamas" da fe de su concepción de la obra literaria, de su búsqueda de la expresión esencial y permanente. Este celo por la sustancia de la narración lo llevó a destruir muchas páginas y aun una novela

que al parecer terminó, La cordillera. Afortunadamente poseemos "El Llano en llamas" en dos versiones, una antecedente de la otra; la segunda, depuración estilística de la primera.

No solo hubo supresiones en A. También se dieron adiciones, aunque estas en menor número y sin su trascendencia. Las palabras añadidas precisan, completan o abundan significados, pero no cambian el sentido del relato.

Numerosas, pero también carentes de la importancia de las omisiones, son las sustituciones de palabras que se observan en la segunda versión de "El Llano en llamas". Los cambios de palabras se hacen en ella para obtener expresividad, para caracterizar en términos zoomorfos las acciones de los individuos, aspecto que indudablemente le interesaba a Rulfo, según lo demuestran los apodos la Perra, el Pichón, los Zanates, el Chihuahila, o para situar el relato en un espacio específico, El Llano Grande y la parte suroeste de Jalisco. La situación de las acciones en El Llano Grande se obtiene también con la sustitución de términos que designan árboles propios de la región, como amole. Finalmente, es natural que muchas sustituciones se hayan dado con el fin de lograr precisión en los significados.

Como en los demás cuentos del volumen de 1953 publicados en primera y segundas versiones, en general este relato aparece reproducido en las ediciones de El Llano en llamas según la versión A. Tardíamente se adoptaron algunas formas, como las correcciones de concordancia o el término

alertas (am: siempre despiertos; A, B, C y D: siempre alerta; E y F: siempre alertas), las que me parece que deben permanecer en la versión definitiva, como han considerado los editores de G.

"Diles que no me maten"

Con "diles que no me maten" termina la serie de cuentos publicados en Pan y/o en America antes de reaparecer en el volumen El Llano en llamas. Este relato se halla en el número 66 de la revista -junio de 1951-. Como ya se sabe, aunque los cuentos de Rulfo incluidos en America suman ocho, el primero, "La vida no es muy seria en sus cosas", no se incluyó en El Llano en llamas.

"Diles que no me maten" contiene ya en la versión mecanográfica del Fondo de Cultura Económica las modificaciones estilísticas que Rulfo consideró definitivas. Posteriormente hizo pequeños arreglos.

Rulfo modificó la versión de America con varias supresiones, pero también la adicionó con ideas que completaron las ya expresadas en el texto primitivo.

En A se sustituyó la referencia a los soldados en su búsqueda de venganza y se centró esta en el coronel. Quería el autor que en este, uno de sus mejores cuentos, hubiera la contraposición, en momentos límite, de dos conciencias individuales, la del militar y la de Juvencio. Otras sustituciones de A son menos significativas, más bien en términos

de ajuste de ideas. Ya en las últimas ediciones, en E y en F, hizo un par de cambios (el contesto y se lo dire).

"El hombre"

Segun se ve en el original que Rulfo entregó al Fondo de Cultura Economica, este cuento tenia el titulo "donde el rio da de vueltas", que fue tachado, y en su lugar, con pluma, se escribió "El hombre".

Al editarse El Llano en llamas, el relato "El hombre" sufrió varias modificaciones que se han mantenido en los momentos posteriores de edición. Entre éstas destacan las que persiguen la palabra correcta, el termino que exprese con claridad el sentido deseado. Otro tipo de modificaciones son aquellas que solo aparecen en E y en F y que retoma G. Entre estas se halla una de puntuación que no está exenta de importancia, los puntos suspensivos en lugar de punto después de levantara, con lo que el texto reflejo mejor la naturaleza fugaz y recurrente de los pensamientos del protagonista.

"En la madrugada"

El texto de "En la madrugada", que se halla en el original del Fondo y en las ediciones de El Llano en llamas, presenta fundamentalmente cuatro tipos de variantes con relacion al que yo estimo como definitivo. El primer caso es el de las formas que unicamente aparecen en el texto mecanografiado, como animas en penas, que en B, C, D, E y F se lee

ánimas de penas, forma correcta. El segundo tipo de variantes es el que presentan A, B, C y D con respecto a E, F y G (A, B, C y D: grandullon; E, F y G: grandulon). El tercer tipo es el constituido por variantes que se encuentran en A, B, C, D y F pero no en E ni en G. Tal es el caso de adormecido en el color del amanecer (E y G: adormecido en el calor del amanecer). Hay un caso en que considero que la forma que presentan E y G es la que debe registrarse como variante, la construcción se fue oscureciendo el pensamiento hasta la oscuridad total.¹ El cuarto tipo de variantes es el de aquellas que aparecen solo en algún texto, como caia rebotado, que se halla en D (A, B, C, E y F: caia rebotando), o le dice estirándole la trompa, de F (A, B, C, D y E: le dice estirando la trompa).²

"Luvina"

La versión original de este relato se encuentra en A. A partir de B se observan algunas modificaciones, otras más a partir de E. Entre las modificaciones realizadas desde B se dan cambios de léxico dentro de un mismo campo semántico. También figuran la corrección de faltas de concordancia y la supresión de palabras.

Una modificación importante realizada en E es ¿Tu no conoces al gobierno?, que sustituye la forma ¿Tu conoces al gobierno?, de A, B, C y D (Gobierno en B, C y D). G respeta la forma de E, como lo hace F. Otro cambio significativo es De ahí en más no saben si existe, que en E, F y G aparece

en lugar de De hay en mas no saben si existen. Considero que la forma de E, F y G es la definitiva: Los luvinenses solo saben que el gobierno existe cuando este los persigue.

Los editores de G iniciaron con puntos suspensivos el párrafo Pero tómesese su cerveza... No lo hizo así Rulfo en ningún momento. Creo que en este caso se debe respetar la forma que dejó el autor. En las diversas posteriores a A aparece la cuesta de la Piedra Cruda, pero Rulfo escribió en A la Cuesta de la Piedra Cruda, forma que seguramente debe quedar como definitiva. En el caso de gobierno-Gobierno, las ediciones muestran gran vacilación, aunque la palabra con minúscula prevalece en las ediciones finales.

"La noche que lo dejaron solo"

A lo largo de las ediciones del volumen de 1953, Rulfo realizó únicamente tres cambios estilísticos en el texto de "La noche que lo dejaron solo", publicado por primera vez en El Llano en llamas. El primero es la proclisis les oyó decir, que en E, F y G sustituye a oyó decirles; el segundo, el presente es, que ocupa el lugar del copreterito era. En A se lee: esta era la tercera; en B, C, D, E, F y G: esta es la tercera. El tercer cambio se refiere a la sustitución del pronombre lo, que figura en A, B, C y D, sueño lo hacia, por el pronombre le, sueño le hacia, que esta en E, F y G.²

En dos casos me parece necesario modificar este cuento. El primero es la construcción De la Magdalena para allá la

primera noche; despues de allá para acá, la segunda, y esta es la tercera... Queda asi la direccion La Magdalena-alla-acá, que me parece lógica, y no como la escribió Rulfo: De la Magdalena para allá la primera noche; despues de acá para allá, la segunda y esta es la tercera. De otra manera habria que dar a de acá para allá el sentido de "de un lado para otro". La segunda modificacion es la de la concordancia Allí estaban la tierra fría y el sudor convertido en agua fría (A, B, C, D, E, F y G: estaba).

"Paso del Norte"

Al parecer, Rulfo incluyó a última hora "Paso del Norte" entre los cuentos de El Llano en llamas. En el original mecanografiado, la numeración fue recorrida por su inclusión. Este dato y la supresión del cuento en 1970, mas las mutilaciones de que Rulfo lo hacia objeto, hacen pensar que no estaba satisfecho de él. El relato se suprimió totalmente en C y se le mutilaron once párrafos en D y ocho en E. G sigue a E en la eliminación de los ocho párrafos centrales.

La parte que a Rulfo le pudo parecer poco lograda es la que se refiere a los azares del protagonista en la ciudad de Mexico en su intento por reunir el dinero y obtener una recomendación para irse a trabajar a Estados Unidos. Con los párrafos que Rulfo suprimia o sin ellos, "Paso del Norte" es un relato que ciertamente no tiene la factura de "Luvina" o de "Diles que no me maten"; pero a diferencia de los edito-

res de las Obras de Juan Rulfo, creo que la versión definitiva debe presentar la restitución de todas sus partes.

Los cambios léxicos que figuran en las diversas ediciones de "Paso del Norte" corresponden en primer término a los que se efectúan en E y son asumidos en F, mismos que sigue G. Hay otra serie de cambios, más numerosa, la que aquellos que aparecen sólo en D y que por este hecho pueden despertar dudas acerca de la intervención de Rulfo. Desde luego, no pienso que las variantes de D puedan tomarse en cuenta en el texto definitivo.

Diferencias entre B, D, E y F y el texto mecanografiado son ¿Pa que te casaste? y ¿O a poco querias que te mantuviera pa siempre?, que en A aparecen sin signos de interrogación; la forma usted en lugar de usté en me enseñó usted a hacer versos (A: me enseñó usté a hacer versos); la palabra nueva en lugar de virgen y el término mauseres en lugar de rifles. Creo que la forma usté debe prevalecer en la versión definitiva y que, en cambio, deben seguirse las formas de B, D, E y F en los casos de las interrogaciones, nueva y mauseres.

Hay en "Paso del Norte" modificaciones que sólo se dan a partir de D, mismas que deben permanecer en el texto definitivo, dejándose como variantes las formas que presentan A y B.

Una construcción que los editores de G prefirieron, quizás por haber aparecido en A, B y E, es salta del codo, que me parece que debe de quedar sólo como variante. En D y

en F se lee salta el codo, que es la forma que me parece correcta.

"Acuerdate"

"Acuerdate" apenas experimento cambios entre el texto que se ve en el original entregado a la imprenta y el de las ediciones de El Llano en llamas. Hay una forma que solo aparece en D y que no considero definitiva: el hacia el desentendido, en lugar de él se hacia el desentendido. Otra forma extraña al texto es sin duda Natalia, nombre que los editores de G pusieron en lugar de Inés, la mujer de Nachito Rivero.

"No oyes ladrar los perros"

El texto de "No oyes ladrar los perros" publicado en El Llano en llamas en 1953 presenta cuatro modificaciones con respecto del que se lee en el original mecanografiado. Esas modificaciones permanecen en las ediciones posteriores del volumen de cuentos. En tres casos se trata simplemente de adiciones que precisan la idea ya contenida en A. Pero hay un cambio que conlleva una significación más importante. Consiste en el carácter interrogativo que Rulfo le da al último parlamento del padre que ha llevado al hijo moribundo sobre sus hombros. En A existe el señalamiento -Y tu no los oías, Ignacio -dijo-, que en B, C, D, E y F se convierte en pregunta: -¿Y tu no los oías, Ignacio? -dijo-. Aunque ambas construcciones caben en el texto, cada una con implicaciones

diferentes. Rulfo prefirió la segunda, misma que me parece definitiva, como la consideraron también los editores de G.

"Anacleto Morones"

Al ser editado el volumen El Llano en llamas en 1953, "Anacleto Morones" recibió escasas modificaciones respecto del texto llevado a la imprenta: sentía metida en mis huesos sustituyó a sentía adentro de mis huesos, y quién mejor que tu se escribió en vez de y que mejor que tú, arreapuercos suplió a arrepuercos y ser nueva a ser virgen, como en "Paso del Norte". Posteriormente, el relato sufrió otros cambios, ciertamente menores. En A, B y C aparece ¡Muchachas! ¡Arrodillense!, que en D, E y F se reduce a Muchachas, ¡arrodillense!, forma que, al igual que los editores de G, considero definitiva.

Las modificaciones efectuadas en "Anacleto Morones" y que hasta aquí he señalado no afectan la esencia del relato. Diferente es el caso de un cambio realizado muy tardíamente. El protagonista, Lucas Lucatero, cuenta a las beatas que lo visitan cómo la hija de Anacleto llevaba en su vientre al hijo de Anacleto, pero esto solo se lee a partir de E, pues en las ediciones anteriores y aun en el texto original se observa nieta en lugar de hijo. Desde luego, considero definitiva la versión de E, como se hace en F y en G.

Variante tal vez debida a distracciones en el trabajo de imprenta más que a la voluntad del autor es la ausencia del apellido Lucatero en D, que sí aparece en A, B, C, E y F

y desde luego en G. Una forma que solo está en C es echés fuera el demonio, en lugar de echés fuera al demonio. Finalmente, en D se imprimió una forma de puntuación distinta de las demás ediciones y del original, punto en lugar de dos puntos después de regalado. Creo que debe registrarse como variante.

Una forma que está en A, B, C, D y F es quedaban solo dos viejas, pero que en E figura quedaban solamente dos viejas. En G se ha optado por la forma de E, que me atrevo a considerar definitiva.

Cuantitativamente, Rulfo modificó poco este cuento. Hubo sin embargo una modificación importante, la sustitución de nieto por hijo, con lo que se descubrió la relación incestuosa de Anacleto Morones y su hija. El incesto es un tipo de relación en que incurren varios personajes de Rulfo.

"El día del derrumbe"

Rulfo publicó "El día del derrumbe" varios años después de la aparición de El Llano en llamas. En el suplemento México en la Cultura -numero 334, 14 de agosto de 1955-, aparece este relato tragico-humorístico, que habría de presentar pocas modificaciones al ser recogido en volumen en 1970. Esos cambios quedaron fijos en las ediciones posteriores. Allí, impálido cambio a impavido, con lo que inexplicablemente se eliminó el humor que en la primera versión poseía el parlamento en el que el relator protagonista confunde esos términos. En cambio, un término que inicialmente

carecia de carga humorística, epifoco, fue alterado en C con una metátesis efectista: efipoco.

Hay otros cambios que se observan solo en algunas ediciones, como certidumbres, que está en D en lugar de certidumbre; aplauzo, que se lee en MC, E y F en vez de aplausos, como figura en C y en D; hommes, que se halla en MC y que da homnes en C y en D pero hombres en E y en F; Tuxcacuexco, en MC y en C, aparece escrito Tuzcacuexco en D, E y F; tuxcacuenses, de MC, C y D, se escribe tuzcacuenses en E y en F.⁴

En la edición de 1970 y en las posteriores encontramos una pluralización de tipo popular, la de la palabra consuelo, que no figura en MC: hermanalmente dispuestos en los consuelos de los hogares menoscabados por la muerte, dice el gobernador en parte de su discurso. Me parece que debe tomarse como variante la forma que da MC.

"La herencia de Matilde Arcángel"

"La herencia de Matilde Arcángel" apareció por primera vez en 1955, en las revistas Cuadernos Médicos -volumen I, número 5- y Metáfora -número 4-. No he podido ver el texto de Cuadernos Médicos, pero sí el de Metáfora, que presenta una gran cantidad de diferencias con respecto al texto incluido por Rulfo en el volumen El Llano en llamas en 1970. Ante tal cantidad de modificaciones, se puede afirmar que Rulfo reelaboró estilísticamente este cuento al incorporarlo al volumen. Se trata sobre todo de sustituciones léxicas, aunque también hay omisiones y adiciones.

Del texto inicial, Rulfo eliminó las palabras que parecían de escasa significación, pero también llegó a omitir ideas importantes, como la concesiva aunque eso no impida que se haga uno ilusiones y la coordinada rompe la cerca, de cualquier animal rompe la cerca y se sale del corral, que quedó en las ediciones C, D, E y F como cualquier animal se sale del corral.

Las adiciones que se observan en el texto de 1970 tienden a caracterizar el habla de los campesinos o bien agregan sentido trágico al relato.

Las numerosas sustituciones de palabras, frases y oraciones que Rulfo efectuó en este cuento inician con el cambio del título, que en Metáfora era "La presencia de Matilde Arcángel". Vienen después cambios que dan al texto un lenguaje más expresivo o que sustituyen con sinónimos palabras del texto de Metáfora. A veces son sinónimos arcaizantes (unos fulanos, en lugar de unos sujetos; se nombra, en lugar de se llama). Hay desde luego casos en los que la nueva palabra busca la precisión de significado.

Entre los cambios que realizó Rulfo al incorporar este cuento en El Llano en llamas se encuentra el cambio de perspectiva para referirse el relator protagónico a Matilde Arcángel. En Metáfora hay dos momentos en que habla desde la perspectiva de Euremio Grande, pero estas dos referencias pasan a ser narradas desde la perspectiva del hijo en C, D, E y F (Met: antes de que el Euremio se enterara de la que iba a ser su mujer; C, D, E y F: antes de que Euremio

conociera a la que iba a ser su madre. Met: Su mujer se llamó Matilde Arcángel; C, D, E y F: La madre se llamó Matilde Arcángel). Este cambio de perspectiva, sin duda importante, aumentó la dimensión trágica del relato.

Frente al texto de Metafora, el de C presenta un relato estilísticamente reelaborado. Aunque no puede hablarse de una transformación estructural, es evidente la intención de Rulfo por mejorar el relato con cambios, adiciones y supresiones. Desde luego, el texto de C y no el de Metáfora fue el que siguieron las versiones posteriores de este relato. Registro como variantes las formas de la revista.

Como ha quedado demostrado en el presente capítulo, hubo un primer Rulfo, el de las versiones de las revistas Pan y América. La búsqueda de la capacidad de la lengua para que pudiera expresar con toda su fuerza las imágenes proyectadas en la mente de Rulfo llevó a los textos a una segunda versión, a un segundo momento, el del texto mecanográfico que el autor entregó a la imprenta del Fondo de Cultura Económica para la primera edición de El Llano en llamas. Las modificaciones continuaron. Hubo revisiones expresamente encargadas al autor. En 1987, al cumplirse un año de la muerte de Rulfo y a manera de homenaje, el Fondo publicó sus Obras, en una edición muy cercana a la que puede considerarse como definitiva. Por mi parte, realicé algunas modificaciones que me parece deben hacerse al texto de las Obras para que exprese cabalmente los sentidos que Rulfo quería dar a El Llano en llamas.

N O T A S

¹En el caso de color-calor, opto por la forma de E y de G, calor.

²En el caso de rebotado-rebotando, prefiero el gerundio. En cambio, elijo la construcción estirándole la trompa, porque me parece que es la que corresponde al sentido que quería expresar Rulfo en esta oración.

³En el primer caso dejo como construcción final la proclítica; en el segundo, anoto en el registro de variantes la forma contenida en A, y en el tercero prefiero en la fijación del texto la forma escrita por Rulfo en E y en F, como se hace en G.

⁴Prefiero las formas aplausos, hombres, Tuzcacuexco y tuzcacuenses. En la elección de aplausos difiero de los editores de G; en la de las otras formas, coincido con ellos.

II. DE UNA ESTRELLA JUNTO A LA LUNA A PEDRO PARAMO

Aun no publicaba Rulfo su volumen de cuentos y ya tenia en mente la realizacion de la novela que acabaria titulandose Pedro Paramo. En el numero 64 de la revista America, 1950, en el que se publico la primera version de "El Llano en llamas", se lee la siguiente nota acerca de sus planes:

Juan Rulfo, cuya calidad empiezan a reconocer ya tirios y troyanos, no está conforme con ser sólo considerado el que mejor de los cuentistas juvenes (sic) ha penetrado el corazon del campesino de Mexico. Ahora aspira a realizar una novela grande, con una compleja trama psicologica y un verdadero alarde de dominio de la forma, a la usanza de los maestros norteamericanos contemporáneos. Mientras realiza tal empresa, estará imprimiéndose en nuestros talleres un volumen que recoge con algunos nuevos, los cuentos ya publicados en estas páginas desde hace cuatro años.

En realidad no hacia cuatro sino seis años que Rulfo colaboraba con los editores de la revista. Por lo demás, el volumen de cuentos se edito en el Fondo de Cultura Economica en 1953, cuando Rulfo llevaba ya, tal vez, algunas páginas de su proyectada novela. La nota de America contiene informacion importante respecto de la estructura de Pedro Paramo. Quienes aseguran que Rulfo llego a ella por accidente no podrán seguir propagando esa conseja.

Las dos primeras secuencias de la novela que Rulfo estaba escribiendo aparecieron en la revista Las Letras Patrias en 1954 -numero 1, enero-marzo, pp. 104-108-, bajo el titulo "Un cuento". En nota de pie de página se señaló allí

que el texto formaba parte de una novela en proceso de elaboración, Una estrella junto a la luna.

La segunda publicación que incluyó adelantos de la novela de Rulfo fue la Revista de la Universidad de México, que en junio del mismo 1954 -volumen VIII, número 10- dio a conocer las secuencias 42 (Estoy acostada...) y 43 (-¿Eres tu la que...) bajo el título "Fragmento de la novela Los murmullos".

También se publicó un trozo de la novela en la pequeña revista Dintel, de la ciudad de México -número 6, septiembre de 1954-. Se trata de las tres últimas secuencias, aparecidas bajo el rubro "Comala". En el número siguiente de la revista se aludió a esta colaboración de Rulfo afirmándose que era parte de la novela Los murmullos.

Como ya he indicado, mientras Rulfo se hallaba escribiendo la novela como becario del Centro Mexicano de Escritores, entregó a sus amigos del Fondo de Cultura Económica una versión completa de ésta, versión que en 1955 salió a luz con el sello de esa editorial. Rulfo indicó posteriormente que no esperaba la edición de su texto, ya que la versión llevada al Fondo era sólo un borrador:

Originalmente el FCE, cuando empezó a hacerse la edición de "Letras Mexicanas", me pidió que le diera yo algo para ver si lo podían publicar. Entonces yo les entregue un borrador que tenía de Pedro Páramo -el original estaba en el Centro Mexicano de Escritores, donde yo tuve una beca de Rockefeller, y ahí se quedó el original y yo me quedé con un borrador- y como ellos querían ver que era o de qué se trataba y si convenía publicarlo, pues me pidieron el borrador. Cuando me fui por ella ya la habían editado.

El original mecanografiado que se halla en el Centro Mexicano de Escritores lleva por título Los murmullos (en el lomo: Los murmulros); el que llegó al Fondo, Pedro Paramo.

El Fondo de Cultura Económica realizó a partir de 1955 varias reimpresiones de la edición inicial, hasta que en 1980, a propósito de una edición especial de Pedro Paramo en la colección Tezontle, la novela apareció reelaborada y revisada por el propio Rulfo. Aunque Rulfo afirmara que para él la versión definitiva era la del Centro Mexicano de Escritores, lo cierto es que el texto de Tezontle no coincide plenamente con el del CME. En 1981, el texto de Tezontle pasó a la Colección Popular, con seis reimpresiones hasta 1987.

Como se indicó en el caso de El Llano en llamas, el Fondo de Cultura Económica publicó en 1987 las Obras de Juan Rulfo, con características gráficas que intentaron mejorar la presentación del texto. En esa edición se halla Pedro Paramo.

En Pedro Paramo, como en El Llano en llamas, se observan diferentes momentos de redacción y de edición. A la vista de las muchas variantes que muestran tanto los fragmentos como los textos con las versiones completas, adquiere relevancia la declaración de Rulfo en el sentido de que para llegar a la novela desechó numerosas páginas. El arduo y consciente proceso de elaboración-reelaboración, de creación artística de esta obra, muestra a un escritor preocupado no solo por la fuerza plástica de las escenas, sino también por

la fidelidad a la expresión popular de una determinada zona del país, Jalisco. Arraigo geográfico y tradición lingüística que se expresaron con naturalidad en El Llano en llamas y en Pedro Paramo.

En las páginas que vienen a continuación, como en el registro de variantes que se observa en el segundo anexo, me refiero a los fragmentos, a los textos mecanografiados y a las diversas ediciones mediante las siguientes siglas:

Let, revista Las Letras Patrias, número 1, enero-marzo de 1954, en la que se publicó la primera versión de las secuencias 1 y 2.

Uní, Revista de la Universidad de México, volumen VIII, número 10, junio de 1954, que dio a conocer la versión inicial de las secuencias 42 y 43.

Din, revista Dintel, número 6, septiembre de 1954, en la que apareció la primera versión de las tres últimas secuencias.

A, el texto mecanografiado que contiene la primera versión completa de Pedro Paramo y que Rulfo hizo llegar al Fondo de Cultura Económica. 127 hojas.

B, Pedro Paramo. México, Fondo de Cultura Económica, 1955. (Letras Mexicanas, 19) 157 p.

C, el texto mecanografiado que custodia el Centro Mexicano de Escritores, titulado Los murmullos. 127 hojas.

D, Pedro Paramo. Reimpresión de la Edición Especial, revisada por el autor. Fotografía de Rafael Castro Lopez.

Ilustraciones de Juan Pablo Rulfo. México, Fondo de Cultura Económica, 1986. (Colección Tezontle) 154 p.

E. Pedro Paramo. Sexta reimpresión de la segunda edición, revisada por el autor. México, Fondo de Cultura Económica, 1987. (Colección Popular, 58) 159 p.

F. Pedro Páramo, edición incluida en Juan Rulfo. Obras. México, Fondo de Cultura Económica, 1987. (Letras Mexicanas) pp. 147-254.

Omisiones, adiciones y sustituciones experimentaron las páginas de la novela al paso de un momento a otro en la redacción o edición. A veces se afectó una palabra, en ocasiones una frase, una oración y aun pasajes enteros. A continuación informaré de esos cambios, si no en forma exhaustiva, si en términos que hagan saber del proceso de elaboración artística de Pedro Páramo.

El fragmento de Las Letras Patrias

Como he señalado, Rulfo publicó en Las Letras Patrias la primera versión de las dos secuencias iniciales de Pedro Páramo. El fragmento incluido en las páginas de esa revista con el título "Un cuento" fue aumentado con la inclusión de palabras y aun de oraciones que figuran en el trozo correspondiente tanto del texto mecanografiado que Rulfo entregó al Fondo como de las ediciones de Pedro Páramo.

En algunos casos no existe mayor modificación que el añadido de un sustantivo, una conjunción o una frase adver-

bial. Hay, sin embargo, ocasiones en que la inclusion implica presencia de significados que no son meramente complementarios, es decir, de oraciones.

En un caso, la redaccion que está en Let difiere de la que luego apareció en A, B, D y E, y ambas son distintas de la de C. En Let se lee: alli mueren, regresan; en A, B, D y E: alli se mueren, al llegar al infierno, regresan, y en C: alli han muerto, regresan.

El fragmento incluido en Las Letras Patrias presenta, en cambio, partes de texto que se suprimieron en los siguientes momentos de redacción o de edición. En tres casos se observa en Let la presencia de adjetivos que luego desaparecieron. Hay un caso de supresión de adverbio y otro de frase nominal, y tres estructuras oracionales aparecen únicamente en Let.

Una oracion de Let puede reaparecer en C mas no en los demás textos. También se dan casos en que la forma de Let es distinta de la de C y ambas diferentes de la forma que se halla en A, B, D y E.

No pretendo reseñar los numerosos cambios que el texto incluido en Las Letras Patrias sufrió al redactarse nuevamente. Indicaré los más notorios. En la descripción general de éstos ocupa especial mención el cambio de Tuxcacuexco a Comala, es decir, la sustitución de un toponimo preciso por la de un nombre, que si bien existe en diversos lugares de Mexico, no corresponde específicamente a ningun pueblo de la región en que la novela se desarrolla. Hay quienes creen

que Comala es Tuxcacuexco con otro nombre. No. Ese lugar está en la imaginación. Rulfo mismo recordaba con risas a un profesor que recorría el sur de Jalisco en su busca. A Comala la prefiguro Luvina. Rulfo cambió también el sitio desde el cual Juan Preciado narra la búsqueda de su padre: Fui a Tuxcacuexco paso a Vine a Comala.

Un nombre geográfico real que Rulfo vacilo en poner fue aquel desde donde se observa "la llanura verde, algo amarilla por el maiz maduro", según palabras de Dolores Preciado recordadas por su hijo. En Let, Rulfo había escrito: Hay allí, pasando la Sierra, pero en C cambió: Hay allí, pasando el parteaguas, que en A, B, D y E dio: Hay allí, pasando el puerto de los Colimotes.

En Let se observan sustantivos que posteriormente se sustituyeron. A veces Let y C coinciden y tienen formas sustantivas diferentes a las de A, B, D y E, pero puede darse el caso de que haya un sustantivo en Let, otro en C y otro en A, B, D y E. Let: al diablo!; C: al demonio!; A, B, D y E: al carajol.

Un cambio de pronombre entre Let y los demás momentos transforma el sentido de la acción. Let: me dice el arriero deteniendome; A, B, C, D y E: me dice el arriero deteniendose.

Los cambios de verbos son especialmente significativos. Hay carga semántica en malparieron, forma que en A, B, D y E sustituye a parieron, de Let y C. Puede darse también solo un cambio de tiempos verbales.

Entre los cambios adverbiales se halla el que implica un cambio de situación geográfica. El arriero, Abundio, que muestra a Juan Preciado las propiedades de Pedro Paramo, le dice en Let: voltie para aca, pero en A, B, C, D y E: voltie para allá.

De primera importancia me parecen las modificaciones en las que la nueva redacción implicó un planteamiento distinto de las ideas expresadas en Let, como en el siguiente caso. Let: para reconocerme con mi padre; A, B, C, D y E: para que mi padre me reconociera.

Una construcción oracional que tuvo tres redacciones es grande en que bien cabia el dedo del corazon, de Let, que dio grande donde podia caber muy bien el dedo del corazon en C, y grande, donde bien podia caber el dedo del corazon en A, B, D y E.

El fragmento de la Revista de la Universidad de Mexico

Como ya sabemos, un segundo fragmento de la novela de Rulfo apareció en la Revista de la Universidad de Mexico, - volumen VIII, número 10, junio de 1954-, con el título "Fragmento de la novela Los murmullos". Ese texto es todavía un trozo en formación, en ciernes, que apareciera aumentado en los demás momentos. Por otra parte, se ven allí palabras y construcciones oracionales que luego fueron eliminadas. Hubo también numerosas sustituciones de palabras al reescribirse el fragmento, con cambios que en ocasiones

dieron otra perspectiva al relato o aumentaron la carga semántica.

Entre los cambios que el texto incluido en la Revista de la Universidad experimento al escribirse el texto llevado al Fondo de Cultura Economica, y que permanecieron en los demás documentos, se hallan casos como el siguiente. Uno otros que por desilusion; A, B, C, D y E: otros que porque lo agarró la desilusion. Hay en esas modificaciones el propósito de darle mayor vida al lenguaje, de hacerlo expresivo.

El fragmento de Dintel

La pequeña revista que publico en septiembre de 1954 las tres secuencias finales de Pedro Paramo bajo el rubro de "Comala" contiene un fragmento desprovisto todavia de palabras, oraciones y parrafos que iban a figurar ya en el texto llevado a la imprenta del Fondo y del que se sirvieron los editores para la primera edición de la novela. Quizás por error de imprenta, en Din no se halla el parrafo Se lo dijo a gritos, porque Abundio era sordo. En cambio, seguramente no es atribuible al tipografo sino al propio Rulfo la ausencia en el fragmento publicado por Dintel de los dos últimos parrafos de la novela. El parrafo que viene a ser antepenúltimo en A, B, C, D y E termina la novela en Din, necesariamente con una redaccion distinta: Pedro Paramo no respon-
dio. (A, B, C, D y E: Pedro Paramo respondio:)

Los principales casos en que se observa la existencia de texto suprimido despues de la publicacion de Dintel pertenecen a diversas categorias gramaticales, sobre todo a articulos, sustantivos, adjetivos, pronombres, adverbios y conjunciones. Hay tambien numerosos cambios de construcciones, tanto de frases nominales como de estructuras oracionales. Una construccion de Din aparece aumentada en C pero finalmente es reducida, inclusive en terminos menores que los de Din (Din: todavia hacia una semana se; C: todavia ayer, no pero si hacia unas dos semanas se; A, B, D y E: todavia ayer se).

La más importante de las omisiones realizadas por Rulfo en el fragmento publicado por Dintel es la que se refiere a las palabras con que Pedro Paramo declara su deseo de pedir perdón a fin de prepararse a bien morir. A partir de A, la imagen de Pedro Paramo arrepentido, dispuesto a pedir perdón a Dios y a los demas por sus pecados, desapareció. Sólo quedó la atmósfera de esa accion.

Dintel presenta un texto que recibio numerosos cambios en los momentos posteriores, si bien en ocasiones encontramos una redacción comun a Din y a alguna de las versiones completas. Puede tambien darse el caso de que en Din figure una forma, otra en C y otra diferente en A, B, D y E.

Un cambio notable efectuado al texto de Din fue la sustitucion del personaje Bonifacio Paramo por el de Abundio Martinez. Quedaron asi integradas la parte inicial y la parte final de la novela. El arriero de las primeras pagi-

nas es Abundio, el parricida del final. Otros cambios en los nombres son Din: Gamaliel Villa; A, B, C, D y E: Gamaliel Villalpando, y Din: a ver al padre Aniceto?; A, B, C, D y E: a ver al padre Renteria?

Los cambios verbales que Rulfo efectuó al fragmento de Din buscan la palabra precisa o más rica, como se ve en los dos casos que muestro a continuación. Din: labios, balbuciendo palabras sin sonido; A, B, C, D y E: labios, susurrando palabras. Din: todavía susurrando maldiciones; A, B, C, D y E: todavía farfullando maldiciones. Las onomatopeyas constituyen un recurso favorito de Rulfo.

En ocasiones, la redacción de Din figura también en C. En otras, aparece en A, B, D y E la forma de Din, que queda con redacción distinta en C.

En el trabajo de redacción posterior a Din se hicieron cambios que dieron al texto matices poéticos (Din: amanecer y mirándote a ti, que seguías el camino; A, B, C, D y E: amanecer y mirando cuando te ibas, siguiendo el camino).

Las versiones completas

No existen diferencias importantes entre el borrador llevado al Fondo de Cultura Económica y la primera edición de la novela. En cambio, las modificaciones aumentan en número y en relevancia al confrontar los textos de A y de B con las ediciones posteriores y sobre todo con el original que conserva el Centro Mexicano de Escritores.

Rulfo declaro haber entregado al Fondo de Cultura Economica un borrador (A) de Pedro Páramo, mismo que sirvió para la primera edición (B). La edición de 1955 tuvo numerosas reimpresiones

hasta el año 1980, en que el director del FCE encontró el original en el Centro Mexicano de Escritores. Entonces me dijo que si no convendría mejor sacar el original, que estaba allí en sustitución de este (se refiere a las ediciones anteriores del FCE). Claro, le dije que era el original. Por eso hay esos cambios.²

Ya quedo indicado que, pese a ser Rulfo quien lo afirme, el original mecanografico que se halla en el Centro Mexicano de Escritores (C) no se tomo como base para la edición de Tezontle (D). En esa edición se observan modificaciones con respecto del borrador completo (A) y de la edición de 1955, pero tambien hay muchas e importantes diferencias con respecto del llamado original.

Las variantes mas notorias que el lector encuentra al confrontar el borrador de la novela, el texto de la primera edición, el texto de Tezontle y el de la Colección Popular, con el que conserva el Centro Mexicano de Escritores se agrupan en frases sustantivas, adjetivos, pronombres, construcciones oracionales y frases adverbiales.

Hay ocasiones en que tanto el texto mecanografiado del Fondo como la primera edición presentan una forma sintactica que en los demas textos, incluido C, aparece aumentada. En otros casos, A, B, y C muestran una redacción que en D y en E se modifico con la inclusión de palabras o de oraciones. En un caso, la forma que se halla en B, D y E es distinta,

por inclusión, de la que está tanto en A como en C (A y C: robé espacio; B, D y E: robe el espacio).

Entre las partes escritas por Rulfo en C y omitidas en los demás textos completos, se halla el pasaje en el que, después de platicar acerca de la muerte de Miguel Páramo, los campesinos se despiden con chanzas en torno a las hermanas. También se suprimio un párrafo de C en el que se describe a Susana San Juan temerosa, abrazada a Justina, y otro en el que se le ve acomodándose entre las sábanas antes de decir que ella solo cree en el infierno. Solo en C figura un texto en el que Ines Villa dice que la madre de Abundio era una de las pocas que ella estimaba.

Las sustituciones lexico-sintácticas que encontramos al confrontar las versiones completas revelan suficientemente el continuo trabajo de reelaboración que Rulfo llevaba a cabo en sus textos. En ocasiones el texto del Centro Mexicano de Escritores coincide con el que Rulfo entregó al Fondo de Cultura Económica y con el de la primera edición. Otras veces, la coincidencia se da solo con el texto mecanográfico que posee el Fondo. Puede, además, darse el caso de que haya coincidencia de C con los demás textos completos, excepto con el de la primera edición. Un sustantivo fue cambiado por el autor dos veces: A y B: un recaderop; C: un mandadero; D y E: un propio.

Rulfo solía escribir hay en lugar de ahí, forma popular de ahí. Esporadicamente observamos en sus textos la forma

ahí, y en un caso allí: A y B: por ahí quien; C: por hay quien; D y E: por allí quien.

La edición de Obras de Juan Rulfo, 1987

Como sabemos, al cumplirse un año de la desaparición física de Juan Rulfo, sus editores del Fondo de Cultura Económica publicaron un volumen con El Llano en llamas, Pedro Paramo y otros textos. El título del libro es Obras, que va antecedido del nombre del autor. Esa edición, a la que me refiero con la sigla F, constituyó un digno homenaje a la memoria de Rulfo. Se intentó en ella ayudar al lector con marcas gráficas de gran utilidad, como son los entrecomillados. Obra humana, no escapó de algunas distracciones.

La edición de Pedro Paramo en Obras siguió el texto de la Colección Popular (E), que como hemos visto reproducía en general el texto de Tezontle (D). Por mi parte, como puede verse en el segundo anexo de la tesis, para la fijación de la novela, retomo en lo general la edición de Obras, pero en algunos momentos mi texto es diferente. Existen casos en que se ve a los editores de Obras desviarse de la escritura de Rulfo, como lo muestran abuela, vengo a ayudarle, de A, B, C, D y E, que en F aparece abuela, vengo a ayudarte, y ecos más recientes, de A, B, C, D y E, que en F se lee ecos recientes. En esos casos prefiero las formas de A, B, C, D y E.

La reelaboración artística de Pedro Paramo, según ha quedado expuesta en el presente capítulo, fue una tarea que Rulfo efectuó a lo largo de más de veinticinco años.

Rulfo modificó escenas de Pedro Paramo para que la novela quedara situada en el ámbito de la tragedia y en el de la poesía. Junto a la búsqueda de la precisión se halla el propósito de emplear términos populares, campesinos, arcaizantes. En los cambios, las omisiones y las inclusiones observamos un proceso creador, un trabajo, que era en lo que Rulfo confiaba, más que en la inspiración.

N O T A S

¹Juan Rulfo. Pedro Paramo. Introducción de José Carlos Boixo. Madrid, Catedra, 1985. (Letras Hispánicas, 189) p. 18.

²Idem, p. 32.

CONCLUSIONES

La obra de Juan Rulfo fue una síntesis de aciertos que se venían efectuando en la literatura mexicana desde el siglo XIX. El lenguaje y la conciencia populares figuraron en un plano central en la obra de Azuela, y continuaron en la de José Guadalupe de Anda, Jesús R. Guerrero y José Revueltas, escuela literaria a la que perteneció Rulfo. Estos autores buscaban la expresión y el punto de vista del propio pueblo. Como ellos, Rulfo desechó el lenguaje retórico y persiguió el pensamiento de la expresión popular.

Rulfo había nacido en un pueblo del interior y había tenido una infancia desafortunada. Conocía muy bien los pormenores de la vida precaria, de la pobreza y de la desesperanza. Cuando decidió escribir acerca de los personajes del pueblo, se topó con una cotidianidad cruda, desvestida de triunfos y de brillos, se encontró con el México de dentro, inculto, podrido y abismal, que es el que han dejado cuatro siglos de injusticia, de represión, de explotación y de mentiras. Rulfo ya conocía la medula de esa realidad. Escribir acerca de ella, describirla, constituyó para él un reencuentro y fue para la narrativa mexicana un camino de autenticidad.

Rulfo compendió en su obra una época, un espacio y una forma de ser. Lo hizo sin complacencias y sin otras pretensiones que las de la creación literaria. Sin ataduras y sin prejuicios, redactó una obra rica y compleja, que lejos de quedarse en el costumbrismo, ahondó en las cavernas del

espíritu humano. En sus textos, mas alla de los aires del campo palpita el drama existencial del hombre.

Gran conocedor de la novelística europea y norteamericana contemporánea, Rulfo aplicó en su obra recursos técnicos que solo esporádicamente habian aparecido en la narrativa mexicana, como la recordación portentosa y el monólogo introspectivo. Tambien tomo en cuenta el perspectivismo literario y el relativismo histórico, de los que dan lección los mejores textos de la literatura en lengua española.

La obra de Rulfo constituyo un trabajo de elaboración-reelaboración, que se acerco a las versiones definitivas muchos años después de sus primeras publicaciones. Ese largo proceso de búsqueda y de afinación puede registrarse al lado de una edición fijada a la vista de los textos revisados por Rulfo.

BIBLIOGRAFIA

Textos ineditos

Rulfo, Juan. El Llano en llamas. Texto mecanográfico que conserva el Fondo de Cultura Economica. 129 cuartillas.

----- Pedro Paramo. Texto mecanográfico que se halla en el Fondo de Cultura Economica. 127 cuartillas.

----- Pedro Paramo. Texto mecanográfico que conserva el Centro Mexicano de Escritores. 127 cuartillas.

Ediciones de El Llano en llamas

Rulfo, Juan. El Llano en llamas y otros cuentos. Mexico, Fondo de cultura Economica, 1953. (Letras Mexicanas, 11) 171 p.

----- El Llano en llamas. 2a. ed., corregida y aumentada. Mexico, Fondo de Cultura Economica, 1970. (Coleccion Popular, 1) 153 p.

----- El Llano en llamas. versión incluida en Pedro Paramo y El Llano en llamas. 11a. reimpresion de la 12a. edicion. Barcelona, Grupo Editorial Planeta, 1987. (Colección Popular) pp. 109-249.

----- El Llano en llamas. 9a. reimpresion de la 2a. ed., revisada por el autor. Segunda edicion: 1980. Mexico, Fondo de Cultura Economica, 1986 (Coleccion Popular, 1) 191 p.

----- El Llano en llamas. Reimpresión de la edición especial de 1980, revisada por el autor. Fotografía de Rafael Castro Lopez e ilustraciones de Juan Pablo Rulfo. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1986. (Colección Tezontle) 217 p.

----- El Llano en llamas, versión incluida en Obras de... Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1987. (Letras Mexicanas) pp. 13-145.

Ediciones de Pedro Paramo

Rulfo, Juan. Pedro Paramo. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1955. (Letras Mexicanas, 19) 157 p.

----- Pedro Paramo. Introducción de Jose Carlos Gonzalez Boixo. Madrid, Catedra, 1985. (Letras Hispánicas, 189) 150 p.

----- Pedro Paramo. Reimpresión de la edición especial, de 1980, revisada por el autor. Fotografía de Rafael Castro Lopez e ilustraciones de Juan Pablo Rulfo. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1986. (Colección Tezontle) 154 p.

----- Pedro Paramo. Sexta reimpresión de la segunda edición, revisada por el autor, 1981. Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1987. (Colección Popular, 58) 159 p.

----- Pedro Paramo, versión incluida en Obras de... Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1987 (Letras Mexicanas) pp. 147-254.

Cuentos de Rulfo en publicaciones periodicas

- Rulfo, Juan. "Nos han dado la tierra". En Pan, Revista de Literatura, número 2, julio de 1945, pp. 1-3.
- "Macario". En Pan, Revista de Literatura, número 6, noviembre de 1945, pp. 7-10.
- "La vida no es muy seria en sus cosas". En America, Tribuna de la democracia, número 40, 30 de junio de 1945, pp. 35-36.
- "Nos han dado la tierra". En America, Tribuna de la democracia, número 42, 31 de agosto de 1945, pp. 19-21.
- "Macario". En America, Tribuna de la democracia, número 48, junio de 1946, pp. 67-72.
- "Es que somos muy pobres". En America, Tribuna de la democracia, número 54, 30 de agosto de 1947, pp. 24-29.
- "La Cuesta de las Comadres". En America, Revista Antologica de Literatura, número 62, enero de 1950, pp. 31-38.
- "Talpa". En America, Revista Antologica de Literatura, número 62, enero de 1950, pp. 79-87.
- "El Llano en llamas". En America, Revista Antologica, número 64, diciembre de 1950, pp. 66-85.

- "Diles que no me maten". En America. Revista Antologica de Literatura, numero 66, junio de 1951, pp. 125-130.
- "El día del derrumbe". En Mexico en la Cultura, número 334, 14 de agosto de 1955, pp. 3 y 5.
- "La presencia de Matilde Arcangel". En Metafora, número 4, septiembre-octubre de 1955, pp. 27-32.

Fragmentos de Pedro Paramo

- Rulfo, Juan. "Un Cuento". En Las Letras Patrias, número 1, enero-marzo de 1954, pp. 104-108.
- "Fragmento de la novela Los murmullos". En Revista de la Universidad de Mexico, volumen VIII, número 10, junio de 1954, pp. 6-7.
- "Comala". En Dintel, número 6, septiembre de 1954, pp. 9-20.

Otros textos de Rulfo

- Rulfo, Juan. "El desafío de la creación". En Revista de la Universidad de Mexico, volumen XXXV, números 2-3, octubre-noviembre de 1980, pp. 15-17.
- "Pedro Paramo, treinta años después". En Los murmullos. Antologia periodistica en torno a la muerte de Juan Rulfo. Seleccion de Alejandro Sandoval, Felipe de Jesús Hernandez y Arturo

Trejo Villafuerte. Mexico, Delegacion Cuauhtemoc del Departamento de Distrito Federal, 1986. pp. 69-71.

----- "Mi padre". En La Jornada, 6 de enero de 1987, p. 16.

----- "Dos cartas a Clara". En La Jornada, 6 de enero de 1987, pp. 16-18.

Bibliografía indirecta

Algara, Javier. "La perspectiva religiosa en la obra de Juan Rulfo". En Letras Potosinas, año XLVII, julio-septiembre de 1989, pp. 5-21.

Argentinski, Ivan. "Jamás podrían imponernos su cultura: Rulfo". En Plural, número 189, junio de 1987, pp. 29-30.

Arreola, Juan Jose. Confabulario. 3a. edición, Mexico, Joaquín Ortiz, 1973, pp. 7-11.

Benitez, Fernando. "Conversaciones con Juan Rulfo". En Mexico Indígena, número extraordinario, 1986, pp. 46-51.

Casa del Tiempo, volumen I, número 11, julio de 1981, pp. 2-46.

Diaz Du-Pond, Carlos. La opera en Mexico de 1924 a 1984. Testimonio operístico. Mexico, UNAM, 1986, (Cuadernos de Historia del Arte, 42) pp. 120-123.

Durand, Victor Manuel. La ruptura de la nacion. Historia del movimiento obrero mexicano desde 1938 hasta 1952. Mexico, UNAM, 1986. pp. 145-205.

Enciclopedia de Mexico. t. 11. Edicion Especial. Mexico, Instituto de la Enciclopedia de Mexico-Secretaria de Educacion Publica, 1987. p. 204.

Eos. Revista Jalisciense de Literatura, num. 1, 30 de julio de 1943-num. 4, 31 de octubre de 1943. Edición facsimilar. Presentación de Juan José Arreola. Mexico, FCE, 1985. (Revistas Literarias Mexicanas Modernas) pp. 7-216.

"Entrevista a Blas Galindo". En Mexico Indigena, numero extraordinario, 1986, pp. 55-57.

Guerrero, Jesus R. Los olvidados. Prologo de Jose Revueltas. Mexico, Estampa, 1944. pp. xi-xv.

Juan Rulfo. Un mosaico critico. Mexico, UNAM-U de G-INBA, 1988. (Textos de Humanidades) 211 p. Contiene: Edmundo Valadés. "Juan Rulfo", Noe Jitrik. "El ojo de la aguja que mata. Inconsciente y texto en un relato de Rulfo", Hernan Lara Zavala. "Tierra y fuego", Federico Campbell. "En el pais de la impunidad, Pedro Páramo es el rey", Ignacio Trejo Fuentes. "La noción de pecado en Juan Rulfo", Andres Gonzalez Pages. "Todos nos llamamos Pedro Paramo", Fabienne Bradu. "La frase rulfiana", Francisco Prieto. "La experiencia poetica de la culpa en los cuentos de

Juan Rulfo", Elias Trabulse. "Juan Rulfo y las crónicas coloniales", Christopher Dominguez Michael. "Juan Rulfo, puesta en obra", Faco Ignacio Taibo I, "Rulfo: el arte del borreguero", Evodio Escalante. "La disyunción padre-hijo: matriz generadora de los textos de Juan Rulfo", Russell M. Cluff. "La voz narrativa en dos cuentos de Juan Rulfo", Sergio Fernández. "Pedro Paramo: una sesión espiritista", Joaquín Armando Chacón. "Juan Rulfo y la condena perpetua", Anthony M. Stanton. "Incesto y parricidio: estructuras antropológicas en Pedro Páramo", Mariana Frenk-Westheim. "Rulfo releído y repensado", Lilia Osorio. "Dos acercamientos a Pedro Paramo", John Bruce-Novoa. "Rulfo y Arreola: dos vías hacia lo mismo", José Pascual Buxó. "Juan Rulfo: los laberintos de la memoria", Alberto Ruy Sánchez. "El ritual del viento en 'Luvina', de Juan Rulfo" y Fernando Benítez. "Juan Rulfo".

Larroyo, Francisco. "La educación". En México y la cultura. 2a. edición. México, Secretaría de Educación Pública, 1961. pp. 781-785.

Los murmullos. Antología periodística en torno a la muerte de Juan Rulfo. Selección de Alejandro Sandoval, Felipe de Jesús Hernández y Arturo Trejo Villafuerte. México, Delegación Cuauhtémoc del De-

- partamento del Distrito Federal, 1986.
(Colección Divulgación de las Artes. Serie Testimonio) 267 p.
- Magis, Carlos. "La cultura literaria". En Historia de Mexico. t. 11. 2a. edición. Mexico, Salvat, 1985. p. 2775.
- Medina, Luis. Historia de la Revolución Mexicana. Periodo 1940-1952. Del cardenismo al avilacamachismo. Mexico, El Colegio de Mexico, 1978. pp. 231-281.
- Millán, Marco Antonio. "America. Revista Antologica". En Las revistas literarias de Mexico. Segunda serie. INBA, 1964. pp. 113-135.
- Pan. Revista de Literatura, num. 1, junio de 1945-num. 7, enero y febrero de 1946. Edición facsimilar. Presentación de Antonio Alatorre. Mexico, FCE, 1985. (Revistas Literarias Mexicanas Modernas) pp. 217-359.
- Riveiro Espasandin, José. Juan Rulfo. Pedro Páramo. Barcelona, Laia, 1984. (Guías Laia de Lectura, 10) pp. 61-78.
- Rodriguez Luis, Julio. "La función de la voz popular en la obra de Rulfo". En Cuadernos Hispanoamericanos, numeros 421-423, julio-septiembre de 1985, 1985, pp. 141-142.

Roffé, Reina, compiladora. Juan Rulfo. Autobiografía armada.
Buenos Aires, Corregidor, 1973. (Serie Breve)
100 p.

Yáñez, Agustín. El contenido social de la literatura iberoa-
mericana. México, El Colegio de México, 1944.
(Jornadas, 14) 47 p.

VINE^a a Comala¹ porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y^b yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus^c manos en señal de que lo haría.^d pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo^e todo. "No^f dejes de ir a visitarlo —me recomendó—. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerlo." Entonces^g no pude hacer otra cosa sino decirle que así^h lo haría, y de tanto decirselo se lo seguí diciendo aunⁱ después^j de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.

—Todavía antes me había dicho:

—No^k vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio. . . El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.

—Así lo haré, madre.

Pero no pensé cumplir mi promesa. Hasta que ahora pronto comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este^l modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo, el marido de mi madre. Por^m eso vineⁿ a Comala. □

Era ese tiempo de la canícula,^o cuando el aire de agosto sopla caliente,^p envenenado por el olor podrido de las^q saponarias.^r

El camino subía^s y bajaba:^t "Sube^o o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja."

—¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo?

—Comala,^u señor.

—¿Está seguro de que ya es Comala?^v

—Seguro, señor.

—¿Y por qué se ve esto tan triste?

—Son los tiempos, señor.^w

Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi ma-

^aLet: Fui a Tuxcacuexco porque me dijeron que allá vivía ^bLet: dijo. Entonces lo prometí que iría a ^cLet: apreté las manos

^eLet: de prometerle todo.

^gLet: conocerte". Y yo no

^hLet: que sí iría, y

ⁱLet y C: diciendo aún después que

^jA, B y E: después que

^lLet y C: de ese modo

^mLet: eso fui a Tuxcacuexco.

^tLet: camino subo o baja según se va o se viene; para el que va, subo, para el que viene, baja.

^uLet: —Tuxcacuexco, señor.

^vLet: es Tuxcacuexco?

^wLet: señor./ Y volvimos al silencio./ Yo trataba de ver

^dLet, A, B, C, E y F: haría; pues ^fLet: todo. —"No dejes de ir a visitarlo, me recomendó. Se C: todo. —No dejes de ir a visitarlo, me recomendó. Se ^kPárrafo unido al anterior, con comillas y sin guión, en Let y en C. ^rEsta oración forma párrafo aparte en Let, A y C. ^oLet, A y C: caliente envenenado ^fLet: de los garambuyos. Las hojas de la saponaria crujen y se desbaratan con el roco del viento. El sol, blanco de luz, quema las sombras escondidas bajo la hierba. ^qC: saponarias. Las hojas de los madroños crujen y se desbaratan con el roco del viento. ^sA, B y C: bajaba; "subo ^tSin subrayado en A ni en C; sin bastardillas en B. En C carece de comillas.

dre; de su nostalgia, entre¹retazos de suspiros. Siempre vivió ella suspirando por Comala,^b por el retorno; pero jamás volvió. Ahora yo vengo en su lugar. Traigo los^cojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver: "Hay^d allí, pasando el^epuerto de Los Colimotes, la^fvista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese^glugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche." Y^hsu voz era secreta, casi apagada, como si hablara consigo misma. . . Mi madre.

—¿Y a qué va usted a Comala,ⁱ si se puede saber?^j—oí que me preguntaban.

—Voy a ver a mi padre^k—contesté.

—¡Ah!^l—dijo él.

Y volvimos al silencio.

Caminábamos cuesta abajo, oyendo el trote rebotado de los burros. Los ojos reventados por el sopor del sueño, en la canícula de agosto.^m

—Bonita fiesta le va a armarⁿ—volví a oír la voz del que iba allí a mi lado—. Se pondrá contento de ver a alguien después de tantos años que nadie viene por aquí.

Luego^oañadió:

—Sea^pusted quien sea, se alegrará de verlo.

En la reverberación del sol, la^rllanura parecía una laguna transparente,^s deshecha en vapores por^t donde se traslucía^u un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más allá,^v la^w más remota lejanía.

—¿Y qué trazas tiene su padre, si se puede saber?

—No lo conozco^x—le dije—. Sólo sé que se llama Pedro Páramo.

—¡Ah!,^yvaya.

—Sí, así me dijeron que se llamaba.

Oí otra vez el "¡ah!"^j del arriero.

Me había topado^{aa} con él en Los Encuentros,^{bb} donde se cruzaban varios caminos. Me estuve allí esperando, hasta que al fin apareció^{cc} este hombre.

—¿Adónde^{cc} va usted? —le pregunté.

^dLa parte entrecomillada aparece en Let como párrafo aparte, con comillas, guión inicial, y sin bastardillas. En A no está subrayada, ni presenta bastardillas en B; y en C, además del entrecomillado existe un guión inicial. ^eLet y C presentan en párrafo aparte: Y su... madre. ^fC: saber? oí ^gLet: padre, contesté. ^hLet y C: —¡Ah! dijo ⁱLet: armar, volví... lado. Se ^jC: lado. Se ^kLet y C presentan este párrafo integrado al anterior. ^lEn Let y en C, este párrafo forma parte del anterior, sin guión inicial. ^mLet: transparente deshecha ⁿLet y C: allá la ^oLet y C: conozco, le dije. Sólo ^pLet y C: —¡Ah! vaya. ^qLet y C: el ¡ah! del ^rC: en "Los Encuentros" donde ^sLet y C: —¿A dónde va usted? le

^aC: entre los retazos

^bLet: por Tuxcacuexco, por

^cLet y C: los mismos ojos

^eLet: pasando la Sierra, desde el C: pasando el parteaguas, desde el

^fLet y C: Colimotes, una vista

^gLet: Desde allí se ve Tuxcacuexco blanqueando

ⁱLet: a Tuxcacuexco, si

^mLet y C incluyen a continuación el párrafo: El sol caía en seco sobre la tierra.

^rLet y C: sol, bajo un cielo sin nubes, la llanura parece una ^sA y B: vapores trasluciendo un ^tLet y C: se trasluce un horizonte gris. Más allá una línea de montañas esfumadas, desvanecidas en la distancia. Y ^wA y B: la remota

^{aa}Let, A, B y C: había encontrado con

—Voy para abajo, señor.

—¿Conoce un lugar llamado Comala?^a

—Para allá mismo voy.

Y^b lo seguí. Fui tras^c él tratando de emparejarme a su paso, hasta que pareció darse cuenta^d de que lo seguía y disminuyó la prisa de su carrera. Después^e los dos íbamos tan pegados que casi nos tocábamos los hombros.

—Yo también soy hijo de Pedro Páramo^f—me dijo.

Una bandada de cuervos pasó cruzando el cielo vacío, haciendo cuar,^g cuar, cuar.

Después^h de trastumbar los cerros, bajamos cada vez más. Habíamos dejado el aire caliente allá arriba y nos íbamos hundiendo en el puro calor sin aire. Todo parecía estarⁱ como en espera de algo.

—Hace^j calor aquí^k—dijo.

—Sí, y esto no es nada^m—me contestó el otro—. Cállese. Ya lo sentirá más fuerte cuando lleguemos a Comala. Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí^o se mueren, al llegar al infierno regresan por su cobija.

—¿Conoce^p usted a Pedro Páramo?^q—le pregunté.

Me atreví a hacerlo porque vi en sus ojos una gota de confianza.

—¿Quién es?^r—volví a preguntar.

—Un rencor vivo^s—me contestó él.

Y dio un pajuélazo contra los burros, sin necesidad, ya que los burros iban mucho más adelante de^t nosotros, encarrerados por la bajada.

Sentí el retrato de mi madre guardado en la bolsa de la camisa, calentándome el corazón, como si ella también sudara. Era un retrato viejo, carcomido en los bordes; pero fue el único que conocí de ella. Me lo había^u encontrado^v en el armario de la cocina, dentro^w de una cazuela^x llena de yerbas: hojas^y de taronjil, flores de Castilla, ramas de ruda. De de entonces lo guardé. Era el único. Mi madre siempre fue enemiga de retratarlo. Decía que los retratos eran cosa de brujería. Y así parecía ser; porque

^bLet: Entonces lo seguí. Me figuré que ora arriero por los burros que llevaba de vacío, y me fui detrás de él tratando de emparejarme a su paso. Hubo un rato en que pareció ⁱLet y C: Páramo, me ^jA y B: "cuar, cuar, cuar". ^kC: aquí, dijo. ^lLet: —Sí. Y esto no es nada, me contestó el otro. Cállese. ^mC: nada, me contestó el otro. Cállese. ⁿC: Páramo? le ^oLet y C: es? volví ^pLet y C: vivo, me

^aLet: llamado Tuzacuexco?

^cA y B: tras de él.

^dA y B: cuenta que

^eLet: carrera. No miró con sus ojos entrecerrados como diciendo: ¡pobre hombre! Después

^hLet: Ahora, onseguida de trastumbar los cerros, bajábamos cada C: onseguida, después de trastumbar ⁱLet: estar quieto como

^jLet: —Buen calor hace aquí, dijo.

ⁿLet: sentirá cuando lleguemos a Tuzacuexco. Aquello

^oLet: allí mueren, regresan C: allí han muerto, regresan

^pLet: —¿Quién es Pedro Páramo? le

^tLet: adelante que nosotros,

^uLet: lo encontró una vez en ^vC: en encontrado una vez en ^wLet: cocina, metido en una cazuela ^xB: una cazuela la llena. ^yLet: hojas necas de

el suyo estaba lleno de agujeros como de aguja, y en dirección del corazón tenía uno muy grande, donde bien podía caber el dedo del corazón.

Es el mismo que traigo aquí, pensando que podría dar buen resultado para que mi padre me reconociera.

—Mire usted—me dice el arriero, deteniéndose—. ¿Ve aquella loma que parece vejiga de puero? Pues detrasito de ella está la Media Luna. Ahora voltié para allá. ¿Ve la ceja de aquel cerro? Véala. Y ahora voltié para este otro rumbo. ¿Ve la otra ceja que casi no se ve de lo lejos que está? Bueno, pues eso es la Media Luna de punta a cabo. Como quien dice, toda la tierra que se puede abarcar con la mirada. Y es de él todo ese terreno. El caso es que nuestras madres nos malparieron en un potato aunque éramos hijos de Pedro Páramo. Y lo más chistoso es que él nos llevó a bautizar. Con usted debe haber pasado lo mismo, ¿no?

—No me acuerdo.

—¡Váyase mucho al carajo!

—¿Qué dice usted?

—Que ya estamos llegando, señor.

—Si, ya lo veo. ¿Qué pasó por aquí?

—Un correccaminos, señor. Así les nombran a esos pájaros.

—No, yo preguntaba por el pueblo, que se ve tan solo, como si estuviera abandonado. Parece que no lo habitara nadie.

—No es que lo parezca. Así es. Aquí no vive nadie.

—¿Y Pedro Páramo?

—Pedro Páramo murió hace muchos años. □

Era la hora en que los niños juegan en las calles de todos los pueblos, llenando con sus gritos la tarde. Cuando aún las paredes negras reflejan la luz amarilla del sol.

Al menos eso había visto en Sayula, todavía ayer, a esta misma hora. Y había visto también el vuelo de las palomas rompiendo el aire quieto, sacudiendo sus alas como si se desprendieran del día. Volaban y caían sobre los tejados, mientras los

²Let: grande en que bien cabía el C: grande donde podía caber muy bien el

^bLet: resultado para reconocirme con mi padre. ^dLet: arriero deteniéndose—:

^fLet: puero? Pos detrasito de

^gLet: para acá. ¿Ve

^hLet y C: otro lado. ¿Ve

ⁱLet: Bueno, eso

^jLet: con los ojos. Y de él es todo ese terreno. Lo chistoso es que nuestras madres nos parieron encima de C: con los ojos. Y es de C: nos parieron en ^mLet y C: de él. Y

^oLet: —Tal vez. Yo no me acuerdo.

^pLet: al diablo! C: al demonio!

^cC: estamos llegando./ —Sí,

^rLet, A, B y C: les dicen a

^sC: llenando de gritos ^{A, B, C, D, E y F}: Cuando aún las ^uC: paredes grises reflejan

²A, B, D, E, F y G: grande donde ^cLet y C: usted, me ^dA y B: arriero deteniéndose—: ^eD: deteniéndose—. ^fLet: potato, aunque ^gC: mismo ¿no? ^hC: quieto; sacudiendo

gritos de los niños revoloteaban y parecían teñirse de azul en el cielo del atardecer.

Ahora estaba aquí, en este pueblo sin ruidos. Oía caer mis pisadas sobre las piedras redondas con que estaban empedradas las calles. Mis pisadas huecas, repitiendo su sonido en el eco de las paredes teñidas por el sol^a del atardecer.

Fui andando por la calle real en esa hora. Miré las casas vacías; las puertas desportilladas, invadidas de yerba. ¿Cómo me dijo aquel fulano que se llamaba esta yerba? "La gobernadora.^{b,5} señor. Una plaga que nomás espera que se vaya la gente para invadir las casas. Así las verá usted."

Al cruzar una bocacalle vi^c una señora envuelta en su rebozo⁷ que desapareció como si no existiera. Después volvieron a moverse mis pasos^d y mis ojos siguieron asomándose al agujero de las puertas. Hasta que nuevamente la mujer del rebozo se cruzó frente a mí.^e

—¡Buenas noches! —me dijo.

La seguí con la mirada. Le grité:^f

—¿Dónde^g vive doña Eduviges?

Y ella señaló con el dedo:

—Allá.^h La casa que está junto al puente.

Me di cuenta que su voz estaba hecha de hebras humanas,ⁱ que su boca tenía dientes y una lengua que se trababa y destrababa al hablar, y que sus ojos eran como todos los ojos de la gente que vive sobre la tierra.

Había oscurecido.

Volvió a darme las buenas noches. Y aunque no había niños jugando,^j ni palomas, ni tejados azules, sentí que el pueblo vivía. Y que si yo escuchaba solamente el silencio, era porque aún^k no estaba acostumbrado al silencio; tal vez porque mi cabeza venía^m llena de ruidos y de voces.

De voces, sí. Y aquí, donde el aire era escaso, se oían mejor. Se quedaban dentro de uno, pesadas. Me acordé de lo que me había dicho mi madre: "Alláⁿ me oirás^o mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de

^aC: el sol./ Fui

^{b,5}A, B, D y E: "La capitana,⁶ señor. C: —"La yerba capitana, señor.

^cC: vi a una

^dC: mis pisadas y

^eC: mí. Me saludó: ¡Buenas noches!/ Le

^fD: grité.

^kC: si oía solamente ^lC: porque todavía no ^mA y B: cabeza estaba llena C: cabeza la traía llena

^oC: oirás. Estaré

^jEn C, párrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión. ^hPárrafo integrado al anterior, en C. ⁱC: humanas; que ^jC: jugando ni ^mTexto no subrayado en A ni en C, que lo presenta en párrafo separado. Sin bastardillas en B.

mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz." Mi^a madre... la^b viva.

Hubiera querido decirle: "Te equivocaste de domicilio. Me diste una dirección mal dada. Me mandaste al '¿dónde^c es esto y dónde es aquello?' A un pueblo solitario. Buscando a alguien que no existe."

Llegué^d a la casa del puente orientándome por el sonar del río. Toqué la puerta; pero en falso. Mi mano se sacudió en el aire como si el aire la hubiera abierto. Una mujer estaba allí. Me dijo: —Pase usted.^e —Y entré. □

Me^f había quedado en Comala. El arriero, que se siguió de filo, me informó todavía antes de despedirse:

—Yo^g voy más allá, donde se ve la trabazón de los cerros. Allá tengo mi casa. Si usted quiere venir, será bienvenido. Ahora que si quiere quedarse aquí, ahí se lo haiga; aunque no estaría por demás que le echara una ojeada al pueblo, tal vez encuentre algún vecino viviente.

Y me quedé. A eso venía.

—¿Dónde podré encontrar alojamiento?^h—le pregunté ya casi a gritos.

—Busque a doña Eduviges, si es que todavía vive. Dígale que va de mi parte.

—¿Y cómo se llama usted?

—Abundioⁱ—me contestó. Pero ya no alcancé a oír el apellido. □

—Soy Eduviges Dyada. Pase usted.

Parecía que me hubiera estado esperando. Tenía todo dispuesto, según me dijo,^j haciendo que la siguiera por una larga serie de cuartos oscuros, al parecer desolados. Pero no; porque^k en cuanto me acostumbé a la oscuridad y al delgado hilo de luz que nos seguía, vi crecer sombras a ambos lados y sentí que íbamos caminando a través de un angosto^l pasillo abierto entre bultos.

^cC: al "dónde es esto y dónde es aquello". A

^lC: un estrecho pasillo

^aC presenta esta oración en párrafo aparte. ^bA, B y C: madre... La viva. D, E y F: madre ... la viva. ^dEn C se observa una separación mayor entre este párrafo y el anterior. ^eA, B y D: dijo: / —Pase usted. / Y entré. C: dijo: Pase usted. / Y entré. F: dijo: —Pase usted —y entré. ^fNo existe esta separación de conjuntos de párrafos en A ni en C. ^gEn C, párrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión. ^hC: alojamiento? le ⁱC: —Abundio, me ^jA y B: dijo haciendo ^kC: porque en

—¿Qué es lo que hay aquí?^a—pregunté.

—Tiliches^{b, g}—me dijo ella—. Tengo la casa toda entilichada. La escogieron para guardar sus muebles los que se fueron, y nadie ha regresado por ellos. Pero el cuarto que le he reservado está al fondo. Lo tengo siempre descombrado por si alguien viene.^e ¿De modo que usted es hijo de ella?

—¿De quién?^d—respondí.

—De Doloritas.

—Sí.^e ¿pero cómo lo sabe?

—Ella me avisó que usted vendría. Y hoy precisamente. Que llegaría hoy.

—¿Quién? ¿Mi madre?

—Sí. Ella.

Yo no supe qué pensar. Ni ella me dejó en qué pensar:

—Éste es su cuarto —me dijo.

No tenía puertas, solamente^f aquella por donde habíamos entrado. Encendió^g la vela y lo vi vacío.

—Aquí no hay dónde acostarse^h—le dije.

—No se preocupe por eso. Usted ha de venir cansado y el sueño es muy buen colchón para el cansancio. Ya mañana le arreglaré su cama. Como usted sabe, no es fácil ajuarear las cosas en un dos por tres. Para eso hay que estar prevenido, y la madre de usted no me avisó sino hasta ahora.

—Mi madreⁱ—dije—, mi madre ya murió.

—Entonces ésa fue la causa de que su voz se^j oyera tan débil, como si hubiera tenido que atravesar una distancia muy larga para llegar hasta aquí. Ahora lo entiendo. ¿Y cuánto hace que murió?

—Hace ya siete días.

—Pobre de ella. Se ha de haber sentido abandonada. Nos hicimos la promesa de morir juntas. De irnos las dos para darnos ánimo una a la otra en el otro viaje, por si se necesitara, por si acaso encontráramos alguna dificultad. Éramos muy amigas. ¿Nunca le habló^k de mí?

—No, nunca.

—Me parece raro. Claro que entonces éramos unas^l chiquillas.

^fC: solamente por
^gC: entrado. Encendí la

^jC: voz fuera tan

^kC: habló ella de

^lC: éramos muchachas. Y

^aC: aquí? pregunté. ^bC: —Tiliches, me dijo ella. ^eC: viene. —¿De ^dC: quién? respon
si. ^eC: —Sí ¿pero ^hC: acostarse, le ⁱC: madre, dije. Mi madre

Y ella estaba apenas recién casada.^a Pero nos queríamos mucho. Tu madre era tan bonita, tan, digamos, tan tierna,^b que daba gusto quererla. Daban ganas de quererla. ¿De modo que me lleva ventaja, no? Pero ten la seguridad de que la alcanzaré. Sólo yo entiendo lo lejos que está el cielo de nosotros: pero conozco cómo acortar las veredas. Todo consiste en morir,^c Dios mediante, cuando uno quiera y no cuando Él lo disponga. O,^d si tú quieres, forzarlo a disponer antes de tiempo. Perdóname que te hable de tú; lo hago porque te considero como^e mi hijo. Sí, muchas veces dije: "El^f hijo de Dolores debió haber sido mío." Después te diré por qué. Lo único que quiero decirte ahora es que alcanzaré a tu madre en alguno de los caminos de la eternidad.

Yo creía^g que aquella mujer estaba loca. Luego ya no creí^h nada. Me sentíⁱ en un mundo lejano y me dejé arrastrar. Mi cuerpo,^j que parecía aflojarse, se doblaba ante todo, había^k soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de^l trapo.

—Estoy cansado^m—le dije.

—Ven a tomar antes algún bocado. Algo de algo. Cualquier cosa.

—Iré.ⁿ Iré después.

El agua que goteaba de las tejas hacía un agujero en la arena del patio. Sonaba: plas,^o plas, y luego otra vez plas, en mitad de una hoja de laurel^q que daba vueltas y rebotes metida en la hendidura de los ladrillos. Ya se había ido la tormenta. Ahora de vez en cuando la brisa sacudía las ramas del granado haciéndolas chorrear una lluvia espesa, estampando la tierra con gotas brillantes que luego se empañaban. Las gallinas, engarruñadas como si durmieran, sacudían de pronto sus^p alas y salían al patio, picoteando de prisa, atrapando las lombrices desenterradas por la lluvia. Al^r recorrerse las nubes, el sol sacaba luz a las piedras, irisaba todo de colores, se bebía el agua de la tierra,^s jugaba con el aire dándole brillo a las hojas con que jugaba el aire.

^cC: morir Dios mediante cuando ^dC: O si ^fSin entrecorillado en C. ^jC: cuerpo que ^mC: cansado, le ^oA, B, C, D, E y F: plas plas y ^sC: tierra; jugaba

^aC: casada con mi compadre Pedro. Pe
ro ^bC: tan suave, que

^eC: considero casi mi

^gC: Yo imaginé que ^hC: creí en nada.
ⁱC: Me sentía en un mundo ajeno y me
^kC: ante todo, creía todo, había sol-
tado sus alambres y
^lC: fuera un trapo.

□ ⁿC: —Iré, dije. Iré después.

^pC: pronto las alas

^rC: lluvia. El sol, al recorrerse de
las nubes, sacaba luz a las piedras,
irisaba de colores las cosas, se be-
bía ^rA y B: recorrerse de las

—¿Qué tanto haces en el excusado,^a muchacho?

—Nada, mamá.

—Si sigues allí^b va a salir una culebra y te va a morder.

—Sí, mamá.

"Pensaba^c en ti, Susana. En las lomas verdes. Cuando volábamos papalotes^d en la época del aire. Oíamos allá abajo el rumor viviente del pueblo mientras estábamos encima de él, arriba de la loma, en tanto se nos iba el hilo de cáñamo arrastrado por el viento. 'Ayúdame, Susana.' Y unas manos suaves se apretaban a nuestras manos. 'Suelta más hilo.'

"El^e aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, mientras el hilo corría entre los^f dedos detrás del viento, hasta que se rompía con un leve crujido como si hubiera sido trozado por las alas de algún pájaro. Y allá arriba, el pájaro de papel caía en maromas arrastrando^g su cola de hilacho, perdiéndose en el verdor de la tierra.

"Tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío."

—Te he dicho que te salgas del excusado,^h muchacho.

—Sí, mamá. Ya voy.

"Deⁱ ti me acordaba. Cuando tú estabas allí mirándome con tus ojos de aguamarina."^j

Alzó la vista y miró a su madre en la puerta.

—¿Por qué tardas tanto en salir? ¿Qué haces aquí?

—Estoy pensando.

—¿Y no puedes hacerlo en otra parte? Es dañoso estar mucho tiempo en el excusado. Además, debías de ocuparte en algo. ¿Por qué no vas con tu abuela a desgranar maíz?

—Ya voy, mamá. Ya voy. □

—Abuela, vengo a ayudarte^k a desgranar maíz.

—Ya terminamos; pero vamos a hacer chocolate. ¿Dónde te habías metido? Todo el rato que duró la tormenta te anduvimos buscando.

—Estaba en el otro patio.

—¿Y qué estabas haciendo? ¿Rezando?

^bA y B: allí, va ^cEn C no están entrecomillados éste ni los dos párrafos siguientes, y las citas internas del párrafo aparecen con comilla doble. ^dA y B: volábamos papalotes en ^eEn C, párrafo integrado al anterior. ^fSin entrecomillado en C. ^gA, B y C: agua marina." ^kC: —Ya voy mamá, ya voy.

^aA, B, C, D, E y F: excusado,

^fC: entre nuestras manos detrás

^gC: maromas arrastrado por su cola de trapo, perdiéndose

C: si hubieran besado el

^hA, B, C, D, E y F: excusado,

^kF: a ayudarte a

—No, abuela, solamente estaba viendo llover.

La abuela lo miró con aquellos ojos medio grises, medio amarillos,^a que ella tenía y que parecían adivinar lo que había dentro de uno.

—Vete,^b pues, a limpiar el molino.^c

“A^d centenares de metros, encima de todas las nubes, más, mucho más allá de todo,^e estás escondida tú, Susana. Escondida en la inmensidad de Dios, detrás de su Divina Providencia, donde yo no puedo alcanzarte ni verte y adonde^f no llegan mis palabras.”

—Abuela, el molino no sirve, tiene el gusano roto.

—Esa Micaela ha de haber molido molcates^h en él. No se le quita esa mala costumbre; pero^g en fin, ya no tiene remedio.

—¿Por qué no compramos otro? Éste ya de tan viejo ni servía.

—Dices bien. Aunque con los gastos que hicimos para enterrar a tu abuelo y los diezmos que le hemos pagado a la Iglesia^h nos hemos quedado sin un centavo. Sin embargo, haremos un sacrificio y compraremos otro.ⁱ Sería bueno que fueras a ver a doña Inés Villalpando y le pidieras que nos lo fiara para octubre. Se lo pagaremos en las cosechas.

—Sí, abuela.

—Y de paso,^j para que hagas el mandado completo, dile que nos empreste un cernidor y una podadera; con lo crecidas^k que están las matas ya mero se nos meten en^l las trasijaderas. Si yo tuviera mi casa grande, con aquellos grandes corrales que tenía, no me estaría quejando. Pero tu abuelo le jerró^m con venirse aquí. Todo sea por Dios:ⁿ nunca han de salir las cosas como uno quiere. Dile a doña Inés que le pagaremos en las cosechasⁿ todo lo que le debemos.

—Sí, abuela.

Había chuparrosas.^o Era la época. Se oía el zumbido de sus alas entre las flores del jazmín,^o que se caía de flores.

Se dio una vuelta por la repisa del Sagrado Corazón y encontró veinticuatro centavos. Dejó los cuatro centavos y tomó el veinte.

^cC: molino, le dijo.

^hA, B y C: iglesia

ⁱC: otro molino. Sería

^jC: paso, y para

^kA y C: lo crecida que

^lC: meten hasta las verijas. Si

ⁿC: cosechas./ —Sí,

^aC: amarillos que ^bA y C: —Vete pues a ^dPárrafo sin entrecomillar en C. ^eC: todo estás ^fC: y a donde no ^gA, B: pero, en ^hC: iglesia, nos ^mC: Dios, nunca ^oA, B, C, D, E y F: jazmín que

Antes de salir,^a su madre lo detuvo:

—¿Adónde^b vas?

—Con doña Inés Villalpando por un molino^c nuevo. El que teníamos se quebró.

—Dile que te dé un metro de tafeta^d negra, como ésta^d—y le dio la muestra—. Que lo cargue en nuestra cuenta.

—Muy bien, mamá.

—A tu regreso cómprame unas cafiaspirinas. En la maceta del pasillo encontrarás dinero.

Encontró un peso. Dejó el veinte y agarró el peso.

“Ahora^e me sobraré dinero para lo que se ofrezca”, pensó.

—¡Pedro!^f—le gritaron—. ¡Pedro!

Pero él ya no oyó. Iba muy lejos. □

^cC: molino. El

Por la noche volvió a llover. Se estuvo oyendo el borbotar del agua durante largo rato; luego se ha de haber dormido, porque cuando despertó sólo se oía una llovizna callada. Los vidrios de la ventana estaban opacos, y del otro lado las gotas resbalaban en hilos gruesos como de lágrimas. “Miraba^g caer las gotas iluminadas por los relámpagos, y cada que respiraba suspiraba, y cada vez que pensaba,^h pensaba en ti, Susana.”

La lluviaⁱ se convertía en brisa. Oyó: “El perdón de los pecados y la resurrección de la carne. Amén.” Eso era acá adentro, donde unas mujeres rezaban el final del rosario. Se levantaban,^j encerraban los pájaros; atrancaban la puerta; apagaban la luz.

Sólo^k quedaba la luz de la noche,^l el siseo de la lluvia como un murmullo de grillos. . .

—¿Por qué no has ido a rezar el rosario? Estamos en el novenario de tu abuelo.

Allí estaba su madre en el umbral de la puerta, con una vela en la mano. Su sombra descorrida hacia el techo, larga, desdoblada. Y las vigas del techo la devolvían en pedazos,^m despedazada.

—Me siento tristeⁿ—dijo.

Entonces ella se dio vuelta. Apagó la llama de la vela. Cerró

ⁱC: lluvia allá afuera se

^mC: pedazos./ --Me

^aC: salir su ^bC: —¿A dónde ^dC: ésta. Y le dió la muestra. Que ^eEsta parte está en C sin comillas y con guión inicial. ^fC: —¡Pedro!, le gritaron, ¡Pedro! Pero él ^gEsta parte se halla sin comillas en C. ^hA y B: pensaba pensaba ^jC: levantaban. Encerraban ^kPárrafo integrado al anterior en C. ^lC: noche; el ⁿC: triste, dijo.

la puerta y abrió sus sollozos, que se siguieron oyendo confundidos con la lluvia.

El reloj de la iglesia dio las horas, una tras otra, una tras otra, como si se hubiera encogido el tiempo. □

—Pues sí, yo estuve a punto de ser tu madre. ¿Nunca te platicó ella nada de esto?

—No. Sólo me contaba cosas buenas. De usted vine a saber por el arriero que me trajo hasta aquí, un tal Abundio.

—El bueno de Abundio. ¿Así que todavía me recuerda? Yo le daba^a sus propinas por cada pasajero que encaminara a mi casa. Y a los dos nos iba bien. Ahora,^b desventuradamente, los tiempos han cambiado, pues desde que esto está empobrecido ya nadie se comunica con nosotros. ¿De modo que él te recomendó que vinieras a verme?

—Me^c encargó que la buscara.

—No puedo menos que agradecersele. Fue buen hombre y muy cumplido. Era quien nos acarrecaba el correo,^d y lo siguió haciendo todavía después que se quedó sordo. Me acuerdo del^e desventurado día que le sucedió su desgracia. Todos nos conmovimos, porque todos lo queríamos. Nos llevaba y traía cartas. Nos contaba cómo andaban las cosas allá del otro lado del mundo, y seguramente a ellos les contaba cómo andábamos nosotros. Era un gran platicador. Después ya no. Dejó de hablar. Decía que no tenía sentido ponerse a decir cosas que él no oía, que no le sonaban a nada,^f a las que no les encontraba ningún sabor. Todo sucedió a raíz de que le tronó muy cerca de la cabeza uno de esos cohetones que usamos aquí para espantar las culebras de agua.^g Desde entonces enmudeció, aunque no era mudo,^h pero, eso sí, no se le acabó lo buena gente.

—Este de que le hablo oía bien.

—No debe serⁱ él. Además, Abundio ya murió.^j Debe haber muerto seguramente. ¿Te das cuenta? Así que no puede ser él.

—Estoy^k de acuerdo con usted.

—Bueno, volviendo a tu madre, te iba diciendo. . .

Sin dejar de oírla, me puse a mirar a la mujer que tenía^k fren-

^aC: daba su comisión por

^cC: —El me encargó

^eC: del día

^gA: mudo. Aunque no se le acabó lo buena gente. C: mudo./ —Este

^hC: ser el mismo. Además, ⁱC: murió. ¿Te das

^jC suprime este párrafo.

^kC: tenía enfrente. Pensé

^bC: Ahora desventuradamente, ^dC: correo y ^fC: nada; a

te a mí. Pensé que debía haber pasado por años difíciles.^a Su cara se transparentaba como si no^b tuviera sangre, y sus manos estaban marchitas;^c marchitas y apretadas de arrugas. No se le veían los ojos. Llevaba un vestido blanco muy antiguo,^d recargado de holanes,^e y del cuello, enhilada en un cordón, le colgaba una María Santísima del Refugio con un letrero que decía: "Refugio^f de pecadores."

—... Ese^g sujeto de que te estoy hablando^h trabajaba como "amansador" en la Media Luna;ⁱ decía llamarse Inocencio Osorio. Aunque todos lo conocíamos por el mal nombre del *Saltaperico*^j por ser muy liviano y ágil para los brincos.^k Mi compadre Pedro decía que estaba que ni mandado^l a hacer para amansar potrillos; pero lo cierto es que él tenía otro oficio: el de "provocador".^m Era provocador de sueños. Eso es lo que era verdaderamente. Y a tu madre la enredó como lo hacía con muchas. Entre otras,ⁿ conmigo. Una vez que me sentí enferma se presentó y me dijo: "Te vengo a pulsear para que te alivies." Y todo aquello consistía en que se soltaba sobándola a una, primero en las^o yemas de los dedos, luego restregando las manos; después los brazos,^p y acababa metiéndose con las piernas de una, en frío, así que aquello al cabo de un rato producía calentura. Y,^q mientras maniobraba, te hablaba de tu futuro. Se ponía en trance, remolineaba los ojos invocando y maldiciendo; llenándote de escupitajos como hacen los gitanos. A veces se quedaba en cueros porque decía que ése era nuestro deseo. Y a veces le atinaba; picaba por tantos lados que con alguno tenía que dar.

"La^r cosa es que el tal Osorio le pronosticó a tu madre, cuando fue a verlo, que^s esa noche no debía repegarse^t a ningún hombre porque estaba brava la luna'.

"Dolores fue a decirme toda apurada que no podía. Que simplemente se le hacía imposible acostarse esa noche con Pedro Páramo.^u Era su noche de bodas. Y ahí me tienes a mí^x tratando de convencerla de que no se creyera del Osorio, que por otra parte era un^y embaucador embustero.

"—No puedo^z—me dijo—. Anda tú por mí. No lo notará.

^aC: difíciles, por muchos miedos. Su
^bC: si careciera de sangre,

^eA, B y C: olanes

^kC: brincos. El patrón decía
^lC: mandado hacer

^oC: las puras yemas

^tC: debía de arrimarse con ningún

^wC: Y hay me

^yC: un embustero.

^cC: marchitas, marchitas y ^dA, B y C: antiguo recargado ^eC: holanes y ^fSin comillas en
). ^gEn C, párrafo entrecomillado, sin guión inicial: "...Ese A, B, D, E y F: "...Ese ^hC:
hablando, trabajaba ⁱC: Luna, decía ^jC: del "saltaperico" ^mC: de provocador. Era ⁿC:
otras conmigo ^pC: brazos y ^qC: Y mientras ^rC no presenta con comillas iniciales éste ni
los siguientes dieciséis párrafos ^sC: verlo: "que esa... luna". ^uC: Páramo./ Era su noche
de bodas./ Y ^vEn C forma párrafo aparte: Y... embustero. ^xC: mí, tratando ^zC: puedo, me
dijo. Anda

"Claro que yo era mucho más joven que ella. Y un poco menos morena; pero esto ni se nota en^a lo oscuro.

"—No puede ser, Dolores, tienes que ir tú.

"—Hazme ese favor. Te lo pagaré con otros.

"Tu madre en ese tiempo era una muchachita de ojos humildes. Si algo tenía bonito tu madre, eran los ojos. Y sabían convencer.

"—Ve tú en mi lugar^b—me decía.

"Y fui.

"Me valí de la oscuridad y de otra cosa que ella no^c sabía: y es que a mí también me gustaba Pedro Páramo.

"Me acosté con él, con gusto, con ganas. Me atrinchilé^d a su cuerpo: pero el jolgorio del día anterior lo había dejado rendido, así que se pasó la noche roncando. Todo lo que hizo fue entreverar sus piernas entre mis piernas.

"Antes que amaneciera me levanté y fui a ver a Dolores. Le dije:

"—Ahora anda tú. Éste^e es^d ya otro día.

"—¿Qué te hizo?^e—me preguntó.

"—Todavía no lo sé^f—le contesté.

"Al año siguiente naciste tú; pero no de mí, aunque estuvo en^g un pelo que así fuera.

"Quizá tu madre no te contó esto por vergüenza."^h

"... Llanurasⁱ verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas, el rizar de la tarde con una^k lluvia de triples rizos. El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel derramada..."

"Ella^l siempre odió a Pedro Páramo. '¡Doloritas! ¿Ya ordenó que me preparen el desayuno?' Y tu madre se levantaba antes del amanecer. Prendía el nixtenco.^m Los gatos se despertaban con el olor de la lumbre. Y ella iba de aquí para allá, seguida por el rondín de gatos. '¡Doña Doloritas!'

"¿Cuántas veces oyó tu madre aquel llamado? 'Doña Doloritas, esto está frío. Esto no sirve.' ¿Cuántas veces? Y^o aunque estaba acostumbrada a pasar^p lo peor, sus ojos humildes se endu-
recieron."^q

^aC: nota con la noche./ —No

^cC: ella ignoraba, y es

^dC: es otro

^gC: estuvo por un

^jC: espigas que riza la tarde ^kB: con la lluvia

^mC: levantaba a oscuras. Prendía

ⁿA, B y C: el comal. Los

^oC: veces?/ Hasta que sus ojos humildes ^pA: a hacer lo peor,

^bC: lugar, me ^eC: hizo? me ^fC: sé, le ^hD no cierra estas comillas. ⁱA, B, D, E y F: "...Llanuras Sin subrayar en C: "...Llanuras ^l Este párrafo y el siguiente, así como las citas que figuran en el interior de ambos, carecen de comillas en C. ^qD no cierra comillas.

"... No^a sentir otro sabor sino el del azahar de^b los naranjos en la tibieza del tiempo."

"Entonces^c comenzó a suspirar.

"—¿Por qué suspira usted, Doloritas?

"Yo^d los había acompañado esa tarde. Estábamos en mitad del campo mirando pasar las parvadas de los tordos. Un zopilote solitario se mecía en el cielo.

"—¿Por^e qué suspira usted, Doloritas?

"—Quisiera ser zopilote para volar a donde^f vive mi hermana.

"—No faltaba más, doña Doloritas. Ahora mismo irá usted a ver a su hermana. Regresemos. Que le preparen sus maletas. No faltaba más.

"Y tu madre se fue:

"—Hasta^g luego, don Pedro.

"—¡Adiós!,^h Doloritas.

"Se fue de la Media Luna para siempre.

"Yoⁱ le pregunté^j muchos meses después a Pedro Páramo por ella.

"—Quería más a su hermana que a mí. Allá debe estar a gusto.^k Además ya me tenía enfadado. No pienso inquirir por ella, si es eso lo que^m te preocupa.

"—¿Pero de qué vivirán?

"—Que Dios los asista."ⁿ

"... El^o abandono en que nos tuvo, mi hijo, cóbrase^{lo} caro."

"Y^p así hasta ahora que ella me avisó que vendrías a verme, no volvimos a saber más de ella."

—La de cosas que han pasado^q—le dije—. Vivíamos en Colima arrimados a la tía Gertrudis^r que nos echaba en cara nuestra carga. "¿Por^s qué no regresas con tu marido?", le decía a mi madre.

"—¿Acaso él ha enviado por mí? No me voy si él no me llama. Vine porque te quería ver. Porque te quería, por eso vine.

"—Lo comprendo. Pero ya va siendo hora de que^t te vayas.

"—Si consistiera en mí."

Pensé que aquella mujer me estaba oyendo; pero noté que

^bC: azahar del naranjo

^jC: pregunté meses

^mC: que a ti te

^qC: pasado, hubiera querido decirlo. Vivíamos

^tC: que se vayan.

^aA, B, D, E y F: "...No Sin subrayar en C: "...No ^cEn C, carecen de comillas éste y los trece párrafos siguientes. ^dPárrafo integrado al anterior, en C. ^eC presenta este párrafo unido al anterior. ^fB: volar adonde vive ^gEn C, párrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión. ^hC: —¡Adiós! Doloritas. ⁱPárrafo integrado al anterior, en A, B, C, D y E. ^kC: estar agusto ^lC: ella sí ^mC y D no cierran estas comillas. ⁿA, B, D, E y F: "...El Sin subrayar en C: "...El ^pSin comillas, con guión inicial, en C. ^qD, E y F: Gertrudis, que ^rSin comillas en C.

tenía borneada la cabeza como si escuchara algún rumor lejano. Luego dijo:

—¿Cuándo descansarás? □

“El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde,^b por el crepúsculo ensangrentado del cielo. Sonreías. Dejabas atrás un pueblo^c del que muchas veces me dijiste: ‘Lo^d quiero por ti; pero lo odio por todo lo demás, hasta por haber nacido en él.’ Pensé: ‘No regresará^e jamás; no volverá nunca.’”

—¿Qué^f haces aquí a estas horas? ¿No estás trabajando?

—No, abuela. Rogelio quiere que le cuide al niño. Me paso^g paseándolo. Cuesta trabajo atender las dos cosas: al niño y el telégrafo, mientras que él se vive tomando cervezas en el billar. Además no me paga nada.

—No estás allí para ganar dinero, sino para aprender; cuando ya sepas^h algo, entonces podrás ser exigente. Por ahora eres sólo un aprendiz; quizá mañana o pasado llegues a ser tú el jefe. Pero para eso se necesita paciencia y, más que nada, humildad. Si te ponen a pasear al niño, hazlo,^j por el amor de Dios. Es necesario que te resignes.

—Que se resignen otros, abuela, yo no estoy para resignaciones.

—¿Tú^k y tus rarezas! Siento que te va a ir mal, Pedro^l Páramo. □

—¿Qué es lo que pasa, doña Eduviges?

Ella sacudió la cabeza como si despertara^m de un sueño.

—Es el caballo de Miguel Páramo, que galopa por el camino de la Media Luna.

—¿Entonces vive alguien en la Media Luna?

—No, allí no vive nadie.

—¿Entonces?

—Solamente es el caballo que va y viene.ⁿ Ellos eran inseparables. Corre por todas partes buscándolo y siempre regresa a estas horas. Quizá el pobre no puede^o con su remordimiento.

^cC: pueblo que muchas

^eA y B: Pensé: ‘No regresará.’ Y me lo dije muchas veces: ‘Susana no regresará jamás; no volverá nunca.’
^C presenta el texto igual que A y B, pero sin los entrecomillados. ^gC: Me trae paseándolo.

^hC: sepas entonces

^kC: —Tú y tus rarezas. ^lC: mal, Pedro./ ¿Qué

^mC: despertara./ —Es

ⁿC: viene. Eran inseparables.

^oC: no pueda con

^aSin comillas en C. ^bC: tarde; por ^dLa cita, con comillas dobles en C. ^fB agrupa en una secuencia aparte éste y los siguientes cuatro párrafos. ⁱC: y más ^jC: hazlo por

Cómo^a hasta los animales se dan cuenta de cuando cometen un crimen, ¿no?

—No entiendo. Ni he oído ningún^b ruido de ningún caballo.

—¿No?

—No.

—Entonces es cosa de mi sexto sentido. Un don que Dios me dio; o tal vez sea una maldición. Sólo yo sé lo que he sufrido a causa de esto.

Guardó silencio un rato y luego añadió:

—Todo comenzó con Miguel Páramo.^c Sólo yo supe lo que le había pasado la noche que murió.^d Estaba ya acostada cuando oí regresar^e su caballo rumbo a la Media Luna. Me extrañó porque nunca volvía^f a esas horas. Siempre lo hacía entrada la madrugada. Iba a platicar con su novia a un pueblo llamado Contla, algo lejos de aquí. Salía temprano y tardaba^g en volver. Pero esa noche no regresó. . .^h ¿Lo oyes ahora? Está claro que se oye. Viene de regreso.

—No oigo nada.

—Entonces es cosa mía. Bueno, como te estaba diciendo, eso de que no regresóⁱ es^j un puro decir. No había acabado de pasar su^k caballo cuando sentí que me tocaban por la ventana. Ve tú a saber si fue ilusión mía. Lo cierto es que algo me obligó a ir a^l ver quién era. Y era él, Miguel Páramo. No me extrañó verlo, pues hubo un tiempo que se pasaba las noches en mi casa durmiendo conmigo, hasta que encontró esa muchacha que le sorbió los sesos. □

"—¿Qué^m pasó?ⁿ—le dije^o a Miguel Páramo—. ¿Te dieron calabazas?

"—No. Ella me sigue queriendo^p—me dijo—. Lo que sucede es que yo no pude dar con ella. Se me perdió el pueblo. Había mucha neblina o humo o no sé qué; pero sí sé que Contla no existe. Fui más allá, según mis cálculos,^q y no encontré nada. Vengo a contártelo a ti, porque tú me comprendes. Si se lo^r dijera

^aA, B, C y D: ¿Cómo hasta los animales se dan cuenta cuando cometen un crimen, no? ^bC: oído pasar ningún

^cA y B: Páramo mi ahijado. Sólo
^dC: murió. Yo estaba ya
^eC: oí correr su
^fC: nunca regresaba a

^gC: y volvía tarde. Pero
^hC: regresó./ —¿Lo

ⁱC: es sólo un
^kC: pasar el caballo

^lA y C: ir y ver

^oC: dije. ¿Te dieron

^rA y C: se los dijera

ⁱC: regresó, es un ^mA, B y C no presentan esta separación entre conjuntos de párrafos. En C no figuran entrecomillados éste y los siguientes doce párrafos. ⁿC: pasó? le
^pC: queriendo, me dijo. ^qC: cálculos y

a los demás de Comala dirían que estoy loco, como siempre han dicho que lo estoy.

"—No. Loco no, Miguel. Debes estar muerto. Acuérdate que te dijeron que ese caballo te iba a matar algún día. Acuérdate, Miguel Páramo. Tal vez te pusiste a hacer locuras y eso ya es otra cosa.

"—Sólo brinqué el lienzo de piedra que últimamente mandó poner mi padre. Hice que el *Colorado*^d lo brincara para no ir a dar ese rodeo tan largo que hay que hacer ahora para encontrar el camino.^b Sé que lo brinqué y después seguí corriendo; pero,^c como te digo, no había más que humo y humo y humo.

"—Mañana tu padre se torcerá de dolor^d—le dije—. Lo siento por él. Ahora vete y descansa en paz, Miguel. Te agradezco que hayas venido a despedirte de mí.

"Y^e cerré la ventana. Antes^f de que amaneciera un mozo de la Media Luna vino a decir:

"—El patrón don Pedro le suplica. El niño Miguel ha muerto. Le suplica su compañía.

"—Ya lo sé^g—le dije—. ¿Te pidieron que lloraras?

"—Sí, don Fulgor me dijo que se lo dijera llorando.

"—Está bien. Dile a don Pedro que allá iré. ¿Hace mucho que lo trajeron?

"—No hace ni media hora. De ser antes, tal vez se hubiera salvado. Aunque,^h según el doctorⁱ que lo palpó, ya estaba frío desde tiempo atrás.^j Lo supimos porque el *Colorado*^k volvió solo y se puso tan inquieto que no^l dejó dormir a nadie. Usted sabe cómo se querían él y el caballo, y hasta estoy por creer que el animal sufre más que don Pedro. No ha comido ni dormido y nomás se vuelve un^m puro corretear. Como que sabe,ⁿ ¿sabe usted? Como que se siente despedazado y carcomido por dentro.

"—No se te olvide cerrar la puerta cuando te vayas.

"Y el mozo de la Media Luna se fue."

—¿Has oído alguna vez el quejido de un muerto?^o—me preguntó a mí.

—No, doña Eduviges.

—Más te vale.

^bC: camino de Contla. Sé

^fC: Antes que

ⁱC: el doctor que
^jC: atrás, de recién anocheado. Lo
^lC: no nos dejó

^mC: vuelve una pura carrera. Como

^aC: el "colorado" lo ^cC: pero como ^dC: dolor, le dije. ^eOraación unida al párrafo anterior.
^fC. ^fA, B, C, D y E presentan en párrafo aparte: Antes... decir: ^gC: sé, le dije. ^hC:
Aunque según ^kC: el "Colorado" volvió ⁿC: sabe ¿sabe ^oC: muerto? me

En el hidrante^l las gotas caen una tras otra. Uno oye,^a salida de la piedra, el agua clara caer sobre el cántaro. Uno oye. Oye rumores; pies que raspan el suelo, que caminan,^b que van y vienen. Las gotas siguen cayendo sin cesar. El cántaro se desborda^c haciendo rodar el agua sobre un suelo mojado.

“¡Despierta!”^d le dicen.

Reconoce el sonido de la voz. Trata de adivinar quién es; pero el cuerpo se afloja y cae adormecido, aplastado por el peso del sueño. Unas manos estiran las cobijas prendiéndose de ellas,^e y debajo de su calor^f el cuerpo se esconde buscando la paz.

“¡Despiértate!”^g vuelven a decir.

La voz sacude los hombros. Hace enderezar el cuerpo. Entreabre los ojos. Se oyen las gotas de agua que caen del hidrante sobre el cántaro raso. Se oyen pasos que se arrastran... Y el llanto.^h

Entoncesⁱ oyó el llanto. Eso lo despertó: un llanto suave, delgado, que quizá por delgado pudo traspasar la maraña del sueño, llegando hasta el lugar donde anidan los sobresaltos.

Se levantó despacio y vio la cara de una mujer recostada contra el marco de la puerta, oscurecida todavía por la noche, sollozando.

—¿Por^j qué lloras, mamá?^k—preguntó; pues en cuanto puso los pies en el suelo reconoció el rostro de su madre.

—Tu padre ha muerto^l—le dijo.

Y luego, como si se le hubieran soltado los resortes de su pena, se dio vuelta sobre sí misma una y otra vez. una y otra vez, hasta que unas manos llegaron hasta sus hombros y lograron detener el rebullir de su cuerpo.

Por la puerta se veía el amanecer en el cielo. No había estrellas. Sólo un cielo plomizo, gris, aún no aclarado por la luminosidad del sol. Una luz parda, como si no fuera a comenzar el día, sino como si apenas estuviera llegando el principio de la noche.

Afuera en el patio, los pasos, como de gente que ronda. Ruidos callados. Y aquí, aquella mujer, de pie en el umbral; su cuerpo impidiendo la llegada del día; dejando asomar,^m a través de sus brazos, retazos de cielo, y debajo de sus pies regueros de

^hC: llanto. Hasta entonces oyó

^aC: oye salida de la piedra el agua clara, caer ^bC: caminan; que ^cC: desborda, haciendo
^dC: —¡Despierta! le dicen. ^eC: ellas y ^fC: calor, el ^gC: —¡Despiértate! vuelven
ⁱParrafo integrado al anterior también en A y en B. ^jParrafo integrado al anterior en C.
^kC: mamá? preguntó ^lC: muerto, le ^mC: asomar a

luz;^a una luz asperjada como si el suelo debajo de ella estuviera anegado en lágrimas. Y después el sollozo. Otra vez el llanto suave^b pero agudo, y la pena haciendo retorcer su cuerpo.

—Han matado a tu padre.

—¿Y a ti quién te mató, madre? □

“Hay aire y sol, hay nubes. Allá arriba un cielo azul y detrás de él tal vez haya canciones; tal vez mejores voces. . . Hay esperanza^c en suma. Hay esperanza para nosotros, contra nuestro pesar.

”Pero^d no para ti, Miguel Páramo, que has muerto sin perdón y no alcanzarás ninguna gracia.”

El padre Rentería dio vuelta al^e cuerpo y entregó la misa al pasado. Se dio prisa por terminar pronto y salió sin dar la bendición final a aquella gente que llenaba la iglesia.

—¡Padre, queremos que nos lo bendiga!

—¡No!^f—dijo moviendo negativamente la cabeza—.^gNo lo haré. Fue un mal hombre y no entrará al Reino de los Cielos. Dios me tomará a mal que interceda por él.

Lo^h decía, mientras trataba de retener sus manos para que no enseñaran su temblor. Peroⁱ fue.

Aquel cadáver pesaba mucho en el ánimo de todos. Estaba sobre^j una tarima, en medio de la iglesia, rodeado de cirios nuevos, de flores, de un padre que estaba detrás de él, solo, esperando que terminara la velación.

El padre Rentería pasó junto a Pedro Páramo procurando no rozarle los hombros. Levantó el hisopo con ademanes suaves y foció el agua bendita de arriba^k abajo, mientras salía de su boca un murmullo, que podía ser de oraciones. Después se arrodilló y todo el mundo se arrodilló con él:

—Ten piedad de tu siervo, Señor.

—Que descanse en paz, amén^l—contestaron las voces.

Y cuando empezaba a llenarse nuevamente de cólera, vio que todos abandonaban la iglesia^m llevándose el cadáver de Miguel Páramo.

Pedro Páramo se acercó, arrodillándose a su lado:

^eA y B: vuelta el cuerpo

^fC: —No. Dijo moviendo

^jC: Estaba encima de una

^kC: arriba a abajo,

^aA y B: luz: una ^bC: suave; pero agudo y ^cC: esperanza en ^dSin comillas en C. ^eC: c. beza. ^hPárrafo integrado al anterior en C. ⁱEsta oración forma párrafo aparte en A, B y C. ^lC: paz, Amén. Contestaron ^mC: iglesia, llevándose

—Yo^a sé que usted lo odiaba, padre. Y con razón. El asesinato de su hermano,^b que según rumores fue cometido^c por mi hijo; el caso de su sobrina Ana, violada por él^d según el juicio de usted;^e las ofensas y falta de respeto que le tuvo en ocasiones, son motivos que cualquiera puede admitir.^f Pero olvídese ahora, padre. Considérelo y perdónelo^g como quizá Dios lo haya perdonado.

Puso sobre el reclinatorio un puño de monedas de oro y se levantó:

—Reciba eso como una limosna para su iglesia.

La iglesia estaba ya vacía. Dos hombres esperaban en la puerta a Pedro Páramo,^h quien se juntó con ellos, y juntosⁱ siguieron el féretro que aguardaba descansando, sobre los hombros de cuatro caporales de la Media Luna. El padre Rentería recogió las monedas una por una y se acercó al altar.

—Son tuyas^k—dijo—. Él puede comprar la salvación. Tú sabes si éste es el precio. En cuanto a mí, Señor, me pongo ante tus plantas para pedirte lo justo o lo injusto, que todo nos es dado pedir. . . Por mí, condénalo, Señor.

Y cerró el sagrario.

Entró en la sacristía, se echó en un rincón, y allí lloró de pena y de tristeza hasta agotar sus lágrimas.

—Está bien, Señor, tú ganas^m—dijo después. □

Durante la cena tomó su chocolate como todas las noches. Se sentía tranquilo.

—Oye, Anita. ¿Sabes a quién enterraron hoy?

—No, tío.

—¿Te acuerdas de Miguel Páramo?

—Sí, tío.

—Pues a él.

Ana agachó la cabeza.

—Estásⁿ segura de que él fue, ¿verdad?

—Segura no, tío. No le vi la cara. Me agarró de noche y en lo oscuro.

—¿Entonces cómo supiste que era Miguel Páramo?

^cC: fue causado por

^fC: puede reconocer; pero
^gC: y perdónelo como

ⁿA y B: —¿Estás segura de que él fue, verdad?

^aPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C. ^bC: hermano que ^dC: él, según ^eC: usted. Las ^hC: Páramo quien ⁱC: juntos, siguieron ^jEn A, B, C, D y E forma párrafo aparte: El padre... altar. ^kC: tuyas, dijo. ^lPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C. ^mC: ganas, dijo

—Porque él me lo dijo: “Soy Miguel Páramo, Ana. No te asustes.” Eso me dijo.

—Pero^a sabías que era el autor de la muerte de tu padre, ¿no?

—Sí, tío.

—¿Entonces qué hiciste para alejarlo?

—No hice nada.

Los dos guardaron silencio por un rato. Se oía el aire tibio entre las hojas del arrayán.

—Me dijo que precisamente a eso venía^b a pedirme disculpas y a que yo lo^c perdonara. Sin moverme de la cama le avisé: “La ventana está abierta.” Y él entró. Llegó^e abrazándome, como si ésa fuera la forma de disculparse por lo que había hecho. Y yo le sonreí. Pensé en lo que usted me había enseñado: que nunca hay que odiar a nadie. Le sonreí para decírselo; pero después pensé que él no pudo ver mi sonrisa, porque yo no lo veía a él, por lo negro^f que estaba la noche. Solamente lo sentí encima de mí y que comenzaba a hacer cosas malas conmigo.

”Creí^g que me iba a matar. Eso fue lo que creí, tío. Y hasta dejé de pensar para morirme antes de que él me matara. Pero seguramente^h no se atrevió a hacerlo.

”Lo supe cuandoⁱ abrí los ojos y vi la luz de la mañana que entraba por la ventana abierta. Antes de esa hora, sentí que había dejado de existir.”

—Pero^j debes tener alguna seguridad. La voz. ¿No lo conociste por su voz?

—No lo conocía por nada. Sólo sabía que^k había matado a mi padre. Nunca lo había visto y después no lo llegué a ver. No hubiera podido, tío.

—Pero sabías quién era.

—Sí. Y qué cosa era. Sé que ahora^l debe estar en lo mero hondo del infierno; porque^m así se lo he pedido a todos los santos con todo mi fervor.

—No estés tan convencida de eso, hija. ¡Quién sabe cuántos estén rezando ahora por él! Tú estás sola. Un ruego contra miles de ruegos. Y entre ellos, algunos mucho más hondos que el tuyo, como es el de su padre.

^aA, B, C, D, E y F: —¿Pero sabías que era el autor de la muerte de tu padre, no?

^cA: yo le perdonara.

^fC: lo negro que

^hA, B y C: Pero no se atrevió a hacerlo, seguramente. ⁱC: supe hasta que abrí

^jC: —¿Pero debes tener alguna seguridad? La

^kC: que me había

^lA, B y C: ahora, si él fue, debe
^mC: porque se lo he pedido a los

^bC: venía; a ^dSin comillas on C. ^eEn A, B y C forma párrafo aparte: Llegó... conmigo.
^jC presenta sin comillas este párrafo y el siguiente.

Iba a decirle: "Además, yo le he dado el perdón." Pero sólo lo pensó. No quiso maltratar el alma medio quebrada de aquella muchacha. Antes, por el contrario, la tomó del ^abrazo y le dijo:

—Démosle gracias a Dios Nuestro Señor porque se lo ha llevado de esta tierra donde causó tanto mal, no importa que ^bahora lo tenga en su cielo. □

Un caballo pasó al galope donde se cruza la calle real con el camino de Contla. Nadie lo vio. Sin embargo, una mujer que esperaba en las afueras del pueblo ^ccontó que había visto el caballo corriendo con las piernas dobladas como si se fuera a ir de brucees. Reconoció el alazán ^dde Miguel Páramo. Y hasta pensó: "Ese animal se va a romper la cabeza." Luego vio cuando enderezaba el cuerpo y, sin aflojar la carrera, caminaba con el pescuezo echado hacia atrás como si viniera asustado por algo que había dejado allá atrás.

Esos chismes llegaron a la Media Luna la noche del entierro, mientras los hombres descansaban de la larga caminata que habían hecho hasta el panteón. Platicaban ^dcomo se platica en todas partes, antes de ir a dormir.

—A mí me dolió mucho ese muerto ^e—dijo Terencio Lubianes—. Todavía traigo adoloridos los hombros.

—Y a mí ^f—dijo su hermano Ubillado—. Hasta se me agratadaron los juanetes. Con eso de que el patrón quiso que todos fuéramos de zapatos. Ni que hubiera sido día de fiesta, ^g¿verdad, Toribio?

—Yo qué quieren que les diga. Pienso que se murió muy a tiempo.

Al rato llegaron más chismes de Contla. Los trajo la última carreta.

—Dicen que por allá anda el ánima. Lo han visto tocando la ventana de fulanita. Igualito a él. De chaparreras ^hy todo.

—¿Y usted cree que don Pedro, con el genio que se carga, iba a permitir que su hijo siga traficando viejas? Ya me lo imagino si lo supiera: "Bueno ⁱ—le diría—. Tú ya estás muerto.

^aC: tomó en sus brazos y le dijo:
"Démosle

^bA y B: que lo tenga ahora en su cielo. C: que lo tenga en su cielo.

^cC: pueblo, contó ^dA, B, C y E presentan como párrafo aparte: Platicaban... dormir.
^eA y B: Platicaban como ^eC: muerto, dijo Terencio Lubianes. ^fC: Y a mí, dijo su hermano Ubillado. ^gC: fiesta ¿verdad Toribio? ^hSin comillas en C. D y E: "—Bueno Sin comillas en C: Bueno, le diría. Tú

Estáte quieto en tu sepultura. Déjanos el negocio a nosotros." Y de verlo por ahí,^a casi me las apuesto que lo mandaría de nuevo al camposanto.

—Tienes razón, Isaías. Ese viejo no se anda con cosas.

El carretero siguió su camino: "Como la supe, se las endoso."

Había estrellas fugaces. Caían como si el cielo estuviera lloviznando lumbre.

—Miren nomás^b—dijo Terencio— el borlote^{a1} que se traen allá arriba.

—Es que le están celebrando su función al Miguelito^c—terció Jesús.

—¿No será mala señal?

—¿Para quién?

—Quizá tu hermana esté nostálgica por su regreso.

—¿A quién le hablas?

—A ti.

—Mejor vámonos,^d muchachos. Hemos trafagueado mucho y mañana hay que madrugar.

Y se disolvieron como sombras.^e □

Había estrellas fugaces. Las luces en Comala se apagaron.

Entonces^f el cielo se adueñó de la noche.

El padre Rentería se revolcaba en su cama sin poder dormir:

"Todo^g esto que sucede es por mi culpa^h—se dijo—. El temor de ofender a quienes me sostienen. Porque ésta es la verdad; ellos me dan mi mantenimiento. De los pobres no consigo nada; las oraciones no llenan el estómago. Así ha sido hasta ahora. Y éstas son las consecuencias.ⁱ Mi culpa. He traicionado a aquellos que me quieren y^j que me han dado su fe y me buscan para que yo interceda por ellos para con Dios. ¿Pero qué han logrado con su fe? ¿La ganancia del cielo? ¿O la purificación de sus almas? Y para qué purifican su alma, si en el último momento... Todavía tengo frente a mis ojos la mirada de María Dyada, que vino a pedirme salvara a su hermana Eduviges:

"—Ella^k sirvió siempre a sus semejantes. Les dio todo lo que tuvo. Hasta les dio un hijo, a todos. Y se los puso enfrente para

^aC: por hay, casi

^eA y B agregan: Todavía alguien gritó: / —¡Díle que no llore, que aquí me tiene a mí! / —Me saludas a la tuya —le contestaron. C: Todavía alguien gritó: ¡Díle que no llore, que aquí me tiene a mí! / —Me saludas a la tuya, le contestaron. ^hC: mi causa, se dijo.

ⁱC: consecuencias. Es mi culpa.
^jC: y me

^bC: nomás, dijo Terencio, el ^cC: Miguelito, terció ^dC: vámonos muchachos. ^fA, B y C unen este párrafo al anterior. ^gC presenta este párrafo con guión inicial, sin comillas. ^kPárrafo unido al anterior, sin guión, en C.

que alguien lo reconociera como suyo; pero nadie lo quiso hacer. Entonces les dijo: 'En^a ese caso yo soy también su padre, aunque por casualidad haya sido su madre.' Abusaron de su hospitalidad por esa bondad suya de no querer^b ofenderlos ni de malquistarse con ninguno.

"—Pero^c ella se suicidó. Obró contra la mano de Dios.

"—No le quedaba otro camino. Se resolvió a eso también por bondad.

"—Falló a última hora^d—eso es lo que le dije—. En el último momento. ¡Tantos bienes acumulados para su salvación, y perderlos así de pronto!

"—Pero si no los perdió. Murió con muchos dolores. Y el dolor. . . Usted nos ha dicho algo acerca del dolor que ya no recuerdo. Ella se fue por ese dolor. Murió retorcida por la sangre que la ahogaba. Todavía veo sus muecas, y sus muecas eran los más tristes gestos que ha hecho un ser humano.

"—Tal vez rezando mucho.

"—Vamos rezando mucho, padre.

"—Digo tal vez, si acaso, con las misas gregorianas;^e pero para eso necesitamos pedir ayuda, mandar traer sacerdotes. Y eso cuesta dinero.

"Allí estaba frente a mis^e ojos la mirada de María Dyada, una pobre mujer llena de hijos.

"—No tengo dinero. Eso usted lo sabe, padre.

"—Dejemos la cosas como están. Esperemos en Dios.

"—Sí, padre."

¿Por qué aquella mirada se volvía valiente ante la resignación? Qué le costaba a él perdonar, cuando era tan fácil decir una palabra o dos, o cien palabras si éstas^f fueran necesarias para salvar el alma. ¿Qué sabía él del cielo y del infierno? Y sin embargo, él, perdido en un pueblo sin nombre, sabía los que habían merecido el cielo. Había un catálogo. Comenzó a recorrer los santos del panteón católico comenzando por los del día: "Santa Nunilona, virgen y mártir; Anercio, obispo; Santas^g Salomé^h viuda, Alodia o Elodia y Nulina, vírgenes; Córdula y Donato." Y siguió. Ya iba siendo dominado por el sueño cuando

^bC: querer ofender a nadie, ni

^dC: hora. Eso es lo que él le dijo. En

^eA: a sus ojos

^fC: si esas fueran

^gA: Santa Salomé

^aSin comilla en C. ^cC presenta éste y los siguientes diez párrafos sin comillas.
^hA, B, C, D, E y F: Salomé viuda,

se sentó en la cama: "Estoy repasando una hilera de santos^a como si estuviera viendo saltar cabras."

Salió fuera y miró el cielo. Llovía^b estrellas. Lamentó aquello porque hubiera querido ver un cielo quieto. Oyó el canto de los gallos. Sintió la envoltura de la noche cubriendo la tierra. La tierra, "este valle de lágrimas". □

—Más te vale, hijo. Más te vale^d—me dijo Eduviges Dyada.

Ya estaba alta la noche. La lámpara que ardía en un rincón comenzó a languidecer; luego parpadeó y terminó apagándose.

Sentí que la mujer se levantaba y pensé que iría por una nueva luz. Oí sus pasos cada vez más lejos. Me quedé esperando.

Pasado un rato y al ver que no volvía, me levanté yo también. Fui caminando a pasos cortos, tentaleando en la oscuridad, hasta que llegué a mi cuarto. Allí me senté en el suelo a esperar el sueño.

Dormí a pausas.

En una de esas pausas fue cuando oí el grito. Era un grito arrastrado^e como el alarido de algún borracho: "¡Ay vida, no me mereces!"

Me enderecé de prisa porque casi lo oí junto a mis orejas; pudo haber sido en la calle; pero yo lo oí aquí, untado a las paredes de mi cuarto. Al despertar, todo estaba en silencio; sólo el caer de la polilla y el rumor del silencio.

No, no era posible calcular la hondura del silencio que produjo aquel grito. Como si la tierra se hubiera vaciado de su aire. Ningún sonido; ni el del resuello, ni el del latir del corazón;^f como si se detuviera el mismo ruido de la conciencia. Y cuando terminó la pausa y volví a tranquilizarme, retornó el grito y se siguió oyendo por un largo rato: "¡Déjenme aunque sea el derecho de pataleo que tienen los ahorcados!"

Entonces abrieron de par en par la puerta.

—¿Es usted, doña Eduviges?^g—pregunté—. ¿Qué es lo que está sucediendo? ¿Tuvo usted miedo?

—No me llamo Eduviges. Soy Damiana. Supe que estabas

^aC: de nombres como

^bE y F: cielo. Llovían estrellas.

^cC: tierra "éste ^dC: vale. Me dijo ^eA, B, C, D, E y F: arrastrado como ^fC: corazón, como ^gC: Eduviges? pregunté.

aquí y vine a verte. Quiero invitarte a dormir a mi casa. Allí^a tendrás donde descansar.

—¿Damiana Cisneros? ¿No es usted de las^b que vivieron en la Media Luna?

—Allá vivo. Por eso he tardado en venir.

—Mi madre me habló de una tal Damiana que me había cuidado cuando nací. ¿De modo que usted...?^c

—Sí, yo soy. Te conozco desde que abriste los ojos.

—Iré con usted. Aquí no me han dejado en paz los gritos. ¿No oyó lo que estaba pasando? Como que estaban asesinando a alguien. ¿No acaba usted de oír?

—Tal vez sea algún eco que está aquí encerrado. En este cuarto ahorcaron a Toribio Aldrete hace mucho tiempo. Luego condenaron³ la puerta, hasta que él se secara; para que su cuerpo no encontrara reposo. No sé cómo has podido entrar, cuando no existe llave para abrir esta puerta.

—Fue doña Eduviges quien abrió. Me dijo que era el único cuarto que tenía disponible.

—¿Eduviges Dyada?

—Ella.

—Pobre Eduviges. Debe de andar penando todavía. □

“Fulgor Sedano, hombre de 54 años, soltero, de oficio administrador,^d apto para entablar y seguir pleitos, por poder y por mi propio derecho, reclamo y alego lo siguiente. . .”

Eso había dicho cuando levantó el acta^e contra actos de Toribio Aldrete. Y terminó: “Que conste mi acusación por usufruto.”

—A usted ni quien le quite lo hombre, don Fulgor. Sé que usted las puede. Y no por el poder que tiene atrás, sino por usted mismo.

Se acordaba. Fue lo primero que le dijo el Aldrete, después que se habían estado emborrachando juntos, dizque para celebrar el acta:

—Con^g ese papel nos vamos a limpiar usted y yo, don Fulgor, porque no va a servir para otra cosa. Y eso usted lo sabe. En

^aC: casa. Allá tendrás

^bA, B y C: de los que

^cC: usted?

^dC: oficio Administrador, apto

^eC: el Acta contra

^fF: usufructo.”

^gPárrafo unido al anterior, entrecomillado y sin guión, en C.

fin, por lo que a usted respecta, ya cumplió con lo que le mandaron, y a mí me quitó de apuraciones; porque me tenía usted preocupado, lo que sea de cada quien. Ahora ya sé de qué se trata y me da risa. Dizque "usufruto". Vergüenza debía darle a su patrón ser tan ignorante.

Se acordaba. Estaban en la fonda de Eduviges. Y hasta él le había preguntado:^a

—Oye, Viges, ¿me puedes prestar el cuarto del rincón?

—Los que usted quiera, don Fulgor;^b si quiere, ocúpelos todos.

¿Se van a quedar a dormir aquí sus hombres?

—No, nada más uno. Despreocúpate de nosotros y vete a dormir. Nomás déjanos la llave.

—Pues ya le digo, don Fulgor^c —le dijo Toribio Aldrete—. A usted ni quien le menoscabe lo hombre que es; pero me lleva la rejodida^d con ese hijo de la rechintola^e de su patrón.

Se acordaba. Fue lo último que le oyó decir en sus cinco sentidos. Después se había comportado como un collón,^f dando de gritos. "Dizque la fuerza que yo tenía atrás. ¡Vaya!" □

Tocó con el mango del chicoté^g la puerta de la casa de Pedro Páramo. Pensó en la primera vez que lo había hecho, dos semanas atrás.^h Esperó un buen rato del mismo modo que tuvo que esperar aquella vez. Miró también,ⁱ como lo hizo la otra vez, el moño negro que colgaba del dintel de la puerta. Pero no comentó consigo mismo: "¡Vaya!"^j Los han encimado. El primero está ya descolorido, el último relumbra como si fuera de seda; aunque no es más que un trapo teñido."

La primera vez se estuvo esperando hasta llenarse con la idea de que quizá la casa estuviera deshabitada. Y ya se iba cuando apareció la figura de Pedro Páramo.

—Pasa, Fulgor.

Era la segunda ocasión que se veían. La primera nada más él lo vio; porque el Pedrito estaba recién nacido. Y ésta. Casi se podía decir que era la primera vez. Y le resultó que le hablaba como a un igual. ¡Vaya! Lo siguió a grandes trancos, chicoteán-

^aC: preguntado: ¿Oye, Viges, me puedes prestar el cuarto del rincón?

^hC: semanas antes. Esperó

^bC: Fulgor, si ^cC: Fulgor, le dijo Toribio Aldrete. ^eC: también como ^fSin comillas
e. C.

dose las piernas: "Sabrá pronto que yo soy el que sabe.^a Lo sabrá. Y a lo que vengo."

—Siéntate, Fulgor. Aquí hablaremos con más calma.

Estaban en el corral. Pedro Páramo se arrellanó en un pescobre^g y esperó:

—¿Por qué no te sientas?

—Prefiero estar de pie, Pedro.

—Como tú quieras. Pero no se te olvide el "don".

¿Quién era aquel muchacho para hablarle así? Ni su padre,^b don Lucas Páramo, se había atrevido a hacerlo. Y de pronto éste, que jamás se había parado en la Media Luna, ni conocía de oídas el trabajo, le hablaba como a un gañán.^h ¡Vaya, pues!

—¿Cómo anda aquello?

Sintió que llegaba su oportunidad. "Ahora^c me toca a mí", pensó.

—Mal. No queda nada. Hemos vendido el último ganado.

Comenzó a sacar los papeles para informarle a cuánto ascendía todavía el adeudo. Y ya iba a decir: "Debemos tanto",^d cuando oyó:

—¿A quién le debemos? No me importa cuánto, sino a quién.

Le repasó una lista de nombres. Y terminó:

—No hay de dónde sacar para pagar. Ése es el asunto.

—¿Y por qué?

—Porque la familia de usted lo absorbió todo. Pedían y pedían,^e sin devolver nada. Eso se paga caro. Ya lo decía yo: "A la larga acabarán con todo." Bueno, pues acabaron. Aunque hay por allí^f quien se interese en comprar los terrenos. Y pagan bien. Se podrían cubrir las libranzas^g pendientes y todavía quedaría algo; aunque,^g eso sí, algo mermado.

—¿No serás tú?

—¿Cómo se pone a creer que yo!

—Yo creo hasta el bendito. Mañana comenzaremos a arreglar nuestros asuntos. Empezaremos por las Preciados.^h ¿Dices que a ellas les debemos más?

—Sí. Y a las que les hemos pagado menos. El padre de usted siempre las pospuso para loⁱ último. Tengo entendido que una

^aA y C: que sé. Lo

^fA y B: por ahí quien C: por hay quien

^hC: las Preciados. ¿Dices

ⁱC: para el último.

^bA, B, C, D, E y F: padre don Lucas Páramo se oyó: ^cC: pedían sin ^gC: aunque eso ^cSin comillas en C. ^dC: tanto" cuando

de ellas, Matilde, se fue a vivir a la ciudad. No sé si a Guadalajara o a Colima. Y la Lola, quiero decir, doña Dolores, ha quedado como dueña de todo. Usted sabe: el rancho de Enmedio.^a Y es a ella a la que le tenemos que pagar.

—Mañana vas a pedir la mano de la Lola.

—Pero cómo quiere usted que me quiera, si ya estoy viejo.

—La pedirás para mí. Después de todo tiene alguna gracia. Le dirás que estoy muy enamorado de ella. Y que si lo tiene a bien. De pasada, dile al padre Rentería que nos arregle el trato. ¿Con cuánto dinero cuentas?

—Con ninguno, don Pedro.

—Pues prométeselo.^b Dile que en teniendo se le pagará. Casi estoy seguro de que no pondrá dificultades. Haz eso mañana mismo.

—¿Y lo del Aldrete?

—¿Qué se trae el Aldrete? Tú me mencionaste a las Preciados^c y a los Fregosos y a los Guzmanes. ¿Con qué sale ahora el Aldrete?

—Cuestión de límites. Él ya mandó cercar y ahora pide que echemos el lienzo que falta para hacer la división.

—Eso déjalo para después. No te preocupen los lienzos. No habrá lienzos. La tierra no tiene divisiones. Piénsalo, Fulgor, aunque no se lo des a entender. Arregla por de pronto lo de la Lola. ¿No quieres sentarte?

—Me sentaré, don Pedro. Palabra que me está gustando tratar con usted.

—Le dirás a la Lola esto y lo otro y que la quiero. Eso es importante. De cierto, Sedano, la quiero. Por sus ojos,^d ¿sabes? Eso harás mañana tempranito. Te reduzco tu tarea de administrador. Olvídate de la Media Luna. □

“¿De^e dónde diablos habrá sacado esas mañas el muchacho? —pensó Fulgor Sedano mientras regresaba a la Media Luna—. Yo no esperaba de él nada. ‘Es un inútil’,^f decía de él mi difunto patrón don Lucas. ‘Un flojo de marca.’ Yo le daba la razón. ‘Cuando me muera váyase buscando otro trabajo, Fulgor.’ ‘Sí,’^g

^bC: prométeselo. El prometer no empobrece. Dile

^cC: las Preciado y a los Fregoso y

^aC: de "Enmedio". ^dC: 'ojos ¿sabes?' ^eC presenta este párrafo sin comillas, con guión inicial. ^fEsta cita y las dos siguientes están con comillas dobles en C. ^gSin comillas en C.

don Lucas.' 'Con decirle, Fulgor, que he intentado mandarlo al seminario para ver si al menos eso le da para comer y mantener a su madre cuando yo les falte; pero ni a eso se decide.' 'Usted no se merece eso, don Lucas.' 'No se cuenta con él para nada, ni para que me sirva de bordón servirá cuando yo esté viejo. Se me malogró. qué quiere usted, Fulgor.' 'Es una verdadera lástima, don Lucas.'"

Y ahora esto. De no haber sido porque estaba tan encariñado con la Media Luna, ni lo hubiera venido a ver. Se habría largado sin avisarle. Pero le tenía aprecio a aquella tierra; a esas lomas pelonas tan trabajadas y que todavía seguían aguantando el surco, dando cada vez más de sí... La querida Media Luna... Y sus agregados: "Vente para acá, tierrita de Enmedio."³ La veía venir. Como que aquí estaba ya. Lo^d que significa una mujer después de todo. "¡Vaya^e que sí!", dijo. Y chicoteó sus piernas al trasponer^f la puerta grande de la hacienda.^g □

Fue muy fácil encampanarse a la Dolores. Si hasta le relumbraron los ojos y se le descompuso la cara.

—Perdóneme que me ponga colorada, don Fulgor. No creí que don Pedro se fijara en mí.

—No duerme, pensando en usted.

—Pero si él tiene de dónde escoger. Abundan tantas muchachas bonitas en Comala. ¿Qué dirán ellas cuando lo sepan?

—Él sólo piensa en usted, Dolores. Dé ahí^h en más, en nadie.

—Me hace usted que me den escalofríos, don Fulgor. Ni siquiera me lo imaginaba.

—Es que es un hombre tan reservado. Don Lucas Páramo, que en paz descanse, le llegó a decir que usted no era digna de él. Y se calló la boca por pura obediencia. Ahora que él ya no existe, no hay ningún impedimento. Fue su primera decisión; aunque yo había tardado en cumplirla por mis muchos quehaceres. Pongamos por fecha de la bodaⁱ pasado mañana. ¿Qué opina usted?

—¿No es muy pronto? No tengo nada preparado. Necesito encargar los ajuares. Le escribiré a mi hermana. O no, mejor

²C: ni eso quiero hacer." "Usted ✓

^fA y C: al trasponer la ^gC: grande de la Media Luna.

^hC: De hay en

^bCon comillas dobles en C. ^cSin comillas en C. ^dCon comillas dobles en C. ^eSin comillas en C. ⁱC: boda, pasado

le voy a mandar un propio; ^{2,3} pero de cualquier manera no estaré lista antes del ocho ^b de abril. Hoy estamos a uno. ^c Sí, apenas para el ocho. ^d Digale que ^e espere unos diyitas.

—Él quisiera que fuera ahora mismo. Si es por los ajuares, ^f nosotros se los proporcionamos. La difunta madre de don Pedro espera que usted vista sus ropas. En la familia existe esa costumbre.

—Pero además hay algo para estos días. Cosas de mujeres, sabe usted. ¡Oh!, ^g cuánta vergüenza me da decirle esto, don Fulgor. Me hace usted que se me vayan los colores. Me toca la luna. ¡Oh!, ^h qué vergüenza.

—¿Y qué? El matrimonio no es asunto de si haya o no haya luna. Es cosa de quererse. Y, ⁱ en habiendo esto, todo lo demás sale sobrando.

—Pero es que usted no me entiende, don Fulgor.

—Entiendo. La boda será pasado mañana.

Y la dejó con los brazos extendidos pidiendo ocho días, nada más ocho días.

“Que ^j no se me olvide decirle a don Pedro ^k—¡vaya muchacho listo ese Pedro!—, decirle que no se le olvide decirle al juez que los bienes son mancomunados. ‘Acuérdate, ^l Fulgor, de decírselo mañana mismo.’”

La ^m Dolores, en cambio, corrió a la cocina con un aguamanil para poner agua caliente: “Voy a hacer que esto baje más pronto. Que baje esta misma noche. Pero de todas maneras me durará mis tres días. No tendrá remedio. ¡Qué felicidad! ¡Oh!, ⁿ qué felicidad! Gracias, ^o Dios mío, por darme a don Pedro.” Y añadió: ^p “Aunque después me aborrezca.” □

—Ya ^q está pedida y muy de acuerdo. El padre cura quiere sesenta pesos por pasar por alto lo de las amonestaciones. Le dije que se le darían a su debido tiempo. Él dice que le hace falta componer el altar y que la mesa de su comedor está toda ^r desconchinflada. ^s Le prometí que le mandaríamos una mesa nueva. Dice que usted nunca va a misa. Le prometí que iría. Y ^t desde

^a A y B: un recadero; pero C: un mandadero; pero

^e A, B y C: que me espere

^r C: está muy desconchinflada

^s D, E y F: Y desde

^b A, B, C, D y E: del 8 de ^c A, B, D y E: a 1. Sí ^d A, B, D y E: el 8. Dígale ^f C: ajuar
res nosotros ^g C: ¡Oh! cuánta ^h C: Oh! qué ⁱ C: Y en ^j Sin comillas en C. ^k C: Pedro
¿vaya muchacho listo ese Pedro! Decirle que ^l A, B y C: ‘Acuérdate Fulgor de decírselo
mañana mismo.’ Sin comillas en C. ^m A, B y C presentan una separación mayor entre este
párrafo y el anterior. ⁿ C: ¡Oh! qué felicidad. ^o A, B y C: Gracias Dios mío por ^p C:
añadió: aunque después ^q C no presenta esta separación de conjuntos de párrafos.

que murió su abuela ya no le han dado los diezmos. Le dije que no se preocupara. Está conforme.

—¿No le pediste algo adelantado a la Dolores?

—No, patrón. No me atreví. Ésa es la verdad. Estaba tan contenta que no quise estropearle^a su entusiasmo.

—Eres un niño.

—¡Vaya!^b Yo un niño. Con 55 años encima. Él apenas comenzando a vivir y yo a pocos pasos de la muerte.”

—No quise quebrarle su contento.

—A pesar de todo,^c eres un niño.

—Está bien, patrón.

—La semana venidera irás con el Aldrete. Y le dices que recorra el lienzo. Ha invadido tierras de la Media Luna.

—Él hizo bien sus mediciones. A mí me consta.

—Pues dile que se equivocó. Que estuvo mal calculado. Derumba los lienzos si es preciso.

—¿Y las leyes?

—¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros. ¿Tienes trabajando en la Media Luna a algún atravesado?

—Sí, hay uno que otro.

—Pues mándalos en comisión con el Aldrete. Le levantas un acta acusándolo de “usufruto” o de lo que a ti se te ocurra. Y recuérdale que Lucas Páramo ya murió. Que conmigo hay que hacer nuevos tratos.

El cielo era todavía azul. Había pocas nubes. El aire soplaba allá arriba, aunque aquí abajo se convertía en calor. □

Tocó nuevamente con el mango del chicote, nada más por insistir, ya que sabía que no abrirían^d hasta que se le antojara a Pedro Páramo. Dijo mirando hacia el dintel de la puerta: “Se ven bonitos esos moños negros, lo que sea de cada quien.”

En ese momento abrieron y él entró.

—Pasa,^e Fulgor. ¿Está arreglado el asunto de Toribio Aldrete?

—Está liquidado, patrón.

^b Sin comillas en C. ^c C: todo eres ^e C: —Pasa Fulgor

^a C: quiso malorearle su

^d C: abrirían sino hasta

—Nos queda la cuestión de los Fregosos.² Deja eso pendiente. Ahorita estoy muy ocupado con mi "luna de miel". □

²C: los Fregoso. Deja

—Este^b pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegará^c el día en que estos sonidos se apaguen.

^cC: que llegaría el

Eso me venía diciendo Damiana Cisneros mientras cruzábamos el pueblo.

—Hubo^d un tiempo que estuve oyendo durante muchas noches el rumor de una fiesta. Me llegaban los ruidos hasta la Media Luna. Me acerqué para ver el mitote^e aquel^e y vi esto: ^flo que estamos viendo ahora. Nada. Nadie. Las calles tan solas como ahora.

"Luego dejé de oírla. Y es que la alegría cansa. Por eso no me extrañó que aquello terminara.^g

"Sí^h—volvió a decir Damiana Cisneros—. Este pueblo está lleno de ecos. Yo ya no me espanto. Oigo el aullido de los perros y deⁱjo que aúllen.ⁱ Y en días de aire^e se ve al viento arrastrando hojas de árboles, cuando aquí, como tú ves, no hay árboles. Los hubo en algún tiempo, porque si no ¿de dónde saldrían esas hojas?

ⁱA, B y C: aúllen. Los deⁱjo, porque sé que aquí no vive ningún perro. Y

"Y^k lo peor de todo es cuando oyes platicar a la gente, como si las voces salieran de alguna hendidura y, sin embargo, tan claras^k que las reconoces.ⁿ Ni más ni menos,ⁿ ahora que venía, encontré un velorio. Me detuve a rezar un ^opadrenuestro. En esto^p estaba, cuando una mujer se apartó de las demás y vino a decirme:

ⁿC: las llegas a reconocer. Ni

^pA y C: En eso estaba,

"—¡Damiana!^q Rueda a Dios por mí, Damiana!

"Soltó el rebozo y reconocí la cara de mi hermana Sixtina.

"—¿Qué andas haciendo aquí?^r—le pregunté.

"Entonces ella corrió a esconderse entre las demás mujeres.

"Mi hermana Sixtina, por si no lo sabes, murió cuando yo tenía doce^s años. Era la mayor. Y en mi casa fuimos decidéis^t de familia, así que hazte el cálculo del tiempo que lleva muerta.^u

^uC: muerta./ Mírala ahora,

^bPárrafo con comillas, sin guión inicial, en C. ^dPárrafo con comillas iniciales, sin guión, en C. ^eC: aquel, y ^fC: esto: Lo que ^oC cierra este párrafo con comillas, pero no las presenta al iniciar el mismo. ^hC: "Sí, volvió a decir Damiana Cisneros. ⁱC: aire, se presenta sin comillas éste y los siguientes cinco párrafos. ^kA y C: claras, que ⁿA C: menos ahora. ^oA, B, D y E: Padre nuestro. F: padrenuestro ^pPárrafo unido al anterior, in comillas ni guión, en C. ^rC: aquí? le ^sA, B y C: tenía 12 años. ^tC: fuimos 16 de

Y mírala ahora, todavía vagando por este mundo. Así que no te asustes si oyes ecos^a más recientes, Juan Preciado."

—¿También a usted le avisó mi madre que yo vendría? —le pregunté.

—No. Y^b a propósito, ¿qué es de tu madre?

—Murió —dije.

—¿Ya murió? ¿Y de qué?

—No supe de qué. Tal vez de tristeza. Suspiraba mucho.

—Eso es malo. Cada suspiro es como un sorbo de vida del que uno se deshace. ¿De modo que murió?

—Sí.^c Quizá usted debió saberlo.

—¿Y por qué iba a saberlo? Hace muchos años que no sé nada.

—Entonces^d ¿cómo es que dio usted conmigo?

—...

—¿Está usted viva, Damiana? ¡Dígame, Damiana!

Y me encontré de pronto solo en aquellas calles vacías. Las ventanas de las casas abiertas al cielo, dejando asomar las varas correosas de la yerba.^e Bardas descarapeladas que^f enseñaban sus adobes revenidos.

—¡Damiana!^g —grité—. ¡Damiana Cisneros!

Me contestó el eco: "¡...ana... neros...!"^h ¡...ana... neros!" □

Oíⁱ que ladraban los perros, como si yo los hubiera despertado.

Vi^j un hombre cruzar la calle:

—¡Ey, tú!^k —llamé.

—¡Ey, tú!^l —me respondió^m mi propia voz.

Y como si estuvieran a la vuelta de la esquina, alcancé a oír a unas mujeres que platicaban:

—Mira quién vieneⁿ por allí. ¿No es Filoteo Aréchiga?

—Es él. Pon^o la cara de disimulo.

—Mejor vámonos. Si se va detrás de nosotras es que de verdad quiere a una de las dos. ¿A quién crees tú que sigue?

—Seguramente a ti.

—A mí se me figura^p que a ti.

^aF: ecos recientes,

^bC: —No. ¿Y a propósito, qué es de tu madre?

^cC: —Sí, dije. Quizá

^dA, B y C: —¿Entonces cómo es que dio usted conmigo?

^eC: yerba capitana. Bardas ^fC: descarapeladas enseñando sus

^gA y B: "¡...Ana... neros...!
¡...Ana... neros...! C: ¡Ana Neros!
¡Ana Neros! D: "¡...ana... neros...!
¡...ana... neros...!"

^mA, B y C: respondió con mi

ⁿC: viene. ¿No es

^oC: él. Hazte la disimulada.

^pA, B y C: me afigura que

^gC: —¡Damiana!, gritó. ⁱA, B y C no presentan esta separación de conjuntos de párrafo. ^jPárrafo unido al anterior en A, B y C. ^kC: tú!, llamé. ^lC: tú! me

—Deja ya de correr. Se ha quedado parado en aquella esquina.

—Entonces a ninguna de las dos,^a ¿ya ves?

—Pero qué tal si hubiera resultado que a ti o a mí. ¿Qué tal?

—No te hagas ilusiones.

—Después de todo estuvo hasta mejor. Dicen por ahí los di-
ces que es él el que se encarga de conchavarle^{b,311} muchachas a don Pedro. De la que nos escapamos.

—¿Ah, sí? Con ese viejo no quiero tener nada que ver.

—Mejor vámonos.

—Dices bien. Vámonos de aquí. □

La^c noche. Mucho más allá de la medianoche. Y las voces:

—... Te^d digo que si el maíz de este año se da bien, tendré con qué pagarte. Ahora que si se me echa a perder, pues te aguantas.

—No te exijo. Ya sabes que he sido consecuente^e contigo. Pero la tierra no es tuya. Te has puesto a trabajar en terreno ajeno. ¿De^f dónde vas a conseguir para pagarme?

—¿Y quién dice que la tierra no es mía?

—Se^g afirma que^h se la has vendido a Pedro Páramo.

—Yo ni me le he acercado a ese señor. La tierra sigue sien-
do mía.

—Eso dices tú. Pero por ahíⁱ dicen que todo es de él.

—Que me lo vengan a decir a mí.

—Mira, Galileo, yo a ti, aquí en confianza, te aprecio. Por algo eres el marido de mi hermana. Y de que la tratas bien, ni quien lo dude. Pero a mí no me vas a negar que vendiste las tierras.

—Te digo que a nadie se las he vendido.

—Pues son de Pedro Páramo. Seguramente él así lo ha dis-
puesto. ¿No te ha venido a ver don Fulgor?

—No.

—Seguramente mañana lo verás venir. Y si no mañana, cual-
quier otro día.

—Pues me mata, o se muere; pero no se saldrá con la suya.

—Requiescat in^j paz, amén, cuñado. Por si las dudas.

^bC: de conseguirle mujeres a

^dA, B y C: —...Si te digo que si el
maíz este Sin guión, con comillas,
en C. ^eA, B y C: consecuente. Pero

^fC: ajeno. ¿Con qué vas a pagarme?

^gC: —Los argüenderos. Tú sabes. Se
afirma que le has ^hA y B: que le
has

ⁱA, B y C: tú. Por hay dicen

^jA y B: —Requiescat y pace, amén,
C: —"Requiescat in pax, amén,

^aC: dos ¿ya ^cA, B y C no presentan esta separación entre conjuntos de párrafos. ^dD, E y
F: —...Te

—Me volverás^a a ver, ya lo verás. Por mí no tengas cuidado. Por algo mi madre me curtió^b bien el pellejo para que se me pusiera correoso.

—Entonces hasta mañana. Dile a Felicitas que esta noche no voy a cenar. No me gustaría contar después: “Yo estuve con él la víspera.”

—Te guardaremos algo por si te animas a última hora.

Se oyó el trastazo^c de los pasos que se iban entre un^c ruido de espuelas. □

—... Mañana^d, en amaneciendo, te irás conmigo, Chona. Ya tengo aparejadas las bestias.^e

—¿Y^f si mi padre se muere de la rabia? Con lo viejo que está... Nunca me perdonaría que por mi causa le pasara algo. Soy la única gente que tiene para hacerle hacer sus necesidades. Y no hay nadie más. ¿Qué prisa corres para robarme? Aguántate^g un poquito. Él no tardará en morir.

—Lo^h mismo me dijiste hace un año. Y hasta me echaste en cara mi falta de arriesgue, ya que tú estabas, según eso, harta de todo. He aprontado las mulas y están listas. ¿Te vas conmigo?

—Déjame pensar.

—¡Chona! No sabes cuánto me gustas. Ya noⁱ puedo aguantar las ganas, Chona. Así que te vas conmigo o te vas conmigo.

—Déjame pensar. Entiende. Tenemos que esperar a que él se muera. Le falta poquito. Entonces me iré contigo y no necesitarás robarme.

—Eso me dijiste también hace un año.

—¿Y qué?

—Pues que he tenido que alquilar las mulas. Ya^j las tengo. Nomás te están esperando. ¡Deja que él se las avenga^k solo! Tú estás bonita. Eres joven. No faltará cualquier vieja que venga a cuidarlo. Aquí sobran almas caritativas.

—No puedo.

—Que sí puedes.

—No puedo. Me da pena,^k ¿sabes? Por algo es mi padre.

²C: —Me verás. Ya lo

^bA, B y C: curtió el

^cA, B y C: entre ruidos de

^eA, B y C: las mulas.

^fC: —Y si mi padre se muere de rabia. Ya sabes lo viejito que está. Soy la

^gC: robarme? Espérate un

^hC: —Fue lo que me

ⁱA, B y C: no me puedo

^jC: mulas. Aquí las

^dA, B, C, D, E y F: —...Mañana No hay esta separación de conjuntos de párrafos en A ni en C. ^kC: pena ¿sabes?

—Entonces ni hablar. Iré a ver a la Juliana,^a que se desvive por mí.^b

—Está bien. Yo no te digo nada.

—¿No me quieres ver mañana?

—No. No quiero verte más. □

^{bc}: mf. Aunque yo te quiera más a ti, ella me quiere mucho a mí. / —Es tá

Ruidos.^c Voces. Rumores. Canciones lejanas:

*Mi^d novia me dio un pañuelo
con orillas de llorar...*

En falsete. Como si fueran mujeres las que cantaran. □

Vi^e pasar las carretas. Los bueyes moviéndose despacio. El crujir de las piedras bajo las ruedas. Los hombres como si vinieran dormidos.

"... Todas^f las madrugadas el pueblo tiembla con el paso de las carretas. Llegan de todas partes, copeteadas de salitre, de mazorcas, de yerba de pará. Rechinan sus ruedas haciendo vibrar las ventanas, despertando a la gente. Es la misma hora en que se abren los hornos y huele a pan recién horneado. Y de pronto puede tronar el cielo. Caer la lluvia. Puede venir la primavera. Allá te acostumbrarás a los 'derrepentes',^g mi hijo."

Carretas vacías^h remoliendo el silencio de las calles. Perdiéndose en el oscuro camino de la noche. Y las sombras. El eco de las sombras.

Pensé regresar. Sentí allá arriba la huella por donde había venido, como una herida abierta entre la negrura de los cerros.

Entonces alguien me tocó los hombros.

—¿Qué hace usted aquí?

—Vineⁱ a buscar... —y ya iba a decir a quién, cuando me detuve—: vine a buscar a mi padre.

—¿Y por qué no entra?

Entré. Era una casa con la mitad del techo caída. Las tejas en el suelo. El techo en el suelo. Y en la otra mitad un hombre y una mujer.

ⁱC: —Vine, dije, a buscar... Y ya iba a decir que a Pedro Páramo, cuando me detuve. / —Vine a buscar a mi padre, dije. / ¿Y

³C: Juliana que ^cA y C no presentan esta separación entre conjuntos de párrafos. ^dC: Mi novia me dio un ^eA, B y C no presentan esta separación de conjuntos de párrafos. ^fA, B y D: "...Todas ^fA y C no subrayan el texto. B no lo da en bastardillas. ^gCon comillas dobles en C. ^hA, B, C, D, E y F: vacías, remoliendo

—En ese caso, déjame dormir. ¿No oíste lo que dijo ése cuando llegó? Que lo dejáramos dormir. Fue lo único que dijo.

Como que se van las voces. Como que se pierde su ruido. Como que se ahogan. Ya nadie dice nada. Es el sueño.

Y al rato otra vez:

—Acaba de moverse. Si se ofrece,^a ya va a despertar. Y si nos mira aquí nos preguntará cosas.

—¿Qué preguntas puede hacernos?

—Bueno. Algo tendrá que decir,^b ¿no?

—Déjalo. Debe estar muy cansado.

—¿Crees tú?

—Ya cállate, mujer.

—Mira, se mueve. ¿Te fijas cómo se revuelca? Igual que si lo zangolotearan por dentro. Lo sé porque a mí me ha sucedido.

—¿Qué te ha sucedido a ti?

—Aquello.

—No sé de qué hablas.

—No hablaría si no me acordara al ver a ése, rebulléndose, de lo que me sucedió a mí la primera vez que lo hiciste. Y de cómo me dolió y de lo mucho que me arrepentí de eso.

—¿De cuál eso?

—De cómo me sentía apenas^c me hiciste aquello, que aunque tú no quieras yo supe que estaba mal hecho.

—¿Y hasta ahora vienes con ese cuento? ¿Por qué no te duermes y me dejas dormir?

—Me pediste que te recordara.^d Eso estoy haciendo. Por Dios que estoy haciendo lo que me pediste que hiciera. ¡Ándale! Ya va siendo hora de que te levantes.

—Déjame en paz, mujer.

El hombre pareció dormir. La mujer siguió rezongando; pero con voz muy queda:

—Ya debe haber amanecido, porque hay luz. Puedo ver a ese hombre desde aquí, y si lo veo es porque hay luz^d bastante para verlo. No tardará en salir el sol. Claro, eso ni se pregunta. Si se ofrece, el tal es algún malvado. Y le hemos dado cobijo. No le hace que nomás haya sido por esta noche; pero lo escondimos.

^cA, B y C: sentía recién me

^dA, B y C: luz para

^aC: ofrece ya ^bC: decir ¿no?

Y eso nos traerá el mal^a a la larga... Míralo cómo se mueve, como que no encuentra acomodo.^b Si se ofrece ya no puede con su alma.

Aclaraba el día. El día desbarata las sombras. Las deshace. El cuarto donde estaba se sentía caliente con el calor de los cuerpos dormidos. A través de los párpados me llegaba el albor del amanecer. Sentía la luz. Oía:

—Se rebulle sobre sí mismo como un condenado. Y tiene todas las trazas de un mal hombre. ¡Levántate, Donis! Míralo. Se restriega contra el suelo, retorciéndose. Babea. Ha de ser alguien que debe muchas muertes. Y tú ni lo reconociste.

—Debe ser un pobre hombre. ¡Duérmete y déjanos dormir!

—¿Y por qué me voy a dormir, si yo no tengo sueño?

—¡Levántate y lárgate a donde no des guerra!

—Eso haré. Iré a prender la lumbre. Y de paso le diré a ese fulano que^d venga a acostarse aquí contigo, en el lugar que yo voy a dejarle.

—Díselo.^e

—No podré. Me dará miedo.

—Entonces vete a hacer tu quehacer y déjanos en paz.

—Eso haré.

—¿Y qué esperas?

—Ya voy.

Sentí que la mujer bajaba de la cama. Sus pies descalzos taconeaban el suelo y pasaban por encima de mi cabeza. Abri y cerré los ojos.

Cuando desperté, había un sol de mediodía. Junto a mí, un jarro de café. Intenté beber aquello. Le di unos sorbos.

—No tenemos más. Perdona lo poco. Estamos tan escasos de todo, tan escasos...

Era una voz de mujer.

—No se preocupe por mí^f—le dije—. Por mí no se preocupe. Estoy acostumbrado. ¿Cómo se va uno de aquí?

—¿Para dónde?

—Para donde sea.

—Hay multitud de caminos. Hay uno que va para Contla;

^bA, B y C: encuentra su lugar. Si

^dC: que se venga a acostar aquí

^eC: —Dícelo

^aA, B y C: mal, a ^cD y E: adonde ^fC: mí, le dije. Por

otro que viene de allá. Otro más que enfila derecho a la sierra.^a Ese que^b se mira desde aquí, que no sé para dónde irá^c—y me señaló con sus dedos el hueco del tejado, allí donde el techo estaba roto—.^d Este otro de por acá,^e que pasa por la Media Luna. Y hay otro más, que atraviesa^f toda la tierra y es el que va más lejos.

—Quizá por ése fue por donde vine.

—¿Para dónde va?

—Va para Sayula.

—Imagínese usted. Yo^g que creía que Sayula quedaba de este lado. Siempre me ilusionó conocerlo. Dicen que por allá hay mucha gente,^h ¿no?

—La que hay en todas partes.

—Figúrese usted. Y nosotros aquí tan solos. Desviviéndonos por conocer aunque sea tantito de la vida.

—¿Adóndeⁱ fue su marido?

—No es mi marido. Es mi hermano; aunque él no quiere que se sepa. ¿Que adónde^j fue? De seguro a buscar un becerro cimarrón que anda por ahí^k desbalagado. Al menos eso me dijo.

—¿Cuánto^l hace que están ustedes aquí?

—Desde siempre. Aquí nacimos.

—Debieron conocer a Dolores Preciado.

—Tal vez él, Donis. Yo sé tan poco de la gente. Nunca salgo. Aquí donde me ve, aquí he estado sempiternamente. . . Bueno, ni tan siempre. Sólo desde que él me hizo su mujer. Desde entonces me la paso encerrada, porque tengo miedo de que me vean. Él no quiere creerlo,^m pero ¿verdad que estoy para dar miedo? —y se acercó a dondeⁿ le daba el sol—. ¡Míreme^o la cara!

Era una cara común y corriente.

—¿Qué^p es lo que quiere que le mire?

—¿No me ve el pecado? ¿No ve esas manchas moradas como de jiote^q que me llenan de arriba^r abajo? Y eso es sólo por fuera; por dentro estoy hecha un mar de lodo.

—¿Y quién la puede ver si aquí no hay nadie? He recorrido el pueblo y no he visto a nadie.

—Eso cree usted; pero todavía hay algunos. ¿Dígame si Fi-

^aC: irá. Y me ^eC: acá que ^hC: gente ¿no? ⁱC: —¿A dónde ^jC: a dónde ^mA, B y E: acer
¿adonde le ⁿA, B y C: sol. ^oEsta oración forma párrafo aparte en C. ^pC presenta este
párrafo unido al anterior, sin guión.

^aC: la Sierra. Ese

^bA y B: que mira

^dA y B: roto—. Y este otro C: roto.
Y este otro ^fC: atraviesa la

^gC: Yo creía

^kA, B y C: por hay desbalagado

^mA, B y C: creerlo; ¿pero verdad que
estoy para dar miedo? Y se

^rC: arriba a abajo?

lomeno no vive, si Dorotea, si Melquiades, si Prudencio³ el viejo, si Sóstenes y todos éstos no viven? Lo que acontece es que se la pasan encerrados. De día no sé qué harán; pero las noches se las pasan en su encierro. Aquí esas horas están llenas de espantos. Si usted viera el gentío de ánimas que andan sueltas por la^b calle. En cuanto oscurece comienzan a salir. Y a nadie le gusta verlas. Son tantas, y nosotros tan poquitos, que ya ni la lucha le hacemos para rezar porque^c salgan de sus penas. No ajustarían nuestras oraciones para todos. Si acaso les tocaría un pedazo de Padrenuestro.^d Y eso no les puede servir de nada. Luego están nuestros pecados de por medio. Ninguno de los que todavía vivimos está en gracia de Dios. Nadie podrá alzar sus ojos^e al cielo sin sentirlos sucios de vergüenza. Y la vergüenza no cura. Al menos eso me dijo el obispo^f que pasó por aquí hace algún tiempo^g dando confirmaciones. Yo me le puse enfrente y le confesé todo:

"—Eso^h no se perdona!ⁱ—me dijo.

"—Estoy avergonzada.

"—No es el remedio.

"—¡Cásenos usted!

"—¡Apártense!

"—Yo le quise decir que la vida nos había juntado, acorralándonos y puesto uno junto al otro. Estábamos tan solos aquí, que los únicos éramos nosotros. Y de algún modo había que poblar el pueblo. Tal vez tenga ya a quien confirmar cuando regrese.

"—Sepárense. Eso es todo lo que se puede hacer.

"—Pero^k ¿cómo viviremos?

"—Como viven los hombres.

"Y se fue, montado en su macho, la cara dura, sin mirar hacia atrás, como si hubiera dejado aquí la imagen de la perdición. Nunca ha vuelto. Y ésa es la cosa por la que esto está lleno de ánimas; un puro vagabundear de gente que murió sin perdón y que no lo conseguirá de ningún modo, mucho menos valiéndose de nosotros. Ya viene. ¿Lo oye usted?"

—Sí, lo oigo.

^aA, B, C, D, E y F: Prudencio el viejo, ^dA, B y F: padrenuestro C: "padrenuestro" D y E: Padre nuestro. ^gC: tiempo, dando. ^hC no presenta comillas en éste ni en los siguientes r eve párrafos. ⁱC: perdona, me ^jC: aquí; que

^bC: por las calles. En

^cC: rezar para que salgan

^eA y B: ojos sin en seguida sentirlos
^fC: ojos sin en seguida sentirlos
^fC: Obispo

^kC: —¿Pero cómo viviremos?

—Es él.

Se abrió la puerta.

—¿Qué pasó con el becerro?^a—preguntó ella.

—Se le ocurrió no venir ahora; pero fui siguiendo su rastro y casi estoy por saber dónde asiste. Hoy en la noche lo agarraré.

—¿Me vas a dejar sola a la noche?

—Puede ser que sí.

—No podré soportarlo. Necesito tenerte conmigo. Es la única hora que me siento tranquila. La hora de la noche.

—Esta noche iré por el becerro.

—Acabo de saber^b—intervine yo— que son ustedes hermanos.

—¿Lo acaba de saber? Yo lo sé mucho antes que usted. Así que mejor no intervenga. No nos gusta que se hable de nosotros.

—Yo lo decía en un plan de entendimiento. No por otra cosa.

—¿Qué entiende usted?

Ella se puso a su lado, apoyándose en sus hombros y diciendo también:

—¿Qué^c entiende usted?

—Nada^d—dije—. Cada vez entiendo menos^e—y añadí—: Quisiera volver al lugar de donde vine. Aprovecharé la poca luz que queda del día.

—Es mejor que espere^f—me dijo él—. Aguarde hasta mañana. No tarda en oscurecer y todos los caminos están enmarañados de breñas. Puede usted perderse. Mañana yo lo encaminaré.

—Está bien.

Por el techo abierto al ciclo vi pasar parvadas de tordos, esos pájaros que vuelan al atardecer^g antes^h que la oscuridad les cierre los caminos. Luego, unas cuantas nubes ya desmenuzadas por el viento que viene a llevarse el día.

Despuésⁱ salió la estrella de la tarde, y más tarde^m la luna.

El hombre y la mujer no estaban conmigo. Salieron por la puerta que daba al patio y cuando regresaron ya era de noche. Así que ellos no supieron lo que había sucedido mientras andaban afuera.

Y esto fue lo que sucedió:

^aC: becerro? preguntó ^bC: saber, intervine yo, que ^cC: —Nada, dije. ^eA y B: menos—. Y añadí: —Quisiera ^C: menos. Y añadí: quisiera ^fC: espere, me dijo él. ^hC: tordos. Esos ^C: atardecer, antes ^{KA, B y C}: Luego unas ⁱPárrafo unido al anterior en C. ^mC: tarde, la

^cC: —¿Qué es lo que usted entiende?

^BB: de breña. Puede

^hC: antes de que

Viniendo de la calle, entró una mujer en^a el cuarto. Era vieja de muchos años, y flaca como si le hubieran achicado^b el cuero. Entró y paseó sus ojos redondos por el cuarto. Tal vez hasta me vio. Tal vez creyó que yo dormía. Se fue derecho a donde^c estaba la cama y sacó de debajo de ella una petaca. La esculcó. Puso unas sábanas debajo de su brazo y se fue andando de puntitas como para no despertarme.

Yo me quedé tieso, aguantando la respiración, buscando mirar hacia otra parte. Hasta que al fin logré torcer la cabeza y ver hacia allá, donde la estrella de la tarde se había juntado con la luna.

—¡Tome esto!^d—oí.

No me atrevía a volver^e la cabeza.

—¡Tómelo! Le hará bien. Es agua de azahar. Sé que está asustado porque tiembla. Con esto se le bajará el miedo.

Reconocí aquellas manos y al alzar los ojos reconocí la cara. El hombre, que estaba detrás de ella, preguntó:

—¿Sé^f siente usted enfermo?

—No sé.^f Veo cosas y gente donde quizá ustedes no vean nada. Acaba de estar aquí una señora. Ustedes tuvieron que verla salir.

—Vente —le dijo él a la mujer—. Déjalo solo. Debe ser un místico.

—Debemos acostarlo en la cama. Mira cómo tiembla, de seguro tiene fiebre.

—No le hagas caso. Estos sujetos se ponen en ese estado para llamar la atención. Conocí a uno en la Media Luna que se decía adivino. Lo que nunca adivinó fue que se iba a morir en cuanto el patrón le adivinó lo chapucero. Ha de ser un místico de éstos. Se pasan la vida recorriendo los pueblos "a ver lo que la Providencia quiera darles"; pero aquí no va encontrar ni quien le quite el hambre. ¿Ves cómo ya dejó de temblar? Y es que nos está oyendo. □

Como^g si hubiera retrocedido el tiempo. Volví a ver la estrella junto a la luna. Las nubes deshaciéndose. Las parvadas de los tordos. Y en seguida^h la tarde todavía llena de luz.

^aA, B, D y E: adonde ^dC: esto! Oí. ^fA, B y C no presentan esta separación entre conjuntos de párrafos. ^hC: enseguida

^aC: mujer al cuarto.

^bA, B y C: hubieran entablado el cuerpo. Entró

^eC: a voltear la

^fC: sé, dije. Veo

Las paredes reflejando el sol de la tarde. Mis pasos rebotando contra las piedras. El arriero que me decía: "¡Busque^a a doña Eduviges, si todavía vive!"

Luego un cuarto a oscuras. Una mujer roncando a mi lado. Noté que su respiración era dispareja como si estuviera entre sueños, más bien como si no durmiera y sólo imitara los ruidos que produce el sueño. La cama era de otate cubierta con costales que oían a orines, como si nunca los hubieran oreado al sol; y la almohada era una jerga que^b envolvía pochote^m o una lana tan dura o tan sudada que se había endurecido como leño.

Junto a mis rodillas sentía las piernas desnudas de la mujer, y junto a mi cara su respiración. Me senté en la cama apoyándome en aquel como adobe de la almohada.

—¿No duerme usted?^c—me preguntó ella.

—No tengo sueño. He dormido todo el día. ¿Dónde está su hermano?

—Se fue por esos rumbos. Ya usted oyó adónde^d tenía que ir. Quizá no venga esta noche.

—¿De manera que siempre^e se fue? ¿A pesar de usted?

—Sí. Y tal vez no regrese. Así comenzaron todos. Que voy a ir aquí, que voy a ir más allá. Hasta que se fueron alejando tanto, que mejor no volvieron. Él siempre ha tratado de irse, y creo que ahora le ha llegado su turno. Quizá sin yo saberlo, me dejó con usted para que me cuidara. Vio su oportunidad. Eso del becerro cimarrón fue^f sólo un pretexto. Ya verá usted que no vuelve.

Quise decirle: "Voy^g a salir a buscar un poco de aire, porque siento náuseas"; pero dije:^h

—No se preocupe.ⁱ Volverá.

Cuando me levanté, me dijo:

—He^j dejado en la cocina algo sobre las brasas. Es muy poco; pero es algo que puede calmarle el hambre.

Encontré un trozo de cecina y encima de las brasas unas tortillas.

—Son cosas que le pude conseguir^k—oí que me decía desde allá—. Se las cambié a mi hermana por dos sábanas limpias que yo tenía guardadas desde el^l tiempo de mi madre. Ella ha de

^aSin comillas en C. ^cC: usted? me ^dC: a dónde ^eSin comillas en C. ^fA: preocupe, volverá. ^gParrafo unido al anterior, sin guión, en C. ^hC: conseguir, oí que me decía desde allá.

^bC: jerga envolviendo pochote

^eC: siempre fue?

^fC: cimarrón es sólo

^hC: dije: "No se preocupe, él volverá".

^lC: desde tiempos de

haber venido a recogerlas. No se lo quise decir delante de Donis; pero ella fue la mujer que usted vio y que lo asustó tanto.

Un cielo negro, lleno de estrellas. Y junto a la luna la estrella más grande de todas. □

—¿No me oyes?^a—pregunté en voz baja.

Y su voz me respondió: —¿Dónde^b estás?

—Estoy aquí, en tu pueblo. Junto a tu gente. ¿No me ves?

—No,^c hijo, no te veo.

Su voz parecía abarcarlo todo. Se perdía más allá de^d la tierra.

—No te veo. □

Regresé al mediotecho donde dormía aquella mujer y le dije: —Me^e quedaré aquí, en mi mismo rincón. Al fin y al cabo la cama está igual de dura que el suelo. Si algo se le ofrece, avíseme.

Ella me dijo: —Donis no volverá. Se lo noté en los ojos. Estaba esperando que alguien viniere para irse. Ahora tú te encargarás de cuidarme. ¿O qué, no quieres cuidarme? Vente a dormir aquí conmigo.

—Aquí estoy bien.

—Es mejor que te subas a la cama. Allí te comerán las turicatas.^f

Entonces fui y me acosté con ella. □

El calor me hizo despertar al filo de la medianoche. Y el sudor. El cuerpo de aquella mujer hecho de tierra, envuelto en costras de tierra, se desbarataba como si estuviera derritiéndose en un charco de lodo. Yo me sentía nadar entre el sudor que chorreaba de ella y me faltó el aire que se necesita para respirar. Entonces me levanté. La mujer dormía. De su boca borbotaba un ruido de burbujas muy parecido al del estertor.

Salí a la calle para buscar el aire; pero el calor que me perseguía no se despegaba de mí.

Y es que no había aire; sólo la noche entorpecida y quieta, acalorada por la canícula de agosto.

^aC: oyes? pregunté ^bEsta oración forma párrafo aparte en A, B, C, D y E. ^cC: —No hijo, ^dPárrafo integrado al anterior, en E. ^eEn A, B, C y D forma párrafo aparte: —Donis... conmigo.

^dC: allá del horizonte./ —No

No había aire. Tuve que sorber el mismo aire que salía de mi boca, deteniéndolo con las manos antes de que se fuera. Lo sentía ir y venir, cada vez menos; hasta que se hizo tan delgado que se filtró entre mis dedos para siempre.

Digo para siempre.

Tengo memoria de haber visto algo así como nubes espumosas^a haciendo remolino sobre mi cabeza y luego enjuagarme con^h aquella espuma y perderme en su nublazón. Fue lo último que vi. □

^bC: enjuagarme en aquella

—¿Quieres hacerme creer que te mató el ahogo, Juan Preciado? Yo te encontré en la plaza, muy lejos de la casa de Donis, y junto a mí también estaba él, diciendo que te estabas haciendo el muerto. Entre los dos te arrastramos a la sombra del portal, ya bien tirante, acalambrado como mueren los que mueren muertos de miedo. De no haber habido aire para respirar esa noche de que hablas, nos hubieran faltado las fuerzas para llevarte y contimás⁴⁴ para enterrarte. Y ya ves, te enterramos. ⁴⁵

—Tienes razón, Doroteo. ¿Dices que te llamas Doroteo?

—Da lo mismo. Aunque mi nombre sea Dorotea. Pero da lo mismo.

—Es cierto, Dorotea. Me mataron los murmullos.

“Allá hallarás mi querencia. El lugar que yo quise. Donde los sueños me enflaquecieron. Mi pueblo, levantado sobre la llanura. Lleno de árboles y de hojas, como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos. Sentirás que allí uno quisiera vivir para la eternidad. El amanecer; la mañana; el mediodía y la noche, siempre los mismos; pero con la diferencia del aire. Allí, donde el aire cambia el color de las cosas; donde se ventila la vida como si fuera un murmullo, como si fuera un puro murmullo de la vida...”

^hA, B y C: fuera un puro murmurar; como

—Sí, Dorotea. Me mataron los murmullos. Aunque ya traía retrasado el miedo. Se me había venido juntando, hasta que ya no pude soportarlo. Y cuando me encontré con los murmullos se me reventaron las cuerdas.

“Llegué a la plaza, tienes tú razón. Me llevó hasta allí el bullicio de la gente y creí que de verdad la había. Yo ya no estaba

^aA y C: espumosas, haciendo ^cEste párrafo no está subrayado en C; y en A se observa una separación mayor entre éste y el que antecede. ⁴⁴F: noche siempre ⁴⁵A y C presentan una separación mayor entre este párrafo y el que lo antecede. ^hSin comillas en C.

muy en mis cabales; recuerdo que me vine apoyando en las paredes como si caminara con las^a manos. Y de las paredes parecían destilar los murmullos como si se filtraran de entre las grietas y las descarapeladuras. Yo los oía. Eran voces de gente; pero no voces claras, sino secretas, como si me murmuraran algo al pasar, o como si zumbaran contra mis oídos. Me aparté de las paredes y seguí por mitad de la calle; pero las oía igual, igual que si vinieran conmigo, delante o detrás de mí. No sentía calor, como te dije antes;^b antes por el contrario, sentía frío. Desde que salí de la casa de aquella mujer que me prestó su cama y que, como te decía, la vi deshacerse en el agua de su sudor, desde entonces me entró^c frío. Y conforme yo andaba,^d el frío aumentaba más y más, hasta que se^e me enchinó el pellejo. Quise retroceder porque pensé que regresando podría^f encontrar el calor que acababa de dejar; pero me di cuenta a poco andar que el frío salía de mí, de mi propia sangre. Entonces reconocí que estaba asustado. Oí el alboroto mayor en la plaza y creí que allí entre la gente se me bajaría el miedo. Por eso es que ustedes me encontraron en la plaza. ¿De modo que siempre volvió Donis? La mujer estaba segura de que jamás lo volvería a ver.”^g

—Fue ya de mañana cuando te encontramos. Él venía de no sé dónde. No se lo pregunté.

—Bueno, pues llegué a la plaza. Me recargué en un pilar de los portales. Vi que no había nadie, aunque seguía oyendo el murmullo como de mucha gente en día de mercado. Un rumor parejo, sin ton ni son, parecido al que hace el viento contra las ramas de un árbol en la noche, cuando no se ven ni el árbol ni las ramas, pero se oye el murmurar. Así. Ya no di un paso más. Comencé a sentir que se me acercaba y daba vueltas a mi alrededor aquel bisbiseo apretado como un enjambre, hasta que alcancé a distinguir unas palabras casi vacías de ruido: “Ruega a Dios por nosotros.” Eso oí que me decían. Entonces^h se me heló el alma. Por eso es que ustedes me encontraron muerto.

—Mejor no hubieras salido de tu tierra. ¿Qué vinisteⁱ a hacer aquí?

^aC: con mis manos.

^cC: entró el frío.

^eC: se enchinó

^fC: regresando podía encontrar el calor que había dejado atrás; pero

ⁱA y B: ¿Qué viniste a hacer C: ¿Qué viniste hacer

^bC: antes, antes ^dA, B y C: andaba el ^eC, D y F no cierran comillas. ^hEn C, es párrafo aparte: Entonces... muerto.

—Ya te lo dije en un principio. Vine a buscar a Pedro Páramo, que según parece fue mi padre. Me trajo la ilusión.

—¿La ilusión? Eso cuesta caro. A mí me costó vivir más de lo debido. Pagué con eso la deuda de encontrar a mi hijo,^a que no fue, por decirlo así, sino una ilusión más; porque nunca tuve ningún hijo. Ahora que estoy muerta me he dado tiempo para pensar y enterarme de todo. Ni siquiera el nido para guardarlo me dio Dios. Sólo esa larga vida arrastrada que tuve, llevando de aquí para allá mis ojos tristes que siempre miraron de reojo, como buscando detrás de la gente, sospechando que alguien me hubiera escondido a mi niño. Y todo fue culpa de un maldito sueño. He tenido dos: a uno de ellos lo llamo el "bendito"^b y al otro el "maldito". El primero fue el que me hizo soñar que había tenido un hijo. Y mientras viví, nunca dejé de creer que fuera cierto; porque lo sentí entre mis brazos, tiernito, lleno de boca y de ojos y de manos; durante mucho tiempo conservé en mis dedos la impresión de sus ojos dormidos y el palpar de su corazón. ¿Cómo no iba a pensar que aquello^d fuera verdad? Lo llevaba conmigo a dondequiera^e que iba, envuelto en mi rebozo,^f y de pronto lo perdí. En el cielo me dijeron que se habían equivocado conmigo. Que me habían dado un corazón de madre,^g pero un seno de una cualquiera. Ése fue el otro sueño que tuve. Llegué al cielo y me asomé a ver si entre los ángeles reconocía la cara de mi hijo. Y nada. Todas las caras eran iguales, hechas con^h el mismo molde. Entonces pregunté. Uno de aquellos santos se me acercó y, sin decirme nada, hundió una de sus manos en mi estómago como si la hubiera hundido en un montón de cera. Al sacarla me enseñó algo así como una cáscara de nuez: "Esto prueba lo que te demuestra."

"Tú^j sabes cómo hablan raro allá arriba; pero se les entiende. Les quise decir que aquello era sólo mi estómago engarrñado por las hambres y por el^k poco comer; pero otro de aquellos santos^l me empujó por los hombros y me enseñó la puerta de salida: 'Ve a descansar un poco más a la tierra, hija, y procura ser buena para que tu purgatorio sea menos largo.'

"Ése fue el sueño 'maldito'^m que tuve y del cual saqué la acla-

^bA, B y C: el "maldito" y a otro el "bendito". El

^cA, B y C: que no fuera

^dC: aquello no fuera

^hC: hechas en el

^kC: por tan poco

^mA, B y C: sueño "bendito" que

^aC: hijo que ^eA: adonde quiera C: a donde quiera ^fC: rebozo y ^gC: madre; pero ⁱC: y sin ^jC presenta sin comillas éste y el siguiente párrafo. ^lC: santos, me

ración de que nunca había tenido ningún hijo. Lo supe ya muy tarde, cuando el cuerpo se me había achaparrado, cuando el espinazo se me saltó por encima de la cabeza, cuando ya no podía caminar. Y de remate, el pueblo se fue quedando solo;^a todos largaron camino para otros rumbos y con ellos se fue también la caridad de la que yo vivía. Me senté a esperar la muerte. Después^b de que te encontramos a ti, se resolvieron mis huesos a quedarse quietos. 'Nadie^c me hará caso', pensé. Soy algo que no le estorba a nadie. Ya ves, ni siquiera le robé^d el espacio a la tierra. Me enterraron en tu misma sepultura y cupe muy bien en el hueco de tus brazos. Aquí en este rincón donde me tienes ahora. Sólo se me ocurre que debería ser yo la que te tuviera abrazado a ti. ¿Oyes? Allá afuera está lloviendo. ¿No sientes el golpear de la lluvia?"

—Siento como si alguien caminara sobre nosotros.

—Ya déjate de miedos. Nadie te puede dar ya miedo. Haz por pensar en cosas agradables porque vamos a estar mucho tiempo enterrados.

Al amanecer, gruesas gotas de lluvia cayeron sobre la tierra. Sonaban huecas al estamparse en el polvo blando y suelto de los surcos. Un pájaro burlón cruzó a ras del suelo y gimió^e imitando el quejido de un niño; más allá se le oyó dar un gemido como de cansancio,^f y todavía más lejos, por donde comenzaba a abrirse el horizonte, soltó un hipo y luego una risotada, para volver a gemir después.

Fulgor Sedano sintió el olor de la tierra y se asomó a ver cómo la lluvia desfloraba los surcos. Sus ojos pequeños se alegraron. Dio hasta tres bocanadas de aquel sabor y sonrió hasta enseñar los dientes.

"¡Vaya!^g—dijo—. Otro buen año se nos echa encima." Y añadió: "Ven, agüita, ven. ¡Déjate caer hasta que te canses! Después córrete para allá, acuérdate que hemos abierto a la labor toda la tierra, nomás para que te des gusto."^h

Y soltó la risa.

^bA, B, C, D y E: Después que

^dA y C: robé espacio

^aA, B y C: solo, todos ^cSin comillas en A y en C. ^eC: gimió, imitando ^fC: cansancio y ^gC: ¡Vaya! dijo. Sin comillas. ^hC no cierra comillas.

El pájaro burlón que regresaba de recorrer los campos^a pasó casi frente a él y gimió con un gemido desgarrado.

El agua apretó su lluvia hasta que allá, por donde comenzaba a amanecer, se cerró el cielo y pareció que la oscuridad,^b que ya se iba, regresaba.

La puerta grande de la Media Luna rechinó al abrirse, remojada por la brisa. Fueron saliendo primero dos, luego otros dos, después otros dos y así hasta doscientos hombres a caballo que se desparramaron por los campos lluviosos.

—Hay que aventar el ganado de Enmedio^c más allá de lo que fue Estagua,^d y el de Estagua córranlo para los cerros de Vilmayo^e —les iba ordenando Fulgor Sedano conforme salían—.^f ¡Y apriétentele, que se nos vienen encima las aguas!

Lo dijo tantas veces, que ya los últimos sólo oyeron: "De aquí para allá y de allá para más allá."

Todos y cada uno se llevaban la mano al sombrero para darle a entender que ya habían entendido.

Y apenas había acabado de salir el último hombre, cuando entró a todo galope Miguel Páramo, quien, sin detener su carrera, se apeó del caballo casi en las narices de Fulgor, dejando que el caballo buscara solo su pesebre.

—¿De dónde vienes a estas horas, muchacho?

—Vengo de ordeñar.

—¿A quién?

—¿A que no lo adivinas?

—Ha de ser a Dorotea,^g la Cuarraca.^h Es a la única que le gustan los bebés.

—Eres un imbécil, Fulgor; pero no tienes tú la culpa.

Y se fue, sin quitarse las espuelas, a que le dieran de almorzar.

En la cocina, Damiana Cisneros también le hizo la misma pregunta:

—¿Peroⁱ de dónde llegas, Miguel?

—De por ahí,^j de visitar madres.

—No quiero que te enojés. Disimúlalo. ¿Cómo se te hacen los huevos?

^jC: Dorotea "La Cuarrara".

ⁱC: por hay, de

^aC: campos, pasó ^bC: oscuridad que ^cC: de "Enmedio" más ^dC: fue "Estagua" y ^eC: Vilmayo. Les ^fC: salían. ¡Y ^gA y B: Dorotea La Cuarraca. D, E y F: Dorotea la Cuarraca. Párrafo unido al anterior, sin guión, en C.

—Como a ti te gusten.

—Te estoy hablando de buen modo,^a Miguel.

—Lo entiendo, Damiana. No te preocupes.^b Oye, ¿tú conoces a una tal Dorotea, apodada *la Cuarraca*?^c

—Sí. Y si tú la quieres ver, allí está afuerita. Siempre madruga para venir aquí por su desayuno. Es una que trae un molote^d en su rebozo y lo arrulla diciendo que es su crío. Parece ser que le sucedió alguna desgracia allá en sus tiempos; pero, como nunca habla, nadie sabe lo que le pasó. Vive de limosna.

—¡Maldito viejo! Le voy a jugar una mala pasada que hasta le harán remolino los ojos.

Después se quedó pensando si aquella mujer no le serviría para algo. Y sin dudarle más fue hacia la puerta trasera de la cocina y llamó a Dorotea:

—Ven^e para acá, te voy a proponer un trato^f—le dijo.

Y quién sabe qué clase de proposiciones le haría, lo cierto es que cuando entró de nuevo se frotaba las manos:^g

—¡Vengan esos huevos! —le gritó a Damiana. Y agregó:^h De hoy en adelante le darás de comer a esa mujerⁱ lo mismo que a mí, no le hace que se te ampolle el codo.

Mientras tanto, Fulgor Sedano se fue hasta las trojes a revisar la altura del maíz. Le preocupaba la merma porque aún^j tardaría la cosecha. A decir verdad,^k apenas si se había sembrado. “Quiero ver si nos alcanza.” Luego añadió: “¡Ese^l muchacho! Igualito a su padre; pero comenzó demasiado pronto. A ese paso no creo que se logre. Se me olvidó mencionarle que ayer vinieron con la acusación de que había matado a uno. Si así sigue...”

Suspiró y trató de imaginar en qué lugar irían ya los vaqueros. Pero lo distrajo el potrillo alazán de Miguel Páramo,^m que se rascaba los morros contra la barda. “Ni siquiera lo ha desensillado”,ⁿ pensó. “Ni lo hará. Al menos don Pedro es más consecuente con uno y tiene sus ratos de calma. Aunque consiente mucho al Miguel. Ayer le comuniqué lo que había hecho su hijo y me respondió: ‘Hazte^o a la idea de que yo fui, Fulgor;^p él es incapaz de hacer eso:^q no tiene todavía fuerza para matar a na-

^bA, B, C y D: preocupes. ¿Oye, tú conoces

^jC: porque todavía tardaría

^aC: modo. Miguel ^cC: “La Cuarraca”? ^dC: pero como ^ePárrafo unido al anterior, con comillas y sin guión, en C. ^fC: trato” le dijo. Y quién sabe ^gC: manos; “¡Vengan esos huevos! le ^hA, B, D, E y F: agregó—; De ⁱC: mujer, lo ^kC: verdad apenas ^lCita sin comillas en C. ^mC: Páramo que ⁿC: desensillado” pensó ^oEsta cita y la siguiente del mismo párrafo figuran con comillas dobles en C. ^pC: Fulgor, él ^qC: eso, no

die. Para eso se necesita tener los riñones de este tamaño.' Puso sus manos así, como si midiera una calabaza. 'La culpa de todo lo que él haga^a échamela a mí.' "

—Miguel le dará muchos dolores de cabeza, don Pedro. Le gusta la pendencia.

—Déjalo moverse. Es apenas un niño. ¿Cuántos años cumplió? Tendrá diecisiete.^b No, Fulgor?

—Puede que sí. Recuerdo que se lo trajeron recién, apenas ayer; pero es tan violento y vive tan de prisa que a veces se me figura que va jugando carreras con el tiempo. Acabará por perder, ya lo verá usted.

—Es todavía una criatura, Fulgor.

—Será lo que usted diga, don Pedro; pero esa mujer que vino ayer a llorar aquí, alegando que el hijo de usted le había matado a su marido, estaba de a tiro desconsolada. Yo sé medir el desconsuelo, don Pedro. Y esa mujer lo cargaba por kilos. Le ofrecí cincuenta hectolitros^c de maíz para que se olvidara del asunto; pero no lo quiso. Entonces le prometí que corregiríamos el daño de algún modo. No se conformó.

—¿De quién se trataba?

—Es gente que no conozco.

—No tienes pues por qué apurarte, Fulgor. Esa gente no existe.

Llegó a las trojes y sintió el calor del maíz. Tomó en sus manos un puñado para ver si no lo había alcanzado el gorgojo. Midió la altura: "Rendirá^e—dijo—. En cuanto crezca el pasto ya no vamos a requerir darle maíz al ganado. Hay de sobra."

De regreso miró el cielo lleno de nubes: "Tendremos agua para un buen rato."^f Y se olvidó de todo lo demás. □

—Allá^g afuera debe estar variando el tiempo. Mi madre me decía que,^h en cuanto comenzaba a llover, todo se llenaba de luces y del olor verde de los retoños. Me contaba cómo llegaba la marea de las nubes,ⁱ cómo se echaban sobre la tierra y la descomponían cambiándole los colores. . . Mi madre, que vivió su infancia y sus mejores años en este pueblo y que ni siquiera pudo

^cA, B y C: hectólitros

^dC: no le había

^fC: rato" dijo. Y

^aC: haga, échamela ^bA y B: Tendrá 17. ¿No C: Tendrá 17, ¿no ^eC: "Rendirá, dijo. ^gA, B
C presentan este párrafo encerrado entre comillas, sin guión inicial. ^hC: que en ⁱC: nu
bes; cómo

venir a morir aquí. Hasta para eso me mandó a mí en su lugar. Es curioso,^a Dorotea, cómo no alcancé a ver ni el cielo. Al menos, quizá, debe ser el mismo que ella conoció.

—No lo sé, Juan Preciado. Hacía tantos años que no alzaba la cara, que me olvidé del cielo. Y aunque lo hubiera hecho, ¿qué^b habría ganado? El cielo está tan alto, y mis ojos tan sin mirada, que vivía contenta con saber dónde quedaba la tierra. Además, le perdí todo mi interés desde que el padre Rentería me aseguró que jamás conocería la gloria. Que ni siquiera de lejos la^c vería... Fue cosa de mis pecados; pero él no debía hármelo dicho. Ya de por sí^e la vida se lleva con trabajos. Lo único que la hace a una mover los pies es la esperanza de que al morir la lleven a una de un lugar a otro; pero cuando a^f una le cierran una puerta y la que queda abierta es nomás la del infierno, más vale no haber nacido... El cielo para mí, Juan Preciado, está aquí donde estoy ahora.

—¿Y tu alma? ¿Dónde crees que haya ido?

—Debe andar vagando por la tierra como tantas otras; buscando vivos que recen por ella. Tal vez me odie por el mal trato que le di; pero eso ya no me preocupa. He descansado del vicio de sus remordimientos. Me amargaba hasta lo poco que comía, y me hacía insoportables las noches llenándomelas de pensamientos intranquilos con figuras de condenados y cosas de ésas. Cuando me senté a morir, ella^g me rogó que me levantara y que siguiera arrastrando la vida, como si esperara todavía algún milagro que me limpiara de culpas. Ni siquiera hice el intento: "Aquí se acaba el camino"^h—le dije—. Ya no me quedan fuerzas para más." Y abrí la boca para que se fuera. Y se fue. Sentí cuando cayó en mis manos el hilito de sangre con que estaba amarrada a mi corazón. □

Llamaron a su puerta; pero él no contestó. Oyó que siguieron tocando todas las puertas, despertando a la gente. La carrera que llevaba Fulgor —lo conoció por sus pasos— hacia la puerta grandeⁱ se detuvo un momento, como si tuviera intenciones de volver a llamar. Después siguió corriendo.

^aC: curioso Dorotea ^eC: sí, la ^hC: camino" le dije. "Ya no ⁱC: grande, se

^bC: ¿qué me habría

^cA, B y C: conocería el cielo. Que
^dA, B y C: lejos lo vería...

^fC: cuando le cierran a uno una

^gE y F: ella rogó

Rumor³ de voces. Arrastrar de pisadas despaciosas como si cargaran con algo pesado.

Ruidos^b vagos.

Vino hasta su memoria la muerte de su padre, también en un amanecer como éste; aunque en aquel entonces la puerta estaba abierta y traslucía el color gris de un cielo hecho de ceniza, triste, como fue entonces. Y a una mujer conteniendo el llanto, recostada contra la puerta. Una madre de la que él ya se había olvidado y olvidado muchas veces diciéndole: "¡Han^c matado a tu padre!" Con aquella voz quebrada, deshecha, sólo unida por el hilo del sollozo.

Nunca quiso revivir ese recuerdo porque le traía otros, como si rompiera un costal repleto y luego quisiera contener el grano. La muerte de su padre que arrastró otras muertes y en cada una de ellas estaba siempre la imagen de la cara despedazada; roto un ojo, mirando vengativo el otro. Y otro y otro más, hasta que la había borrado del recuerdo cuando ya no hubo nadie^d que se la recordara.

—¡Descánselo aquí! No, así no. Hay que meterlo con la cabeza para atrás. ¡Tú! ¿Qué esperas?

Todo en voz baja.

—¿Y él?

—Él duerme. No lo despierten. No hagan ruido.

Allí estaba él, enorme, mirando la maniobra de meter un bulto envuelto en costales viejos, amarrado con sicuas de coyunda como si lo hubieran amortajado.

—¿Quién es? —preguntó.

Fulgor Sedano se acercó hasta él y le dijo:

—Es^e Miguel, don Pedro.

—¿Qué le hicieron?^f—gritó.

Esperaba oír: "Lo han matado." Y ya estaba previniendo su furia,^g haciendo bolas duras de rencor; pero oyó las palabras suaves de Fulgor Sedano que le decían:

—Nadie le hizo nada. Él solo encontró la muerte.

Había mecheros de petróleo aluzando la noche.

—... Lo^h mató el caballoⁱ—se acomidió a decir uno.

^aA, B y C: Murmullo de

^dC: nadie para que

^bPárrafo unido al anterior en A, B y C. ^cSin comillas en C. ^ePárrafo unido al anterior, sin guión. ^fC: hicieron? gritó. ^gC: furia; haciendo ^hA, B, C, D, E y F: —...Lo ⁱC: ca-
ballo, se

Lo tendieron en su cama, echando abajo el colchón, dejando las puras tablas donde acomodaron el cuerpo ya desprendido de las tiras con que habían venido tirando de él. Le colocaron las manos sobre el pecho y taparon su cara con un trapo negro. "Parece más grande de lo que era",^d dijo en secreto Fulgor Sedano.

Pedro Páramo se había quedado sin expresión ninguna, como ido. Por encima de él sus pensamientos se seguían unos a otros sin darse alcance ni juntarse. Al fin dijo:

—Estoy^b comenzando a pagar. Más vale empezar temprano,^c para terminar pronto.

No sintió dolor.

Cuando le habló a la gente reunida en el patio para agradecerle^d su compañía, abriéndole paso a su voz por entre el lloriqueo de las mujeres, no cortó ni el resuello ni sus palabras. Después sólo se oyó en aquella noche^e el piafar del potrillo alazán de Miguel Páramo.

—Mañana mandas matar ese animal para que no siga sufriendo^f—le ordenó a Fulgor Sedano.

—Está bien, don Pedro. Lo entiendo. El pobre se ha de sentir desolado.

—Yo también lo entiendo así, Fulgor. Y diles de paso a esas mujeres que no armen tanto escándalo, es mucho alboroto por mi muerto. Si fuera de ellas, no llorarían con tantas ganas. □

El padre Rentería se acordaría muchos años después de la noche en que la dureza de su cama lo tuvo despierto y después lo obligó a salir. Fue la noche en que murió Miguel Páramo.

Recorrió las calles solitarias de Comala, espantando con sus pasos a los perros que husmeaban en las basuras. Llegó hasta el río y allí se entretuvo mirando en los remansos el reflejo de las estrellas que se estaban cayendo del cielo. Duró varias horas luchando con sus pensamientos, tirándolos al agua negra del río.

"El asunto comenzó^g—pensó— cuando Pedro Páramo, de cosa baja que era,^h se alzó a mayor. Fue creciendo como una mala yerba. Lo malo de esto es que todo lo obtuvo de mí: 'Me'

^aC: era" dijo ^bA y B: —"Estoy... pronto." En C, este párrafo se halla unido al anterior, con comillas y sin guión. ^cC: temprano para ^eC: noche, el ^fC: sufriendo, le ^gC: comenzó, pensó, cuando ^hC: era se ⁱEsta cita y las siguientes del párrafo no presentan comilla en C.

^dA, B y C: para agradecerles su

acusó^a padre, que ayer dormí con Pedro Páramo.' 'Me acuso,^b padre, que tuve un hijo de Pedro Páramo.' 'De que le presté mi hija a Pedro Páramo.' Siempre esperé que él viniera a acusarse de algo; pero nunca lo^c hizo. Y después estiró los brazos de su maldad con ese hijo que tuvo. Al que él reconoció, sólo Dios sabe por qué. Lo que sí sé es que yo puse en sus manos ese instrumento."^d

Tenía muy presente el día que se lo había llevado, apenas nacido.

Le^e había dicho:

—Don^f Pedro, la mamá murió al alumbrarlo. Dijo que era de usted. Aquí lo tiene.

Y él ni lo dudó, solamente le dijo:

—¿Por qué no se queda con él, padre? Hágalo cura.

—Con la sangre que lleva dentro no quiero tener esa responsabilidad.

—¿De verdad cree usted que tengo mala sangre?

—Realmente sí, don Pedro.

—Le probaré que no es cierto. Déjemelo aquí. Sobra quien se encargue de cuidarlo.

—En eso pensé, precisamente. Al menos con usted no le faltará el^g sustento.

El muchachito se retorció, pequeño como era, como una víbora.

—¡Damiana! Encárgate de esa cosa. Es mi hijo.

Después había abierto la botella:

—Por la difunta y por usted beberé este^h trago.

—¿Y por él?

—Por él también, ¿por qué no?

Llenó otra copa más y los dos bebieron por el porvenir de aquella criatura.

Así fue.

Comenzaron a pasar las carretas rumbo a la Media Luna. Él se agachó, escondiéndose en el galápag⁴ que bordeaba el río.

“¿De^j quién te escondes?”^k se preguntó a sí mismo.

—¡Adiós, padre!^l—oyó que le decían.

^bA y B: acuso de que tuve

^cA, B y C: nunca vino. Y ahora después

^gA, B y C: faltará cobijo.

^hC: beberé esta copa.

^aA, B, C y E: acuso padre que ayer ^bC, D y E: acuso padre que tuve ^dC no cierra comillas. ^eA, B y C presentan este párrafo unido al anterior. ^fPárrafo integrado al anterior, sin guión, en C. ⁱC: también ¿por ^jEsta oración se halla sin comillas en C. ^kC: escondes? se ^lC: padre! oyó

Se alzó de la tierra y contestó:

—¡Adiós!^a Que el Señor te bendiga.

Estaban apagándose las luces del pueblo. El río llenó su agua de colores luminosos.

—Padre,^b ¿ya dieron el alba?⁴⁹—preguntó otro de los carreteros.

—Debe ser mucho después del alba^c—respondió él. Y caminó en sentido contrario al de ellos, con intenciones de no detenerse.

—¿Adónde^d tan temprano, padre?

—¿Dónde está el moribundo, padre?

—¿Ha muerto alguien en Contla, padre?

Hubiera querido responderles: "Yo.^e Yo soy el muerto." Pero se conformó con sonreír.

Al salir del pueblo precipitó sus pasos.

Regresó entrada la mañana.

—¿Dónde estuvo usted, tío?^f—le preguntó Ana,^g su sobrina.—^h Vinieron muchas mujeres a buscarlo. Querían confesarse por ser mañana viernes primero.

—Que regresen a la noche.

Se quedó un rato quieto, sentado en una banca del pasillo, lleno de fatiga.

—¡Quéⁱ fresco está el aire!, ¿no, Ana?

—Hace calor, tío.

—Yo no lo siento.

No quería pensar para nada que había estado en Contla, donde hizo confesión general con el señor cura, y que éste, a pesar de sus ruegos, le había negado la absolución:

—Ese^j hombre de quien no quieres mencionar su nombre ha despedazado^k tu Iglesia^l y tú se lo has consentido. ¿Qué se puede esperar ya de ti, padre? ¿Qué has hecho de la fuerza de Dios? Quiero convencerme de que eres bueno y de que allí recibes la estimación de todos; pero no basta ser bueno. El pecado no es bueno. Y para acabar con él, hay que ser duro y despiadado. Quiero creer que todos siguen siendo creyentes; pero no eres tú quien mantiene su fe; lo hacen por superstición y por miedo. Quiero aún más estar contigo en la pobreza en que vives y en el

^bC: —¿Padre, ya dieron el alba? preguntó

ⁱA y C: —¿Qué fresco está el aire, no, Ana?

^kC: nombre, ha hecho trizas tu ^lA y B: tu iglesia y

^aPárrafo integrado al anterior, sin guión, en C. ^cC: alba, respondió ^dC: —¿A dónde
^eSin comillas en C. ^fC: tío? le ^gA, B, C, D, E y F: Ana su ^hC: sobrina. Vinieron ^jPá-
^krafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C.

trabajo y cuidados que libras todos los días en tu cumplimiento. Sé lo difícil que es nuestra tarea en estos pobres pueblos donde nos tienen relegados; pero eso mismo me da derecho a decirte que no hay que entregar nuestro servicio a unos cuantos, que te darán un poco^a a cambio de tu alma, y con tu alma en manos de ellos ¿qué podrás hacer para ser mejor que aquellos que son mejores que tú? No, padre, mis manos no son lo suficientemente limpias para darte la absolución. Tendrás que buscarla en otro^b lugar.

—¿Quiere usted decir, señor cura, que tengo que ir^c a buscar la confesión a otra parte?

—Tienes que ir. No puedes seguir consagrando a los demás si tú mismo estás en pecado.

—¿Y si suspenden mis ministerios?^d

—No^e creo que lo hagan, aunque tal vez lo merezcas. Quedará a juicio de ellos.

—¿No podría usted...? Provisionalmente,^f digamos... Necesito dar los santos óleos...^h la comunión. Mueren tantos en mi pueblo, señor cura.

—Padre, dejaⁱ que a los muertos los juzgue Dios.^j

—¿Entonces, no?

Y el señor cura de Contla había dicho que no.

Después pasearon los dos por los corredores del curato, sombreados de azáleas.^k Se sentaron bajo una enramada donde maduraban las uvas.

—Son ácidas, padre—se adelantó el señor cura a la pregunta que le iba a hacer—^m Vivimos en una tierra en que todo se da, gracias a la Providencia; peroⁿ todo se da con acidez. Estamos condenados a eso.

—Tiene usted razón, señor cura. Allá en Comala he intentado sembrar uvas. No se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos; naranjos agrios y arrayanes agrios. A mí se me ha olvidado el sabor de las cosas dulces. ¿Recuerda usted las guayabas de China^o que teníamos en el seminario? Los duraznos, las mandarinas aquellas que con sólo apretarlas soltaban la cáscara. Yo traje aquí

^aC: poco de sopa a cambio

^bA, B y C: en otra parte.

^cA, B y C: que ir?/ —Tienes

^dA, B y C: mis órdenes?

^eA, B y C: —Tal vez lo merezcas. Quedará a juicio de ellos.

^fC: —¿No podría usted?

^hC: óleos, dar la

ⁱC: —Padre, deje que ^jC: Dios, según sus actos.

^kA y B: azáleas

ⁿA, B y C: pero en que todo

^oC: arrayanes agrios. Dicen que en algunas partes hay naranjos dulces; pero a mí se me ha olvidado su sabor. Recuerda usted las guayabas de China que teníamos en el seminario. Los

^gC: Provisionalmente digamos... ^lC: padre, se ^mC: hacer. Vivimos

algunas semillas. Pocas; apenas una bolsita. .^a después pensé que hubiera sido mejor dejarlas allá donde maduraran, ya que aquí las traje a morir.

—Y sin embargo, padre, dicen que las tierras de Comala son buenas. Es lástima que estén en manos de un solo hombre. ¿Es Pedro Páramo aún el dueño, no?

—Así es la voluntad de Dios.

—No creo que en este caso intervenga la voluntad de Dios. ¿No lo crees tú así, padre?

—A veces lo he dudado; pero allí lo reconocen.

—¿Y entre éstos estás tú?

—Yo soy un pobre hombre dispuesto a humillarse, mientras sienta el impulso^c de hacerlo.

Luego se habían despedido. Él, tomándole las manos y besándoselas. Con todo, ahora aquí, vuelto a la realidad, no quería volver a pensar más en esa mañana de Contla.

Se levantó y fue hacia la puerta.

—¿Adónde^d va usted, tío?

Su sobrina Ana, siempre presente, siempre junto a él, como si buscara su sombra para defenderse de la vida.

—Voy a ir un rato a caminar, Ana. A ver si así reviento.

—¿Se siente^e mal?

—Mal no, Ana. Malo. Un hombre malo. Eso siento que soy.

Fue hasta la Media Luna y dio el pésame a Pedro Páramo. Volvió a oír las disculpas por las inculpaciones que le habían hecho a su hijo. Lo dejó hablar. Al fin ya nada tenía importancia. En cambio, rechazó la invitación a comer con él:

—No^f puedo, don Pedro, tengo que estar temprano en la iglesia porque me espera un montón de mujeres junto al confesionario. Otra vez será.

Se vino al paso, y cuando atardecía^g entró directamente en^h la iglesia, tal como iba, lleno de polvo y de miseria. Se sentó a confesar.

La primera que se acercó fue la vieja Dorotea, quien siempre estaba allí esperando a que se abrieran las puertas de la iglesia.

Sintió que olía a alcohol.

^aA, B y C: bolsita; después

^bC: —¿Y en esos

^cA, B y C: impulso./ Luego

^eC: siente usted mal?

^hC: directamente a la

^dC: —¿A dónde ^fPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en A, B y C.

^gC: atardecía, entró

—¿Qué, ya te emborrachas? ¿Desde cuándo?

—Es que estuve en el velorio de Miguelito, padre. Y se me pasaron las canelas. Me dieron de beber tanto, ^aque hasta me volví payasa.

—Nunca has sido otra cosa, Dorotea.

—Pero ahora traigo pecados, padre. Y de sobra.

En varias ocasiones él le había dicho: "No te confieses, Dorotea, nada más vienes a quitarme el tiempo. Tú ya no puedes cometer ningún pecado, aunque te lo propongas. Déjale el campo a los demás."

—Ahora sí, padre. Es de verdad.

—Di.

—Ya que no puedo causarle ningún perjuicio, le diré que era yo la que le conseguía muchachas al difunto Miguelito Páramo.

El padre Rentería, ^bque pensaba darse campo para pensar, pareció salir de sus sueños y preguntó casi por costumbre:

—¿Desde cuándo?

—Desde que él fue hombrecito. Desde que le agarró el chin-cual. ⁵²

—Vuélveme a repetir lo que dijiste, Dorotea.

—Pos que yo era la que le conchavaba las muchachas a Miguelito.

—¿Se las llevabas?

—Algunas veces, sí. En otras nomás se las apalabraba. Y con otras nomás le daba el norte. Usted sabe: ^cla hora en que estaban solas y en que él podía agarrarlas descuidadas.

—¿Fueron muchas?

No quería decir eso; pero le salió la pregunta por costumbre.

—Ya hasta perdí la cuenta. ^dFueron retemuchas. ^e

—¿Qué quieres que haga contigo, Dorotea? Júzgate tú misma. Ve si tú puedes perdonarte.

—Yo no, padre. Pero usted sí puede. Por eso vengo a verlo.

—¿Cuántas veces viniste aquí a pedirme que te mandara al cielo cuando murieras? ¿Querías ver si allá encontrabas a tu hijo, no, Dorotea? Pues bien, no podrás ir ya más al cielo. Pero que Dios te perdone.

^bC: Rentería que ^eC: rete muchas.

^aC: beber mucho, que

^cC: sabe eso: la

^dC: cuenta, padre. Fueron

- Gracias, padre.
 —Sí. Yo también te perdono en nombre de él. Puedes irte.
 —¿No me deja ninguna penitencia?
 —No la necesitas, Dorotea.
 —Gracias, padre.
 —Ve con Dios.

Tocó con los nudillos la ventanilla del confesionario para llamar a otra de aquellas mujeres. Y mientras oía el Yo pecador^a su cabeza se dobló como si no pudiera sostenerse en alto. Luego vino aquel mareo, aquella confusión, el irse diluyendo como en agua espesa, y el girar de luces; la luz entera del día que se desbarataba haciéndose añicos; y ese sabor a sangre en la lengua. El Yo pecador^b se oía más fuerte, repetido,^c y después terminaba:^d "por los siglos de los siglos, amén",^e "por los siglos de los siglos, amén",^f "por los siglos..."^g

—Ya calla^g—dijo—. ¿Cuánto hace que no te confiesas?

—Dos días, padre.

Allí estaba otra vez. Como si lo rodeara la desventura. "¿Qué^h haces aquí?"—pensó—. Descansa. Vete a descansar. Estás muy cansado."

Se levantó del confesionario y se fue derecho a la sacristía. Sin volver la cabeza dijo a aquella gente que lo estaba esperando:

—Todos^k los que se sientan sin pecado^l pueden comulgar mañana.

Detrás de él, sólo se oyó un murmullo. □

Estoy^m acostada en la misma cama donde murió mi madre hace yaⁿ muchos años; sobre el mismo colchón; bajo la misma cobija de lana negra con la cual nos envolvíamos^o las dos para dormir. Entonces yo dormía a su lado, en un lugarcito que ella me hacía debajo de sus brazos.

Creo sentir todavía el golpe pausado de su respiración; las palpitaciones y suspiros con que ella arrullaba mi sueño... Creo sentir la pena de su muerte... Pero^p esto es falso.

Estoy aquí, boca arriba, pensando en aquel tiempo^r para olvidar mi soledad. Porque no estoy acostada sólo por un rato. Y ni^s

^dC: terminaban:

ⁱC: a toda aquella

ⁿUni: hace cuarenta y tres años,
^oUni: nos tapábamos las

^pUni, A, B, C y D: muerte./ Pero esto
^rUni: tiempo. Tratando de hacerlo pa
^sUni: Y no en

^aA, B y C: el "Yo pecador" su ^bA, B y C: El "Yo pecador" se ^cC: repetido y ^eC: amén"
 "por ^fC: amén" "por los siglos... ^gC: calla, dijo. ^hCita sin comillas en C. ⁱC: aquí?
 pensó. Descansa ^kPárrafo que C presenta integrado al anterior, con comillas y sin guión.
^lA, B, C, D, E y F: pecado, pueden ^mC: "Estoy ⁿE también presenta esta oración como pá-
 rrafo aparte.

en la cama de mi madre, sino dentro de un cajón negro como el que se usa para enterrar a los muertos. Porque estoy muerta.

Siento el lugar en que estoy y pienso. . .^a

Pienso cuando maduraban los limones. En el viento de febrero que rompía los tallos de los helechos, antes^b que el abandono los secara; los limones maduros que llenaban con su olor^c el viejo patio.

El viento bajaba de las montañas en las mañanas de febrero. Y las nubes se quedaban allá arriba en^d espera de que el tiempo bueno las hiciera bajar al valle; mientras tanto dejaban vacío el cielo azul, dejaban que la luz cayera en el juego del viento haciendo círculos sobre la tierra, removiendo el polvo y batiendo las ramas de^e los naranjos.

Y los gorriones reían; picoteaban las hojas que el aire hacía caer,^f y reían; dejaban sus^g plumas entre las espinas de las ramas y perseguían a las mariposas y reían. Era esa época.

En febrero, cuando las mañanas estaban llenas de viento, de gorriones y de luz azul. Me acuerdo. Mi^h madre murió entonces.

Que yo debía haber gritado; que misⁱ manos tenían que haberse hecho pedazos estrujando su desesperación. Así hubieras tú querido que fuera. ¿Pero acaso no era alegre aquella^k mañana? Por la puerta abierta entraba el aire, quebrando las guías de la yedra.^l En mis piernas comenzaba a crecer el vello entre las venas, y mis manos temblaban tibias al tocar mis senos. Los gorriones jugaban. En las lomas se mecían^m las espigas. Me dio lástima que ella ya no volviera a ver el juegoⁿ del viento en los jazmines; que cerrara sus ojos a la luz de los días. ¿Pero por qué iba a llorar?^o

¿Te acuerdas, Justina? Acomodaste^p las sillas a lo largo del corredor para que la gente que viniera a verla^q esperara su turno. Estuvieron vacías. Y mi madre sola, en medio de los cirios; su cara pálida y sus dientes blancos asomándose apenas entre sus labios morados, endurecidos por la amoratada muerte. Sus pestañas ya quietas;^r quieto ya su corazón. Tú y yo allí, rezando rezos interminables, sin que ella oyera nada, sin que tú y yo^s oyéramos nada, todo perdido en la sonoridad del viento debajo

^aUni: pienso./

^bUni: helechos, cubiertos de retoños antes ^cUni: olor ácido el

^dUni: arriba, detenidas, esperando el tiempo bueno de bajar al

^eUni: ramas del viejo naranjo./

^gUni: dejaban entre las espinas de las azaleas sus plumas y perseguían a las mariposas rompiéndoles las alas. Era

ⁱUni: gritado; que mi llanto debía haber empapado las paredes; que mis ^jUni: que fuese. ¿Pero ^kUni: alegre la mañana?

^lUni: yedra, sacudiendo las flores blancas de los arrayanes. En mis

^mUni: se mecía el trigo. Me

ⁿUni: a ver el trigo ni el juego del

^oUni: llorar? El llanto no se desperdicia en vano./ ^pUni: Justina? Pusi-
siste las

^rUni: ya quietas y quieto ya el resuello. Tú y yo, allí rezando ^sUni: tú ni yo

^fUni y C: caer y ^hEsta oración forma párrafo aparte en Uni, A, B, C y D. ^qUni y C: ver la, esperara

de la noche. Planchaste^a su vestido negro, almidonando el cuello y el puño de sus mangas para que sus manos se vieran nuevas, cruzadas sobre su pecho muerto; su viejo pecho amoroso sobre el que dormí en un tiempo y que me dio de comer y que palpitó para arrullar mis sueños.

Nadie^c vino a verla. Así estuvo mejor. La muerte no se reparte como si fuera un bien. Nadie anda en busca de tristezas.

Tocaron la aldaba. Tú saliste.

—Ve tú^e—te dije—. Yo veo borrosa la cara de la gente. Y haz que se vayan. ¿Que vienen por el dinero de las misas gregorianas? Ella no dejó ningún dinero. Díselos,^g Justina. ¿Que no saldrá del purgatorioⁱ si no le rezan esas misas? ¿Quiénes son ellos, para hacer la justicia, Justina? ¿Dices que estoy loca? Está bien.

Y tus sillas se quedaron vacías^k hasta que fuimos a enterrarla^p con aquellos hombres alquilados, sudando por un peso ajeno,^m extraños a cualquier pena.ⁿ Cerraron la sepultura con arena mojada; bajaron^o el cajón^p despacio, con la paciencia de su oficio, bajo el aire que les refrescaba su esfuerzo. Sus ojos fríos, indiferentes. Dijeron:^q “Es tanto.” Y tú les pagaste, como quien compra una cosa, desanudando^r tu pañuelo húmedo de lágrimas, exprimido y vuelto a exprimir y ahora guardando^s el dinero de los funerales...

Y cuando ellos se fueron, te arrodillaste en el lugar donde había quedado su cara y besaste la tierra y podrías^t haber abierto un agujero, si yo no te hubiera dicho: “Vámonos, Justina, ella está en otra parte, aquí no hay más que una cosa muerta.” □

—¿Eres^u tú la que has^v dicho todo eso, Dorotea?

—¿Quién, yo?^w Me quedé dormida un rato. ¿Te siguen asustando?

—Oí a alguien que hablaba. Una voz de mujer. Creí que eras tú.

—¿Voz de mujer? ¿Creíste que era yo? Ha de ser la que habla sola. La de la sepultura grande. Doña Susanita. Está aquí enterrada a nuestro lado. Le ha de haber llegado la humedad y estará removiéndose entre el sueño.

^bUni: y los puños

^cUni: Y nadie vino

^dUni: anda buscando tristezas./ Estaban madurando los limones./ Tocaron la aldaba de la puerta. Tú ^fUni: gente. ¿Que vienen

^gC: Dícelo, ^hUni: Justina. Y haz que se vayan. ¿Que no ^{A, B, C, F}: Purgatorio

^jUni: bien, haz lo que quieras./

^kUni: vacías durante un día y medio hasta ^mUni: peso extraño, ajenos a

ⁿUni y C: pena, cerrando la

^oUni y C: mojada; bajando el ^pUni: cajón con la

^rUni: cosa, desdoblado tu

^sUni: ahora conteniendo el

^tUni: y podrías haber abierto un agujero hasta ella si

^uUni: que has dicho

^wUni: yo? No. Me

^aUni y C presentan en párrafo aparte: Planchaste... sueños. ^eUni y C: tú, te dije.
^pUni: enterrarla, con ^qUni y C presentan en párrafo aparte: Dijeron... funerales...
 En D no existe esta separación entre secuencias.

—¿Y quién es ella?^a

—La última esposa de Pedro Páramo. Unos dicen que estaba loca. Otros, que no. La^bverdad es que ya hablaba sola desde en vida.

—Debe haber muerto hace mucho.

—¡Uh, sí! Hace mucho. ¿Qué le oíste decir?

—Algo acerca de su madre.

—Pero si ella ni^c madre tuvo...

—Pues de eso hablaba.

—... O,^d al menos, no la trajo cuando vino. Pero espérate. Ahora recuerdo^e que ella nació aquí, y que ya de añejita desaparecieron. Y sí, su madre murió de la tisis. Era una señora muy rara que siempre^f estuvo enferma y no visitaba a nadie.

—Eso dice^g ella. Que nadie había ido a ver a su madre cuando murió.^h

—¿Pero de qué tiempos hablará? Claro que nadie se paró en su casa por el puro miedo de agarrar la tisis. ¿Se acordará de eso la indina?

—De eso hablaba.

—Cuando vuelvas a oírla me avisas, me gustaría saber lo que dice.

—¿Oyes? Parece que va a decir algo. Se oye un murmullo.

—No, no es ella. Eso viene de más lejos, de por este otro rumbo. Y es voz de hombre. Lo que pasa con estos muertos viejos es que en cuanto lesⁱ llega la humedad comienzan a removerse. Y despiertan.

“El cielo es grande.^j Dios estuvo conmigo esa noche.^k De no ser así quién sabe lo que hubiera pasado. Porque fue ya de noche cuando reviví...”^l

—¿Lo oyes ya más claro?

—Sí.

“... Tenía^m sangre por todasⁿ partes. Y al enderezarme chapoté⁵³ con mis manos la sangre regada en las piedras. Y era mía. Montonales de sangre. Pero no estaba muerto.^o Me di cuenta. Supe que don Pedro no tenía intenciones de matarme. Sólo de darme un susto. Quería averiguar si yo había estado en Vilmayo dos

^aUni: —¿Y quién es doña Susanita?

^bUni: no. Lo cierto es

^cUni: ella no tuvo madre. O al menos, no la

^eUni: Ahora me acuerdo que

^fUni: rara que no visitaba a

^gUni: —Eso decía ella, que nadie

^hUni: murió./ —Por el puro miedo de agarrar la tisis, por eso nadie se paró en su casa. Cuando vuelvas a oírla, me avisas, me gustaría saber lo que dice./ —¿Oyes? parece que va a hablar de nuevo. Se oye una voz./ —No, no es ella. Eso

ⁱUni: en cuanto se humedecen comienzan a despertar./

^jUni: grande. Y Dios ^kUni: esa noche. Porque fue ya

ⁿUni: por todos lados. Y al levantar me chapoté

^oUni: muerto. Supe que Pedro Páramo no tenía

^dA, B, D, E y F: —...O, al C: —...O al ^lUni no cierra comillas. ^mA, B, C, D, E y F: ...Tenía

meses antes. El día de San Cristóbal. En la boda. ¿En cuál boda? ¿En cuál San Cristóbal? Yo chapoteaba entre^a mi sangre y le preguntaba: '¿En^b cuál boda, don Pedro?' No, no, don Pedro, yo no estuve. Si acaso, pasé por allí. Pero fue por casualidad...^d Él no tuvo intenciones de matarme. Me dejó cojo, como ustedes ven, y manco si ustedes quieren. Pero no me mató. Dicen que^e se me torció un ojo desde entonces,^f de la mala impresión. Lo cierto es que me volví más hombre. El cielo es grande.^g Y ni quien lo dude."

—¿Quién será?

—Ve^h tú a saber. Alguno de tantos. Pedro Páramo causó tal mortandadⁱ después que le mataron a su padre, que se dice casi acabó con^j los asistentes a la boda en la cual don Lucas Páramo iba a fungir^k de padrino. Y eso que a don Lucas nomás le tocó de rebote, porque^l al parecer la cosa era contra el novio. Y como nunca se supo de dónde había salido^m la bala que le pegó a él, Pedro Páramo arrasóⁿ parejo. Eso fue allá en el cerro de Vil-mayo, donde estaban unos ranchos de^o los que ya no queda ni el rastro... Mira, ahora sí parece ser ella. Tú que tienes los oídos^p muchachos, ponle atención. Ya me contarás lo que diga.

—No se le entiende. Parece que no habla, sólo se queja.

—¿Y de qué se queja?

—Pues^q quién sabe.

—Debe ser por algo. Nadie se queja de^r nada. Para bien la oreja.

—Se queja y nada más. Tal vez Pedro Páramo^s la hizo sufrir.

—No creas. Él la quería. Estoy^t por decir que nunca quiso a ninguna mujer como a ésa. Ya se la entregaron sufrida y quizá loca. Tan la quiso,^u que se pasó el resto de sus años aplastado en un equipal, mirando el camino por donde se la habían llevado al camposanto. Le^v perdió interés a todo. Desalojó sus tierras y mandó quemar los enseres. Unos dicen que porque ya^w estaba cansado, otros que porque le agarró la desilusión; lo cierto es que echó fuera a la gente y se sentó en su equipal, cara al camino.^x

"Desde^y entonces la tierra se quedó baldía y como en ruinas.

^bSin comillas simples en Uni. ^cA, B, C, D y E: Pedro? No, ^dA, B, D y E: casualidad... El ^fC: entonces de ^gEste párrafo y los dos siguientes se hallan sin comillas en C.

^aUni: chapoteaba en mi

^cUni: don Pedro? Me dejó cojo como ustedes ven. Y manco como ustedes ven. Pero no me ^dC: casualidad. El

^eUni: que hasta se me

^fUni: entonces. Lo cierto

^gUni: grande."/ —¿Quién será?

^hUni: —Sabrá Dios. Pedro Páramo causó

ⁱUni: con todos los ^jUni, A y B: Páramo la iba ^kUni: a hacer de

^lUni: porque la cosa

^mC: había surgido la

ⁿUni: arrasó por parejo.

^oUni: ranchos que ya desaparecieron... Mira ^pUni: oídos más muchachos

^qUni: —No lo sé./ C: —Pues quién sabe de quién será. ^rUni: queja por nada.

^sUni: vez por lo que la hizo sufrir Pedro Páramo./ ^tUni: quería. Yo

creo que nunca quiso a ninguna mujer como a esa. ^uUni: la quería, que

^vUni: camposanto. Perdió todo interés en todo. Desalojó las tierras

^wUni: porque se sintió cansado, otros que por desilusión, lo cierto

^xUni: camino. Y la tierra se quedó

Daba pena verla^a llenándose de achaques con tanta plaga^b que la invadió en cuanto la dejaron sola. De allá^c para acá se consumió la gente; se desbandaron los hombres en busca de otros bebederos.^d Recuerdo días^e en que Comala se llenó de adioses^f y hasta nos parecía cosa alegre ir^g a despedir a los que se iban. Y es que se iban con intenciones de volver.^h Nos dejaban encargadas sus cosas y su familia. Luego algunos mandaban por la familia aunque no por sus cosas,ⁱ y después parecieron olvidarse del pueblo y de nosotros,^j y hasta de sus cosas. Yo me quedé porque no tenía adonde^k ir. Otros se quedaron esperando^l que Pedro Páramo muriera, pues según decían les había prometido heredarles sus bienes, y con esa esperanza vivieron todavía algunos. Pero pasaron años y años y él seguía vivo, siempre allí, como un espantapájaros frente a las tierras de la Media Luna.

"Y^m ya cuando le faltaba poco para morir vinieron las guerras esas de los cristerosⁿ y la tropa echó rialada^o con los pocos hombres que quedaban. Fue cuando yo^p comencé a morir de hambre y desde entonces nunca me volví a emparejar.

"Y todo por las^r ideas de don Pedro, por sus pleitos de alma. Nada más^q porque se le murió su mujer, la tal Susanita. Ya te has de imaginar si la quería."^r □

Fue Fulgor Sedano quien le dijo:^s

—Patrón, ¿sabe quién anda por aquí?

—¿Quién?

—Bartolomé San Juan.

—¿Y eso?

—Eso es lo que yo me pregunto. ¿Qué vendrá a hacer?

—¿No lo has investigado?

—No. Vale decirlo. Y es que no ha buscado casa. Llegó directamente a la antigua casa de usted. Allí desmontó y apeó sus maletas, como si usted de antemano se la hubiera alquilado. Al menos le vi esa seguridad.

—¿Y qué haces tú, Fulgor, que^t no averiguas lo que pasa? ¿No estás para eso?

^dA, B, C, D, E y F: 'bebederos'. Uni: "bebederos". ^fA, B, C, D, E y F: 'adioses' Uni: "adioses" ⁱUni y C: cosas y ^kUni y C: a donde ⁿA, B, D, E y F: 'cristeros' Uni y C: "cristeros" ^rUni: quería.

^aUni: pena ver aquella tierra llenándose ^bUni: tanta breña y palo pino-lillo que la invadió ^cUni: De ese día para acá ^eUni: Recuerdo veces en ^gUni: alegre salir a ^hUni: volver. Dejaban sus cosas

^jUni y C: nosotros. Yo me ^lUni: quedaron porque aguardaban que Pedro

^mUni: Ya cuando

^oUni: Fue cuando aquí cambiábamos huevos por tortillas y aún así no nos faltaba el hambre. Fue cuando yo comencé a ^pUni: Y todo por los zaquizamis de don ^qUni: alma. Nomás porque

^sC: dijo: ¿Patrón, sabe quién anda otra vez por aquí?

^tA y C: Fulgor, si no

—Me desorienté un poco por lo que le dije. Pero mañana aclararé las cosas si usted lo cree necesario.^a

—Lo de mañana déjame a mí. Yo me encargo de ellos. ¿Han venido los dos?

—Sí, él y su mujer. ¿Pero cómo lo sabe?

—¿No será su hija?

—Pues por el modo como la trata más bien parece su mujer.

—Vete a dormir, Fulgor.

—Si usted me lo permite. □

“Esperé treinta años a que regresaras, Susana.^c Esperé a tenerlo todo. No solamente algo, sino todo lo que se pudiera^d conseguir de modo que no nos quedara^e ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de ti. ¿Cuántas veces invité a tu padre a que^f viniera a vivir aquí nuevamente, diciéndole que yo lo necesitaba? Lo hice hasta con engaños.

“Le^g ofrecí nombrarlo administrador, con tal de volverte a ver. ¿Y qué me contestó? ‘No^h hay respuesta —me decía siempre el mandadero—. El señor don Bartolomé rompe sus cartas cuando yo se las entrego.’ Pero por el^k muchacho supe que te habías casado y pronto me enteré que te habías quedado viuda y le hacías otra vez compañía a tu padre.”^l

Luego el silencio.

“El^m mandadero iba y venía y siempre regresaba diciéndome:

”—Noⁿ los encuentro, don Pedro. Me dicen que salieron de Mascota.^o Y unos me dicen que para acá y otros que para allá.

”Y^p yo:

”—No^r repares en gastos, búscalos. Ni que se los haya tragado la tierra.

”Hasta que un día vino y me dijo:

”—He repasado toda la sierra^q indagando el rincón donde se esconde don Bartolomé San Juan, hasta que he dado con él, allá, perdido en un agujero de los montes, viviendo en una covacha hecha de troncos, en el mero lugar donde están las minas abandonadas de La Andrómeda.^r

”Ya para entonces soplaban vientos^s raros. Se decía que había

^aC: cree preciso.

^cA y B: Susana —dijo Pedro Páramo—. Esperé a tenerlo ^c: Susana, dijo Pedro Páramo. Esperé tenerlo ^dC: se puede conseguir ^eA, B y C: nos quedo ningún ^fC: que se viniera

^kC: Pero por él supe

^qC: la Sierra indagando

^sA, B y C: soplaban aires raros.

^bNo existe esta separación de conjuntos de párrafos en A ni en B ni en C. Sin comillas en C. ^gPárrafo unido al anterior, sin comillas. ^hC: "No hay respuesta" me ⁱC: mandadero. "El ^jC: entrego". Pero ^kC no cierra comillas ^mPárrafo sin comillas, al igual que los siguientes siete de esta secuencia, en C. ⁿPárrafo unido al anterior, sin guión, en C. ^oC presenta este párrafo integrado al anterior. ^pPárrafo integrado al anterior en C. ^qA B: La Andrómeda.

gente levantada en armas. Nos llegaban rumores. Eso fue lo que aventó a tu padre por aquí. No por él, según me dijo en su carta, sino por tu seguridad, ^aquería traerte a algún lugar viviente.

"Sentí que se abría ^bel cielo. Tuve ánimos de correr hacia ti. De rodearte de alegría. De llorar. Y lloré, Susana, cuando supe que al fin regresarías." □

—Hay ^cpueblos que saben a desdicha. Se les conoce con sorber un poco de su aire viejo y entumido, pobre y flaco como todo lo viejo. Éste es uno de esos pueblos, Susana.

"Allá, ^dde donde venimos ahora, al menos te entretenías mirando el nacimiento de las cosas: nubes y pájaros, el musgo, ^e¿te acuerdas? Aquí en cambio no sentirás sino ese olor amarillo y ^facido que parece destilar por todas partes. Y es que éste es un pueblo desdichado; untado todo de desdicha.

"Él nos ha pedido que volvamos. Nos ha prestado su casa. Nos ha dado todo lo que podamos necesitar. Pero no debemos estarle agradecidos. Somos infortunados por estar aquí, porque aquí no tendremos salvación ninguna. Lo presiento.

"¿Sabes qué me ha pedido Pedro Páramo? Yo ya me imaginaba que esto que nos daba no era gratuito. Y estaba dispuesto a que se cobrara con mi trabajo, ya que teníamos que pagar de algún modo. Le detallé todo lo referente a La Andrómeda ^gy le hice ver que aquello tenía posibilidades, trabajándola con método. ¿Y sabes qué me contestó? 'No ^hme interesa su mina, Bartolomé San Juan. Lo único que quiero de usted es a su hija. Ése ha sido su mejor trabajo.'

"Así que te quiere a ti, Susana. Dice que jugabas con él cuando eran niños. Que ya te conoce. Que llegaron a bañarse juntos en el río cuando eran niños. Yo no lo supe; de haberlo sabido te habría matado a cintarazos."

—No lo dudo.

—¿Fuiste tú la que dijiste: no lo dudo?

—Yo lo dije.

—¿De manera que estás dispuesta a acostarte con él?

—Sí, Bartolomé.

^bC: se me abrían las piedras. Tuve

^fC: amarillo de lo asedo que

^aC: seguridad; quería párrafos. ^eC: musgo ¿te dobles en C.

^cC: "Hay ^dC presenta sin comillas éste y los siguientes tres ^gA: la Andrómeda B: La Andrómeda C: la Andrómeda ^hC: Con comillas

—¿No sabes que es casado y que ha tenido infinidad de mujeres?

—Sí, Bartolomé.

—No me digas Bartolomé. ¡Soy tu padre!

Bartolomé San Juan, un minero muerto. Susana San Juan, hija de un minero muerto en las minas de La Andrómeda.^a Veía claro. "Tendré que ir allá a morir",^b pensó. Luego dijo:

—Le^c he dicho que tú, aunque viuda, sigues viviendo con tu marido,^d o al menos así te comportas; he tratado de disuadirlo, pero se le hace torva la mirada cuando yo le hablo, y en cuanto sale a relucir tu nombre, cierra los ojos. Es,^e según yo sé, la pura maldad. Eso es Pedro Páramo.^f

—¿Y yo quién soy?

—Tú eres mi hija. Mía. Hija de Bartolomé San Juan.

En la mente de Susana San Juan comenzaron a caminar las ideas, primero lentamente, luego se detuvieron, para después echar a correr de tal modo que no alcanzó sino a decir:

—No^g es cierto. No es cierto.

—Este^h mundo, que lo aprieta a uno por todos lados, que va vaciando puños de nuestro polvo aquí y allá, deshaciéndonos en pedazos como si rociara laⁱ tierra con nuestra sangre. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué se nos ha podrido el alma? Tu madre decía que cuando menos nos queda la caridad de Dios. Y tú la niegas, Susana. ¿Por qué me niegas a mí como tu padre? ¿Estás loca?

—¿No lo sabías?

—¿Estás loca?

—Claro que sí, Bartolomé. ¿No lo sabías? □

—¿Sabías,^j Fulgor, que ésa es la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra? Llegué a creer que la había perdido para siempre. Pero ahora^k no tengo ganas de volverla a perder. ¿Tú me entiendes, Fulgor? Dile a su padre que^l vaya a seguir explotando sus minas. Y allá... me imagino que será fácil desaparecer al viejo en aquellas regiones adonde^m nadie va nunca...ⁿ ¿No lo crees?

^aB: La Andrómeda. ^bC: morir" pensó. ^eC: Es según

^cC: —He tratado de disuadirlo. Le he
^dC: marido. Al menos así te comportas; pero se le

^fC: es ese hombre./ —¿Y yo

^gC: —No es cierto. No es cierto. No es cierto. ^hC: "Este mundo que nos rodea por todos lados. Que va
ⁱA y C: rociara con nuestra sangre la tierra. ¿Qué

^kC: ahora... No tengo
^lC: que se vaya

^mC: nunca. ¿No

^jC: —¿Sabías Fulgor que ⁿC: a donde

—Puede ser.

—Necesitamos que sea. Ella tiene que quedarse huérfana. Estamos obligados a amparar a alguien. ¿No crees tú?

—No lo veo difícil.

—Entonces andando, Fulgor, andando.

—¿Y si ella lo llega a saber?

—¿Quién se lo dirá? A ver,^a dime, aquí entre nosotros dos,^b ¿quién se lo dirá?

—Estoy seguro que nadie.

—Quítale el "estoy seguro que". Quítaselo desde ahorita y ya verás cómo todo sale bien. Acuérdate del trabajo que dio dar con La Andrómeda.^c Mándalo para allá a seguir trabajando. Que vaya y vuelva. Nada de que se le ocurra acarrear con la hija. Ésa aquí se la cuidamos. Allá estará su trabajo y aquí su casa adonde^d venga a reconocer. Díselo^e así, Fulgor.

—Me vuelve a gustar cómo acciona usted, patrón, como que se le están rejuveneciendo los ánimos. □

^eC: reconocer. Dícelo así,

Sobre los campos del valle de Comala está cayendo la lluvia. Una lluvia menuda, extraña para estas tierras que sólo saben de aguaceros. Es domingo. De Apango⁵⁴ han bajado los indios⁵⁷ con sus rosarios de manzanillas, su romero, sus manojos de tomillo. No han traído ocote porque el ocote está mojado, y ni tierra de encino porque también está mojada por el mucho llover. Tienden sus yerbas en el suelo, bajo los arcos del portal,^f y esperan.

La lluvia sigue cayendo sobre los charcos.

Entre los surcos, donde está naciendo el maíz, corre el agua en ríos. Los hombres no han venido hoy al mercado,^g ocupados en romper los surcos para que el agua busque nuevos cauces y no arrastre la milpa tierna. Andan en grupos, navegando en la tierra anegada, bajo la lluvia, quebrando con sus palas los blandos terrones,^h ligando con sus manos la milpa y tratando de protegerla para que crezca sin trabajo.

Los indios esperan. Sienten que es un mal día. Quizá por eso

^aC: ver dime, ^bC: dos ¿quién ^cB: La Andrómeda. ^dC y E: a donde ^fC: portal y ^gC: mer-
cado ocupados ^hC: terrones; ligando

tiemblan debajo de sus mojados^a gabanes^b de paja; no de frío, sino de temor. Y miran la lluvia desmenuzada y al cielo,^c que no suelta sus nubes.

Nadie viene. El pueblo parece estar solo. La mujer les encargó un poco de hilo de remiendo y algo de azúcar, y de ser posible y de haber, un cedazo para colar el atole.⁵ El gabán^d se les hace pesado de humedad conforme se acerca el mediodía. Platican, se cuentan chistes y sueltan la risa. Las manzanillas brillan salpicadas^e por el rocío. Piensan: "Si^f al menos hubiéramos^g traído tantito pulque,^h noⁱ importaría; pero el cogollo de los magueyes está^j hecho un mar de agua. En fin, qué se le va a hacer."

Justina Díaz, cubierta con^k paraguas, venía por la calle derecha que viene de la Media Luna, rodeando los chorros que borbotaban sobre las banquetas. Hizo la señal de la cruz y se persignó^l al pasar por la puerta de la iglesia mayor. Entró en el portal. Los indios voltearon a verla. Vio la mirada de todos como si la escudriñaran. Se detuvo en el primer puesto,^m compró diez centavos de hojas de romero, yⁿ regresó, seguida por las miradas en hilera de aquel montón de indios.

"Lo^o caro que está todo en este tiempo^p—dijo, al tomar de nuevo el camino hacia la Media Luna—. Este triste ramito de romero por diez centavos. No alcanzará ni siquiera para^r dar olor."

Los indios levantaron sus puestos al oscurecer. Entraron en^s la lluvia con sus pesados tercios a la espalda; pasaron por la iglesia para rezarle a la Virgen, dejándole un manojito de tomillo de limosna. Luego enderezaron hacia Apango, de donde habían venido. "Ahí^t será otro día", dijeron. Y por el camino iban contando chistes y soltando la risa.

Justina Díaz entró en el dormitorio de Susana San Juan y puso el romero sobre la repisa. Las cortinas cerradas impedían el paso de la luz, así que en aquella oscuridad sólo veía las sombras, sólo adivinaba. Supuso que Susana San Juan estaría dormida; ella deseaba que siempre estuviera dormida. La sintió así y se alegró. Pero entonces oyó un suspiro lejano, como salido de algún rincón de aquella pieza oscura.

²C: debajo de sus "gabanes" mojados; no de frío, sino

^eC: brillan rociadas por la brisa.
Piensan: ^gA y C: menos hubieran traído
ⁱA y C: no les importaría
^jA y C: magueyes estaba hecho
^kC: con un paraguas

^lC: persignó con ella al

^mC: puesto y compró
ⁿC: romero, regresándose enseguida, seguida por

^rA y C: siquiera a dar

^sC: entraron a la

^tC: venido. "—Hay será

^bB, D, E y F: "gabanes" ^cA, B, C, D, E y F: cielo que ^dB, C, D, E y F: "gabán" ^e Sin comillas en C. ^hC: pulque no ⁱ En C, este párrafo inicia con guión, sin comillas. ^pC: tiempo, dijo, al ^qC: Luna. "Este

—¡Justina!^a—le dijeron.

Ella volvió la cabeza. No vio a nadie; pero sintió una mano sobre su hombro y la respiración en sus oídos. La voz en secreto: “Vete de aquí, Justina. Arregla tus enseres y vete. Ya no te necesitamos.”

—Ella sí me necesita^b—dijo, enderezando el cuerpo—. Está enferma y me necesita.

—Ya no, Justina. Yo me quedaré aquí a cuidarla.

—¿Es usted, don Bartolomé?^c—y no esperó la respuesta. Lanzó aquel grito que bajó hasta los hombres y las mujeres que regresaban de los campos y que los hizo decir: “Parece ser un aullido humano; pero no parece ser de ningún ser humano.”

La lluvia amortigua los ruidos. Se sigue oyendo aún después de todo, granizando sus gotas, hilvanando el hilo de la vida.

—¿Qué te pasa, Justina? ¿Por qué gritas?^d—preguntó Susana San Juan.

—Yo no he gritado, Susana. Has de haber estado soñando.

—Ya te he dicho que yo no sueño nunca. No tienes consideración de mí. Estoy muy desvelada. Anoche no echaste fuera al gato y no me dejó dormir.

—Durmió conmigo, entre mis piernas. Estaba ensopado y por lástima lo dejé quedarse en mi cama; pero no hizo ruido.

—No, ruido no^e hizo. Sólo se la pasó haciendo circo, brincando de mis pies a mi cabeza, y maullando^f quedito como si tuviera hambre.

—Le di bien de comer y no se despegó de mí en toda la noche. Estás otra vez soñando mentiras, Susana.

—Te digo que pasó la noche asustándome con sus brincos. Y aunque sea muy cariñoso tu gato,^g no lo quiero cuando estoy dormida.

—Ves visiones, Susana. Eso es lo que pasa. Cuando venga Pedro Páramo le diré que ya no te aguanto. Le diré que me voy. No faltará gente buena que me dé trabajo. No todos son maniáticos como tú, ni se viven mortificándola a una como tú. Mañana me iré y me llevaré el gato y te quedarás tranquila.^h

—No te irás de aquí,ⁱ maldita y condenada Justina. No te irás

^eA y C: —No, ruido no hizo.
^fC: y aullando quedito

ⁱC: aquí. No te

^aC: —¡Justina! le ^bC: necesita, dijo, enderezando el cuerpo. ^cC: Bartolomé? Y no ^dC: ¿gritas? preguntó ^eC: gato no ^fC: incluye a continuación el siguiente párrafo: Susana San Juan se resbaló de la cama y antes de que Justina se diera cuenta la sintió abrazada a su codo.

a ninguna parte porque nunca encontrarás quien te quiera como yo.

—No, no me iré, Susana.^a No me iré. Bien sabes que estoy aquí para cuidarte. No importa que me hagas renegar, te cuidaré siempre.

^aC: Susana. Bien sabes

La había cuidado desde que nació. La había tenido en sus brazos. La había enseñado a andar. A dar aquellos pasos que a ella le parecían eternos. Había visto crecer su boca y sus ojos "como de dulce". "El dulce de menta es azul. Amarillo y azul. Verde y azul. Revuelto con menta y yerbabuena." Le mordía las piernas. La entretenía dándole de mamar sus senos, que no tenían nada,^b que eran como de juguete. "Juega^c—le decía—, juega con este juguetito tuyo." La hubiera apachurrado y hecho pedazos.

Allá afuera^d se oía el caer de la lluvia sobre las hojas de los plátanos, se sentía como si el agua hirviera sobre el agua estancada en la tierra.

^dC: Allá fuera se

Las sábanas estaban frías de humedad.^e Los caños borbotaban, hacían espuma, cansados de trabajar durante el día, durante la noche, durante el día. El agua seguía corriendo, diluviando en incesantes burbujas. □

^eC: humedad. Croaban las ranas. Los caños

Era^f la medianoche y allá afuera el ruido del agua apagaba todos los sonidos.

Susana San Juan se levantó despacio. Enderezó el cuerpo lentamente y se alejó de la cama. Allí estaba otra vez el peso, en sus pies, caminando por la orilla de su cuerpo; tratando de encontrarle la cara:

—¿Eres tú, Bartolomé?^g—preguntó.

Le pareció oír rechinar^h la puerta, como cuando alguien entraba o salía. Y después sólo la lluvia, intermitente, fría, rodando sobre las hojas de los plátanos, hirviendo en su propio hervor.

^hA y C: oír el rechinar de la

Se durmió y no despertó hasta que la luz alumbró los ladrillos rojos, asperjados de rocío entre la gris mañana de un nuevo día. Gritó:

—¡Justina!

^bC: nada; que ^cC: juguete. Juega, le decía, juega con este juguetito tuyo. La ^fA y C no presentan esta separación entre conjuntos de párrafos. ^gC: Bartolomé? preguntó.

se enmudeció^a de miedo. La lámpara circulaba y la luz pasaba de largo junto a ella. Y el grito de allá arriba la estremecía:

—¡Dame^b lo que está allí, Susana!

Y ella agarró la calavera entre sus manos y cuando la luz le dio de lleno la soltó.

—Es una calavera de muerto^c—dijo.

—Debes encontrar algo más junto a ella. Dame todo lo que encuentres.

El cadáver se deshizo en canillas; la quijada se desprendió como si fuera de azúcar. Le fue dando pedazo^d a pedazo hasta que llegó a los dedos de los pies y le entregó coyuntura tras coyuntura. Y la calavera primero; aquella bola redonda que se deshizo entre sus manos.

—Busca algo más, Susana. Dinero. Ruedas redondas de oro. Búscalas, Susana.

Entonces ella no supo de ella, sino muchos días después entre el hielo, entre las miradas llenas de hielo de su padre.

Por eso reía ahora.

—Supe que eras tú, Bartolomé.

Y la pobre de Justina,^e que lloraba sobre su corazón,^f tuvo que levantarse al ver que ella reía y que su risa se convertía en carcajada.^g

Afuera seguía lloviendo. Los indios se habían ido. Era lunes y el valle de Comala seguía anegándose en lluvia. □

Los vientos siguieron soplando todos esos días. Esos vientos que habían traído las lluvias. La lluvia se había ido; pero el viento se quedó. Allá en los campos la milpa oreó sus hojas y se acostó sobre los surcos para defenderse del viento. De día era pasadero; retorció las yedras y hacía crujir las tejas en los tejados; pero de noche gemía, gemía largamente. Pabellones de nubes pasaban en silencio por el cielo como si caminaran rozando la tierra.

Susana San Juan oye el golpe del viento contra la ventana cerrada. Está acostada con los brazos detrás de la cabeza, pensando, oyendo los ruidos de la noche; cómo la noche va y viene

^aC: se enmudecía de
^bPárrafo integrado al anterior, sin guión, en C.
^cC: muerto, dijo. ^eC: Justina que
^dC: pedazo por pedazo
^fC: en risotada.
^gC: corazón tuvo

Y ella apareció en seguida,^a como si ya hubiera estado allí, envolviendo su^b cuerpo en una frazada.

—¿Qué quieres, Susana?

—El gato. Otra vez ha venido.

—Pobrecita de ti, Susana.^c

Se recostó sobre su pecho, abrazándola, hasta que ella logró levantar aquella cabeza y le preguntó:

—¿Por qué lloras? Le diré a Pedro Páramo que eres buena conmigo. No le contaré nada de los sustos que me da tu gato. No te pongas así, Justina.

—Tu padre ha muerto, Susana. Antenoche murió, y hoy han venido a decir que nada se puede hacer; que ya lo enterraron; que no lo han podido traer aquí porque el camino era muy largo. Te has quedado sola. Susana.

—Entonces era él^d—y sonrió—. Viniste^e a despedirte de mí^f—dijo, y sonrió.

Muchos años antes, cuando ella era una niña, él le había dicho:

—Baja,^g Susana, y dime lo que ves.

Estaba^h colgada de aquella sogá que le lastimaba la cintura, que le sangraba sus manos; pero que no quería soltar: era como el único hilo que la sostenía al mundo de afuera.

—No veo nada, papá.ⁱ

—Busca bien, Susana. Haz^j por encontrar algo. Y la alumbró con su lámpara.

—No veo nada, papá.

—Te bajaré más. Avisame cuando estés en el suelo.

Había entrado por un pequeño agujero abierto entre las tablas. Había caminado sobre^k tablones podridos, viejos, astillados y llenos de tierra pegajosa:

—Baja más abajo, Susana, y encontrarás lo que te digo.

Y ella bajó y bajó en columpio, meciéndose en la profundidad, con sus pies bamboleando “en el no encuentro dónde poner los pies”.

—Más abajo, Susana. Más abajo. Dime si ves algo.

Y cuando encontró el apoyo allí permaneció, callada, porque

^bC: envolviendo el cuerpo en su frazada.

^cC: Susana. Y se recostó

^eC: Veniste

ⁱC: papá, le dijo.

^jC: Susana. Has de encontrar algo. Y la

^kC: caminando entre tablones

^aC: en seguida, ^dC: él. Y sonrió. ^fC: mí, dijo, ^gPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C. ^hPárrafo integrado al anterior en C.

arrastrada por el soplo del viento sin quietud. Luego el seco detenerse.

Han abierto la puerta. Una racha de aire apaga la lámpara. Ve la oscuridad y entonces deja de pensar. Siente pequeños susurros.^a En seguida oye el percutir de su corazón en palpitaciones desiguales. Al través de sus párpados cerrados entreve^b la llama de la luz.

No abre los ojos. El cabello está derramado sobre su cara. La luz enciende gotas de sudor en sus labios. Pregunta:

—¿Eres tú, padre?

—Soy tu padre, hija mía.

Entreabre los ojos. Mira como si cruzara sus cabellos una sombra sobre el techo, con la cabeza encima de su cara. Y la figura borrosa de aquí enfrente, detrás de la lluvia de sus pestañas.^c Una luz difusa; una luz en el lugar del corazón, en forma de corazón pequeño que palpita como llama parpadeante. "Se te está muriendo de pena^d el corazón —piensa—. Ya sé que vienes a contarme que murió Florencio; pero eso ya lo sé. No te aflijas por los demás; no te apures por mí. Yo tengo guardado mi dolor en un lugar seguro. No dejes que se te apague el^e corazón."^f

Enderezó el cuerpo y lo arrastró hasta donde estaba el padre Rentería.

—¡Déjame consolarte con mi desconsuelo^g!—dijo, protegiendo la llama de la vela con sus manos.

El padre Rentería la dejó acercarse^h a él; la miró cercar con sus manos la vela encendida y luego juntar su cara al pabito inflamado, hasta que el olor a carne chamuscada lo obligó a sacudirla, apagándola de un soplo.

Entonces volvió la oscuridad y ella corrió a refugiarse debajo de sus sábanas.

El padre Rentería le dijo:

—Heⁱ venido a confortarte, hija.

—Entonces adiós, padre^j—contestó ella—. No^k vuelvas. No te necesito.

^aC: pequeños murmullos. Luego oye

^bC: cerrados entrevee la

^cC: pestañas enmarañadas. Una

^dC: pena" piensa. "Ya sé

^eC: apague tu corazón.

^hC: acercarse hasta él;

^kC: ella. No te necesito.

^fC no cierra comillas. ^gC: desconsuelo! dijo, ⁱ párrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C. ^jC: padre, contestó ella.

Y oyó cuando se alejaban los pasos que siempre le dejaban una sensación de frío, de temblor y miedo.

—¿Para qué vienes a verme, si estás muerto?

El padre Rentería cerró la puerta y salió al aire de la noche.

El viento seguía soplando. □

Un hombre al que decían *el Tartamudo*^a llegó a la Media Luna y preguntó por Pedro Páramo.

—¿Para qué lo solicitas?

—Quiero hablar cocon él.

—No está.

—Dile, cucuando regrese,^b que vengo de paparte^c de don Fulgor.

—Lo iré a buscar; pero aguántate^d unas cuantas horas.

—Dile^e es cocosa de urgencia.

—Se lo diré.

El hombre al que decían *el Tartamudo*^f aguardó arriba del caballo. Pasado un rato, Pedro Páramo, al que nunca había visto,^g se le puso enfrente:

—¿Qué se te ofrece?

—Necesito hablar directamente cocon^h el patrón.

—Yo soy. ¿Qué quieres?

—Pues, nanadaⁱ más, esto. Mataron a don Fulgor Sesedano. Yo le hacía compañía.^j Habíamos ido por el rurrumbo de los vertederos^k para averiguar por qué se estaba escaseando el agua. Y en eso andábamos cucuando^l vimos una manada de hombres que nos salieron al^m encuentro. Y de entre la mumultitud aquella brotó una voz que dijo: "Yo a ése leⁿ coconozco. Es el administrador de la Memedia^o Luna."

"A^p mí ni me totomaron^q en cuenta. Pero a don Fulgor le mandaron soltar la bestia. Le dijeron que eran revolucionarios. Que venían por las tierras de usted. ¡Cocórrale!—^r le dijeron a don Fulgor—. ¡Vaya y dígame a su patrón que allá nos veremos!" Y él soltó la cacalda,^s despavorido. No muy de prisa por lo pepesado^s que era; pero corrió. Lo mataron cocorriendo. Murió cocon una pata arriba y otra abajo.

^cC: de parte de

^dC: pero aguanta unas

^hC: directamente con el

ⁱC: —Pues, nada más

^jA: hacía cocompañía. Habíamos

^lC: andábamos cuando vimos

^mC: salieron de repente. Y de

ⁿC: ese lo conozco.

^oC: la Media Luna".

^qC: me tomaron en

^sC: lo pesado que

^aA y B: El Tartamudo C: el "Tartamudo" ^bC: regreso que ^eA, B, C, D, E y F: --Dile, es
^fA y B: El Tartamudo C: el "Tartamudo" ^gC: visto se ^kA, B, C, D, E y F: "vertederos"
^lC presenta sin comillas este párrafo y el siguiente. ^rA, B y C presentan esta cita sin comillas. C: ¡Cocórrale! le dijeron a don Fulgor.

"Entonces yo ni me moví.^a Esperé que fuera de noche y aquí estoy para anunciarle lo que pasó."^b

—¿Y qué esperas? ¿Por qué no te mueves? Anda y diles a éstos que aquí estoy para lo que se les ofrezca. Que vengan a tratar conmigo. Pero antes, date un rodeo por La Consagración.^c ¿Conoces al Tilcuate?^d Allí estará. Dile que necesito verlo. Y a esos fulanos avísales que los espero en cuanto tengan un tiempo disponible. ¿Qué jaiz de revolucionarios son?

—No lo sé. Ellos así se nombran.^e

—Dile al Tilcuate^f que lo necesito más que de prisa.

—Así lo haré, papatrón.^g

Pedro Páramo volvió a encerrarse en su despacho. Se sentía viejo y abrumado. No le preocupaba Fulgor, que al fin y al cabo ya estaba "más^h para la otra que para ésta". Había dado de sí todo lo que tenía que dar; aunque fue muy servicial, lo que sea de cada quien. "Deⁱ todos modos,^j los 'tilcuatazos'^k que se van a llevar esos locos", pensó.

Pensaba más en Susana San Juan, metida siempre en su cuarto, durmiendo, y cuando no, como si durmiera. La noche anterior se la había pasado en^l pie, recostado en la pared, observando a través de la pálida luz de la veladora el cuerpo en movimiento de Susana; la cara sudorosa, las manos agitando las sábanas, estrujando la almohada hasta el desmorecimiento.

Desde que la había traído a vivir aquí no sabía de otras noches pasadas a su lado, sino de estas noches doloridas, de interminable inquietud. Y se preguntaba hasta^m cuándo terminaría aquello.

Esperaba que alguna vez. Nada puede durar tanto, no existe ningún recuerdo por intenso que sea que no se apague.

Si al menos hubiera sabido quéⁿ era aquello que la maltrataba por dentro, que la hacía revolcarse en el desvelo, como si la despedazaran hasta inutilizarla.

Él creía conocerla. Y aun cuando no hubiera sido así, ¿acaso no era suficiente saber que era la criatura más querida por^o él sobre la tierra? Y que además, y esto era lo más importante,

^aC: me moví. Esperé que fuera de noche y ^bC: que pasó.

^eC: se nombran.

^gC: haré, papatrón.

^lC: pasado de pie,

^mC: preguntaba ¿hasta cuando terminaría aquello?

ⁿC: sabido cuál era el mundo de Susana San Juan. Qué era aquello que

^oC: querida que había para él sobre

^bD no cierra comillas. ^cC: la Consagración. ^dC: al "Tilcuate"? ^fC: Tilcuate ^hsin comillas en C: ⁱCita sin comillas en A y en C. ^jC: modos los ^kA: "tilcuatazos" ^lC: tilcuatazos

le^a serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los demás recuerdos.

¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Ésa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber. □

"Mi cuerpo se sentía a gusto^b sobre el calor de la arena. Tenía los ojos cerrados, los brazos abiertos, desdobladas las piernas a la brisa del mar. Y el mar allí enfrente, lejano, dejando apenas restos de espuma en mis pies al subir de su marca..."

—Ahora sí es ella la que habla, Juan Preciado. No se te olvide decirme lo que dice.

"... Era^c temprano. El mar corría y bajaba en olas. Se desprendía de su espuma y se iba, limpio, con su agua verde, en ondas calladas.

"—En^d el mar sólo me sé bañar desnuda^e—le dije. Y él me siguió el primer día, desnudo también, fosforescente al salir del mar. No había gaviotas; sólo esos pájaros que les dicen 'picos feos',^f que gruñen como si roncaran y que después de que sale el sol desaparecen. Él me siguió el primer día y se sintió solo, a pesar de estar yo allí.

"—Es como si fueras un 'pico feo',^g uno más entre todos^h—me dijo—. Me gustas más en las noches, cuando estamos los dos en la misma almohada, bajo lasⁱ sábanas, en la oscuridad.

"Y se fue.

"Volví yo. Volvería siempre. El mar moja mis tobillos y se va; moja mis rodillas, mis muslos; rodea mi cintura con su brazo suave, da vuelta sobre mis senos; se abraza de mi cuello; aprieta mis hombros. Entonces me hundo en él, entera. Me entrego a él en su fuerte batir, en su suave poseer, sin dejar pedazo.

"—Me gusta bañarme en el mar^j—le dije.

"Pero él no lo comprende.

"Y al otro día estaba otra vez en el mar, purificándome. Entregándome a sus olas."^k □

Pardeando la tarde, aparecieron los hombres. Venían encarabinados y terciados de carrilleras. Eran cerca de veinte. Pedro^l

^aC: importante, su hermosura sin término, que le serviría

^cC: "Era

ⁱC: bajo la sábana, en

^kC: olas, sola. En C aparece a continuación el siguiente párrafo: Amé esos días sólo por eso.

^bC: agosto ^cA, B, D, E y F: "...Era ^dC presenta sin comillas éste y los siguientes seis párrafos. ^eC: desnuda. Le ^fC: feos' que ^gSin comillas en C. ^hC: todos, me dijo. ^jC: mar le ⁱEn A, B y C forma párrafo aparte: Pedro... frijoles.

Páramo los invitó a cenar. Y ellos, sin quitarse el sombrero, se acomodaron a la mesa y esperaron callados. Sólo se les oyó sorber el chocolate cuando les trajeron el chocolate, y masticar tortilla tras tortilla cuando les arrimaron los frijoles.

Pedro Páramo los miraba. No se le hacían caras conocidas. Detrasito de él, en la sombra, aguardaba *el Tilcuate*.^a

—Patrones^b—les dijo cuando vio que acababan de comer—, ^c¿en qué más puedo servirlos?

—¿Usted es el dueño de esto?^d—preguntó uno abanicando la mano.

Pero otro lo interrumpió diciendo:

—¡Aquí yo soy el que hablo!

—Bien. ¿Qué se les ofrece?^e—volvió a preguntar Pedro Páramo.

—Como usted ve, nos hemos levantado en armas.

—¿Y?

—Y^f pos eso es todo. ¿Le parece poco?

—¿Pero por qué lo han hecho?

—Pos porque otros lo han hecho también. ¿No lo sabe usted? Aguárdenos tantito a que nos lleguen instrucciones^g y entonces le averiguaremos la causa. Por lo pronto ya estamos aquí.

—Yo sé la causa^h—dijo otro—. Y si quiere se la entero. Nos hemos rebelado contra el gobierno y contra ustedes porqueⁱ ya estamos aburridos de soportarlos. Al gobierno, por rastroero y a ustedes porque no son más que unos móndrig^jos bándidos y mantecosos ladrones. Y del señor gobierno ya no digo nada porque le vamos a decir a balazos lo que le queremos decir.

—¿Cuánto necesitan para hacer su revolución?—preguntó Pedro Páramo—.^kTal vez yo pueda ayudarlos.

—Dice bien aquí el señor, Perseverancio. No se te debía soltar la lengua. Necesitamos agenciarnos un rico pa que nos habilite, y qué mejor que el señor aquí presente. ¿A ver tú, Casildo, como cuánto nos hace falta?

—Que nos dé lo que su buena intención quiera darnos.

—Éste “no le daría agua ni al gallo de la Pasión”. Aprove-

^aC: el "Tilcuate". ^bC: —Patrones, les ^cC: comer, ¿en ^dC: esto? preguntó ^eC: ofre
os? volvió ^fC: causa, dijo otro. ^kC: Páramo. Tal

^fC: —Pos eso

^gA, B y C: lleguen instrucciones y

ⁱC: porque estamos

^jA y C: móndrig^os

chemos que estamos aquí^a para sacarle de una vez hasta el maíz que trai atorado en su cochino buche.

—Cálmate, Perseverancio. Por las buenas se consiguen mejor las cosas. Vamos a ponernos de acuerdo. Habla tú, Casildo.

—Pos yo ahí^b al cálculo diría que unos veinte mil pesos no estarían mal para el comienzo. ¿Qué les parece a ustedes? Ora que quién sabe si al señor éste se le haga poco, con eso de que tiene sobrada voluntad de ayudarnos. Pongamos entonces cincuenta mil. ¿De acuerdo?

—Les voy a dar cien mil pesos^c—les dijo Pedro Páramo—. ¿Cuántos son ustedes?

—Semos trescientos.

—Bueno. Les voy a prestar otros trescientos hombres para que aumenten su contingente. Dentro de una semana tendrán a su disposición tanto^d los hombres como el dinero. El dinero se los regalo, a los hombres nomás se los presto. En cuanto los desocupen mándenmelos para acá. ¿Está bien así?

—Pero cómo no.

—Entonces hasta dentro de ocho días, señores. Y he tenido mucho gusto en conocerlos.

—Sí^e—dijo el último en salir—. Acuértese que, ^fsi no nos cumple, oirá hablar de Perseverancio, que así es mi nombre.

Pedro Páramo se despidió de él dándole la mano. □

—¿Quién crees tú que sea el jefe de éstos? —le preguntó más tarde al *Tilcuate*.^g

—Pues a mí se me figura que es el barrigón, ese que estaba en medio^h y que ni alzó los ojos. Me late que es él... Me equivoco pocas veces, don Pedro.

—No, Damasio,ⁱ el jefe eres tú. ¿O qué, no te quieres ir a la revuelta?

—Pero si hasta se me hace tarde. Con lo que me gusta a mí la bulla.

—Ya viste pues de qué se trata, así que ni necesitas mis consejos. Júntate trescientos muchachos de tu confianza y enrólate

^aA, B, D, E y F: aquí, para ^cC: pesos, les dijo Pedro Páramo. ^eC: —Sí, dijo el último en salir. ^fC: que si ^gC: al "Tilcuate". ^hC: enmedio

^bC: yo hay al

^dC: tanto a los

ⁱC: que él es... Me

^jC: —No, Dámaso, el

con esos alzados. Diles que les llevas la gente que les prometí. Lo demás ya sabrás tú cómo manejarlo.

—¿Y del dinero qué les digo? ¿También se los entriego?

—Te voy a dar diez pesos para cada uno. Ahí^a nomás para sus gastos más urgentes. Les dices que el resto está aquí guardado y a su disposición. No es conveniente cargar tanto dinero andando en esos trajines. Entre paréntesis: ¿te^b gustaría el rancho de la Puerta de Piedra? Bueno, pues es tuyo desde ahorita. Le vas a llevar un recado al licenciado^c Gerardo Trujillo, de Comala, y allí mismo pondrá a tu nombre la propiedad. ¿Qué dices, Damasio?^d

—Eso ni se pregunta, patrón. Aunque con eso o sin eso yo haría esto por puro gusto. Como si usted no me conociera. De cualquier modo,^e se lo agradezco. La vieja tendrá al menos con qué entretenerse mientras yo suelto el trapo.

—Y mira, ahí^d de pasada arréate unas cuantas vacas. A ese rancho lo que le falta es movimiento.

—¿No importa que sean cebuses?^g

—Escoge de las que quieras, y las que tanteees pueda cuidar tu mujer. Y volviendo a nuestro asunto, procura no alejarte mucho de mis terrenos, por^g eso de que si vienen otros que vean el campo ya ocupado. Y venme a ver cada que puedas o tengas alguna novedad.

—Nos veremos, patrón. □

—¿Qué es^h lo que dice, Juan Preciado?

—Dice que ella escondía sus pies entre las piernas de él. Sus pies helados como piedras frías y que allí se calentaban como en un horno donde se dora el pan. Dice que él le mordía los pies diciéndole que eran como pan dorado en el horno. Que dormía acurrucada, metiéndose dentro de él, perdida en la nada al sentir que se quebraba su carne, que se abría como un surco abierto por un clavo ardoroso, luego tibio, luego dulce, dando golpes duros contra su carne blanda; sumiéndose, sumiéndose más,ⁱ hasta el gemido. Pero que le había dolido más su muerte. Eso dice.

^dC: uno. Hay nomás

^dC: Dámaseo?

^fC: mira, hay de

^gC: por si

^hA, B y C: —¿Qué dice, Juan Preciado?

^bC: paréntesis ¿Te gustaría ^cC: al Lic. Gerardo Trujillo de ^eC: modo se ⁱC: más has-
ta

—¿A quién se refiere?

—A alguien que murió antes que ella, seguramente.

—¿Pero quién pudo ser?

—No sé. Dice que la noche en la cual él tardó en venir sintió que había regresado ya muy noche, quizá de madrugada. Lo notó apenas, porque sus pies, que habían estado solos y fríos, parecieron envolverse en algo; que alguien los envolvía en algo y les daba calor. Cuando despertó los encontró liados en un periódico que ella había estado leyendo mientras lo esperaba y que había dejado caer al suelo cuando ya no pudo soportar el sueño. Y que allí estaban sus pies envueltos en el periódico cuando vinieron a decirle que él había muerto.

—Se ha de haber roto el cajón donde la enterraron, porque se oye como un crujir de tablas.

—Sí, yo también lo oigo. □

Esa noche volvieron a sucederse los sueños. ¿Por qué ese recordar intenso de tantas cosas? ¿Por qué no simplemente la muerte y no esa música tierna^a del pasado?

—Florencio ha muerto, señora.

¡Qué largo era aquel hombre! ¡Qué alto! Y su voz era dura. Seca como la tierra más seca. Y su figura era borrosa,^b ¿o se hizo borrosa después?^c como si entre ella y él se interpusiera la lluvia. “¿Qué^d había dicho? ¿Florencio? ¿De cuál Florencio hablaba? ¿Del mío? ¡Oh!^e por qué no lloré y me anegué entonces en lágrimas para enjuagar mi angustia. ¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pero tú te ocupas nada más de las almas. Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos. Mi cuerpo transparente suspendido del^f suyo. Mi cuerpo liviano sostenido y suelto a sus fuerzas. ¿Qué haré ahora con mis labios sin su boca para llenarlos? ¿Qué haré de mis adoloridos labios?”

Mientras Susana San Juan se revolvía inquieta,^g de pie, junto a la puerta, Pedro Páramo la miraba y contaba los segundos de aquel nuevo sueño que ya duraba mucho. El aceite de la lám-

^aC: tierna y suave del

^fC: suspendido al suyo.

^gC: inquieta entre las sábanas; de pie,

^bA y C: borrosa ¿o ^cA y C: después? como ^dSin comillas en C. ^eC: ¡Oh! por

para chisporroteaba y la llama hacía cada vez más débil su parpadeo. Pronto se apagaría.

Si al menos fuera dolor lo^a que sintiera ella, y no esos sueños sin sosiego,^b esos interminables y agotadores sueños, él podría buscarle algún consuelo. Así pensaba Pedro Páramo, fija la vista en Susana San Juan, siguiendo cada uno de sus movimientos. ¿Qué sucedería si ella también se apagara cuando se apagara la llama de aquella débil luz con que él la veía?

Después salió cerrando la puerta sin hacer ruido. Afuera, el limpio aire de la noche despegó de Pedro Páramo la imagen de Susana San Juan.

Ella despertó un poco antes del amanecer. Sudorosa. Tiró al suelo las pesadas cobijas y se deshizo hasta del calor de las sábanas. Entonces su cuerpo se quedó desnudo, refrescado por el viento de la madrugada. Suspiró y luego volvió a quedarse dormida.

Así fue como la encontró horas después el padre Rentería; desnuda y dormida. □

—¿Sabe,^c don Pedro, que derrotaron al *Tilcuate*?^d

—Sé que hubo alguna balacera anoche, porque se estuvo oyendo el alboroto,^e pero de ahí en más no sé nada. ¿Quién te contó eso, Gerardo?

—Llegaron unos heridos a Comala. Mi mujer ayudó para eso de los vendajes. Dijeron que eran de la gente de Damasio y que habían tenido muchos muertos. Parece que se encontraron con unos que se dicen villistas.^f

—¡Qué caray, Gerardo! Estoy viendo llegar tiempos malos. ¿Y tú qué piensas hacer?

—Me voy, don Pedro. A Sayula. Allá volveré a establecerme.

—Ustedes los abogados tienen esa ventaja; pueden llevarse su patrimonio a todas partes, mientras no les rompan el hocico.

—Ni crea, don Pedro; siempre nos andamos creando problemas. Además duele dejar a personas como usted, y las deferencias que han tenido para con uno^g se extrañan. Vivimos rompien-

^aC: dolor el que

^eC: oyendo el rumor; pero de hay en

^bC: sosiego. Esos interminables ^cC: —¿Sabe don ^dC: al Tilcuate? ^fC: uno, se

do nuestro mundo a cada rato, si es válido decirlo. ¿Dónde quiere que le deje los papeles?

—No los dejes. Llévatelos. ¿O qué no puedes seguir encargado de mis asuntos allá a donde^a vas?

—Agradezco su confianza, don Pedro. La agradezco sinceramente. Aunque hago la salvedad de que me será imposible. Ciertas irregularidades... Digamos... Testimonios que nadie sino usted debe conocer. Pueden prestarse a malos manejos en caso de llegar a caer en otras manos. Lo más seguro es que estén con usted.

—Dices bien, Gerardo. Déjalos aquí. Los quemaré. Con papeles o sin ellos, ¿quién me puede discutir la propiedad de lo que tengo?

—Indudablemente nadie, don Pedro. Nadie. Con su permiso.

—Ve con Dios, Gerardo.

—¿Qué dijo usted?

—Digo que Dios te acompañe.

El licenciado Gerardo Trujillo salió despacio. Estaba ya viejo; pero no para dar esos pasos tan cortos, tan sin ganas. La verdad es que esperaba una recompensa. Había servido a don Lucas, que en paz descanse, padre de don Pedro; después a don Pedro, y todavía; luego a Miguel, hijo de don Pedro. La verdad es que esperaba una compensación. Una retribución grande y valiosa. Le había dicho a su mujer:

—Voy^b a despedirme de don Pedro. Sé que me gratificará. Estoy por decir que con el dinero que él me dé^c nos estableceremos bien en Sayula y viviremos holgadamente el resto de nuestros días.^d

Pero ¿por qué las mujeres siempre tienen una duda? ¿Reciben avisos del cielo, o qué? Ella no estuvo segura de que consiguiera algo:

—Tendrás^e que trabajar muy duro allá para levantar cabeza. De aquí no sacarás nada.

—¿Por^f qué lo dices?

—Lo^g sé.

Siguió andando hacia la puerta, atento a cualquier llamado:

^aC: a donde ^bPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C. ^cC: dé, nos ^eC presenta este párrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión. ^fPárrafo unido al anterior, sin guión, en C. ^gPárrafo unido al anterior, con comillas y sin guión, en C.

^dC: días. ¿Pero por qué las mujeres siempre tienen una duda? ¿Reciben

"¡Ey, Gerardo! Lo preocupado que estoy no me ha permitido pensar en ti. Pero yo te debo favores que no se pagan con dinero. Recibe esto^a es un regalo insignificante."

Pero el llamado no vino. Cruzó la puerta y desahucó el hozal con que su caballo estaba amarrado al horcón. Subió a la silla y, al paso, tratando de no alejarse mucho para oír^d si lo llamaban, caminó hacia Comala sin desviarse del camino. Cuando vio que la Media Luna se perdía detrás de él, pensó: "Sería mucho rebajarme si le pidiera un préstamo." □

—Don^e Pedro, he regresado, pues no estoy satisfecho conmigo mismo. Gustoso seguiré llevando sus asuntos.

Lo dijo, sentado nuevamente en el despacho de Pedro Páramo, donde había estado no hacía ni media hora.

—Está bien, Gerardo. Allí están los papeles, donde tú los dejaste.

—Desearía también... Los gastos... El traslado... Un mínimo adelanto de honorarios... Algo extra, por si usted lo tiene a bien.

—¿Quinientos?

—¿No^f podría ser un poco, digamos, un poquito más?

—¿Te conformas con mil?

—¿Y si fueran cinco?

—¿Cinco qué? ¿Cinco mil pesos? No los tengo. Tú bien sabes que todo está invertido. Tierras, animales. Tú lo sabes. Llévate mil. No creo que necesites más.

Se quedó meditando. La cabeza caída. Oía el tintineo de los pesos sobre el escritorio donde Pedro Páramo contaba el dinero. Se acordaba de don Lucas, que siempre le quedó a deber sus honorarios. De don Pedro, que hizo cuenta nueva. De Miguel su hijo:^g ¡cuántos bochornos le había dado ese muchacho!

Lo^h libró de la cárcel cuando menos unas quince veces, cuando no hayan sido más. Y el asesinato que cometió con aquel hombre,ⁱ ¿cómo se apellidaba? Rentería, eso es. El muerto llamado Rentería,^j al que le pusieron una pistola en la mano. Lo asustado que estaba el Miguelito, aunque después le diera risa.

^aC: y al ^eNo existe esta separación de conjuntos de párrafos en A ni en C. ^gC: hijo: ⁱCuántos bochornos ^hPárrafo integrado al anterior, en C. ⁱC: hombre ^jCómo se ^jC: Rentería al

^aC: esto, es una compensación insignificante". ^bC: el freno con

^dC: oír, caminó

^fC: —No podría ser un poco. Digamos. Un poquito más.

Eso nomás ¿cuánto le hubiera costado a don Pedro si las cosas hubieran ido hasta allá, hasta lo legal? Y lo de las violaciones ¿qué? Cuántas veces él tuvo que sacar de su misma bolsa el dinero para que ellas le echaran tierra al asunto: "¡Date de buenas que vas a tener un hijo güerito!"^a les decía.

—Aquí tienes, Gerardo. Cúdalos muy bien, porque^b no retoñan.

Y él, que todavía estaba en sus cavilaciones, respondió:

—Si,^c tampoco los muertos retoñan^d—y agregó—: Desgraciadamente. □

Faltaba mucho para el amanecer. El cielo estaba llenó de estrellas, gordas, hinchadas de tanta noche. La luna había salido un rato y luego se había ido. Era una de esas lunas tristes que nadie mira, a las que nadie hace caso. Estuvo un rato allí desfigurada, sin dar ninguna luz, y después fue a esconderse detrás de los cerros.

Lejos, perdido en la oscuridad, se oía el bramido de los toros.

"Esos^e animales nunca duermen^f—dijo Damiana Cisneros—. Nunca duermen. Son como el diablo,^g que siempre anda buscando almas para llevárselas al infierno."

Se dio^h vuelta en la cama, acercando la cara a la pared. Entoncesⁱ oyó los golpes.

Detuvo la respiración y abrió los ojos. Volvió a oír tres golpes secos, como si alguien tocara con los nudos de la mano en la pared. No aquí, junto a ella, sino más lejos; pero en la misma pared.

"¡Válgame!^j Si no serán los tres toques de San Pascual^k Bailón, que viene a avisarle a algún devoto suyo que ha llegado la hora de su muerte."^l

Y como ella había perdido el novenario desde hacía tiempo, a causa de sus reumas, no se preocupó; pero le entró miedo y^m más que miedo, curiosidad.

Se levantó del catre sin hacer ruido y se asomó a la ventana.

Los campos estaban negros. Sin embargo, lo conocía tan bien,

^hC: bien, que no

^hC: dio media vuelta

^jC: —¡Válgame! pensó. Si ^kC: Pascual, que

^C: negros. Y, sin embargo,

^aC: güerito!" les ^cPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C. ^dC: retoñan. Y agregó: ^eSin comillas en C. ^fC: duermen, dijo Damiana Cisneros. ^gC: diablo que ⁱC presenta en párrafo aparte: Entonces oyó los golpes. ^lC: muerte. ^mC: y más

que vio cuando el cuerpo enorme de Pedro Páramo se columpiaba sobre la ventana de la chacha Margarita.

—¡Ah, qué don Pedro!^a—dijo Damiana—. No se le quita lo gatero. Lo que no entiendo es por qué le gusta hacer las cosas tan a escondidas,^b con habérmelo avisado, yo le hubiera dicho a la Margarita que el patrón la necesita para esta noche, y él no hubiera tenido ni la molestia de levantarse de su cama.

Cerró la ventana al oír el bramido de los toros. Se echó sobre el catre cobijándose hasta las orejas, y luego se puso a pensar en lo que le estaría pasando a la chacha Margarita.

Más tarde tuvo que quitarse el camisón porque la noche comenzó a ponerse calurosa. . .

—¡Damiana!^c—oyó.

Entonces ella era muchacha.

—¡Ábreme la puerta, Damiana!

Le temblaba el corazón como si fuera un sapo brincándole entre las costillas.

—Pero^d ¿para qué, patrón?

—¡Ábreme, Damiana!

—Pero si ya estoy dormida, patrón.

Después sintió que don Pedro se iba por los largos corredores, dando aquellos zapatazos que sabía dar cuando estaba corajudo.

A la noche siguiente, ella, para evitar el disgusto, dejó la puerta entornada y hasta se desnudó para que él no^e encontrara dificultades. Pero^f Pedro Páramo jamás regresó con ella.

Por eso ahora, cuando era la caporala^g de todas las sirvientas de la Media Luna, por haberse dado a respetar, ahora, que estaba ya vieja, todavía pensaba en aquella noche cuando el patrón le dijo:

“¡Ábreme^h la puerta, Damiana!”

Y se acostó pensando en lo feliz que sería a estas horas la chacha Margarita.

Despuésⁱ volvió a oír otros golpes; pero contra la puerta grande, como si la estuvieran aporreando a culatazos.

Otra vez abrió la ventana y se asomó a la noche. No veía

^dC: —¿Pero para qué, patrón?

^eC: él encontrara menos dificultades.

^aC: Pedro! dijo Damiana. ^bC: escondidas, con ^cC: —¡Damiana! oyó ^fA, B, C, D y E presentan como párrafo aparte: Pero... ella. ^gPárrafo integrado al anterior, sin comillas, en C. ^hA y C presentan entre este párrafo y el anterior una separación algo más amplia que la que normalmente se observa entre párrafos.

nada: aunque le pareció que la tierra estaba llena de hervores, como cuando ha llovido y se enchina de gusanos. Sentía que se levantaba algo así como el calor de muchos hombres. Oyó el croar de las ranas; los grillos; la noche quieta del tiempo de aguas. Luego volvió a oír los culatazos aporreando la puerta.

Una lámpara regó su luz sobre la cara de algunos hombres.^a Después se apagó.

"Son^b cosas que a mí no me interesan",^c dijo Damiana Cisneros,^d y cerró la ventana. □

—Supe que te habían derrotado, Damasio. ¿Por qué te dejas hacer eso?

—Le informaron mal, patrón. A mí no me ha pasado nada. Tengo mi gente enterita. Ahí^e traigo setecientos hombres y otros cuantos arrimados. Lo que pasó es que unos pocos de los viejos,^f aburridos de estar ociosos, se pusieron a disparar contra un pelotón de pelones, que resultó ser todo un ejército. Villistas,^g ¿sabe usted?

—¿Y de dónde salieron éstos?

—Vienen del Norte,^h arriando parejo con todo lo que encuentran. Parece, según se ve, que andan recorriendo la tierra, tanteando todos los terrenos. Son poderosos. Eso ni quien se los quite.

—¿Y por qué no te juntas con ellos? Ya te he dicho que hay que estar con el que vaya ganando.

—Ya estoy con ellos.

—¿Entonces para qué vienes a verme?

—Necesitamos dinero, patrón. Ya estamos cansados de comer carne. Ya ni se nos antoja. Y nadie nos quiere fiar. Por eso venimos, para que usted nos provea y no nos veamos urgidos de robarle a nadie. Si anduviéramos remotos no nos importaría darle un ⁱentre^g a los vecinos; pero aquí todos estamos emparentados y nos remuerde robar. Total, es dinero lo que necesitamos para mercar aunque sea una gorda con chile.^g Estamos hartos de comer carne.

—¿Ahora te me vas a poner exigente, Damasio?

^aC: hombres, después se ^bCon guión, sin comillas, en C. ^cA: interesan" —dijo ^dC: interesan dijo ^eC: Cisneros y ^fA, B, C, D, E y F: "viejos", ^gC: Villistas ¿sabe ^hD, E y ⁱF: "entre"

^eC: enterita. Hay traigo

^hC: del norte, arriando

—De ningún modo, patrón. Estoy abogando por los muchachos;^a por mí, ni me apuro.

—Está bien que te acomidas por tu gente; pero sonsácales a otros lo que necesitas. Yo ya te di. Confórmate con lo que te di. Y éste no es un consejo ni mucho menos,^b ¿pero no se te ha ocurrido asaltar Contla? ¿Para qué crees que andas en la revolución? Si vas a pedir limosna estás atrasado. Valía más que mejor te fueras con tu mujer a cuidar gallinas. ¡Échate sobre algún pueblo!^c Si tú andas arriesgando el pellejo,^d ¿por qué diablos no van a poner otros algo de su parte? Contla está que hierve de ricos. Quítales tantito de lo que tienen. ¿O acaso creen que tú eres su pilmama⁷⁰ y que estás para cuidarles sus intereses? No, Damasio. Hazles ver que no andas jugando ni divirtiéndote. Dale un pegue⁷¹ y ya verás cómo sales con centavos de este mitote.

—Lo que sea, patrón. De usted siempre saco algo de provecho.

—Pues que te aproveche.

Pedro Páramo miró cómo los hombres se iban. Sintió desfilar frente a él el trote de caballos oscuros, confundidos con la noche. El sudor y el polvo; el temblor de la tierra. Cuando vio los cocuyos⁷¹ cruzando otra vez sus luces, se dio cuenta de que todos los hombres se habían ido. Quedaba él, solo, como un tronco duro comenzando a desgajarse por dentro.

Pensó en Susana San Juan. Pensó en la muchachita con la que acababa de dormir apenas un rato. Aquel pequeño cuerpo azorado y tembloroso que parecía iba a echar fuera su corazón por la boca. "Puñadito de carne",^e le dijo. Y se había abrazado a ella tratando de convertirla en la carne de Susana San Juan. "Una mujer que no era de este mundo." □

En el comienzo del amanecer, el día va dándose vuelta, a pausas; casi se oyen los goznes de la tierra que giran enmohecidos; la vibración de esta tierra vieja que vuelca su oscuridad.

—¿Verdad que la noche está llena de pecados, Justina?

—Sí, Susana.

—¿Y es verdad?

^cC: pueblo, de esos inmundos! Si tú

^aC: muchachos, por ^bC: menos ¿pero ^dC: pellejo ¿por ^eC: carne" le

—Debe serlo, Susana.

—¿Y qué crees que es la vida, Justina, sino^a un pecado? ¿No oyes? ¿No oyes cómo rechina la tierra?

—No, Susana, no alcanzo a oír nada. Mi suerte no es tan grande como la tuya.

—Te asombrarías. Te digo que te asombrarías de oír lo que yo oigo.

Justina siguió poniendo orden en el cuarto. Repasó una y otra vez la jerga sobre los tablonos húmedos del piso. Limpió el agua del florero roto. Recogió las flores. Puso los vidrios en el balde lleno de agua.

—¿Cuántos pájaros has matado en tu vida, Justina?

—Muchos, Susana.

—¿Y no has sentido tristeza?

—Sí, Susana.

—Entonces ¿qué^b esperas para morirte?

—La muerte, Susana.

—Si es nada más eso, ya vendrá. No te preocupes.

Susana San Juan estaba incorporada sobre sus almohadas.^c Los ojos inquietos, mirando hacia todos lados. Las manos sobre el vientre, prendidas a su vientre como una concha protectora. Había ligeros zumbidos que cruzaban como alas por encima de su cabeza. Y el ruido de las poleas en la noria. El rumor que hace la gente al despertar.

—¿Tú crees en el infierno, Justina?

—Sí, Susana. Y también en el cielo.^e

—Yo sólo^f creo en el infierno —dijo. Y cerró los ojos.

Cuando salió Justina del cuarto, Susana San Juan estaba nuevamente dormida y afuera chisporroteaba el sol. Se encontró con Pedro Páramo en el camino.

—¿Cómo está la señora?

—Mal^g —le dijo agachando la cabeza.

—¿Se queja?

—No, señor, no se queja de nada; pero dicen que los muertos ya no se quejan. La señora está perdida para todos.

—¿No ha venido el padre Rentería a verla?

^aC: Justina, si no un ^eC incluye a continuación el siguiente párrafo: Acomodó la almohada de plumas sobre su cara resbalándose en la blandura de su cama y se cubrió el cuerpo con las sábanas. Luego sonrió. ^gC: —Mal, le

^bC: —Entonces qué esperas para morirte.

^cC: almohadas. La cabeza quieta. Los ojos

^dC: sobre su vientre,

^fC: —Yo no creo

—Anoche vino y la confesó. Hoy debía de haber comulgado,^a pero no debe estar en gracia^b porque el padre Rentería no le ha traído la comunión. Dijo que lo haría a hora temprana,^c y ya ve usted, el sol ya está aquí y no ha venido. No debe estar en gracia.

—¿En gracia de quién?

—De Dios, señor.

—No seas tonta, Justina.

—Como usted lo diga, señor.

Pedro Páramo abrió la puerta y se estuvo junto a ella, dejando que un rayo de luz cayera sobre Susana San Juan. Vio sus ojos apretados como cuando se siente un dolor interno; la boca humedecida, entreabierta, y las sábanas siendo recorridas por manos inconscientes hasta mostrar la desnudez de su cuerpo que comenzó a retorcerse en convulsiones.

Recorrió el pequeño espacio que lo separaba de la cama y cubrió el cuerpo desnudo, que siguió debatiéndose como un gusano en espasmos cada vez más violentos. Se acercó a su oído y le habló: "¡Susana!"^d Y volvió a repetir: "¡Susana!"^e

Se abrió la puerta y entró el padre Rentería en silencio,^f moviendo brevemente los labios:

—Te voy a dar la comunión, hija mía.

Esperó a que Pedro Páramo la levantara recostándola contra el respaldo de la cama. Susana San Juan, semidormida, estiró la lengua y se tragó la hostia. Después dijo: "Hemos pasado un rato muy feliz, Florencio." Y se volvió a hundir entre la sepultura de sus sábanas. □

—¿Ve usted aquella ventana, doña Fausta,^g allá en la Media Luna, donde siempre ha estado prendida la luz?

—No, Ángeles. No veo ninguna ventana.

—Es que ahorita se ha quedado a oscuras. ¿No estará pasando algo malo en la Media Luna? Hace más de tres años que está aluzada^h esa ventana, noche tras noche. Dicen los que han estado allí que es el cuarto donde habita la mujer de Pedro Páramo, una pobrecita loca que le tiene miedo a la oscuridad. Y mire:ⁱ ahora mismo se ha apagado la luz. ¿No será un mal suceso?

^c: temprana; pero ya ve

^gC: Fausta? Allá, en

^hC: está iluminada esa

^aC: comulgado; pero ^bC: gracia; porque ^dSin comillas en C. ^eSin comillas en C.
^fD, E y F: silencio moviendo ⁱC: mire ahora

—Tal vez haya muerto. Estaba muy enferma. Dicen que ya no conocía a la gente, y dizque hablaba sola. Buen castigo ha de haber soportado Pedro Páramo casándose con esa mujer.

—Pobre del señor don Pedro.

—No, Fausta. Él se lo merece. Eso y más.

—Mire, la ventana sigue a oscuras.

—Ya deje tranquila esa ventana y vámonos a dormir, que es muy noche para que este par de viejas andemos sueltas^a por la calle.

Y las dos mujeres, que salían de la iglesia muy cerca de las once de la noche, se perdieron bajo los arcos del portal, mirando cómo la sombra de un hombre cruzaba la plaza en dirección de la Media Luna.

—Oiga,^b doña Fausta, ¿no se le figura que el señor que va allí es el doctor Valencia?

—Así parece, aunque estoy tan cegatona que no lo podría reconocer.

—Acuérdese que siempre viste pantalones blancos y saco negro. Yo le apuesto a que está aconteciendo algo malo en la Media Luna. Y mire lo recio que va, como si lo correteara la prisa.

—Con tal de que no sea de verdad una cosa grave. Me dan ganas de regresar y decirle al padre Rentería que se dé una vuelta por allá, no vaya a resultar que esa infeliz muera sin confesión.

—Ni lo piense, Ángeles. Ni lo quiera Dios. Después de todo lo que ha sufrido en este mundo, nadie desearía que se fuera sin los auxilios espirituales, y que siguiera penando en la otra vida. Aunque dicen los zahorinos^c que a los locos no les vale la confesión, y aun cuando tengan el alma impura^d son inocentes. Eso sólo Dios lo sabe... Mire usted, ya se ha vuelto a prender la luz en la ventana. Ojalá todo salga bien. Imagínese en qué pararía el trabajo que nos hemos tomado todos estos días para arreglar la iglesia y que luzca bonita ahora para la Natividad, si alguien se muere en esa casa. Con el poder que tiene don Pedro, nos desbarataría la función en un santiamén.

—A usted siempre se le ocurre lo peor, doña Fausta. Mejor

^aC: andemos solas por

^bC: —¿Oiga, doña Fausta, no se

^cC: zahorinos

^dC: impura, son

haga lo que yo:^a encomiéndelo todo a la Divina Providencia. Récele un Ave María^b a la Virgen y estoy segura que nada va a pasar de hoy a mañana. Ya después,^c que se haga la voluntad de Dios;^d al fin y al cabo,^e ella no debe estar tan contenta en esta vida.

—Créame, Ángeles, que usted siempre me repone el ánimo. Voy a dormir llevándome al sueño estos pensamientos. Dicen que los pensamientos de los sueños van derecho al cielo. Ojalá que los míos alcancen esa altura. Nos veremos mañana.

—Hasta mañana, Fausta.

Las dos viejas,^f puerta de por medio, se metieron en sus casas. El silencio volvió a cerrar la noche sobre el pueblo. □

^fC: Y las dos viejitas, puerta

—Tengo la boca llena de tierra.

—Sí, padre.

—No digas: "Sí,^g padre." Repite conmigo lo que yo vaya diciendo.

—¿Qué va usted a decirme? ¿Me va a confesar otra vez? ¿Por qué otra vez?

—Ésta no será una confesión, Susana. Sólo vine a platicar contigo. A prepararte para la muerte.

—¿Ya me voy a morir?

—Sí, hija.

—¿Por qué entonces no me deja en paz? Tengo ganas de descansar. Le han de haber encargado que viniera a quitarme el sueño. Que se estuviera aquí conmigo hasta que se me fuera el sueño. ¿Qué haré después para encontrarlo? Nada, padre. ¿Por qué mejor no se va y me deja tranquila?

—Te dejaré en paz, Susana. Conforme vayas repitiendo las palabras que yo diga, te irás quedando dormida. Sentirás como si tú misma te arrullaras. Y ya que te duermas nadie te despertará... Nunca volverás a despertar.

—Está bien, padre. Haré lo que usted diga.

El padre Rentería, sentado en la orilla de la cama,^h puestas las manos sobre los hombros de Susana San Juan, con su boca casi pegada a la oreja de ella para no hablar fuerte, encajaba

^hC: cama, con las manos

^aC: yo. encomiéndelo ^bA, B y F: un avemaría ^cC: después que ^dC: Dios, al ^eC: cabo
ella ^gSin comillas en C.

secretamente cada una de sus palabras: "Tengo la boca llena de tierra." Luego se detuvo. Trató de ver si los labios de ella se movían.^a Y los vio balbucir, aunque sin dejar salir ningún sonido.

"Tengo la boca llena de ti, de tu boca. Tus labios apretados, duros como si mordieran oprimiendo mis labios. . ."

Se detuvo también. Miró de reojo al padre Rentería y lo vio lejos, como si estuviera detrás de un vidrio empañado.

Luego^b volvió a oír la voz calentando su oído:

—Trago saliva espumosa;^c mástico terrones plagados de gusanos que se me anudan en la garganta y raspan la pared del paladar. . . Mi boca se hunde, retorciéndose en muecas, perforada por los dientes que la taladran y devoran. La nariz se reblandece. La gelatina de los ojos se derrite. Los cabellos arden en una sola llamarada. . .

Le extrañaba la quietud de Susana San Juan. Hubiera querido adivinar sus pensamientos y ver la batalla de aquel corazón por rechazar las imágenes que él estaba sembrando dentro de ella. Le miró los ojos y ella le devolvió la mirada. Y le pareció ver como si sus labios forzaran una sonrisa.

—Aún falta más. La visión de Dios. La luz suave de su cielo infinito. El gozo de los querubines y el canto de los serafines. La alegría de los ojos de Dios, última^d y fugaz visión de los condenados a la pena eterna. Y no sólo eso, sino todo conjugado con un dolor terrenal. El tuétano de nuestros huesos convertido en lumbre y las venas de nuestra sangre en hilos de fuego, haciéndonos dar reparos de increíble dolor; no menguado nunca, atizado siempre por la ira del Señor.

"Él me cobijaba entre sus brazos. Me daba amor."

El padre Rentería repasó con la vista las figuras que estaban alrededor de él, esperando el último momento. Cerca de la puerta, Pedro Páramo aguardaba con los brazos cruzados;^e en seguida, el doctor Valencia, y junto a ellos otros señores.^f Más allá, en las sombras, un puño de mujeres a las que se les hacía tarde para comenzar a rezar la oración de difuntos.

Tuvo intenciones de levantarse. Dar los santos óleos^g a la enferma y decir: "He^h terminado." Pero no, no había terminado

^cC: saliva granulosa; mástico

^dC: última visión de los

^fC: señores y más allá,

^gC: santos Oleos a

^aC: movían, y los ^bPárrafo integrado al anterior, en C. ^eC: cruzados, en seguida el ^hSin comillas en C.

todavía. No podía entregar los sacramentos a una mujer sin conocer la medida de su arrepentimiento.

Le entraron dudas. Quizá ella no tenía nada de que arrepentirse. Tal vez él no tenía nada de que perdonarla. Se inclinó nuevamente sobre ella y, sacudiéndole los hombros, le dijo en voz baja:

—Vas a ir a la presencia de Dios. Y su juicio es inhumano para los pecadores.

Luego se acercó otra vez a su oído; pero ella sacudió la cabeza:

—¡Ya váyase, padre! No se mortifique por mí. Estoy tranquila y tengo mucho sueño.

Se oyó el sollozo de una de las mujeres escondidas en la sombra.

Entonces Susana San Juan pareció recobrar vida. Se alzó en la cama y dijo:

—¡Justina, hazme el favor de irte a llorar a otra parte!

Después sintió que la cabeza se le clavaba en el vientre. Trató de separar el vientre de su cabeza; de hacer a un lado aquel vientre que le apretaba los ojos y le cortaba la respiración; pero cada vez se volcaba más como si se hundiera en la noche. □

—Yo. Yo vi morir a doña Susanita.

—¿Qué dices, Dorotea?

—Lo que te acabo de decir. □

Al alba, la gente fue despertada por el repique de las campanas. Era la mañana del 8 de diciembre.⁷⁴ Una mañana gris. No fría; pero gris. El repique comenzó con la campana mayor. La siguieron las demás. Algunos creyeron que llamaban para la misa grande y empezaron a abrirse las puertas; las menos, sólo aquellas donde vivía gente desmañanada, que esperaba despierta a que el toque del alba les avisara que ya había terminado la noche. Pero el repique duró más de lo debido. Ya no sonaban sólo las campanas de la iglesia mayor, sino también las de la Sangre de Cristo, las de la Cruz Verde y tal vez las del Santuario. Llegó

^aC: y sacudiéndole ^bC presenta este párrafo integrado al anterior. ^cPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C. ^dC: —"Yo. Yo vi

el mediodía y no cesaba el repique. Llegó la noche. Y de día y de noche las campanas siguieron tocando, todas por igual, cada vez con más fuerza, hasta que aquello se convirtió en un lamento rumoroso de sonidos. Los hombres gritaban para oír lo que querían decir.^a “¿Qué habrá pasado?”, se preguntaban.

A los tres días todos estaban sordos. Se hacía imposible hablar con aquel zumbido de que estaba lleno el aire. Pero las campanas seguían, seguían, algunas ya cascadas, con un sonar hueco^b como de cántaro.

—Se ha muerto doña Susana.

—¿Muerto? ¿Quién?

—La señora.

—¿La tuya?

—La de Pedro Páramo.

Comenzó a llegar gente de otros rumbos,^c atraída por el constante repique. De Contla venían como en peregrinación. Y aun de más lejos. Quién sabe de dónde, pero llegó un circo, con volantines y sillas voladoras. Músicos. Se acercaban primero como si fueran mirones, y al rato ya se habían avecindado, de manera que hasta hubo serenatas. Y así poco a poco la cosa se convirtió en fiesta. Comala hormigueó de gente, de jolgorio y de ruidos, igual que en los días de la función en que costaba trabajo dar un paso por el pueblo.

Las campanas dejaron de tocar; pero la fiesta siguió. No hubo modo de hacerles comprender que se trataba de un duelo, de días de duelo. No hubo modo de hacer que se fueran;^d antes, por el contrario, siguieron llegando más.

La Media Luna estaba sola, en silencio. Se caminaba con los pies descalzos; se hablaba en voz baja. Enterraron a Susana San Juan y pocos en Comala se enteraron. Allá había feria. Se jugaba a los gallos, se oía la música; los gritos de los borrachos^e y de las loterías. Hasta acá llegaba la luz del pueblo, que parecía una aureola sobre el cielo gris. Porque fueron días grises, tristes para la Media Luna. Don Pedro no hablaba. No salía de su cuarto. Juró vengarse de Comala:

^dC: fueran, antes,

^aC: decir: ¿Qué ha pasado? se

^bC: sonar ronco como

^cC: rumbos atraídos por

^eC: gritos de las loterías y de los borrachos. Hasta

—Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre.
Y así lo hizo. □

El Tilcuate siguió viniendo:

—Ahora^a somos carrancistas.⁷⁵

—Está bien.

—Andamos^b con mi general Obregón.⁷⁶

—Está bien.

—Allá^c se ha hecho la paz. Andamos sueltos.

—Espera. No desarmes a tu gente. Esto no puede durar mucho.

—Se^d ha levantado en armas el padre Reutería. ¿Nos vamos con él, o contra él?

—Eso ni se discute. Ponte al lado del gobierno.

—Pero si somos irregulares. Nos consideran rebeldes.

—Entonces vete a descansar.

—¿Con el vuelo que llevo?

—Haz lo que quieras, entonces.

—Me iré a reforzar al padrecito. Me gusta cómo gritan. Además lleva uno ganada la salvación.

—Haz lo que quieras.^e □

^eC: quieras entonces.

Pedro Páramo estaba sentado en un viejo equipal, junto a la puerta grande de la Media Luna,^f poco antes de que se fuera la última sombra de la noche. Estaba solo, quizá desde hacía tres horas. No dormía. Se había olvidado del sueño y del tiempo: "Los viejos dormimos poco, casi nunca. A veces apenas si dormitamos; pero sin dejar de pensar. Eso es lo único que me queda por hacer." Después añadió en voz alta: "No tarda ya. No tarda."^g

^fDin: Luna, un poco

Y siguió: "Hace mucho^h tiempo que te fuiste, Susana. La luz era igual entonces que ahora, no tan bermeja; pero era la misma pobre luz sin lumbre,ⁱ envuelta en el paño blanco de la neblina que hay ahora. Era el mismo momento. Yo aquí, junto a la puerta mirando el amanecer y mirando^j cuando te ibas, siguiendo el camino del cielo; por donde el cielo comenzaba a

^hDin: —Hace ya tiempo

ⁱDin: lumbre, empañada, como envuelta

^jDin: amanecer y mirándote a ti, que seguías el camino

^aCon guión y comillas en C. ^bCon guión y comillas en C. ^cCon guión y comillas en C.
^dCon guión y sólo comillas iniciales, en C. ^eDin y C: tarda". Y siguió: /

abrirse en luces, alejándote, cada vez más desteñida entre las sombras de la tierra.

"Fue^a la última vez que te vi. Pasaste rozando con tu cuerpo las ramas del paraíso^l que está en la vereda y te llevaste con tu aire sus últimas hojas. Luego desapareciste. Te^b dije: '¡Regresa, Susana!'"

Pedro Páramo siguió moviendo los labios, susurrando^c palabras. Después cerró la boca y entreabrió los ojos,^d en los que se reflejó la débil claridad del amanecer.

Amanecía. □

A esa misma hora, la madre de Gamaliel Villalpando,^e doña Inés, barría la calle frente a la tienda de su hijo, cuando llegó y,^f por la puerta entornada, se metió Abundio Martínez. Se encontró al Gamaliel dormido encima del mostrador con el sombrero cubriéndole^g la cara para que no lo molestaran las moscas. Tuvo que esperar un buen rato para que despertara. Tuvo que esperar a que doña Inés terminara la faena de barrer la calle^h y viniera a picarle las costillas a su hijo con el mango de la escoba y le dijera:

—¡Aquíⁱ tienes un cliente! ¡Alevántate!

El Gamaliel se enderezó de mal genio, dando gruñidos. Tenía los ojos colorados de tanto desvelarse y de tanto acompañar a los borrachos, emborrachándose con ellos. Ya sentado sobre el mostrador, maldijo a su madre, se maldijo a sí mismo y maldijo infinidad de veces a la vida,^j "que valía un puro carajo". Luego volvió a acomodarse con las manos entre las piernas y se volvió a dormir todavía farfullando^k maldiciones:

—Yo^l no tengo la culpa de que a estas horas anden sueltos los borrachos.

—El pobre de mi hijo. Discúlpalo,^m Abundio. El pobre se pasó la noche atendiendo a unos viajeros que se picaronⁿ con las copas. ¿Qué es lo que te trae^o por aquí tan de mañana?

Se^o lo dijo a gritos, porque Abundio era sordo.

—Pos nada más un cuartillo^p de alcohol,^p del que estoy necesitado.

^cDin: labios, balbuciendo palabras sin sonido. Después

^eDin: Gamaliel Villa, doña
^fDin: llegó y se metió por la puerta entornada Bonifacio Páramo. Se C: llegó y se metió por la puerta entornada Abundio Martínez. Se ^gDin: sombrero metido en la

^hDin: calle, para que viniera

^kDin: todavía murmurando maldiciones:

^mDin: Discúlpalo Boniz. El pobre. Se pasó

ⁿDin y C: te trai por

^oFalta este párrafo en Din.

^aPárrafo sin comillas en C. Tampoco la cita que está en su interior posee comillas.
^bDin y C presentan en párrafo aparte: Te... Susana! En Din: "Te dije: '¡Regresa, Susana!'" ^dDin y C: ojos en "Párrafo integrado al anterior en Din y en C; sin guión, con comillas, en Din, y sólo con guión en C. ^jDin, A, B, C, D, E y F: vida "que ^lEn Din y en C, párrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión. ^mC: Discúlpalo Abundio.
^pDin, A, B, C, D, E y F: alcohol del

—¿Se te volvió a desmayar la Refugio?

—Se me murió ya, madre Villa. Anoche mismito, muy cerca de las once. Y conque^a hasta vendí mis burros.^b Hasta eso vendí porque se me aliviara.

—¡No^c oigo lo que estás diciendo! ¿O no estás diciendo nada? ¿Qué es lo que dices?

—Que me pasé la noche velando a la muerta,^d a la Refugio. Dejó de resollar anoche.

—Con razón me olió a muerto. Fíjate que hasta yo le dije al Gamaliel: "Me^e huele que alguien se murió en el pueblo." Pero^f ni caso me hizo; con eso de que tuvo que congeniar con los viajeros, el pobre se emborrachó. Y tú sabes que cuando está en ese estado,^g todo le da risa y ni caso le hace a una. ¿Pero qué me dices? ¿Y tienes convidados para el velorio?

—Ninguno,^h madre Villa. Para eso quiero el alcohol, para curarme la pena.

—¿Loⁱ quieres puro?

—Sí, madre Villa. Pa emborracharme más pronto.^j Y démelo rápido que llevo prisa.

—Te daré dos decilitros^k por el mismo precio y por ser para ti. Ve^l diciéndole entretanto a la difuntita que yo siempre la aprecié y que me tome en cuenta cuando llegue a la gloria.^m

—Sí, madre Villa.

—Díseloⁿ antes de que se acabe de enfriar.^o

—Se lo diré.^p Yo sé que ella también cuenta con usted pa que^q ofrezca sus oraciones. Con decirle que se murió compungida^r porque no hubo ni quien la auxiliara.^s

—¿Qué, no fuiste a ver al padre Rentería?^t

—Fui.^u Pero me informaron que andaba en el cerro.

—¿En cuál cerro?

—Pos por esos andurriales. Usted sabe que andan en la revuelta.^v

—¿De modo que también él? Pobres de nosotros, Abundio.

—A nosotros qué nos importa eso, madre Villa. Ni nos va ni nos viene. Sírvame la otra. Ahí^w como que se hace la disimulada, al fin y al cabo el Gamaliel está dormido.

^aDin: conque dizque hasta vendí el solar que me legó mi madre y que usted sabe que era bueno. Conque hasta eso ^bC: burros. Dizque hasta eso ^cDin: —Háblame más fuerte que no oigo bien. ¿Qué es lo

^fDin: Pero él ni

^gDin: estado ni caso le

^hDin: —No, estoy solo. Para eso quiero el alcohol. Para curarme

ⁱDin: —¿Y lo quieres puro?

^jDin: más rápido. Y démelo pronto que

^kDin y C: decilitros

^lDin: ti. Dile entretanto

^mDin: gloria. Díselo antes que se acabe de derretir./ C: gloria. Yo creo que es una de las pocas, porque

de verdad que era buena la Refugio, mejor que tú, Abundio, perdonando la ofensa. ⁿC: —Dícelo ^oC: de derretir./ ^pDin: diré, madre Villa. Yo

^qDin: que le rece sus C: que le ofrenda sus ^rDin y C: murió llorando porque ^sDin: auxiliara. Es triste, ¿no? ^tDin: padre Aniceto?

^uDin: revuelta, dizque levantados en armas./ —Con razón no me ha soltado la preocupación. Siento desde hace muchos días como que se nos va a acabar la tranquilidad. ¿De modo que también él? Vaya pues./ —Pero a nosotros qué ^vDin: otra. Hay como

^dDin: muerta. A la ^eSin comillas en Din y en C. ^fDin: fui; pero me

—Pero no se te olvide pedirle a la Refugio que ruegue a Dios por mí, que tanto lo necesito.

—No se mortifique. Se lo diré en llegando. Y hasta le sacaré la promesa de palabra, por si es necesario y pa que usted se^b deje de apuraciones.

—Eso, eso mero debes hacer. Porque tú sabes cómo son las mujeres. Así que hay que exigirles el cumplimiento en^c seguida.

Abundio Martínez^d dejó otros veinte centavos sobre el mostrador.

—Démeme el otro cuartillo, madre Villa.^f Y si me lo quiere dar sobradito, pos ahí^g es cosa de usted. Lo único que le prometo es que éste sí me lo iré a beber junto a la difuntita; junto a mi Cuca.

—Vete^h pues, antes que se despierte mi hijo. Se le agríaⁱ mucho el gejo cuando amanece después de una borrachera. Vete volando^j y no se te olvide darle mi encargo a tu mujer.

Salió de la tienda dando estornudos. Aquello era para lumbré; pero, como le habían dicho que así se subía más pronto, sorbió un trago tras otro, echándose aire en la boca con la falda de la camisa. Luego trató de ir derecho^k a su casa, donde lo esperaba la Refugio; pero torció el camino y echó a andar calle arriba, saliéndose del pueblo por donde lo llevó la vereda.

—¡Damiana!^m—llamó Pedro Páramo—. Ven a ver qué quiere ese hombre que viene por el camino.

Abundioⁿ siguió avanzando, dando traspiés, agachando la cabeza y a veces caminando en cuatro patas. Sentía que la tierra se retorció, le daba vueltas y luego se le soltaba; él corría para agarrarla, y cuando ya la^o tenía en sus manos se le volvía a ir, hasta que llegó frente a la figura de un señor sentado junto a una puerta. Entonces se detuvo:

—Denme^p una caridad para enterrar a mi mujer^q—dijo.^r

Damiana Cisneros rezaba: "De las asechanzas^s del enemigo malo, líbranos, Señor." Y le apuntaba con las manos haciendo la señal de la cruz.

Abundio Martínez^t vio a la mujer de los ojos azorados,^u poniéndole aquella cruz enfrente, y se estremeció. Pensó que tal vez el demonio lo había^v seguido hasta allí, y se dio vuelta, esperando^w

^aDin y C: a Refugio

^bDin: usted esté conforme./

^cDin: cumplimiento rápido./

^dDin: Bonifacio Páramo dejó

^fDin: Villa. Si usted me lo

^gDin: pos hay es

ⁱDin: le sabe malorear mucho C: le malora mucho

^jDin: Vete volado y no se te olvid decirle a tu mujer que vele por mí desde la Gloria./

^kDin: ir derecho a

^oA, B y C: ya le tenía

^pDin y C: —Deme una

^sA y C: asechanzas

^tDin: Bonifacio Páramo vio ^uDin: azorados. Se estremeció, pensando que tal ^vDin y C: lo hubiera seguido

^eDin y C presentan este párrafo integro al anterior, sin guión. ^hC: Vete ⁱDin, A, B, C, D, E y F: casa donde ^mC: —¡Damiana! llamó Pedro Páramo. ⁿDin: Bonifacio Páramo siguió avanzando, dando traspiés, deteniéndose y agachando la cabeza y a veces caminando sobre las manos. Sentía que la tierra le daba vuelta, y luego que se le soltaba, la volvía a encontrar enroscándosele como una culebra, hasta que llegó frente a la figura de un señor, sentado junto a la puerta de una casa grande./ ^qDin y C: mujer, dijo ^rDin: dijo./ Oyo vagamente que alguien decía: "De las asechanzas del enemigo malo, líbranos Señor"./ Era Damiana la que rezaba y le apuntaba con las manos haciendo la señal de la cruz: "Del enemigo malo, líbranos Señor"./ ^wC: esperando encontrar alguna

encontrarse con alguna mala figuración. Al no ver a nadie, repitió:

—Vengo por una ayudita^b para enterrar a mi muerta.

El sol le llegaba por la espalda. Ese sol recién salido, casi frío, desfigurado por el polvo^c de la tierra.

La cara de Pedro Páramo se escondió debajo de las cobijas^d como si se escondiera de la luz, mientras que los gritos de Damiana se oían salir más repetidos, atravesando los campos: “¡Están matando a don Pedro!”

Abundio Martínez^g oía que aquella mujer gritaba. No sabía qué hacer para acabar con esos gritos. No le encontraba la punta a sus pensamientos. Sentía que los gritos de la vieja se debían estar oyendo muy lejos. Quizá hasta su mujer los estuviera oyendo, porque a él le taladraban las orejas, aunque no entendía lo que decía. Pensó en su mujer, que estaba tendida en el catre, solita, allá en el patio de su casa, adonde él la había sacado para que se serenara^k y no se apestara pronto. La Cuca, que todavía ayer se acostaba con él, bien viva, retozando como una potranca, y que lo mordía y le raspaba la nariz con su nariz. La que le dio aquel hijito que se les murió apenas^m nacido, dizque porque ella estaba incapacitada: el mal de ojo y los fríos y la rescoldera y no sé cuántos malesⁿ tenía su mujer, según le dijo el doctor que fue a verla^o ya a última hora, cuando tuvo que vender sus burros para traerlo hasta acá, por el cobro tan alto que le pidió. Y de nada había servido. La Cuca, que ahora estaba allá aguantando el relente^q con los ojos cerrados, ya sin poder ver amanecer; ni este sol ni ningún otro.

—¡Ayúdenme!^r—dijo—. Denme algo.

Pero ni siquiera él se oyó. Los gritos de aquella mujer lo dejaban sordo^v.

Por el camino de Comala se movieron unos puntitos negros. De pronto los puntitos se convirtieron en hombres y luego estuvieron aquí, cerca de él. Damiana Cisneros dejó de gritar. Deshizo su cruz. Ahora se había caído y abría la boca como si hostezara.

^eDin luz. Mientras que ^fSin comillas en C. ^gDin: Bonifacio Páramo no entendía. No le encontraba la punta a sus pensamientos. No sabía qué hacer ni de qué se trataba. Sentía que los gritos de la vieja se estaban oyendo mucho más allá del pueblo. Quizá hasta su mujer los estuviera oyendo. Se dio cuenta de eso: de que su mujer estaba tendida en JC; mujer; que B, D, E y F: mujer que ^hC: —¡Ayúdenme! dijo. Dénme ⁱPárrafo integrado al anterior, en Din y en C; con guión en C.

^aDin: con una mala

^bDin: una ayuda para

^cDin: por la neblina de la

^dDin: de la cobija como

^hC: entendía de qué se trataba. Pensó ⁱA: que decían. Pensó

^kDin: se conservara y

^lDin: todavía hacía una semana se ^j: todavía ayer, no; pero sí hacía unas dos semana se ^mDin: murió de recién, dizque

ⁿDin y C: males que tenía

^oDin: verla. La Cuca, que

^pC: servido. La

^qDin: relente de la noche con los

^rDin: de la mujer

^vDin y C: lo dejaron sordo. ^vC incluye a continuación el siguiente párrafo: Gritos. Nada más gritos. Y la cruz de una mano puesta casi junto a sus ojos. ^wDin: aquí, junto a él. La Damiana dejó de gritar. Ahora se

Los hombres que habían venido la levantaron del suelo y^a la llevaron al interior de la casa.^b

—¿No^c le ha pasado nada a usted, patrón?^d—preguntaron.

Apareció^e la cara de Pedro Páramo,^f que sólo movió la cabeza. Desarmaron^g a Abundio, que aún tenía el cuchillo lleno de sangre en la mano:

—Vente^h con nosotrosⁱ—le dijeron—. En buen lío te has metido.

Y^j él los siguió.

A^kntes de entrar en el pueblo les pidió permiso. Se hizo a un lado y allí vomitó una cosa amarilla como de bilis. Chorros y chorros, como si hubiera sorbido diez litros de agua. Entonces^m le comenzó a arder la cabeza y sintió la lengua trabada:ⁿ

—Estoy borracho—dijo.

Regresó a donde estaban esperándolo. Se apoyó en los hombros de ellos, que^o lo llevaron a rastras, abriendo un surco en la tierra con la punta de los pies. □

Allá^p atrás, Pedro Páramo, sentado en su equipal, miró^q el cortejo que se iba hacia el pueblo. Sintió que su mano izquierda, al querer levantarse, caía muerta sobre sus rodillas; pero no hizo caso de eso. Estaba acostumbrado a ver morir cada día alguno de sus pedazos. Vio cómo se sacudía el paraíso dejando caer sus^r hojas: "Todos escogen el mismo camino. Todos se van." Después volvió al lugar donde había dejado sus pensamientos.

—Susana^t—dijo. Luego cerró los ojos—. Yo te pedí que regresaras. . .

"... Había^v una luna grande en medio del mundo. Se me perdían los ojos mirándote. Los rayos de la luna filtrándose^w sobre tu cara. No me cansaba de ver esa^x aparición que eras tú. Suave,^y restregada de luna; tu boca abullonada,^z humedecida, irisada de estrellas; tu cuerpo transparentándose en el agua de la noche. Susana, Susana San Juan."^z

Quiso levantar su^{aa} mano para aclarar la imagen; pero sus piernas^{bb} la retuvieron como si fuera de piedra. Quiso levantar la otra mano y^{cc} fue cayendo despacio, de lado, hasta quedar apo-

^aDin: suelo llevándola al
^bDin: casa. "¿A usted no le ha pasado nada, patrón?" preguntaron.

^eDin: Entonces apareció la cara de Pedro Páramo que dijo: "No". Moviendo la cabeza. / ^gDin: Le quitaron a Bonifacio Páramo el cuchillo que tenía en la mano y le dijeron: "Vente con nosotros. En buen lío te has metido". Y él los siguió.

^kDin y C: entrar al pueblo

^lDin: lado de la vereda y allí echó una ^mDin: agua. Fue cuando le comenzó a arder la cabeza: "Estoy borracho", dijo. Luego regresó a donde estaban los demás. Se apoyó

^oDin y C: de ellos, y ellos lo

^qDin: miró con sus ojos semiabiertos el cortejo

^sDin: sus últimas hojas: "Todos se van—dijo—. Todos escogen el mismo camino". Después

^wDin: luna filtrando sus rayos sobre de tí. No ^xDin: esa como aparición que eras tú; tu cara tierna, restregada ^yC: tú. Tierna, restregada

^{aa}Din: levantar la mano izquierda para ^{bb}Din: sus rodillas la ^{cc}Din: levantar su mano derecha y ella se fue cayendo ^{dd}C: mano y su mano derecha fue cayendo

^cPárrafo integrado al anterior, sin guión, en C. ^dC: patrón? preguntaron. ^fC: Páramo que ^hPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C. ⁱC: nosotros, le dijeron. ^jPárrafo integrado al anterior, en C. ^mC: trabada: "Estoy borracho" dijo. Regresó a donde ^pDin no presenta esta separación de conjuntos de párrafos. ^qDin: eso, estaba ^rPárrafo con guión y comillas en Din. C: --Susana, dijo. ^tC: ojos. ^vDin, A, B, D, E y F: "...Había Párrafo sin comillas en C: ...Había ^wD no cierra comillas.

yada en el suelo como una mula deteniendo su hombro des-
huesado.

—^aEsta es mi muerte —dijo.^b

El sol se fue volteando sobre las cosas y les devolvió su forma. La tierra en ruinas estaba frente a él, vacía. El calor caldeaba su^c cuerpo. Sus ojos apenas se movían; saltaban de un^d recuerdo a otro,^e desdibujando el presente.^f De pronto su corazón se detenia y parecía como si también se detuviera^g el tiempo y el aire de la vida.

“Con^h tal de que no sea una nueva noche”,ⁱ pensaba él.

Porque tenía miedo de las^j noches que le llenaban de fantasmas la oscuridad. De encerrarse con sus fantasmas. De eso tenía miedo.

“Sé^k que dentro de pocas^l horas vendrá Abundio con sus manos ensangrentadas a pedirme la ayuda que le negué. Y yo no tendré manos para taparme los ojos y no verlo. Tendré que oírlo,^m hasta que su voz se apague con el día, hasta que se le muera su voz.”

Sintió que unas manos le tocaban los hombros y enderezó el cuerpo, endureciéndolo.

—Soy yo, don Pedroⁿ —dijo Damiana—. ¿No quiere que le traiga su almuerzo?^p

Pedro Páramo^q respondió:

—Voy^r para allá. Ya voy.

Se apoyó en los brazos de Damiana Cisneros e hizo intento de caminar. Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras. ■

^bDin: dijo. Y añadió—. Tengo tiempo de pedir perdón./

^cDin: caldeaba sus piernas inmóviles. Sus ojos se movían apenas; saltaban C; caldeaba sus piernas. Sus ^dC: de una mirada a otra, desdibujando ^eDin: presente. A veces su corazón ^fDin: se detuviera el aire, el aire de la vida./ C: se detuviera el tiempo. El aire. Como si se detuviera la vida./ A, B, D, E y F: se detuviera el ^gC: —Sé, dijo. Que dentro ^hDin: de unas cuantas horas vendrá Bonifacio con sus manos desangradas a pedirme la ayuda que le negué mientras estaba vivo. Y yo

^pDin y C: su merienda?

^qDin: Pedro Páramo no respondió. ^rDin carece de los dos párrafos siguientes.

^aA, B, D, E y F: “Esta es mi muerte”, dijo. C: Esta es mi muerte, dijo. ^eDin: otro desdibujando ^hDin y C: —Con ⁱDin: noche —pensaba él. C: noche, pensaba él. ^jDin: de los fantasmas de la noche que llenaban la oscuridad cuando la oscuridad lo llenaba todo. De encerrarse ^ksin comillas en Din. ^lC: horas, vendrá ^mDin: oírlo, hasta ⁿC: Pedro, dijo Damiana. ^pPárrafo integrado al anterior, con comillas y sin guión, en C.

¹Comala no existe en el estado de Jalisco, pero es un topónimo real que significa lugar caliente.

²Canícula: período del año que en los países mediterráneos comprende del 23 de julio al 2 de septiembre.

³La saponaria es una planta herbácea, baja, de hojas cordiformes, opuestas. Sus flores son rojizas y su fruto está encerrado en una cápsula roja.

⁴Existe a una distancia intermedia entre San Gabriel y Zapotlán el Cerro de La Media Luna, y en una parte de éste se halla la hacienda del mismo nombre.

⁵La gobernadora es un arbusto de uno a tres metros de alto. Tiene hojas opuestas, cubiertas por una resina de olor penetrante. Sus hojas son amarillas y su fruto piloso.

⁶La capitana es un arbusto de hasta seis metros de alto. Sus hojas son opuestas, ovadas y miden de quince a treinta centímetros.

⁷Rebozo: prenda de vestir femenina. Consiste en un lienzo de aproximadamente metro y medio que se lleva sobre los hombros y cubre con sus extremos el busto.

⁸Tiliches: trebejos, enseres.

⁹Hay en Jalisco dos tipos de árboles con el nombre de laurel: el arbusto de hojas lanceoladas y flores en panícula de diferentes colores, y el árbol corpulento llamado laurel de la India, muy poblado de hojas. Tal vez aquí se trate del segundo caso.

¹⁰Papalote: objeto de cartón o de papel que se hace elevar contra la fuerza del viento, sosteniéndolo con un hilo. En algunos lugares se le llama cometa.

¹¹Molcate: mazorca de maíz, de tamaño mediano. Aquí debe entenderse que el molino está roto por haber molido el maíz con todo y mazorca.

¹²Jerrar: errar.

¹³La chuparrosa es el chupamirto o colibrí.

¹⁴Tafeta o tafetán es una tela de seda.

¹⁵Una culebra de agua es una tormenta extraordinaria, de efectos perjudiciales para los sembradíos. En Jalisco suelen exorcizarlas en tres formas: con la señal de la cruz, hecha por un sacerdote, con un crucifijo -se dice que la culebra queda entonces cortada-, con toquidos de campana y con cohetes, con lo que se las ahuyenta.

¹⁶Atrinchilar: acorralar a una persona con los brazos o estrecharla contra la pared.

¹⁷El nixtenco es el fogón, el brasero.

¹⁸En muchos pueblos de Jalisco es común potabilizar el agua filtrándola a través de una vasija gruesa de cantera. De esta vasija cae gota a gota el agua en un recipiente. Se conoce como hidrante el juego de las tres piezas: la estructura que sostiene las vasijas y éstas mismas.

¹⁹Alazán: amarillo.

²⁰Las chabarreras son lienzos de piel que se colocan los jinetes alrededor de cada pierna, sobre el pantalón, sujetos a la cintura con una correa. Evitan el daño que puede producir pasar entre los arbustos.

²¹Borlote significa aquí fiesta.

²²Misas Gregorianas: las que se dicen en sufragio de un difunto durante treinta días seguidos.

²³Condenaron la puerta, es decir, la cancelaron.

²⁴La rejodida: la fregada.

²⁵La rechintola es eufemismo de la rechingada.

²⁶Collón: miedoso, cobarde.

²⁷Chicote: látigo.

²⁸El pesobre es aquí el objeto construido de madera, en forma de canal, en el que se coloca la pastura para los animales.

²⁹Gañán: mono de labranza.

³⁰La libranza es el documento por el cual una persona se obliga a pagar determinada suma. Se la conoce también como pagaré.

³¹Existe al suroeste de San Pedro Toxín el Cerro de Enmedio.

- ²Un propio es un enviado personal, un recadero.
- ³Desconchinflada: descompuesta.
- ⁴Conchavar: conseguir.
- ⁵Trastazo: golpe. Es onomatopeya.
- ⁶Se las avenas: se las arregle.
- ⁷El aparato o quinqué de petróleo consiste en un recipiente que contiene petróleo, y éste sube por una mecha para alimentar el fuego. Sobre el recipiente va una bombilla.
- ⁸EL equipal es un sillón semirredondo hecho a base de tiras de madera y forrado de piel de cerdo.
- ⁹Recordar tiene aquí el significado arcaico de despertar.
- ¹⁰Ujote: enfermedad de la piel, consistente en manchas ásperas y rojas, con picazón.
- ¹¹Breñas: las ramas secas de la maleza, con espinas.
- ¹²El pochote es una especie de heno de ceiba, que sirve para rellenar cojines y almohadas.
- ¹³Turicata: garrapata de cerdo.
- ¹⁴Contimás: cuanto más.
- ¹⁵Cuarraco y Cuarraca son apodos aplicados a las personas que cojean.
- ¹⁶Un molote es un envoltorio pequeño.
- ¹⁷El hectolitro es una medida de capacidad equivalente a cien litros.
- ¹⁸El galápagu parece ser aquí la prominencia de tierra que bordea el río.
- ¹⁹En los pueblos se dice: dieron el alba, dieron las tres de la tarde, porque con toques de campana se indican las principales horas del día.
- ²⁰Azálea o azalea es un arbusto ornamental, de hojas elípticas y flores muy vistosas, de varios colores.
- ²¹La guayaba de China es la guayaba común, llamada también guayaba montés, colorada o china.
- ²²El Chincual es la inquietud sexual, el despertar del deseo carnal.
- ²³Chapotear: aplastar violentamente un líquido haciendo que éste salte a los lados.
- ²⁴Echar realada es reunir el ganado, de donde procede el sentido de aprehender en masa, llevarse todo.
- ²⁵Mascota, Jal., es cabecera del municipio del mismo nombre, situada en la ladera oeste de la Sierra de Mascota, a doscientos kilómetros al oeste de Guadalajara. Es un centro agrícola. En 1980 tenía 14 945 habitantes todo el municipio.
- ²⁶Apango es una población situada al noroeste de San Gabriel.
- ²⁷Probablemente se trata de indios huicholes, grupo que subsiste en el centro y en la parte occidental del estado de Jalisco así como en el estado de Nayarit. En 1980, había en el municipio de San Gabriel setenta y dos hablantes de huichol, de un total de ciento treinta y cuatro personas mayores de cinco años que hablaban lengua indígena.
- ²⁸Atole: bebida alimenticia que se obtiene a partir del cocimiento en agua de la masa de maíz.
- ²⁹Pulque: bebida embriagante elaborada a partir de la fermentación del jugo de maguey.
- ³⁰Soltó la cacalda (por calda) tiene aquí el sentido de soltó la carrera.
- ³¹Tilcuate es apodo que significa culebra.
- ³²Pájaros llamados 'picos feos': los tucanes.
- ³³Móndrigo y móndrego son eufemismos de móndigo, aprovechado.
- ³⁴El cebí es una variedad de toro originaria de la India, muy apreciada por su al-

to rendimiento en leche y carne.

⁵Villistas: los seguidores de Francisco Villa, El Centauro del Norte, quien dirigió la famosa División del Norte durante el movimiento armado que se inició en 1910. Una de las grandes figuras de la épica revolucionaria. Villa tomó las armas contra el gobierno de Huerta, como lo hicieron varios sublevados. Después se enfrentó a Carranza y a Obregón, que representaban proyectos políticos contrarios al suyo. Adolfo de la Huerta consiguió su alejamiento de la lucha y su dedicación, en la hacienda de Canutillo, a las labores agrícolas. Murió en 1923 en una emboscada.

⁶Chacha es un término afectivo.

⁷La caporala, es decir, la jefa.

⁸Un entre: un asalto, un ataque armado, una acción violenta.

⁹Una gorda con chile: una torta de maíz, delgada, a la que se le pone ají.

¹⁰Pilmama: la mujer que amamanta y cuida a niños que no son suyos.

¹¹Un pegue: una pegada, un asalto.

¹²Cocuyo: luciérnaga.

¹³Zahorino: brujo, adivino.

¹⁴El ocho de diciembre se celebra la Purísima Concepción de María.

¹⁵Carrancistas: los soldados del ejército dirigido por Venustiano Carranza o fieles a éste.

¹⁶Alvaro Obregón fue uno de los caudillos de la Revolución. Notable estratega militar, perteneció al grupo del noroeste, en el que figuraron Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles. Se unió a Carranza y derrotó a Villa. Después rompió con Carranza y se unió al Plan de Agua Prieta. Asesinado Carranza, hubo un gobierno interino a cargo de Adolfo de la Huerta y mediante elecciones generales ocupó Obregón la presidencia de 1920 a 1924. Obregón murió asesinado en 1928, durante un festejo con que se celebraba su elección para un segundo período presidencial.

¹⁷Paraíso es el nombre que en México se da al cinamomo, árbol de flores abundantes y vistosas.

¹⁸Farfullar: hablar de prisa y atropelladamente.

¹⁹Picarse con las copas: seguir tomando.

²⁰Un cuartillo es una medida que equivale a 0.456 litros.

²¹Abullonada puede tener aquí el significado: abultada, o con pliegues, sentidos que, tratándose de la boca, no son excluyentes.

NOS HAN DADO LA TIERRA

Después de tantas^A horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol,^B ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros.

Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después; que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí,^C hay algo. Hay un pueblo. Se oye^D que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza.

Pero^E el pueblo está todavía muy allá. Es el viento el que lo acerca.

Hemos^F venido caminando desde el amanecer. Ahorita son algo así como las cuatro de la tarde. Alguien se asoma al cielo, estira los ojos hacia donde está colgado^G el sol y dice:

—Son^H como las cuatro de la tarde.

Ese alguien es Melitón.^I Junto con él,^J vamos Faustino,^K Esteban y yo. Somos cuatro. Yo los cuento: dos^L adelante, otros dos atrás. Miro más atrás y no veo a nadie. Entonces me digo: "Somos cuatro."^M Hace rato, como a eso de las once,^N éramos veintitantos; pero puñito a puñito se han ido desperdigando hasta quedar nada más^O este nudo que somos nosotros.

Faustino dice:

—Puede^P que llueva.

Todos levantamos la cara y miramos una nube negra^Q y pesada que pasa por encima de nuestras cabezas. Y pensamos: "Puede^R que sí."

No decimos lo que pensamos. Hace ya tiempo que se nos acabaron las ganas de hablar. Se nos acabaron con el calor. Uno platicaría muy a gusto en otra parte, pero aquí cuesta trabajo. Uno platica aquí y las palabras se calientan en la boca con el

^DPan: do caminar diez horas nin hallar ni una

^dPan: Se oyen ladrar los perros y se siente en el aire un olor de humo y se

^ePan: Con todo, el pueblo

^fPan: Ya va para diez horas que venimos caminando. Ahorita

^gPan: está acomodado el sol

ⁱPan: es Odilón. Junto ^kPan: vamos Justino, Esteban

ⁿPan: de las dos, éramos

^cPan: quedar nomás este

^qPan: negra que pasa

^{Pan:} sombra de árbol; ni una semilla de árbol; ni una raíz. ^CPan: sí hay ^hPan: dice: "Con algo así como las cuatro de la tarde". Ese alguien ^JPan: él vamos ^kPan: cuento: Dos adelante, ^mPan: digo: somos cuatro. Hace ^PPan: dice: "Puede que llueva". ^rPan: pensamos: "Puede que sí."

calor de afuera, y se le resecan a uno en la lengua hasta que acaban con el resuello. ^aAquí ^basí con las cosas. Por eso a nadie le da por platicar.

Cae una gota de agua, ^cgrande, gorda, haciendo un agujero en la tierra y dejando una plasta como la de un salivazo. Cae sola. Nosotros esperamos ^da que sigan cayendo más. ^eNo llueve. Ahora si se mira el cielo se ve ^fa la nube aguacera corriéndose muy lejos, ^ha toda prisa. El viento que viene del pueblo se le arriba empujándola contra las sombras ⁱazules de los cerros. Y a la gota caída por equivocación ^jse la come la tierra ^ky la desaparece en su sed.

¿Quién diablos haría este llano tan grande? ¿Para qué sirve, eh?

Hemos vuelto a caminar. Nos habíamos detenido para ver llover. No llovió. Ahora vo'vemos a caminar. Y a mí se me ocurre que ^lhemos caminado más de lo que llevamos andado. Se me ocurre eso. De haber llovido quizá se me ocurrieran otras cosas. Con todo, yo sé que desde que ^myo era muchacho, ⁿno vi llover nunca sobre el Llano, ^olo que se llama llover.

No, el Llano ^pno es cosa que sirva. No hay ni conejos ni pájaros. No hay nada. ^qA no ser unos cuantos huizaches ^rtrespeleques ^sy una que otra manchita de zacate ^tcon las hojas enroscadas, ^ua no ser eso, no hay nada.

Y por aquí vamos nosotros. Los cuatro a pie. Antes andábamos a caballo y traíamos ^vterciada una carabina. Ahora no tenemos ni siquiera la carabina.

Yo siempre he pensado que en eso de quitarnos la carabina hicimos bien. Por acá resulta peligroso andar armado. Lo matan a uno sin avisarle, viéndolo a toda hora con "la 30" ^wamarrada a las correas. Pero los caballos son otro asunto. De venir a caballo ya hubiéramos probado el agua verde del río, ^xy paseado nuestros estómagos por las calles del pueblo para que se les bajara la comida. Ya lo hubiéramos hecho de tener todos aquellos caballos que teníamos. Pero ^ytambién nos quitaron los caballos junto con la carabina.

Vuelvo ^zhacia todos lados y miro el Llano. ^{aa}Tanta y tamaña

^{bb}E y G presentan en párrafo independiente: Aquí... platicar. ^{cc}Pan: agua grande ^{dd}Pan: cielo, se ^{ee}Pan: lejos a ^{ff}Pan: equivocación, se ^{gg}Pan: muchacho no ^{hh}Pan: la 30 ⁱⁱPan: caballo, ya

¹Pan: resuello de uno. Aquí

^dPan: esperamos que ^ePan: más y las buscamos con los ojos. Pero no hay ninguna más. No llueve. Iba a llover; pero ahora, si A, B, C y D: más y las buscamos con los ojos. Pero no hay ninguna más. No llueve. Ahora si ^fPan: ve la ^gPan: las grandes obscuridades de los cerros. "¡Tienes que dejar el llano! ¡Tienes que dejar el llano!" le dice ese viento sabroso a humo. Y a la ^hPan: tierra suelta y ⁱPan: ocurre eso. Y es que no llovió. De haber llovido

^mPan: desde cuando yo ^oPan, A, B, C y D: el llano, lo

^pPan, A, B, C y D: el llano no ^qPan: No hay árboles. A no

^rPan: enroscadas como de tirabuzón. A no ser eso

^sPan: traíamos una

^vOración omitida en Pan.

^wPan: Volteo para todas partes y miro ^xPan, A, B, C y D: el llano, Tanta

tierra para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que les detenga. Sólo unas cuantas lagartijas salen a asomar la cabeza por encima de sus agujeros, y luego que sienten la tatemá⁶ del sol² corren a esconderse¹ en la sombrita de una piedra. Pero nosotros, cuando tengamos^c que trabajar aquí,^d ¿qué haremos para enfriarnos del sol, eh? Porque a nosotros nos dieron esta costra de tepetate⁷ para que la sembráramos.

Nos dijeron:

—Del^f pueblo para acá es de ustedes.

Nosotros preguntamos:

—¿El^g Llano?

—Sí, el Llano.^h Todo el Llano Grande.

Nosotros paramos la jeta para decir que el Llanoⁱ no lo queríamos. Que queríamos lo que estaba junto al río. Del río para allá,^j por las vegas, donde están esos árboles llamados casuarinas⁹ y las paraneras^{k,10} y la tierra buena. No este duro pellejo de vaca que se llama el Llano.⁸

Pero no nos dejaron decir nuestras cosas.¹¹ El delegado no venía a conversar^m con nosotros. Nos puso los papeles en la mano y nos dijo:^o

—No se vayan a asustar por tener tanto terreno para ustedes solos.

—Es que el Llano,^p señor delegado...?

—Son miles y miles de yuntas.¹¹

—Pero no hay agua. Ni siquiera para hacer un buche hay agua.

—¿Y el temporal? Nadie les dijo que se les iba a dotar con tierras de riego. En cuanto allí⁷ llueva, se levantará el maíz como si lo estiraran.

—Pero, señor delegado,^s la tierra está deslavada, dura. No creemos que el arado se^t entierre en esa como cantera que es la tierra del Llano.^u Habría que hacer agujeros con^v el azadón para sembrar la semilla^w y ni aun así es positivo¹² que nazca nada; ni maíz ni nada nacerá.

—Eso manifiésteno por escrito. Y ahora váyanse. Es al lati-

¹Pan: esconderse de la luz en la

^cPan: cuando vengamos a trabajar

^ePan: oh? A nosotros

^hPan, A, B, C y D: el llano. Todo

ⁱPan: A, B, C y D: el llano no

^jPan: allá; donde están los árboles llamados sabinos,⁹ y las

⁸Pan: el llano.

¹¹Pan: cosas cabales. El Delegado no

^mPan: a platicar con

^oPan: dijo que no nos fuéramos a espantar por tener tanto terreno para nosotros solos.

^pPan, A, B, C y D: el llano, señor

^qPan: señor Delegado...

^rPan: cuanto llueva allí, se

^sPan: señor Delegado, la

^tPan: el arado entre en esa

^uPan: del llano. Habría ^vPan: con azadón para enterrar la semilla, y no es positivo

¹Pan: sol, corren ^dPan: aquí ¿qué ¹Pan: dijeron: "Del pueblo para acá es de ustedes".
¹Pan: preguntamos: "¿El llano?" ^kPan: paraneras, y ^wPan: A y B: semilla, y

fundio al que tienen que atacar, no al Gobierno¹³ que les da la tierra.

—Espérenos usted, señor delegado.¹⁴ Nosotros no hemos dicho nada contra el Centro.¹⁴ Todo es contra el Llano...¹⁴ No se puede contra lo que no se puede. Eso es lo que hemos dicho... Espérenos usted para explicarle. Mire, vamos a comenzar por donde vamos...

Pero él no nos quiso oír.

Así nos han dado esta tierra. Y en este comal¹⁵ acalorado quieren que sembremos semillas de algo, para ver si algo retoña y se levanta. Pero nada se levantará¹⁵ de aquí. Ni zopilotes.¹⁶ Uno los ve allá cada y cuando, muy arriba, volando a la carrera; tratando de salir lo más pronto¹⁶ posible de este blanco terregal endurecido, donde nada se mueve y por donde uno camina como recuando.

Melitón¹⁷ dice:

—Ésta es la tierra que nos han dado.

Faustino¹⁸ dice:

—¿Qué?

Yo no digo nada. Yo pienso: "Melitón¹⁹ no tiene la cabeza en su lugar. Ha de ser el calor el que lo hace hablar así. El calor, que le ha traspasado el sombrero y le ha calentado la cabeza. Y si no, ¿por qué dice lo que dice? ¿Cuál tierra¹⁹ nos han dado, Melitón? Aquí no hay ni la tantita que necesitaría el viento para sacar a los remolinos."

Melitón²⁰ vuelve a decir:

Servirá²⁰ de algo. Servirá aunque sea para correr yeguas.²¹

¿Cuáles yeguas? —le pregunta Esteban.

Yo no me había fijado bien a bien en Esteban. Ahora que habla me fijo en él. Lleva puesto un gabán²² que le llega al ombligo, y²² debajo del gabán saca la cabeza algo así como una gallina.

Sí, es una gallina colorada la que lleva Esteban debajo del gabán. Se le ven los ojos dormidos y el pico abierto como si bostezara. Yo le pregunto:

—Oye,²³ Teban,²³ ¿dónde pepenaste²³ esa gallina?

A, B, C, D, E, F y G: calor que ¹Pan presenta este párrafo integrado al anterior, entrecomillado y sin guión. ²Pan: —Oyo Teban ¿dónde

³Pan: señor Delegado. Nosotros

⁴Pan: el llano... No

⁵Pan: levantará. Ni zopilotes. Se los ve de vez en cuando, lejos, muy arriba, ⁶Pan: pronto de

⁷Pan: Odilón dico: "Esta es la tierra que nos han dado".

⁸Pan: Justino dice: "¿Qué?"

⁹Pan: pienso: "Odilón no

¹⁰Pan: ¿Cuál tierra, Odilón? ¿Cuál tierra nos han dado? Aquí no

¹¹Pan: a las polvaredas".

¹²Pan: Odilón vuelve

¹³Pan: A y B: y de debajo

¹⁴A, B, C y D: Teban, ¿de dónde

—Es^a la mía —dice él.

—No la traías antes. ¿Dónde la mercaste,^b eh?

—No^c la merqué, es la gallina de mi corral.

—Entonces te la trajiste de bastimento,^a ¿no?^d

—No,^e la traigo para cuidarla. Mi casa se quedó sola y sin^f nadie para que le diera de comer; por eso me^g la traje. Siempre que salgo lejos cargo con ella.

—Allí^h escondida seⁱ te va a ahogar. Mejor sácala al aire.

Él se la acomoda debajo del brazo y le sopla^j el aire caliente de su boca. Luego dice:

—Estamos llegando al derrumbadero.^k

Yo ya no oigo lo que sigue^l diciendo Esteban. Nos hemos puesto en fila para bajar la barranca y él va mero adelante. Se ve que ha agarrado a la gallina por las patas y la zangolotea^m a cada rato, para no golpearle la cabeza contra las piedras.

Conforme bajamos, la tierra se hace buena. Sube polvo desde nosotros como si fuera unⁿ atajo de mulas lo que bajara por allí; pero nos gusta llenarnos de polvo. Nos gusta. Después de venir durante once horas pisando la dureza del Llano,^o nos sentimos muy a gusto envueltos en aquella cosa que brinca^p sobre nosotros y sabe a tierra.

Por encima del río, sobre las^q copas verdes de las casuarinas, vuelan parvadas de chachalacas^r verdes. Eso también es lo que nos gusta.

Ahora los ladridos de los perros se oyen aquí, junto^s a nosotros, y es que el viento que viene del pueblo^t retacha en la barranca y la llena de todos sus ruidos.

Esteban ha vuelto a abrazar su gallina cuando nos acercamos a las primeras casas. Le desata las patas para desentumecerla,^u y luego él y su gallina desaparecen detrás de unos tepemezquites.^v

—¡Por aquí arriendo^w yo! —nos dice Esteban.

Nosotros seguimos adelante,^x más adentro del pueblo.

La tierra que nos han dado está allá arriba.

^aPan: —¡Es mía! —dice él. A, B, C y D: —¡Es la mía! —dice él.

^bPan: la compraste, eh? ^cPan: No, no la compré; es la gallina de mi casa. ^dPan: bastimento, ¿eh?

^ePan: —La traigo ^fPan: y no tenía a nadie ^gPan: eso cargó con ella. Siempre que salgo cargo con ella. ^hPan: —Ahí ⁱPan y F: se va a ahogar. Sácala al aire. ^jPan: sopla on la cara el aire

^kPan: derrumbadero. Abajito está el pueblo. ^lPan: que dico Esteban.

^mPan: la balancoa a

ⁿPan: fuera una roca de mulas la que bajara por ahí; pero

^oPan: del llano, nos ^pPan: que salta sobre

^qPan: sobre lo verde de los sabinos vuelan

^rPan: aquí, a un lado de nosotros,

^uPan: tepemezquites. "¡Por aquí me voy yo!", —nos dice Esteban. ^vPa: seguimos caminando más

^wPan: pueblo, retacha ^xPan: desentumecerla y luego, él

¹El Llano Grande es una porción de terreno semidesértico que se halla al sur de Venustiano Carranza, cabecera del municipio del mismo nombre, en el sur del estado de Jalisco. Es parte alta, con altura de 900 a 1500 metros sobre el nivel del mar. La rodean diversos volcanes y cerros.

²El huizache es un arbusto espinoso que se da en campos abiertos, secos y pedregosos.

³Trespeleque es una expresión despectiva.

⁴Zacate: yerba, pasto.

⁵Puede ser que se trate de alguno de los afluentes del río Armería: los ríos Ayuquila, Jiquilpan o Tuxcacuenco.

⁶La tatema: la quemadura.

⁷Topotato: suelo rocoso producido por el intemperismo y por el deslave de la tierra.

⁸Casuarina: árbol propio de lugares áridos. Es vistoso y con el viento produce un sonido característico.

⁹Sabino: el ahuehuate mexicano. Es una conífera muy corpulenta, la más importante de la altiplanicie. Propia de lugares elevados. Crece a la orilla de los ríos y en lugares pantanosos.

¹⁰La paranera designa la extensión de terreno sombreada de paraná, planta forrajera.

¹¹Yunta de tierra: medida agraria que equivale aproximadamente a treinta hectáreas.

¹²Es positivo: es afirmativo.

¹³Aunque los primeros jefes y gobiernos revolucionarios fraccionaron y repartieron algunos latifundios a los campesinos, fue durante el régimen de Lázaro Cárdenas (1934-1940) cuando se intensificó el reparto agrario.

¹⁴El Centro: el gobierno federal, del cual proceden los decretos expropiatorios.

¹⁵Comal: utensilio de cocina en forma de disco, que puesto sobre el fuego sirve para cocer, tostar o calentar. Puede ser de barro cocido o de lámina.

¹⁶Zopilote: ave de color negro que se alimenta preferentemente de carroña.

¹⁷Correr yeguas: efectuar carreras de yeguas.

¹⁸El gabán es un lienzo de lana que sirve de abrigo personal. Tiene en el centro una abertura y por ésta se mete la cabeza, de modo que el lienzo cae sobre los hombros y cubre tanto el pecho como la espalda.

¹⁹Popenar: conseguir, agarrar.

²⁰Mercar: comprar.

²¹Bastimento: provisión para comer.

²²Zangolotear: mover, agitar, sacudir.

²³Chachalaca: ave de unos sesenta centímetros y de plumaje café. Habita en chaparrales y en bosques de zonas secas. Voea al volar.

²⁴El tepcomezquite es una variedad de mosquito. Éste se da en lugares áridos y es frondoso y alto, de ramas espinosas y de corteza rugosa y muy seca, de color café rojizo. Produce resina.

²⁵Arrendar: tomar camino, irse por alguna parte.

LA CUESTA DE LAS COMADRES

Los difuntos Torricos siempre fueron buenos amigos míos. Tal vez en Zapotlán¹ no los quisieran² pero, lo que es de mí, siempre fueron buenos amigos,³ hasta tantito antes de morir. Ahora eso de que no los quisieran en Zapotlán no tenía ninguna importancia, porque tampoco a mí me querían allí, y tengo entendido que a nadie⁴ de los que vivíamos en la Cuesta de las Comadres nos pudieron ver con buenos ojos los de Zapotlán. Esto era desde viejos tiempos.

Por otra parte, en la Cuesta de las Comadres, los Torricos no lo llevaban bien con todo mundo. Seguido había desavenencias. Y si no es mucho decir, ellos eran allí los dueños de la tierra y de las casas que estaban encima de la tierra, con todo y que, cuando el reparto,⁵ la mayor parte de la Cuesta de las Comadres nos había tocado por igual a los sesenta que allí vivíamos, y a ellos, a los Torricos, nada más un pedazo de monte, con una mezealera⁶ nada más, pero donde estaban desperdigadas casi todas las casas. A pesar de eso, la Cuesta de las Comadres era de los Torricos. El coamil⁷ que yo trabajaba era también de ellos: de Odilón y Remigio Torrico, y la docena y media de lomas verdes que se veían allá abajo eran juntamente de ellos. No había por qué averiguar nada. Todo mundo sabía que así era.

^fAm y A: cuamil

Sin embargo, de aquellos días a esta parte, la Cuesta de las Comadres se habían ido⁸ deshabitando. De tiempo en tiempo, alguien se iba; atravesaba el guardaganado⁹ donde está el palo alto,¹⁰ y desaparecía entre los encinos¹¹ y no volvía a aparecer ya nunca. Se iban, eso era todo.

^gAm: había quedado con poca gente. De

Y yo también hubiera ido de buena gana a asomarme a ver qué había tan atrás del monte que no dejaba volver a nadie; pero me gustaba el terrenito de la Cuesta, y además era buen amigo de los Torricos.

^dAm: quisieran; pero lo A, B, C y D: quisieran; pero, lo de ^eAm: Comadras; nos ^eAm y G: Comadras los ^bAm: alto y

^bAm: amigos hasta ^cAm: nadie

El coamil^a donde yo sembraba^b todos los años un tantito de maíz para tener elotes, y otro tantito de frijol, quedaba por el lado de arriba, allí donde la ladera baja hasta esa barranca que le dicen^d Cabeza del Toro.

El lugar no era feo; pero la tierra se hacía pegajosa desde que comenzaba a llover, y luego había un desparramadero de piedras duras y filosas^c como troncos que parecían crecer con el tiempo. Sin embargo, el maíz se pegaba bien^e y los elotes que allí se daban eran muy dulces. Los Torricos, que para todo lo que se comían necesitaban la^f sal de tequesquite,^g para mis elotes no, nunca buscaron ni hablaron de echarle tequesquite a mis elotes, que eran de los que se daban en^h Cabeza del Toro.

Y con todo y eso, y con todo y que las lomas verdes de allá abajo eran mejores, la gente se fue acabando. No se iban para el lado de Zapotlán, sino por este otro rumbo, por donde llega a cada rato ese viento lleno del olor de los encinos y del ruido del monte. Se iban callados, la boca, sin decir nada ni pelearse con nadie. Es seguro que les sobraban ganas de pelearse con los Torricos para desquitarse de todo el mal que les habían hecho; pero no tuvieron ánimos.

Seguro^k eso pasó.

La cosa es que todavía después de que murieron los Torricos nadie volvió más por aquí. Yo estuve esperando. Pero^l nadie regresó. Primero les cuidé sus casas,^m remendé los techos y les puse ramas a los agujeros de sus paredes; pero viendo que tardaban en regresar, las dejé por la paz. Los únicos que no dejaron nunca de venir fueron los aguacerosⁿ de mediados de año, y esos ventarrones que soplan en febrero y que le vuelan a uno la cobija a cada rato. De vez en cuando, también, venían los cuervos^o volando muy bajito y graznando fuerte como si creyeran estar en algún lugar deshabitado.

Así siguieron las cosas todavía después de que se murieron los Torricos.

Antes, desde aquí, sentado donde ahora estoy, se veía claramente Zapotlán. En cualquier hora del día y de la noche podía verse la manchita blanca de Zapotlán allá lejos. Pero ahora las

^cAm y A: elotes y ^hAm, A, B, C, D, E, F y G: no; nunca anterior en Am, A, B, C y D. ^oAm: cuervos, volando.

^aAm y A: cuamil ^bAm: sembraba siempre un

^dAm: dicen la Cabeza

^cAm: y enterradas como A: y filud. como ^fAm: que cada vez crecían más aunque uno no quisiera. Sin

^gAm: necesitaban el tequesquite,

^hAm: en la Cabeza

^jAm: que bien se hubieran peloado con

^lAm: esperando. Y nadie ha vuelto. Primero ^mAm: casas: les remendó

ⁿAm: aguaceros y esos ventarrones que

^k Este párrafo está unido al

jarillas han crecido muy tupido y, por más que el aire las mueve de un lado para otro, no dejan ver nada de nada.

Me acuerdo de antes, cuando los Torricos venían a sentarse aquí también y se estaban acuelillados horas y horas hasta el oscurecer, mirando para allá sin causarse, como si el lugar este les sacudiera sus pensamientos o el mitote¹⁰ de ir a pasearse a Zapotlán. Sólo después supe que no pensaban en eso. Únicamente se ponían a ver el camino, aquel ancho callejón arenoso que se podía seguir con la mirada desde el comienzo hasta que se perdía entre los ocotes¹¹ del cerro de la Media Luna.¹²

Yo nunca conocí a nadie que tuviera un alcance de vista como el de Remigio Torrico. Era tuerto. Pero el ojo negro y medio cerrado que le quedaba parecía acercar tanto las cosas, que casi las traía junto a sus manos. Y de allí a saber qué bultos se movían por el camino no había ninguna diferencia. Así, cuando su ojo se sentía a gusto teniendo en quien recargar la mirada, los dos se levantaban de su divisadero y desaparecían de la Cuesta de las Comadres por algún tiempo.

Eran los días en que todo se ponía de otro modo aquí entre nosotros. La gente sacaba de las cuevas del monte sus animalitos y los traía a amarrar en sus corrales. Entonces se sabía que había horreos y guajolotes.¹³ Y era fácil ver cuántos montones de maíz y de calabazas amarillas amaneceían nsoleándose en los patios. El viento que atravesaba los cerros era más frío que otras veces; pero, no se sabía por qué, todos allí decían que hacía muy buen tiempo. Y uno oía en la madrugada que cantaban los gallos como en cualquier lugar tranquilo, y aquello parecía como si siempre hubiera habido paz en la Cuesta de las Comadres.

Luego volvían los Torricos. Avisaban que venían desde antes que llegaran, porque sus perros saltan a la carrera y no paraban de ladrar hasta encontrarlos. Y nada más por los ladridos todos calculaban la distancia y el rumbo por donde irían a llegar. Entonces la gente se apuraba a esconder otra vez sus cosas. Siempre fue así el miedo que traían los difuntos Torricos cada vez que regresaban a la Cuesta de las Comadres.

¹⁰Am: oscurecer mirando ¹¹Am: camino. Aquel ¹²Am: cosas que ¹³Am y F presentan como párrafo aparte: Siempre... Comadres.

²Am: crecido mucho y por

³Am: ir a Zapotlán.

⁴Am: atravesaba la barranca ora muchas veces frío, pero no

⁵Am: en las madrugadas que cantaban los gallos y aquello

⁶Am: habido mucha paz

⁷Am: llegaron, cuando sus

Pero yo nunca llegué a tenerles miedo. Era buen amigo de los dos y a veces hubiera querido ser un poco menos viejo para meterme en los trabajos en que ellos andaban. Sin embargo, ya no servía yo para mucho. Me di cuenta aquella noche en que les ayudé a robar a un arriero. Entonces me di cuenta de que me faltaba algo. Como que la vida que yo tenía estaba ya muy desperdiciada y no aguantaba más estirones. De eso me di cuenta.

Fue como a mediados de las aguas cuando los Torricos me convidaron para que les ayudara a traer unos tercios de azúcar. Yo iba un poco asustado. Primero, porque estaba cayendo una tormenta de esas en que el agua parece escarbarle a uno por debajo de los pies. Después, porque no sabía adónde iba. De cualquier modo, allí vi yo la señal de que no estaba hecho ya para andar en andanzas.

Los Torricos me dijeron que no estaba lejos el lugar adonde íbamos. "En cosa de un cuarto de hora estamos allá", me dijeron. Pero cuando alcanzamos el camino de la Media Luna comenzó a oscurecer y cuando llegamos a donde estaba el arriero era ya alta la noche.

El arriero no se paró a ver quién venía. Seguramente estaba esperando a los Torricos y por eso no le llamó la atención vernos llegar. Eso pensé. Pero todo el rato que trajinamos de aquí para allá con los tercios de azúcar, el arriero se estuvo quieto, agazapado entre el zacatal. Entonces le dije eso a los Torricos. Les dije:

—Ese que está allí tirado parece estar muerto o algo por el estilo.

—No, nada más ha de estar dormido—me dijeron ellos—. Lo dejamos aquí cuidando, pero se ha de haber cansado de esperar y se durmió.

Yo fui y le di una patada en las costillas para que despertara; pero el hombre siguió igual de tirante.

—Está bien muerto—les volví a decir.

—No, no te creas, nomás está tantito atarantado porque Odilón le dio con un leño en la cabeza, pero después se levantará. Ya verás que en cuanto salga el sol y sienta el calorcito, se le-

^bB, C y D: donde

^dAm: que cuando salga

Se presenta en párrafo aparte: Entonces... cuenta. ^bAm y A: a donde ^cSin comillas en Am ni en A. ^dAm: dije: ese que ^eAm: —No, nada más ha de estar dormido, me dijeron ellos. ^fAm: este párrafo en Am.

vantará muy aprisa y se irá en seguida para su casa. ¡Agárrate ese terció de allí y vámonos!²—fue todo lo que me dijeron.

Ya por último le di una última patada al muertito y sonó igual que si se la hubiera dado a un tronco seco. Luego me eché la carga al hombro y me vine por delante. Los Torricos me venían siguiendo. Los of que cantaban durante largo rato, hasta que amaneció. Cuando amaneció dejé de oírlos. Ese aire que sopla tantito antes de la madrugada se llevó los gritos de su canción y ya no pude saber si me seguían, hasta que oí pasar por todos lados los ladridos encarrerados de sus perros.

De ese modo fue como supe que cosas³ iban a espiar todas las tardes los Torricos, sentados junto a mi casa de la Cuesta de las Comadres. □

A Remigio Torrico yo lo maté.

Ya para entonces quedaba⁴ poca gente entre los ranchos. Primero se habían ido de uno en uno; pero los últimos casi se fueron en manada. Ganaron y se fueron, aprovechando la llegada de las heladas. En años pasados⁵ llegaron las heladas y acabaron con las siembras en una sola noche. Y este año también. Por eso se fueron. Creyeron seguramente que el año siguiente sería lo mismo y parece que ya⁶ no se sintieron con ganas de seguir soportando las calamidades del tiempo todos los años y la calamidad de los Torricos todo el tiempo.

Así que⁷ cuando yo maté a Remigio Torrico, ya estaban⁸ bien vacías de gente la Cuesta de las Comadres y las lomas de los alrededores.

Esto sucedió como en octubre. Me acuerdo que había una luna muy grande y muy llena de luz, porque yo me senté afuerita de mi casa a⁹ remendar un costal todo agujerado,¹⁰ aprovechando la buena luz de la luna, cuando llegó el Torrico.

Ha de haber andado borracho. Se me puso enfrente y se bamboleaba de un lado para otro, tapándome y destapándome la luz que yo necesitaba de la luna.

—Ir ladereando¹¹ no es bueno¹²—me dijo después de mucho

^bAm: qué cosa iban

^cAm: quedaba muy poca
^dAm: de uno por uno;

^eAm: que no se sintieron ya con .

^fAm, A, B, C y D: ya estaba bien vacía de

^gAm: casa para poder remendar ^hAm: agujerado, cuando llegó el Torrico.

ⁱAm y A: vámonos! Fue B, C y D: vámonos! —Fue ^jAm: pasados, llegaron ^kAm: que cuando
^lAm: —Ir ladereando no es bueno, me dijo después de mucho rato.

rato—. A mí me gustan las cosas derechas; y si a ti no te gustan, ahí te lo haiga,¹⁵ porque yo he venido aquí a enderezarlas.

Yo seguí remendando mi costal. Tenía puestos todos mis ojos en coserle los agujeros, y la aguja de arriba¹⁶ trabajaba muy bien cuando la alumbraba la luz de la luna. Seguro por eso creyó que yo no me preocupaba de lo que decía:

—A ti te estoy hablando¹⁷—me gritó, ahora sí ya corajudo—. Bien sabes a lo que he venido.

Me espanté un poco cuando se me acercó y me gritó aquello casi a boca de jarro.¹⁸ Sin embargo, traté de verle la cara para saber de qué tamaño era su coraje y me le quedé mirando, como preguntándole a qué había venido.

Eso sirvió. Ya más calmado se soltó diciendo que a la gente como yo había que agarrarla desprevenida.

—Se me seca la boca al estarte hablando después de lo que hiciste¹⁹—me dijo—; pero era tan amigo mío mi hermano como tú y sólo por eso vine a verte, a ver cómo sacas en claro lo de la muerte de Odilón.

Yo lo oía ya muy bien. Dejé a un lado el costal y me quedé oyéndolo sin hacer otra cosa.

Supe cómo me echaba a mí la culpa de haber matado a su hermano. Pero no había sido yo. Me acordaba quién había sido, y yo se lo hubiera dicho, aunque parecía que él no me dejaría lugar para platicarle cómo estaban las cosas.

—Odilón y yo llegamos a pelearnos muchas veces²⁰—siguió diciéndome—. Era algo duro de entenderas y lo gustaba encararse con todos, pero no pasaba de allí. Con unos cuantos golpes se calmaba. Y eso es lo que quiero saber: si te dijo algo, o te quiso quitar algo o qué fue lo que pasó. Pudo ser que te haya querido golpear y tú le madrugaste.²¹ Algo de eso ha de haber sucedido.

Yo sacudí la cabeza para decirle que no, que yo no tenía nada que ver...

—Oye²²—me atajó el Torrico—, Odilón llevaba ese día catorce pesos en la bolsa de la camisa. Cuando lo levanté, lo esculqué

¹⁶Am: de arriba trabajaba

¹⁸Am: a las gentes como yo había que agarrarlas desprevenidas.

¹⁵Am: derechas y ¹⁶Am: gustan, ahí te ¹⁷Am: hablando, me gritó, ahora sí ya corajudo.
¹⁸Am: hiciste, me dijo; ¹⁹Am: veces, siguió diciéndome. ²⁰Am: —Oye, me atajó el Torrico.
 Odilón

y no encontré esos catorce pesos. Luego ayer supe que te habías comprado una frazada.

Y eso era cierto. Yo me había comprado una frazada. Vi que se venían muy aprisa los fríos y el gabán que yo tenía estaba ya todito hecho garras, por eso fui a Zapotlán a conseguir una frazada. Pero para eso había vendido el par de chivos que tenía, y no fue con los catorce pesos de Odilón con lo que la compré. Él podía ver que si el costal se había llenado de agujeros^b se debió a que tuve que llevarme al chivito chiquito allí^c metido, porque todavía no podía caminar como yo quería.^d

—Sábetelo de una vez por todas que pienso pagarme lo que le hicieron a Odilón, sea quien sea el que lo mató. Y yo sé quién fue^e—of que me decía casi encima de mi cabeza.

—¿De modo que fui yo?^f—le pregunté.

—¿Y quién más? Odilón y yo éramos sinvergüenzas y lo que tú quieras, y no digo que no llegamos a matar a nadie; pero nunca lo hicimos por tan poco. Eso sí te lo digo a ti.

La luna grande de octubre pegaba de lleno sobre el corral y mandaba hasta la pared de mi casa la sombra larga de Remigio. Lo vi que se movía en dirección de un tejocote^g y que agarraba el guango^h que yo siempre tenía recargado allí. Luego vi que regresaba con el guango en la mano.

Pero al quitarse él de enfrente, la luz de la luna hizo brillar la aguja de arriaⁱ que yo había clavado en el costal. Y no sé por qué, pero de pronto comencé a tener una fe muy grande en aquella aguja. Por eso, al pasar Remigio Torrico por mi lado, desensarté la aguja y sin esperar otra cosa se la hundi a él cerquita del ombligo. Se la hundi hasta donde le cupo. Y allí la dejé.

Luego luego se engarruñó como cuando da el cólico y comenzó a acalabrarse hasta doblarse^j poco a poco sobre las corvas y quedar sentado en el suelo, todo entelerido y con el susto asomándosele por el ojo.

Por un momento pareció como que se iba a endefezar para darme un machetazo con el guango; pero seguro se arrepintió o no supo ya qué hacer, soltó el guango y volvió a engarruñarse. Nada más eso hizo.

^aAm: Odilón que la

^cAm: allí, porque

^dAm: quería. Y yo tenía mucha prisa.

^gAm: de arrea que

^hAm: aguja y se la

ⁱAm: hasta ir doblando poco a poco las corvas

^jAm: Me arrimé cerca de donde él estaba. Por un

^bAm: agujeros, se ^eAm: fuó. Of ^fAm: yo? le preguntó. ^gA y B: arria que

Entonces^a vi que se le iba entristeciendo la mirada como si comenzara a sentirse enfermo. Hacía mucho que no me tocaba ver una mirada así de triste y me entró la lástima. Por eso aproveché^b para sacarle la aguja de arriba del ombligo y metérsela más arriba; allí donde pensé que tendría el corazón. Y sí, allí lo tenía, porque nomás dio dos o tres respingos como un pollo descabezado y luego se quedó quieto.

Ya debía haber estado muerto cuando le dije:

—Mira,^c Remigio, me has de dispensar, pero yo no maté a Odilón. Fueron los Alcaraces. Yo andaba por allí cuando él se murió, pero me acuerdo bien de que yo no lo maté. Fueron ellos, toda la familia entera de los Alcaraces. Se le dejaron ir encima,^d y cuando yo me di cuenta,^e Odilón estaba agonizando. Y ¿sabes por qué? Comenzando porque Odilón no debía haber ido a Zapotlán. Eso tú lo sabes. Tarde o temprano tenía que pasarle algo en ese pueblo, donde había tantos que se acordaban mucho de él. Y tampoco los Alcaraces lo querían. Ni tú ni yo podemos saber qué fue a hacer él a meterse con ellos.

"Fue^f cosa de un de repente. Yo acababa de comprar mi sarape^g y ya iba de salida cuando tu hermano le escupió un trago de mezcal en la cara a uno de los Alcaraces. Él lo hizo por jugar. Se veía que lo había hecho por divertirse, porque los hizo reír a todos. Pero todos estaban borrachos. Odilón y los Alcaraces y todos. Y de pronto se le echaron encima. Sacaron sus cuchillos y se le apeñuscaron y lo aporrearon hasta no dejar de Odilón cosa que sirviera. De eso murió.

"Como^h ves, no fui yo el que lo mató. Quisiera que te dieras cabal cuenta de que yo no me entrometí para nada."

Esoⁱ le dije al difunto Remigio.

Ya la luna se había metido del otro lado de los encinos cuando yo regresé a la Cuesta de las Comadres con la canasta pizcadora^j vacía. Antes de volverla a guardar, le di unas cuantas zambullidas en el arroyo para que se le enjuagara la sangre. Yo la iba a necesitar muy seguido y no me hubiera gustado ver la sangre de Remigio a cada rato.

Me acuerdo que eso pasó allá por octubre, a la altura de las

^aAm: Yo vi enseguida que la mirada se le iba poniendo triste como
^bAm: Por eso le saqué la aguja de arriba del ombligo y no la metí más arriba,

^gAm: Pero no fui yo

^cEn Am, este párrafo se halla integrado al párrafo anterior; dijo: Mira Remigio,
^dAm encima y ^eAm: cuenta Odilón ^fSin comillas en Am. ^gAm y D: nada. ^hEste párrafo aparece como parte del anterior en Am.

fiestas de Zapotlán. Y digo que me acuerdo que fue por esos días, porque en Zapotlán estaban quemando cohetes, mientras que por el rumbo donde tiré a Remigio se levantaba una gran parvada de zopilotes a cada tronido que daban los cohetes.

De eso me acuerdo. ■

¹Am: donde dejó a Remigio, se levantaban grandes parvadas de

Esta oración está integrada al párrafo anterior en Am.

¹ Zapotlán el Grande es Ciudad Guzmán, cabecera del municipio de este nombre en el sur de Jalisco. Es centro agrícola. En 1980 había en este municipio 62 353 habitantes.

² La frase cuando el reparto alude posiblemente al reparto de tierras realizado durante el régimen de Lázaro Cárdenas.

³ Una mezcalera es una fracción de terreno en la cual se cultiva el agave. De éste se extrae el mezcal, bebida alcohólica tradicional de algunas zonas del país, entre las que destaca Jalisco.

⁴ Un coamil es una pequeña propiedad agraria de origen indígena, en la que se siembra con azadón o con coa, instrumento rústico consistente en un palo grueso de un metro y medio aproximadamente, con un extremo en pico.

⁵ El guardagigante consiste en una especie de puente hecho de vigas puestas en forma transversal, como los durmientes de la vía. Se construye a la entrada de los potreros y de los pueblos. No lo pasa a voluntad el ganado.

⁶ Encino designa en México diversas variedades de encina, voz que no se familiarizó en el país.

⁷ El elote es el fruto del maíz, la mazorca con granos. Una de las muchas maneras de comer el maíz en México consiste en hervir las mazorcas en agua y luego comer directamente de la mazorca los granos, aderezados de diversas formas.

⁸ Se pegaba bien: se producía bien.

⁹ Tequesquite: sal que se encuentra en el lecho de los lagos desecados.

¹⁰ Hitote significa aquí el gusto, las ganas.

¹¹ El ocote es una pinácea cuya madera, resinosa, sirve de combustible.

¹² El Corro de la Media Luna se halla al poniente de Ciudad Guzmán. Alcanza alturas de 2 400 metros sobre el nivel del mar.

¹³ Guajolote es el nombre indígena del pavo.

¹⁴ Ir laderoando: no ser franco. De ladera, parte lateral de un cerro.

¹⁵ Aquí te lo halga tiene el sentido de una advertencia.

¹⁶ La aruja de arria sirve a los arrieros para coser los costales de ixtle (fibra vegetal de origen mexicano). Mide unos treinta centímetros.

¹⁷ A boca de jarro: a muy corta distancia.

¹⁸ Adrugarle a alguien significa en México adelantárselo.

¹⁹ El tojocote es un árbol espinoso, de unos nueve metros de altura, de ramas cortas y tortuosas. Así se llama también el fruto, comestible, de unos tres centímetros de diámetro, agridulce, oloroso, de color anaranjado y amarillo.

²⁰ Un guango es un machete.

²¹ El sarane es una prenda parecida al gabán. Como éste, es de lana, pero más delgado, y generalmente multicolor.

²² La canasta pizcadora es un canasto profundo, con el fondo más angosto que la parte superior. Se usa en la recolección de frutos.

ES QUE SOMOS MUY POBRES

Aquí todo va de mal en peor. La semana pasada se murió mi tía Jacinta, y el sábado, cuando ya la habíamos enterrado y comenzaba a bajársenos la tristeza, comenzó a llover como nunca. A mi papá eso le dio coraje, porque toda la cosecha de cebada estaba asoleándose en el solar. Y el aguacero llegó de repente, en grandes olas de agua, sin darnos tiempo ni siquiera a esconder aunque fuera un manojo; lo único que pudimos hacer, todos los de mi casa, fue estarnos arrimados debajo del tejaván, viendo cómo el agua fría que caía del cielo quemaba aquella cebada amarilla tan recién cortada.

Y apenas ayer, cuando mi hermana Tacha acababa de cumplir doce años, supimos que la vaca que mi papá le regaló para el día de su santo se la había llevado el río.

El río comenzó a crecer hace tres noches, a eso de la madrugada. Yo estaba muy dormido y, sin embargo, el estruendo que traía el río al arrastrarse me hizo despertar en seguida y pegar el brinco de la cama con mi cobija en la mano, como si hubiera creído que se estaba derrumbando el techo de mi casa. Pero después me volví a dormir, porque reconocí el sonido del río y porque ese sonido se fue haciendo igual hasta traerme otra vez el sueño.

Cuando me levanté, la mañana estaba llena de nublazones y parecía que había seguido lloviendo sin parar. Se notaba en que el ruido del río era más fuerte y se oía más cerca. Se oía, como se huele una quemazón, el olor a podrido del agua revuelta.

A la hora en que me fui a asomar, el río ya había perdido sus orillas. Iba subiendo poco a poco por la calle real, y estaba metiéndose a toda prisa en la casa de esa mujer que le dicen *la Tambora*. El chapaleo del agua se oía al entrar por el corral y al salir en grandes chorros por la puerta. *La Tambora* iba y

²Am: tía y el
³Am: y empozaba a

⁴Am: papá le dió miedo porque
⁵Am: estaba tirada asoleándose
⁶Am y A: tiempo a esconder ni siquiera un manojo; ⁷Am: único que hicimos todos los de mi casa, fué arrimarnos debajo del tejaván y ver cómo ⁸Am: cielo, se ponía a quemar aquella ⁹Am: hermana la chiquilla acababa de cumplir once años,

¹⁰Am: noches, como a eso

¹¹Am: arrastrarse por el pedregal me hizo

¹²Am: fue juntando hasta hacerse igual y me trajo otra

¹³Am: Luego, cuando me levanté, la mañana amaneció muy nublada y parecía que había seguido lloviendo hasta entonces. Se notaba

¹⁴Am: asomar, el río ya se le había perdido las orillas. ¹⁵Am: calle de recha y

¹⁶Am: al correr por

¹⁷Am: repente en ¹⁸Am: santo, se ¹⁹Am: dormido y sin embargo el ²⁰Am: quemazón en el cerro, el olor a cosa echada a perder del agua revuelta. Ese sabor tenía el café que me tomé antes de salir a la calle y en todas las cosas, también, estaba el olor a podrido que venía del río. ²¹Am: "La Tambora". ²²Am: La Tambora iba

venía caminando por lo que era ya un pedazo de río, echando a la calle sus gallinas para que se fueran a esconder¹ a algún lugar donde no les llegara la corriente.

Y por el otro lado, por donde está el recodo, del río se debía de haber llevado, quién sabe desde cuándo, el tamarindo que estaba en el solar de mi tía Jacinta, porque ahora ya no se ve ningún tamarindo. Era el único que había en el pueblo, y por eso nomás² la gente se da cuenta de que la creciente esta que venimos³ es la más grande⁴ de todas las que ha bajado el río en muchos años.

Mi hermana y yo volvimos a ir por⁵ la tarde a mirar aquel amontonadero de agua que cada vez se hace más espesa y oscura y que pasa ya muy por encima de donde debe estar el puente: Allí nos estuvimos⁶ horas y horas sin cansarnos viendo la cosa aquella. Después nos subimos por⁷ la barranca, porque queríamos oír bien lo que decía la gente, pues abajo, junto al río, hay un gran ruidazal y sólo se ven las bocas de muchos que se abren y se cierran y como que quieren decir⁸ algo; pero no se oye nada. Por eso nos subimos por⁹ la barranca, donde también hay gente mirando el río y contando los perjuicios que ha hecho. Allí fue donde supimos que el río se había llevado a *la Serpentina*¹⁰, la vaca¹¹ esa que era de mi hermana¹² Tacha porque mi papá se la regaló para el día de su cumpleaños¹³ y que tenía una oreja blanca y otra colorada y muy bonitos ojos.

No acabo de saber por qué se le ocurriría a *la Serpentina*¹⁴ pasar el río este, cuando sabía que no era el mismo río que ella conocía de a diario. *La Serpentina*¹⁵ nunca fue tan atarantada. Lo más seguro es que ha de haber venido dormida para dejarse matar así nomás por nomás. A mí muchas veces me tocó despertarla cuando le abría la puerta del corral, porque si no, de su cuenta, allí se hubiera estado el día entero con los ojos cerrados, bien quieta y suspirando, como se oye suspirar a las vacas cuando duermen.

Y aquí ha de haber sucedido eso de que se durmió. Tal vez se le ocurrió despertar al sentir que el agua pesada le golpeaba las costillas. Tal vez entonces se asustó y trató de regresar; pero

¹Am: fueran a vivir a

²Am: el Recodo, el río no había de haber

³Am: tamarindo. Eso era el

⁴Am: más crecida de

⁵Am: ir otra vez esta tarde

⁶Am: nos pasamos horas y
⁷Am: subimos a la

⁸Am: quieren gritar; pero
⁹Am: subimos a la

¹⁰Am: la Serpentina; esa vaca que ¹¹Am: la vaca que ¹²Am: hermana porque
¹³Am: su santo y

¹⁴Am: No sé por qué

¹⁵Am: atarantada y lo más

¹⁶Am: cuenta, bien se hubiera estado todo el día con ¹⁷Am: quieta allí y suspirando,

¹⁸Am: voz haya despertado al

¹⁹Am: pueblo y ²⁰Am: nomás la ²¹Am: vamos, en ²²Am: la Serpentina pasar ²³Am: La Serpentina

al volverse² se encontró entreverada y calambrada entre aquella agua negra y dura como tierra corrediza. Tal vez bramó pidiendo¹ que le ayudaran. Bramó² como sólo Dios sabe cómo.

Yo le pregunté a un señor¹ que vio cuando la arrastraba el río² si no había visto también al becerro¹ que andaba con ella. Pero el hombre dijo que no sabía si lo había visto. Sólo dijo que la vaca manchada pasó patas arriba muy cerquita de donde¹ él estaba y que allí dio una voltereta y luego no volvió a ver¹ ni los cuernos ni las patas ni ninguna señal de vaca. Por el río rodaban muchos troncos de árboles con todo y raíces y él estaba muy ocupado en sacar leña, de modo que no podía fijarse si eran animales o troncos los que arrastraba.

Nomás por eso, no sabemos si el becerro está vivo,¹ o si se fue detrás¹ de su madre río abajo. Si así fue, que Dios los ampare a los dos.

La apuración que tienen en mi casa es lo que pueda suceder el día de mañana, ahora que mi³ hermana Tacha se quedó sin nada. Porque mi papá con muchos⁷ trabajos había conseguido a la² Serpentina, desde que era una vaquilla,⁸ para dársela a mi hermana, con el fin de que⁹ ella tuviera un capitalito y no se fuera a ir de piruja³ como lo hicieron mis otras dos hermanas,⁷ las más grandes.

Según⁵ mi papá, ellas se habían echado a perder porque éramos muy pobres⁴ en mi casa y ellas eran muy retobadas.⁴ Desde chiquillas ya eran rezongonas.⁴ Y tan luego que crecieron les dio por andar con hombres⁵ de lo peor, que les enseñaron cosas malas. Ellas aprendieron pronto y entendían muy bien los chillidos, cuando las llamaban a altas horas de la noche. Después salían hasta de día. Iban cada rato⁶ por agua al río y a veces, cuando uno menos se lo esperaba, allí estaban en el corral, revolcándose en el suelo, todas encueradas⁵ y cada una con un hombre trepado encima.⁵

Entonces mi papá las corrió¹ a las dos. Primero les aguantó todo lo que pudo; pero más tarde ya no pudo aguantarlas³ más⁶ y les dio carrera para la calle. Ellas se fueron para Ayutla⁶ o no sé para dónde; pero andan de pirujas.

¹Am: al voltearse, se

¹Am: bramó queriendo que la ayudaran.

¹Am: un hombre que

¹Am: al becerro que

¹Am: cerquita de la piedra lisa y que

¹Am: ver más ni

¹Am: troncos con ramas puntiagudas y él estaba lejos, ocupado en sacar leña, para poder distinguir si eran animales o troncos lo que se llevaba el río. ¹Am: fue con su madre
¹Am: los perdono a

¹Am: que Tacha mi hermana se

¹Am: con duros trabajos

¹Am: vaquilla sin trazas, para regalársela a mi ¹Am: que mañana o pasado ella

¹Am: Mi papá calculó que esas se

¹Am: pobres y ellas muy renegadas.

Desde ¹Am: eran renegadas. Y luego

¹Am: hombres que les enseñaron muchas cosas. Y ellas aprendieron pronto y

entendían por chillidos como las ye-

guas, cuando las ¹Am: rato al río y

a veces, en el momento que uno menos

se lo esperaba, allí estaban las dos

en el corral, revolcándose encueradas

sobre la tierra, cada ¹Am: trepado

en ellas. ¹Am: las echó a

¹Am: aguantarlas y les

¹Am: para Ejutla¹ o

En B: en F, forma párrafo aparte: Bramó... cómo. ¹Am. A, B, C y D: hermanas las ¹Am: pudo. Pero

¹Am: río, si ¹Am: vivo o si ¹Am: La

¹Am: desde A: la Serpentina desde ¹Am.

Por eso le entra la mortificación a mi papá, ahora por la Tacha, que no quiere vaya a resultar como sus otras dos hermanas, al sentir que se quedó muy pobre viendo la falta de su vaca, viendo que ya no va a tener con qué entretenerse mientras le da por crecer y pueda casarse con un hombre bueno, que la pueda querer para siempre. Y eso ahora va a estar difícil. Con la vaca era distinto, pues no hubiera faltado quien se hiciera el ánimo de casarse con ella, sólo por llevarse también aquella vaca tan bonita.

La única esperanza que nos queda es que el becerro esté todavía vivo. Ojalá no se le haya ocurrido pasar el río detrás de su madre. Porque si así fue, mi hermana Tacha está tantito así de retirado de hacerse piruja. Y mamá no quiere.

Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado tanto al darle unas hijas de ese modo, cuando en su familia, desde su abuela para acá, nunca ha habido gente mala. Todos fueron criados en el temor de Dios y eran muy obedientes y no le cometían irreverencias a nadie. Todos fueron por el estilo. Quién sabe de dónde les vendría a ese par de hijas suyas aquel mal ejemplo. Ella no se acuerda. Le da vueltas a todos sus recuerdos y no ve claro dónde estuvo su mal o el pecado de nacerle una hija tras otra con la misma mala costumbre. No se acuerda. Y cada vez que piensa en ellas, llora y dice: "Que Dios las ampare a las dos."

Pero mi papá alega que aquello ya no tiene remedio. La peligrosa es la que queda aquí, la Tacha, que va como palo de ocote crece y crece y que ya tiene unos comienzos de senos que prometen ser como los de sus hermanas: puntiagudos y altos y medio alborotados para llamar la atención.

—Sí dice—, le llenará los ojos a cualquiera dondequiera que la vean. Y acabará mal; como que estoy viendo que acabará mal.

Ésa es la mortificación de mi papá.

Y Tacha llora al sentir que su vaca no volverá porque se la ha matado el río. Está aquí, a mi lado, con su vestido color de rosa, mirando el río desde la barranca y sin dejar de llorar. Por

²Am: eso a mi papá le entra la mortificación, ahora porque la Tacha no vaya a resultar igual a sus

³Am: tener nada con

⁴Am: bueno. Y en estos tiempos va a ser difícil encontrar quien la quiera para siempre. Con la vaca ⁵Am:

faltado alguien que se

⁶Am: con Tacha por

⁷Am: Y mi mamá

⁸Am: Todos le tenían miedo a Dios y

⁹Am: recuerdos desde que era muchacha y no ¹⁰Am: estuvo la maldad de

¹¹Am: No, no se

¹²Am: de pechos que

¹³A: dice—, les llenará ¹⁴Am: cualquiera en donde quiera ¹⁵Am: estoy mirando que

¹⁶Am: llora cuando siente que

^bAm: vaca. Viendo ⁹Am: dice: que Dios las perdone a las dos. ⁿEste párrafo y el siguiente están integrados al anterior en ^{Am}: atención. Sí, dice,

su cara corren chorretes de agua sucia como si el río se hubiera metido dentro de ella.

Yo la abrazo tratando de consolarla, pero ella no entiende. Lloro con más ganas. De su boca sale un ruido semejante al que se arrastra por las orillas del río, que la hace temblar y sacudirse todita, y, mientras, la creciente sigue subiendo. El sabor a podrido que viene de allá salpica la cara mojada de Tacha y los dos pechitos de ella se mueven de arriba abajo, sin parar, como si de repente comenzaran a hincharse para empezar a trabajar por su perdición. ■

Am: río también so

Am: -ruido parecido al

Am: creciente del río sigue Am:
sabor podrido

Am: arriba a abajo,

Am: río que Am: todita. Y mientras,

¹Tejaván: cobertizo de teja.

²Hasta las primeras décadas del siglo, en algunos pueblos se llamaba Calle Real a la calle principal.

³Piruja: mujer pública.

⁴Retobada: indócil.

⁵Encuernda: desnuda.

⁶Ayutla, Jal., es la cabecera del municipio del mismo nombre. Está situada en el valle de Ayutla, 166 kilómetros al suroeste de Guadalajara. Centro minero, agropecuario y forestal. En 1980 tenía todo el municipio 14 196 habitantes.

⁷Ejutla, Jal. es un pequeño poblado, cabecera del municipio del mismo nombre. Se halla al sureste de Ayutla. En el municipio se producen cereales, ixtle y frutas; se elaboran sombreros y mezcal, y se curton pieles. En 1980 había en todo el municipio 2 578 habitantes.

EL HOMBRE¹

Los pies del hombre se hundieron en la arena^A dejando una huella sin forma, como si fuera la pezuña de algún animal. Treparon sobre las piedras, engarruñándose al sentir la inclinación de la subida;^B luego caminaron hacia arriba, buscando el horizonte.

"Pies planos —dijo el que lo seguía—. Y un dedo de menos. Le falta el dedo gordo en el pie izquierdo. No abundan fulanos con estas señas. Así que será fácil."

La vereda subía, entre yerbas, llena de espinas y de malas mujeres.^C Parecía un camino de hormigas de tan angosta.^D Subía sin rodeos hacia el cielo. Se perdía allá y luego volvía a aparecer más lejos, bajo un cielo más lejano.

Los pies siguieron la vereda, sin desviarse. El hombre caminó apoyándose en los callos de sus talones, raspando las piedras con las uñas de sus pies, rasguñándose los brazos, deteniéndose en cada horizonte para medir su fin: "*No el mío, sino el de él*", dijo. Y volvió la cabeza para ver quién había hablado.

Ni una gota de aire, sólo el eco de su ruido entre las ramas rotas. Desvanecido a fuerza de ir a tientas, calculando sus pasos, aguantando hasta la respiración: "*Voy a lo que voy*", volvió a decir. Y supo que era él el que hablaba.

"Subió por aquí, rastrillando el monte —dijo el que lo perseguía—. Cortó las ramas con un machete. Se conoce que lo arrastraba el ansia. Y el ansia deja huellas siempre. Eso lo perderá."

Comenzó a perder el ánimo cuando las horas se alargaron y detrás de un horizonte estaba otro y el cerro por donde subía no terminaba. Sacó el machete y cortó las ramas duras como raíces y tronchó la yerba desde la raíz. Mascó un gargajo mugroso y lo arrojó a la tierra con coraje. Se chupó los dientes y

^A, B, C, D, E y F: tan angosto. S
bía

^A, B, C, D, E y G: arena, dejando ^BA, B, C, D, E y F: subida, luego

volvió a escupir. El cielo estaba tranquilo allá arriba, quieto, trasluciendo sus nubes entre la silueta de los palos guajes, sin hojas. No era tiempo de hojas. Era ese tiempo seco y roñoso de espigas y de espigas secas y silvestres. Golpeaba con ansia los matojos con el machete: "Se amellará con este trabajito, más te vale dejar en paz las cosas."

Oyó allá atrás su propia voz.

"Lo señaló su propio coraje —dijo el perseguidor—. Él ha dicho quién es, ahora sólo falta saber dónde está. Terminaré de subir por donde subió, después bajaré por donde bajó, rastreándolo hasta cansarlo. Y donde yo me detenga, allí estará. Se arrodillará y me pedirá perdón. Y yo le dejaré ir un balazo en la nuca... Eso sucederá cuando yo te encuentre."

Llegó al final. Sólo el puro cielo, cenizo, medio quemado por la nubazón de la noche. La tierra se había caído para el otro lado. Miró la casa enfrente de él, de la que salía el último humo del rescoldo. Se enterró en la tierra blanda, recién removida. Tocó la puerta sin querer, con el mango del machete. Un perro llegó y le lamió las rodillas, otro más corrió a su alrededor moviendo la cola. Entonces empujó la puerta sólo cerrada a la noche.

El que lo perseguía dijo: "Hizo un buen trabajo. Ni siquiera los despertó. Debió llegar a eso de la una, cuando el sueño es más pesado; cuando comienzan los sueños; después del 'Descansen en paz', cuando se suelta la vida en manos de la noche y cuando el cansancio del cuerpo raspa las cuerdas de la desconfianza y las rompe."

"No debí matarlos a todos —dijo el hombre—. Al menos no a todos." Eso fue lo que dijo.

La madrugada estaba gris, llena de aire frío. Bajó hacia el otro lado, resbalándose por el zacatal. Soltó el machete que llevaba todavía apretado en la mano cuando el frío le entumeció las manos. Lo dejó allí. Lo vio brillar como un pedazo de culebra sin vida, entre las espigas secas.

El hombre bajó buscando el río, abriendo una nueva brecha entre el monte.

A, B, C y D: ansia sobre los

b, yo lo encuentro."

En todos los casos de uso de comillas, D presenta los párrafos entrecorridos con comillas españolas (« »), y con comillas dobles (" ") las citas o frases en el interior de los párrafos ya entrecorridos.

Muy abajo el río corre mullendo sus aguas entre sabinos florecidos; meciendo su espesa corriente en silencio. Camina y da vueltas sobre sí mismo. Va y viene como una serpentina enroscada sobre la tierra verde. No hace ruido. Uno podría dormir allí, junto a él, y alguien oiría la respiración^a de uno, pero no la del río. La yedra baja desde los altos sabinos y se hunde en el agua, junta sus manos y forma telarañas que el río no deshace en ningún tiempo.

El hombre encontró la línea del río por el color amarillo de los sabinos. No lo oía. Sólo lo veía retorcerse bajo las sombras. Vio venir las chachalacas. La tarde anterior se habían ido siguiendo el sol, volando en parvadas detrás de la luz. Ahora el sol estaba por salir y ellas regresaban de nuevo.

Se persignó hasta tres veces. "Disculpenme", les dijo. Y comenzó su tarea. Cuando llegó al tercero, le salían chorretes de lágrimas. O tal vez era sudor. Cuesta trabajo matar. El cuero es correoso. Se defiende aunque se haga a la resignación. Y el machete estaba mellado: "Ustedes me han de perdonar", volvió a decirles.

"Se sentó en la arena de la playa —eso dijo el que lo perseguía—^bSe sentó aquí y no se movió por un largo rato. Esperó a que despejaran las nubes. Pero el sol no salió ese día, ni al siguiente. Me acuerdo. Fue el domingo aquel en que se me murió el recién nacido y fuimos a enterrarlo. No teníamos tristeza, sólo tengo memoria de que el cielo estaba gris y de que las flores que llevamos estaban desteñidas y marchitas como si sintieran la falta del sol.

"El hombre ese se quedó aquí, esperando. Allí estaban sus huellas: el nido que hizo junto a los matorrales; el calor de su cuerpo abriendo un pozo en la tierra húmeda."

"No debí haberme salido de la vereda —pensó el hombre—. Por allá ya hubiera llegado. Pero es peligroso caminar por donde todos caminan, sobre todo llevando este peso que yo llevo. Este peso se ha de ver por cualquier ojo que me mire; se ha de ver como si fuera una hinchazón rara. Yo así lo siento. Cuando sentí que me había cortado un dedo, la gente lo vio y yo no,

^b: perseguía. Se

^a: respiración propia, pero

hasta después. Así ahora, aunque no quiera, tengo que tener alguna señal. Así lo siento, por el peso, o tal vez el esfuerzo me cansó.” Luego añadió: *“No debí matarlos a todos; me hubiera conformado con el que tenía que matar; pero estaba oscuro y los bultos eran iguales. . . Después de todo, así de a muchos les costará menos el entierro.”*

“Te cansarás primero que yo. Llegaré a donde quieras llegar antes que tú estés allí —dijo el que iba detrás de él—. Me sé de memoria tus intenciones, quién eres y de dónde eres y adónde vas. Llegaré antes que tú llegues.”

“Este no es el lugar —dijo el hombre al ver el río—. Lo cruzaré aquí y luego más allá y quizá salga a la misma orilla. Tengo que estar al otro lado, donde no me conocen, donde nunca he estado y nadie sabe de mí; luego caminaré derecho, hasta llegar. De allí nadie me sacará nunca.”

Pasaron más parvadas de chachalacas, graznando con gritos que ensordecían.

“Caminaré más abajo. Aquí el río se hace un enredijo y puede devolverme a donde no quiero regresar.”

“Nadie te hará daño nunca, hijo. Estoy aquí para protegerte. Por eso nací antes que tú y mis huesos se endurecieron primero que los tuyos.”

Oía su voz, su propia voz, saliendo despacio de su boca. La sentía sonar como una cosa falsa y sin sentido.

¿Por qué habría dicho aquello? Ahora su hijo se estaría burlando de él. O tal vez no. “Tal vez esté lleno de rencor conmigo por haberlo dejado solo en nuestra última hora. Porque era también la mía; era únicamente la mía. Él vino por mí. No los buscaba a ustedes, simplemente era yo el final de su viaje, la cara que él soñaba ver muerta, restregada contra el lodo, pateada y pisoteada hasta la desfiguración. Igual que lo que yo hice con su hermano; pero lo hice cara a cara, José Aleancía, frente a él y frente a ti y tú nomás llorabas y temblabas de miedo. Desde entonces supe quién eras y cómo vendrías a buscarme. Te esperé un mes, despierto de día y de noche, sabiendo que llegarías a rastras, escondido como una mala víbora. Y llegaste tarde. Y yo

también llegué tarde. Llegué detrás de ti. Me entretuvo el entierro del recién nacido. Ahora entiendo. Ahora entiendo por qué se me marchitaron las flores en² la mano."

"No debí matarlos a todos —iba pensando el hombre—. No valía la pena echarme ese tercio tan pesado en mi espalda. Los muertos pesan más que los vivos; lo aplastan a uno. Deba de haberlos tentado de uno por uno hasta dar con él; lo hubiera conocido por el bigote; aunque estaba oscuro hubiera sabido dónde pegarle antes que se levantara. . .¹ Después de todo, así estuvo mejor. Nadie los llorará y yo viviré en paz. La cosa es encontrar el paso para irme de aquí antes que me agarre la noche."

El hombre entró a la angostura del río⁴ por la tarde. El sol no había salido en todo el día, pero la luz se había borneado,⁵ volteando las sombras; por eso supo que era después del mediodía.

"Estás atrapado —dijo el que iba detrás de él y que ahora estaba sentado a la orilla del río—. Te has metido en un atolladero. Primero haciendo tu fechoría y ahora yendo hacia los cajones, hacia tu propio cajón. No tiene caso que te siga hasta allá. Tendrás que regresar en cuanto te veas encañonado. Te esperaré aquí. Aprovecharé el tiempo para medir la puntería, para saber dónde te voy a colocar la bala. Tengo paciencia y tú no la tienes, así que ésa es mi ventaja. Tengo mi corazón que resbala y da vueltas en su propia sangre, y el tuyo está desbaratado, revuelto⁶ y lleno de pudrición. Ésa es también mi ventaja. Mañana estarás muerto, o tal vez pasado mañana o dentro de ocho días. No importa el tiempo. Tengo paciencia."

El hombre vio que el río se encajonaba entre altas paredes y se detuvo. "Tendré que regresar", dijo.

El río en estos lugares es ancho y hondo y no tropieza con ninguna piedra. Se resbala en un cauce como de aceite espeso y sucio. Y de vez en cuando se traga alguna rana en sus remolinos, sorbiéndola sin que se oiga ningún quejido.

"Hijo —dijo el que estaba sentado esperando—: ¿no tiene caso que te diga que el que te mató está muerto desde ahora.

¹ Levantara. Después ² Esperando—; no

³ A: flores de la

¿Acaso yo ganaré algo con eso? La cosa es que yo no estuve contigo. ¿De qué sirve explicar nada? No estaba contigo. Eso es todo. Ni con ella. Ni con él. No estaba con nadie; porque el recién nacido no me dejó ninguna señal de recuerdo."

El hombre recorrió un largo tramo río arriba.

En la cabeza lo rebotaban burbujas de sangre. "*Cret que el primero iba a despertar a los demás con su estertor, por eso me di prisa.*" "Discúlpenme la apuración"^a, les dijo. Y después sintió que el gorgoreo aquel era igual al ronquido de la gente dormida; por eso se puso tan en calma cuando salió a la noche de afuera, al frío de aquella noche nublada. □

Parecía venir huyendo. Traía una porción de lodo en las zancas,^b que ya ni se sabía cuál era el color de sus pantalones.

Lo vi desde que se zambulló en el río. Apechugó el cuerpo y luego se dejó ir corriente abajo, sin manotear, como si caminara pisando en el fondo. Después rebasó^c la orilla y puso sus trapos a secar. Lo vi que temblaba de frío. Hacía aire y estaba nublado.

Me estuve asomando desde el boquete de la cerca donde me tenía el patrón al encargo de sus borregos. Volvía y miraba a aquel hombre sin que él se maliciara que alguien lo estaba espionando.

Se apalancó en sus brazos y se estuvo estirando y aflojando su humanidad, dejando orcar el cuerpo para que se secara. Luego se enjaretó^d la camisa y los pantalones agujerados. Vi que no traía machete ni ningún arma. Sólo la pura funda que le colgaba de la cintura, huérfana.

Miró y remiró para todos lados y se fue. Y ya iba yo a enderezarme para arriar mis borregos, cuando lo vi volver con la misma traza de desorientado.

Se metió otra vez al río, en el brazo de en medio, de regreso.

"¿Qué trairá este hombre?", me pregunté.

Y nada. Se echó de vuelta al río y la corriente se soltó zangoloteándolo como un reguilete,^e y hasta por poco y se ahoga.

^a "apuración" los ^b "zancas" que

^c A, B, C y D: Después rebalsó^f la

Dio muchos manotazos y por fin no pudo pasar y salió allá abajo, echando buches de agua hasta desentriparse.

Volvió a hacer la operación de secarse en pelota y luego arrendó río arriba por el rumbo de donde había venido.

Que me lo dieran ahorita. De saber lo que había hecho lo hubiera apachurrado a pedradas y ni siquiera me entraría el remordimiento.

Ya lo decía yo que era un juilón.¹⁰ Con sólo verle la cara. Pero no soy adivino, señor licenciado.¹¹ Sólo soy un cuidador de borregos y hasta si usted quiere algo miedoso cuando da la ocasión. Aunque, como usted dice, lo pude muy bien agarrar desprevenido y una pedrada bien dada en la cabeza lo hubiera dejado allí tieso. Usted ni quien se lo quite que tiene la razón.

Eso que me cuenta de todas las muertes que debía y que acababa de efectuar, no me lo perdono. Me gusta matar matones, créame usted. No es la costumbre; pero se ha de sentir sabroso ayudarle a Dios a acabar con esos hijos del mal.

La cosa es que no todo quedó allí. Lo vi venir de nueva cuenta al día siguiente. Pero yo todavía no sabía nada. ¡De haberlo sabido!

Lo vi venir más flaco que el día antes, con los huesos^a afuerita del pellejo, con la camisa rasgada. No creí que fuera él, así estaba de desconocido.

Lo conocí por el arrastre de sus ojos: medio duros, como que lastimaban. Lo vi beber agua y luego hacer buches como quien está enjuagándose la boca; pero lo que pasaba era que se había tragado un buen puño de ajolotes,¹² porque el charco donde se puso a sorber era bajito y estaba plagado de ajolotes. Debía de tener hambre.

Le vi los ojos, que eran dos agujeros oscuros como de cueva. Se^b me arrimó y me dijo: "¿Son tuyas esas borregas?" Y yo le dije que no.^c "Son de quien las parió", eso le dije.

No le hizo gracia la cosa. Ni siquiera peló el diente. Se pegó a la más hobachona¹³ de mis borregas y con sus manos como tenazas le agarró las patas y le sorbió el pezón. Hasta acá se oían los balidos del animal; pero él no la soltaba, seguía chupe y

^aA, B, C y D: los güesos afuerita

^bEn A, B, C y D forma párrafo aparte: So mo... le dije. ^cA y B: no; "Son

chupo hasta que se hastió de mamar. Con decirle que tuvo que echarle criolina¹⁴ en las ubres para que se le desinflamaran y no se le fueran a infestar¹⁵ los mordiscos que el hombre les había dado.

¿Dice usted que mató a toditita la familia de los Urquidi? De haberlo sabido lo atajo a puros leñazos.

Pero uno es ignorante. Uno vivo remontado en el cerro, sin más trato que los borregos, y los borregos no saben de chismes.

Y al otro día se volvió a aparecer. Al llegar yo, llegó él. Y hasta entramos en amistad.

Me contó que no era de por aquí, que era de un lugar muy lejos; pero que no podía andar ya porque le fallaban las piernas:¹⁷ "Camino y camino y no ando nada. Se me doblan las piernas de la debilidad. Y mi tierra está lejos, más allá de aquellos cerros." Me contó que se había pasado dos días sin comer más que puros yerbajos. Eso me dijo.

¿Dice usted que ni piedad le entró cuando mató a los familiares de los Urquidi? De haberlo sabido se habría quedado en juicio y con la boca abierta mientras estaba bebiéndose la leche de mis borregas.

Pero no parecía malo. Me contaba de su mujer y de sus chamacos. Y de lo lejos que estaban de él. Se sorbía los mocos al acordarse de ellos.

Y estaba reflaco,¹⁸ como trasijado. Todavía ayer se comió un pedazo de animal que se había muerto del relámpago.¹⁶ Parto amaneció comida de seguro por las hormigas arrieras y la parte que quedó él la tatemó¹⁹ en las brasas que yo prendía para calentarme las tortillas y le dio fin. Ruñó los huesos²⁰ hasta dejarlos pelones.

"El animalito murió de enfermedad", le dije yo.

Pero como si ni me oyera. Se lo tragó enterito. Tenía hambre.

Pero dice usted que acabó con la vida de esa gente. De haberlo sabido. Lo que es ser ignorante y confiado. Yo no soy más que borreguero y de ahí²¹ en más no sé nada. ¡Con decirle que se comía mis mismas tortillas y que las embarraba en mi mismo platol

¹⁸A, B, C y D: ro flaco,

²¹A: las fuerzas: "Camino

¹⁹A, B, C y D: los giesos hasta

²⁰A: de hay en

¿De modo que ora que vengo a decirle lo que sé, yo salgo encubridor? Pos ora sí. ¿Y dice usted que me va a meter en la cárcel por esconder a ese individuo? Ni que yo fuera el que mató a la familia esa. Yo sólo vengo a decirle que allí en un charco del río está un difunto. Y usted me alega que desde cuándo y cómo es y de qué modo es ese difunto. Y ora que yo se lo digo, salgo encubridor. Pos ora sí.

Créame usted, señor licenciado, que de haber sabido quién era aquel hombre no me hubiera faltado el modo de hacerlo perdedizo. ¿Pero yo qué sabía? Yo no soy adivino.

Él sólo me pedía de comer y me platicaba de sus muchachos, chorreando lágrimas.

Y ahora se ha muerto. Yo creí que había puesto a secar sus trapos entre las piedras del río; pero era él, enterito, el que estaba allí boca abajo, con la cara metida en el agua. Primero creí que se había doblado al empujarse sobre el río y no había podido ya enderezar la cabeza y que luego se había puesto a resollar agua, hasta que le vi la sangre coagulada que le salía por la boca y la nuca repleta de agujeros como si lo hubieran taladrado.

Yo^b no voy a averiguar eso. Sólo vengo a decirle lo que pasó, sin quitar ni poner nada. Soy borreguero y no sé de otras cosas. ■

^aEste párrafo forma parte del anterior en A, B, C y D.

^bPárrafo integrado al anterior en A, B, C y D.

¹El título original era "Donde el río da de vueltas", pero se tachó en el manuscrito y se escribió con pluma este título. Se trata probablemente del río Armería, que se forma en Jalisco y luego de atravesar la sierra de Manantlán corre por el estado de Colima para finalmente unirse al mar en Boca de Pascuales.

²Con el nombre de malasujeros se designan diversas plantas espinosas o con agujones, cuyas características varían según la región. Son silvestres.

³Decir los palos guajos es como decir los árboles guajos. El guaje es un árbol que produce un fruto globoso, con la cáscara del cual se hacen especies de ollas, llamadas jícaras o guajos.

⁴La angostura del río: la parte en la que el río va por el fondo angosto de las barrancas.

⁵Bornearse es voltearse. Es decir, la luz ya no proyectaba las sombras hacia el poniente; ahora lo hacía hacia el oriente.

⁶Revenido: seco, encogido, gastado.

⁷Rebalsar: hacer un hueco en la orilla de un río.

⁸Enjaretar: acción de ponerse una prenda, como el sombrero, el abrigo, la camisa, el pantalón. Tiene diversos maticos en su significado. Aquí parece indicar: vestirse desaliñadamente.

⁹El rehilete o reguilete consiste en una varilla de fierro con uno de los extremos doblado y en él unas aspas puestas en círculo de manera que giren al soplarles.

¹⁰Juilón: el que huye de la justicia.

¹¹En México se llama comúnmente licenciados a los licenciados en derecho o abogados.

¹²Ajolote: animal acuático en extinción. Es un batracio que se encuentra en las aguas encharcadas y en los lagos. Su color es oscuro. Adulto, alcanza entre veinte y treinta centímetros.

¹³Hobachona: gorda, posada.

¹⁴Criolina o croolina: líquido desinfectante usual en la limpieza de establos.

¹⁵Infestar, es decir, infectar.

¹⁶Muerto del relámpago: muerto por un rayo.

¹⁷Tatemar: asar.

EN LA MADRUGADA

SAN GABRIEL¹ solo de la niebla húmedo de rocío. Las nubes de la noche durmieron sobre el pueblo buscando el calor de la gente. Ahora está por salir el sol y la niebla se levanta despacio, enrollando su sábana, dejando hebras blancas encima de los tejados. Un vapor gris, apenas visible, sube de los árboles y de la tierra mojada atraído por las nubes; pero se desvanece en seguida. Y detrás de él aparece el humo negro de las cocinas, oloroso a encino quemado, cubriendo el cielo de cenizas.

Allá lejos los cerros están todavía en sombras.

Una golondrina cruzó las calles y luego sonó el primer toque del alba.²

Las luces se apagaron. Entonces una mancha como de tierra envolvió al pueblo, que siguió roncando un poco más, adormecido en el calor³ del amanecer. □

Por el camino de Jiquilpan,³ bordeado de camichines,⁴ el viejo Esteban viene montado en el lomo de una vaca, arreando el ganado de la ordeña. Se ha subido allí para que no le brinquen a la cara los chapulines.⁵ Se espanta los zancudos con su sombrero y de vez en cuando intenta chiflar, con su boca sin dientes, a las vacas, para que no se queden rezagadas. Ellas caminan rumiando, salpicándose con el rocío de la hierba. La mañana está aclarando. Oye las campanadas del alba en San Gabriel y se baja de la vaca, arrodillándose en el suelo y haciendo la señal de la cruz con los brazos extendidos.

Una lechuza grazna en el hueco de los árboles y entonces él brinca de nuevo al lomo de la vaca, se quita la camisa para que con el aire se le vaya el susto, y sigue su camino.

"Una, dos, diez", cuenta las vacas al estar pasando el guardaguanado que hay a la entrada del pueblo. A una de ellas la de-

3A, B, C, D y F: el color del

tiene por las orejas y le dice esto ⁶ ⁶ la trompa: "Ora te van a desahijar, mutilona. ⁶ Lora si quieres; pero es el último día que verás a tu becerro." La vaca lo mira con sus ojos tranquilos, se lo sacude con la cola y camina hacia adelante.⁶

Están dando la última campanada del alba.

No se sabe si las golondrinas vienen de Jiquilpan o salen de San Gabriel; sólo se sabe que van y vienen zigzagueando, mojóndose el pecho en el lodo de los charcos sin perder el vuelo; algunas llevan algo en el pico, recogen el lodo con las plumas timoneras y se alejan, saliéndose del camino, perdiéndose en el sombrío horizonte.

Las nubes están ya sobre las montañas, tan distantes que sólo parecen parches grises prendidos a las faldas de aquellos cerros azules.

El viejo Esteban mira las serpentinas de colores que corren por el cielo: rojas, anaranjadas, amarillas. Las estrellas se van haciendo blancas. Las últimas chispas se apagan y brota el sol, entero, poniendo gotas de vidrio en la punta de la hierba. □

"Yo tenía el ombligo frío de traerlo al aire. Ya no me acuerdo por qué. Llegué al zaguán del corral y no me abrieron. Se quebró la piedra con la que estuve tocando la puerta y nadie salió. Entonces creí que mi patrón don Justo se había quedado dormido. No les dije nada a las vacas, ni les expliqué nada; me fui sin que me vieran, para que no fueran a seguirme. Busqué donde estuviera bajita la barda y por allí me trepé y caí al otro lado, entre los becerros. Y ya estaba yo quitando la tranca del zaguán cuando vi al patrón don Justo que salía de donde estaba el tapanco,⁷ con la niña Margarita dormida en sus brazos y que atravesaba el corral sin verme. Yo me escondí hasta hacerme perdedizo arrojándome contra la pared, y de seguro no me vio. Al menos eso creí."

El viejo Esteban dejó entrar las vacas una por una, mientras las ordeñaba. Dejó al último a la desahijada, que se estuvo brame y brame, hasta que por pura lástima la dejó entrar. "Por última vez —le dijo—; míralo y lengüetéalo; míralo como si

A, B, C, D, E y G: dico estiran-
do la

⁶ hacia dolanto.

fuera a morir. Estás ya por parir y todavía te encariñas con este grandullón." Y a él: "Saboréalas nomás, que ya no son tuyas; te darás cuenta de que esta leche es leche tierna como para un recién nacido." Y le dio de patadas cuando vio que mamaba de las cuatro tetas. "Te romperé las jetas, hijo de res." □

"Y le hubiera roto el hocico si no hubiera surgido por allí el patrón don Justo, que me dio de patadas a mí para que me calmara. Me zurró una sarta de porrazos que hasta me quedé dormido entre las piedras, con los huesos tronándome de tan zafados que los tenía. Me acuerdo que duré todo ese día entelerido y sin poder moverme por la hinchazón que me resultó después y por el mucho dolor que todavía me dura.

"¿Qué pasó luego? Yo no lo supe. No volví a trabajar con él. Ni yo ni nadie, porque ese mismo día se murió. ¿No lo sabía usted? Me lo vinieron a decir a mi casa, mientras estaba acostado en el catre, con la vieja allí a mi lado poniéndome fomentos y cataplasmas. Me llegaron con ese aviso. Y que dizque yo lo había matado, dijeron los diceres. Bien pudo ser; pero yo no me acuerdo. ¿No cree usted que matar a un prójimo deja rastros? Los debe de dejar, y más tratándose de un superior de uno. Pero desde el momento que me tienen aquí en la cárcel por algo ha de ser, ¿no cree usted? Aunque, mire, yo bien que me acuerdo de hasta el momento que le pegué al becerro y de cuando el patrón se me vino encima, hasta allí va muy bien la memoria; después todo está borroso. Siento que me quedé dormido de a tiro y que cuando desperté estaba en mi catre, con la vieja allí a mi lado consolándome de mis dolencias como si yo fuera un chiquillo y no este viejo desportillado que yo soy. Hasta le dije: ¡Ya cállate! Me acuerdo muy bien que se lo dije, ¿cómo no iba a acordarme de que había matado a un hombre? Y, sin embargo, dicen que maté a don Justo. ¿Con qué dicen que lo maté? ¿Que dizque con una piedra, verdad? Vaya, menos mal, porque si dijeran que había sido con un cuchillo estarían zafados, porque yo no cargo cuchillo desde que era muchacho y de eso hace ya una buena hilera de años." □

"A, B, C y D: este grandullón." Y

Justo Brambila dejó a su sobrina Margarita sobre la cama, cuidando de no hacer ruido. En la pieza contigua dormía su hermana, tullida desde hacía dos años, inmóvil, con su cuerpo hecho de trapo; pero siempre despierta. Solamente tenía un rato de sueño, al amanecer; entonces se dormía como si se entregara a la muerte.

Despertaba al salir el sol, ahora. Cuando Justo Brambila dejaba el cuerpo dormido de Margarita sobre la cama, ella comenzaba a abrir los ojos. Oyó la respiración de su hija y preguntó: "¿Dónde has estado anoche, Margarita?" Y antes que comenzaran los gritos que acabarían por despertarla, Justo Brambila abandonó el cuarto, en silencio.

Eran las seis de la mañana.

Se dirigió al corral para abrirle el zaguán al viejo Esteban. Pensó también en subir al tapanco, para deshacer la cama^a donde él y Margarita habían pasado la noche. "Si el señor cura autorizara esto, yo me casaría con ella; pero estoy seguro de que armará un escándalo si se lo pido. Dirá que es un incesto y nos excomulgara a los dos. Más vale dejar las cosas en secreto." En eso iba pensando cuando se encontró al viejo Esteban peleándose con el becerro, meliendo sus manos como de alambre en el hocico del animal y dándole de patadas en la cabeza. Parecía que el becerro ya estaba derrengado porque restregaba sus patas en el suelo sin poder enderezarse.

Corrió y agarró al viejo por el cuello y lo tiró contra las piedras, dándole de puntapiés y gritándole cosas de las que él nunca conoció su alcance.^a Después sintió que se le nublaba la cabeza y que caía rebotando^b contra el empedrado del corral. Quiso levantarse y volvió a caer, y al tercer intento se quedó quieto. Una nublazón negra le cubrió la mirada cuando quiso abrir los ojos. No sentía dolor, sólo una cosa negra que le fue oscureciendo el pensamiento hasta la oscuridad^c total. □

El viejo Esteban se levantó ya alto el sol. Se fue caminando a tientas, quejándose. No se supo cómo abrió la puerta y se echó a la calle. No se supo cómo llegó a su casa, llevando los ojos,

^aE, F y G: y caía ^bD: caía rebotado contra

^cE y G: la oscuridad./ El

cerrados, dejando aquel regueto de sangre por todo el camino. Llegó y se recostó en su catre y volvió a dormirse.

Serían las once de la mañana cuando entró Margarita en el corral, buscando a Justo Brambila, llorando porque su madre le había dicho después de mucho sermonearla que era una prostituta.

Encontró a Justo Brambila muerto. □

“Que dizque yo lo maté. Bien pudo ser. Pero también pudo ser que él se haya muerto de coraje. Tenía muy mal genio. Todo le parecía mal: que estaban sucios los pesebres; que las pilas no tenían agua; que las vacas estaban rellacas.^a Todo le parecía mal; hasta que yo estuviera flaco no le gustaba. Y cómo no iba a estar flaco si apenas comía. Si me la pasaba en un puro viaje con las vacas: las llevaba a Jiquilpan, donde él había comprado un potrero de pasturas; esperaba a que comieran y luego me las traía de vuelta para llegar con ellas de madrugada. Aquello parecía una eterna peregrinación.

“Y ahora ya ve usted, me tienen detenido en la cárcel y que me van a juzgar la semana que entra porque crimi^o a don Justo. Yo no me acuerdo; pero bien pudo ser. Quizá los dos estábamos ciegos y no nos dimos cuenta de que nos matábamos uno al otro. Bien pudo ser. La memoria, a esta edad mía, es engañosa; por eso yo le doy gracias a Dios, porque si acaban^b con todas mis facultades, ya no pierdo mucho, ya que casi no me queda ninguna. Y en cuanto a mi alma, pues ahí también a él se la encomiendo.” □

^bE, F y G: si acaba con

Sobre San Gabriel estaba bajando otra vez la niebla. En los cerros azules brillaba todavía el sol. Una mancha de tierra cubría el pueblo. Después vino la oscuridad. Esa noche no encendieron las luces, de luto, pues don Justo era el dueño de la luz.

Los^s perros aullaron hasta el amanecer. Los vidrios de colores de la iglesia estuvieron encendidos hasta el amanecer con la luz.

^aA, B, C y D: re flacas ^cEsto párrafo aparece integrado al anterior en A, B, C, D, E, F.

de los cirios, mientras velaban el cuerpo del difunto. Voces de mujeres cantaban en el semisueño de la noche: "Salgan, salgan, salgan, ánimas,^a de penas"^b con voz de falsete.¹² Y las campanas estuvieron doblando a muerto toda la noche, hasta el amanecer, hasta que fueron cortadas por el toque del alba. **CA**

^b: "ánimas en penas"

^aB, C, D, E y F: ánimas do

¹San Gabriel es actualmente Venustiano Carranza, cabecera del municipio del mismo nombre, ciudad que se halla al sur de Guadalajara. En 1930, el municipio tenía 14 450 habitantes. Siempre se creyó que Rulfo había nacido en esta ciudad, pero investigaciones recientes hacen afirmar que nació en Sayula, Jal.

²Toque del alba: toque de campanas que se da en los pueblos a las seis de la mañana.

³Jiquilpan es un poblado al norte de Venustiano Carranza, en el mismo estado de Jalisco. Existe en Michoacán otra ciudad con ese nombre, tierra de Lázaro Cárdenas.

⁴Camichín: árbol frondoso. Destila una especie de leche. Sus frutos son comestibles.

⁵Chapulín: saltamontes.

⁶Motilona: que tiene muy poco pelo.

⁷Tapanco: piso o división de madera que se pone sobre vigas, ya sea en un lugar abierto o en una habitación.

⁸Desahacer la cama significa separar del colchón las sábanas y la cobija.

⁹Su alcance: su significado.

¹⁰Criminó: mató.

¹¹Parte de un estribillo de canto religioso que dice: Salgan, salgan, salgan, / ánimas de penas, / que el rosario santo / rompe las cadenas.

¹²Falsote: voz muy aguda.

TALPA¹

NATALIA se metió entre los brazos de su madre y lloró largamente allí¹ con un llanto quedito. Era un llanto aguantado por muchos días, guardado hasta ahora que regresamos a Zenzontla² y vio a su madre y comenzó a sentirse con ganas de consuelo.

Sin embargo, antes, entre los trabajos de tantos días difíciles, cuando tuvimos que enterrar a Tanilo en un pozo de la tierra de Talpa, sin que nadie nos ayudara,³ cuando ella y yo, los dos solos, juntamos nuestras fuerzas y nos pusimos a escarbar la sepultura desenterrando los terrones con nuestras manos⁴—dándonos prisa para esconder pronto a Tanilo dentro⁵ del pozo y que no siguiera espantando ya a nadie con el olor de su aire lleno de muerte—, entonces no lloró.

Ni después, al regreso, cuando nos vinimos⁶ caminando de noche sin conocer el sosiego,⁷ andando a tientas como dormidos y pisando con pasos que parecían golpes sobre la sepultura de Tanilo. En ese entonces,⁸ Natalia parecía estar endurecida y traer el corazón apretado para no sentirlo bullir dentro de ella. Pero de sus ojos no salió ninguna lágrima.

Vino a llorar hasta aquí, arrimada a su madre; sólo para acongojarla y que supiera que sufría, acongojándonos de paso a todos, porque yo también sentí ese llanto de ella dentro de mí como si estuviera exprimiendo el trapo de nuestros pecados.

Porque la cosa es que a Tanilo Santos entre Natalia y yo lo matamos. Lo llevamos a Talpa para que se muriera. Y se murió. Sabíamos que no aguantaría tanto camino; pero,⁹ así y todo, lo llevamos empujándolo entre los dos, pensando acabar con él para siempre. Eso hicimos.¹⁰ □

La idea de ir a Talpa salió de mi hermano Tanilo. A él se le ocurrió primero que a nadie. Desde hacía años que estaba pi-

¹Am tiene el epígrafe: Salgan, salgan, salgan, ánimas de penas...

³Am: ayudara, ella y yo, los

⁵Am: Tanilo adentro del

⁶Am y A: nos vinimos caminando

A: allí, con ⁴Am: manos; dándonos ⁷Am y A: muerte. Entonces ⁸Am: sosiego; andando ⁹Am: entonces Natalia ¹⁰Am: pero así ¹¹Am no presenta separaciones gráficas entre grupos de párrafos.

diendo que lo llevaran. Desde hacía años. Desde aquel día en que amaneció con unas ampollas moradas repartidas en los brazos y las piernas. Cuando después las ampollas se le convirtieron en llagas por donde no salía nada de sangre y sí una cosa amarilla como goma de copal³ que destilaba agua espesa. Desde entonces me acuerdo muy bien que nos dijo cuánto miedo sentía de no tener ya remedio. Para eso quería ir a ver a la Virgen de Talpa; para que Ella con su mirada le curara sus llagas. Aunque sabía que Talpa estaba lejos y que tendríamos que caminar mucho debajo del sol de los días y del frío de las noches de marzo, así y todo quería ir. La Virgencita le daría el remedio para aliviarse de aquellas cosas que nunca se secaban. Ella sabía hacer eso: lavar las cosas,⁴ ponerlo todo nuevo de nueva cuenta como un campo recién llovido. Ya⁵ allí, frente a Ella, se acababan sus males; nada le dolería ni le volvería a doler más. Eso pensaba él.

Y de eso nos agarramos Natalia y yo para llevarlo. Yo tenía que acompañar a Tanilo porque era mi hermano. Natalia tendría que ir también, de todos modos, porque era su mujer. Tenía que ayudarlo⁶ llevándolo del brazo, sopesándolo a la ida y tal vez a la vuelta sobre sus hombros,⁷ mientras él arrastrara su esperanza.

Yo ya sabía desde antes lo que había dentro de Natalia. Conocía algo de ella. Sabía, por ejemplo, que sus piernas redondas, duras y calientes como piedras al sol del mediodía,⁸ estaban solas desde hacía tiempo. Ya conocía yo eso. Habíamos estado juntos muchas veces; pero siempre la sombra de Tanilo nos separaba;⁹ sentíamos que sus manos ampolladas se metían entre nosotros y se llevaban a Natalia para que lo siguiera cuidando. Y así sería siempre mientras él estuviera vivo.

Yo sé ahora¹⁰ que Natalia está arrepentida de lo que pasó. Y yo también lo estoy; pero eso no nos salvará del remordimiento¹¹ ni nos dará ninguna paz ya nunca. No podrá tranquilizarnos saber que Tanilo se hubiera muerto de todos modos¹² porque ya le tocaba, y que de nada había servido ir a Talpa, tan allá,¹³ tan lejos;¹⁴ pues casi es¹⁵ seguro de que se hubiera muerto

²Am: llovido. Y allí,

⁹Am: sé que ahora Natalia
¹⁰Am: remordimiento; no nos

¹¹Am: casi estoy seguro

³Am: cosas; ponerlo todo nuevo, de ⁴Am: ayudarlo, llevándolo del brazo; sopesándolo
⁵Am: hombros mientras ⁶Am: mediodía estaban ⁷Am y G: separaba; sentíamos ⁸Am: modos,
porque ya le tocaba y ⁹Am, A, B, C y D: tan allá tan ¹⁰Am: lejos, pues

igual allá que aquí, o quizás tantito después aquí que allá, porque todo lo que se mortificó por el camino, y la sangre que perdió de más, y el coraje y todo, todas esas cosas juntas fueron las que lo mataron más pronto. Lo malo está en que Natalia y yo lo llevamos a empujones, cuando él ya no quería seguir, cuando sintió que era inútil seguir y nos pidió que lo regresáramos. A estirones lo levantábamos del suelo para que siguiera caminando, diciéndole que ya no podíamos volver atrás. "Está ya más cerca Talpa que Zenzontla." Eso le decíamos. Pero entonces Talpa estaba todavía lejos; más allá de muchos días.

Lo que queríamos era que se muriera. No está por demás decir que eso era lo que queríamos desde antes de salir de Zenzontla y en cada una de las noches que pasamos en el camino de Talpa. Es algo que no podemos entender ahora; pero entonces era lo que queríamos. Me acuerdo muy bien.

Me acuerdo muy bien de esas noches. Primero nos alumbrábamos con ocotes. Después dejábamos que la ceniza oscureciera la lumbre y luego buscábamos Natalia y yo la sombra de algo para escondernos de la luz del cielo. Así nos arrimábamos a la soledad del campo, fuera de los ojos de Tanilo y desaparecidos en la noche. Y la soledad aquella nos empujaba uno al otro. A mí me ponía entre los brazos el cuerpo de Natalia y a ella eso le servía de remedio. Sentía como si descansara; se olvidaba de muchas cosas y luego se quedaba adormecida y con el cuerpo sumido en un gran alivio.

Siempre sucedía que la tierra sobre la que dormíamos estaba caliente. Y la carne de Natalia, la esposa de mi hermano Tanilo, se calentaba en seguida con el calor de la tierra. Luego aquellos dos calores juntos quemaban y lo hacían a uno despertar de su sueño. Entonces mis manos iban detrás de ella; iban y venían por encima de ese como rescoldo que era ella; primero suavemente, pero después la apretaban como si quisieran exprimirla la sangre. Así una y otra vez, noche tras noche, hasta que llegaba la madrugada y el viento frío apagaba la lumbre de nuestros cuerpos. Eso hacíamos Natalia y yo a un lado del camino de Talpa, cuando llevamos a Tanilo para que la Virgen lo aliviara.

³Am: A potreonos⁴ lo

^dAm: todavía más lejos;

^CAm: para defendernos de
^fAm: y escondidos en

^gAm: adormecida y quieta y con el cuerpo envuelto en

^hAm: la apretaba como si quisiera exprimirla

A, B, C, D, E y F forma párrafo aparte: "Está... días. ^CA: —Está ya más cerca Zenzontla. Ego

Ahora todo ha pasado. Tanilo se alivió hasta de vivir. Ya no podrá decir nada del trabajo³ tan grande que le costaba vivir, teniendo aquel cuerpo como emponzoñado, lleno por dentro de agua podrida que le salía por cada rajadura de sus piernas o de sus brazos. Unas llagas así de grandes, que se abrían despacito, muy despacito, para luego dejar salir a borbotones un aire como de cosa echada a perder que a todos nos tenía asustados.

³Am: trabajo que lo

Pero ahora que está muerto la cosa se ve de otro modo. Ahora Natalia llora por él, tal vez para que él vea, desde donde está, todo el gran remordimiento que¹ lleva encima de su alma. Ella dice que ha sentido la cara de Tanilo estos últimos días. Era lo único que servía de él para ella;² la cara de Tanilo, humedecida siempre por el sudor en que lo dejaba el esfuerzo para aguantar sus dolores. La sintió acercándose hasta su boca, escondiéndose entre sus cabellos, pidiéndole, con una voz apenitas,⁴ que lo ayudara. Dice que le dijo que ya se había curado por fin; que ya no le molestaba ningún dolor. "Ya⁵ puedo estar contigo, Natalia. Ayúdame a estar contigo", díque eso le dijo.

¹Am: que ella lleva

Acabábamos de salir de Talpa, de dejarlo allí enterrado bien hondo en aquel surco profundo que hicimos para sepultarlo.

Y Natalia se olvidó de mí desde entonces. Yo sé cómo le brillaban antes los ojos como si fueran charcos alumbrados por la luna. Pero de pronto se deslucieron, se le borró la mirada como si la hubiera revolcado en la tierra. Y pareció no ver ya nada. Todo lo que existía para ella⁶ era el Tanilo de ella, que ella había cuidado mientras estuvo vivo y lo había enterrado cuando tuvo que morir. □

Tardamos veinte⁷ días en encontrar el camino real de Talpa. Hasta entonces habíamos venido los tres solos.⁸ Desde allí comenzamos a juntarnos con gente que salía de todas partes; que había desembocado como nosotros en aquel camino ancho⁹ parecido a la corriente de un río, que nos hacía andar a rastras, empujados por todos lados como si nos llevaran amarrados con hebras de

³Am: tres solos; pero desde allí

⁴Am: camino que parecía la corriente

⁵Am: ella, la ⁶Am: apenitas que ⁷Sin comillas on ⁸Am. ⁹Am: ella, era ¹⁰Am: Tardamos

polvo. Porque de la tierra se levantaba,^a con el bullir de la gente, un polvo blanco como tamo de maíz^b que subía muy alto y volvía a caer; pero los pies al caminar lo devolvían y lo hacían subir de nuevo; así a todas horas estaba aquel polvo por encima y debajo de nosotros. Y arriba de esta tierra^b estaba el cielo vacío, sin nubes, sólo el polvo;^c pero el polvo no da ninguna sombra.

Teníamos que esperar a la noche para descansar del sol y de aquella luz blanca del camino.

Luego los días fueron haciéndose más largos. Habíamos salido de Zenzontla a mediados de febrero,^d y ahora que comenzaba marzo amanecía muy pronto. Apenas si cerrábamos los ojos al oscurecer, cuando nos volvía a despertar el sol, el mismo sol que parecía^e acabarse de poner hacia un rato.

Nunca^f había sentido que fuera más lenta y violenta^g la vida como caminar entre un amontonadero de gente; igual que si fuéramos un hervidero de gusanos apelotonados bajo el sol, retorciéndonos entre la cerrazón del polvo que nos encerraba a todos en la misma vereda y nos llevaba como acorralados. Los ojos seguían la polvareda; daban en el polvo como si tropezaran contra algo que no se podía traspasar. Y el cielo siempre gris, como una mancha gris y pesada que nos aplastaba a todos desde arriba. Sólo a veces, cuando cruzábamos algún río, el polvo era más alto y más claro. Zambullíamos la cabeza acalenturada y renegrida en el agua verde, y por un momento de todos nosotros salía un humo azul, parecido al vapor que sale de la boca con el frío. Pero poquito después desaparecíamos otra vez entreverados en el polvo, cobijándonos unos a otros del sol, de aquel calor del sol repartido entre todos.

Algún día llegaría^h la noche. En eso pensábamos. Llegará la noche y nos pondremos a descansar. Ahora se trata de cruzar el día, de atravesarlo como sea para correr del calor y del sol. Después nos detendremos. Después. Lo que tenemos que hacer por lo pronto es esfuerzo tras esfuerzo para ir de prisa detrás de tantos como nosotros y delante de otros muchos. De eso se trata. Ya descansaremosⁱ bien a bien cuando estemos muertos.

En eso pensábamos Natalia y yo^j y quizá también Tanilo,

^bA: tierra blanca como encandilada estaba

^eAm: que acababa de ponerse hacia
^fAm: Y nunca había A y B: Y yo nunca ^gAm y agitada la vida como seguir por ese camino entre el amontonadero de gente; como si fuéramos

^hAm: día llegaría la

ⁱAm: descansaremos cuando
^jAm: y yo, quizá

^aAm: levantaba con ^cAm: polvo, pero ^dAm: febrero y ahora, que comenzaba marzo, amanecía

cuando íbamos por el camino real de Talpa, entre la procesión; queriendo llegar, los primeros hasta la Virgen, antes que se le acabaran los milagros.

Pero Tanilo comenzó a ponerse más malo. Llegó un rato en que ya no quería seguir. La carne de sus pies se había reventado y por la reventazón aquella empezó a salirse la sangre. Lo cuidamos hasta que se puso bueno. Pero, así y todo, ya no quería seguir:

"Me quedaré aquí sentado un día o dos y luego me volveré a Zenzontla." Eso nos dijo.

Pero Natalia y yo no quisimos. Había algo dentro de nosotros que no nos dejaba sentir ninguna lástima por ningún Tanilo. Queríamos llegar con él a Talpa, porque a esas alturas, así como estaba, todavía le sobraba vida. Por eso mientras Natalia le enjuagaba los pies con aguardiente para que se le deshincharan, le daba ánimos. Le decía que sólo la Virgen de Talpa lo curaría. Ella era la única que podía hacer que él se aliviara para siempre. Ella nada más. Había otras muchas Virgenes; pero sólo la de Talpa era la buena. Eso le decía Natalia.

Y entonces Tanilo se ponía a llorar con lágrimas que hacían surco entre el sudor de su cara y después se maldecía por haber sido malo. Natalia le limpiaba los chorretes de lágrimas con su rebozo, y entre ella y yo lo levantábamos del suelo para que caminara otro rato más, antes que llegara la noche.

Así, a tirones, fue como llegamos con él a Talpa.

Ya en los últimos días también nosotros nos sentíamos cansados. Natalia y yo sentíamos que se nos iba doblando el cuerpo entre más y más. Era como si algo nos detuviera y cargara un pesado bulto sobre nosotros. Tanilo se nos caía más seguido y teníamos que levantarlo y a veces llevarlo sobre los hombros. Tal vez de eso estábamos como estábamos: con el cuerpo flojo y lleno de flojera para caminar. Pero la gente que iba allí junto a nosotros nos hacía andar más aprisa.

Por las noches, aquel mundo desbocado se calmaba. Desperdigadas por todas partes brillaban las fogatas y en derredor de la lumbre la gente de la peregrinación rezaba el rosario, con

²Am: Virgen; antes de que

⁴Am: a mi casa." Eso

^fAm: ánimos; le iba diciendo que

^hAm: hacían camino entre ⁱAm: y luego se

^jC y D: yo le levantábamos

^kAm: más antes de que

^lAm: nos forzaba a andar

^mAm: y junto a la lumbre

^bAm: Pero así (Sin comillas, con guión inicial, en ^{Am} ^cAm: vida; por ^gAm: Virgenes, pero

los brazos en^a cruz, mirando hacia el cielo de Talpa. Y se oía cómo el viento llevaba y traía aquel rumor, revolviéndolo, hasta hacer de él un solo mugido. Poco después todo se quedaba quieto. A eso de la medianoche podía oírse^c que alguien cantaba muy lejos de nosotros.^d Luego se cerraban los ojos y se esperaba sin dormir a que amaneciera. □

Entramos a^e Talpa cantando el Alabado.⁸

Habíamos salido a mediados de febrero y llegamos a Talpa en los últimos días de marzo, cuando ya mucha gente venía de regreso. Todo se debió a que Tanilo se puso a hacer penitencia. En cuanto se vio rodeado de hombres que llevaban pencas de nopal colgadas como escapulario, él también pensó en llevar las suyas. Dio en amarrarse los pies uno con otro con las mangas de su camisa para que sus pasos se hicieran más desesperados. Después quiso llevar una corona de espinas. Tantito después se vendó los ojos, y más tarde, en los últimos trechos del camino,^f se hincó en la tierra, y así, andando sobre los huesos de sus rodillas y con las manos cruzadas hacia atrás, llegó a Talpa aquella cosa que era mi hermano Tanilo Santos; aquella cosa tan llena de cataplasmas y de hilos oscuros de sangre que dejaba en el aire, al pasar, un olor agrio como de animal muerto.

Y^g cuando menos acordamos lo vimos metido entre las danzas. Apenas si nos dimos cuenta y^h ya estaba allí, con la larga sonaja en la mano, dando duros golpes en el suelo con sus pies amarrados y descalzos. Parecía todo enfurecido, como si estuviera sacudiendo el coraje que llevaba encima desde hacía tiempo; o como si estuviera haciendo un último esfuerzo por conseguir vivir un poco más.

Tal vezⁱ al ver las danzas se acordó de cuando iba todos los años a Tolimán,¹⁰ en el novenario del Señor, y bailaba la noche entera hasta que sus huesos se aflojaban, pero sin cansarse. Tal vez de eso se acordó^j y quiso revivir su antigua fuerza.

Natalia y yo lo vimos así por un momento. En seguida lo vimos alzar los brazos y azotar su cuerpo contra el suelo, todavía con la sonaja repicando entre sus manos salpicadas de sangre.

^fAm: camino se ⁱAm: vez, al ver la danza, se

^aAm: brazos crucificados, mirando

^bAm: hacer de uno rumor un

^cAm: podía saberse que

^dAm: nosotros, o se oía el llanto de alguien aquí cerca o a veces, un grito suelto y apagado de alguna mujer. Luego ^eA y B: Entramos en Talpa

^gAm: Cuando menos acordamos Tanilo se había metido ^hAm: cuenta cuando ya

^jAm: eso se acordaba ahora y quería revivir

Lo sacamos a rastras, esperando defenderlo de los pisotones de los danzantes;^a de entre la furia de aquellos pies que rodaban sobre las piedras y brincaban aplastando la tierra sin saber^b que algo se había caído en medio de ellos.

A horcajadas^c como si estuviera tullido, entramos con él en la iglesia. Natalia lo arrodilló junto a ella, enfrentito de aquella figurita dorada que era la Virgen de Talpa. Y Tanilo comenzó a rezar y dejó que se le cayera una lágrima grande, salida de muy adentro, apagándole la vela que Natalia le había puesto entre sus manos. Pero no se dio cuenta de esto;^e la luminaria de tantas velas prendidas que allí había^f le cortó esa cosa con la que uno se sabe^g dar cuenta de lo que pasa junto a uno. Siguió rezando con su vela apagada. Rezando a gritos para oír que rezaba.

Pero no le valió. Se murió de todos modos.

"... Desde^h nuestros corazones sale para Ella una súplica igual, envuelta en el dolor. Muchas lamentaciones revueltas con esperanza. No se ensordece su ternura ni ante los lamentosⁱ ni las lágrimas, pues Ella sufre con nosotros. Ella sabe borrar esa mancha y dejar que el corazón se haga blandito y puro para recibir su misericordia y su caridad. La Virgen nuestra, nuestra madre, que no quiere saber nada de nuestros pecados; que se echa la culpa de nuestros pecados; la que quisiera llevarnos en sus brazos para que no nos lastime la vida, está aquí junto a nosotros, aliviándonos el cansancio y las enfermedades del alma y de nuestro cuerpo ahuatado,^k herido y suplicante. Ella sabe que cada día nuestra fe es mejor porque está hecha de sacrificios..."

Eso decía^l el señor cura desde allá arriba del púlpito. Y después que dejó de hablar, la gente se soltó rezando toda al mismo tiempo, con un ruido igual al de muchas avispas espantadas por el humo.

Pero Tanilo ya no oyó lo que había dicho el señor cura. Se había quedado quieto, con la cabeza recargada en sus rodillas. Y cuando Natalia lo movió^m para que se levantara ya estaba muerto.

Afuera se oía el ruido de las danzas; los tambores y la chirrimía;ⁿ el repique de las campanas. Y entonces fue cuando me dio

^bAm: sin sentir que

^dAm: sí a la

^eAm: de eso; la

^gAm: no debo dar

ⁱAm: los gritos ni

^kAm: cuerpo ajuatado, herido

^lAm: Eso nos dijo el

^mAm: lo romovió para

^aAm: danzantes. De entre ^cAm: horcajadas como ^fAm: había, lo ^hAm, A, B, C, D y F: "...desde E y G: "...Desde ^hAm: nosotros aliviándonos

a mi tristeza. Ver tantas cosas vivas; ver a la Virgen allí, mero enfrente de nosotros dándonos su sonrisa, y ver por el otro lado a Tanilo,¹ como si fuera un estorbo. Me dio tristeza.

Pero nosotros lo llevamos allí para que se muriera, eso es lo que no se me olvida. □

Ahora estamos los dos en Zenzontla. Hemos vuelto sin él. Y la madre de Natalia no me ha preguntado nada; ni qué hice con mi hermano Tanilo, ni nada. Natalia se ha puesto a llorar sobre sus hombros y le ha contado de esa manera todo lo que pasó.

Y yo comienzo a sentir como si no hubiéramos llegado a ninguna parte,^c que estamos aquí de paso, para descansar,^d y que luego seguiremos caminando. No sé para dónde; pero tendremos que seguir, porque aquí estamos muy cerca del remordimiento y del recuerdo de Tanilo.

Quizá hasta empecemos a tenernos miedo uno al otro. Esa cosa de no decirnos nada desde que salimos de Talpa^e tal vez quiera decir eso. Tal vez los dos tenemos muy cerca el cuerpo de Tanilo, tendido en el petate¹ enrollado; lleno por dentro y por fuera de un hervidero de moscas azules que zumbaban como si fuera un gran ronquido que saliera de la boca de él; de aquella boca que no pudo cerrarse a pesar de los esfuerzos de Natalia y míos, y que parecía querer respirar todavía sin encontrar resuello. De aquel Tanilo a quien ya nada le dolía,^f pero que estaba como adolorido, con las manos y los pies engarruñados y los ojos muy abiertos como mirando¹ su propia muerte. Y por aquí y por allá todas sus llagas goteando un agua amarilla, llena de aquel olor que se derramaba por todos lados y se sentía en la boca, como si se estuviera saboreando una miel espesa y amarga que se derretía en la sangre de uno a cada bocanada de aire.

Es de eso de lo que quizá nos acordemos aquí más seguido: de aquel Tanilo que nosotros enterramos en el camposanto¹ de Talpa; al que Natalia y yo echamos tierra y piedras encima para que no lo fueran¹ a desenterrar los animales del cerro. ■

^gAm: como si mirara su

^hAm: lo desenterraran los

^dAm: Tanilo como si fuera un estorbo, me ^bAm presenta este párrafo integrado al anterior. ^cA, B, C y D: parto; que ^dAm: descansar y ^eAm: Talpa, tal ^fAm: dolía; pero que estaba como adolorido; con

¹Talpa de Allende es la cabecera del municipio del mismo nombre, en el estado de Jalisco. Se halla al suroeste de Guadalajara, y quince kilómetros al sur de Mascota. Está en plena sierra. Es un lugar de peregrinaciones pues se venera allí a Nuestra Señora de Talpa. En 1980 había en todo el municipio 13 058 habitantes.

²Zenzontla, Jal., es un pequeño poblado al suroeste de Tlaxcacuasco, en las estibaciones de la Sierra Manantlán, en el lado sur del río Ayuquila.

³Copal: resina que los antiguos mexicanos usaban como incienso.

⁴A potroones: a empujones y a estirones, como se hace avanzar un potro indócil.

⁵Estar significa aquí tener relaciones maritales.

⁶Tamo de maíz: polvo que se desprende del maíz.

⁷Aguardiente: bebida con alto contenido de alcohol.

⁸El Alabado es un canto religioso muy conocido por los campesinos de Jalisco.

⁹Las danzas son los diversos conjuntos de danzantes que acompañan las peregrinaciones. También, los giros que éstos ejecutan al danzar.

¹⁰Tolimán, Jal., es un pequeño poblado al suroeste de Tlaxcacuasco, al norte del río Armería y del Cerro Grande.

¹¹Ahuatado: con inflamaciones. También podría significar espinado.

¹²La chirimía es propiamente la flauta con que toca un músico en determinadas fiestas religiosas. El músico que la toca es acompañado por un tamborilero, y al dúo se le llama también de esa manera.

¹³Petate: estera tejida de hojas de palma o de tule.

¹⁴Camposanto: cementerio.

MACARIO

Estoy sentado junto a la alcantarilla aguardando a que salgan las ranas. Anoche, mientras estábamos cenando, comenzaron a armar el gran alboroto y no pararon de cantar hasta que amaneció. Mi madrina también dice eso: que la gritaría de las ranas le espantó el sueño. Y ahora ella bien quisiera dormir. Por eso me mandó a que me sentara aquí, junto a la alcantarilla, y me pusiera con una tabla en la mano^c para que cuanta rana saliera a pegar de brincos afuera, la apaleuachara^d a tablazos. . . Las ranas son verdes de todo a todo,^e menos en la panza. Los sapos son negros. También los ojos de mi madrina son negros. Las ranas son buenas para hacer de comer con ellas. Los sapos no se comen; pero yo me los he comido también, aunque no se coman, y saben igual que las ranas. Felipa es la que dice que es malo comer sapos. Felipa tiene los ojos verdes^f como los ojos de los gatos. Ella es la que me da de comer en la cocina cada vez que me toca comer. Ella no quiere que yo perjudique a las ranas. Pero,^g a todo esto, es mi madrina la que me manda hacer las cosas. . . Yo quiero más a Felipa que a mi madrina. Pero es mi madrina la que saca el dinero de su bolsa para que Felipa compre todo lo de la comedera. Felipa sólo se está^h en la cocina arreglando la comida de los tres. No hace otra cosa desde que yo la conozco. Lo de lavar los trastes a mí me toca. Lo de acarrear leña para prender el fogón también a mí me toca. Luegoⁱ es mi madrina la que nos reparte la comida. Después de comer ella, hace con sus manos dos montoncitos,^k uno para Felipa y otro para mí. Pero a veces Felipa no tiene ganas de comer y entonces son para mí los dos montoncitos. Por eso quiero yo a Felipa, porque yo siempre tengo hambre y no me lleno nunca, ni aun comiéndome la comida de ella. Aunque digan que uno se llena comiendo, yo sé bien que^m no me lleno por más que coma todo lo que me

^a Pan y Am: pararon hasta

^b Pan y Am: le asustó el

^d Pan y Am: todo. Los sapos

^e Pan y Am: ranas... Felipa

^f Pan y Am: verdes. Ella es

^h Pan y Am: se mete en la cocina y arregla la comida para los tres. No hace nada más desde

ⁱ Pan y Am: mí es a quién me toca.

^k Pan y Am: montoncitos de comida, uno ^l Pan y Am: mí. Sin embargo, a veces

^m Pan y Am: que yo no

^c Am: mano, para que, cuanta ^d D: todo menos ^e Am y A: Pero a ^f Pan y Am: Luego, es

den. Y Felipa también sabe eso. . .² Dicen en la calle que yo estoy loco porque jamás¹ se me acaba el hambre. Mi madrina ha oído que eso dicen. Yo no lo he oído. Mi madrina no me deja salir solo a la calle. Cuando me saca a dar la vuelta es para llevarme a la iglesia a oír misa. Allí me acomoda cerquita de ella y me amarra las manos con las barbas de su reboso. Yo no sé por qué me amarrará mis manos; pero, digo que porque^c dizque² luego hago locuras. Un día inventaron¹ que yo andaba ahorcando a alguien; que le apreté el pescuezo a una señora nada más por nomás. Yo no me acuerdo. Pero, ya todo esto, es mi madrina la que dice¹ lo que yo hago y ella nunca anda con mentiras. Cuando me llama a comer, es para darme mi parte de comida, y no como otra¹ gente que me invitaba a comer con ellos y luego que me les acercaba¹ me apedreaban hasta hacerme correr sin comida ni nada. No, mi madrina me trata bien. Por eso estoy contento en su casa. Además, aquí vive Felipa.¹ Felipa es muy buena conmigo. Por eso la quiero. . . La leche de Felipa es dulce como las flores del obelisco.³ Yo he bebido leche de chiva y también de puerca recién parida;⁴ pero no, no es igual de buena que la leche de Felipa. . . Ahora ya hace mucho⁷ tiempo que no me da a chupar de los bultos esos que ella tiene donde tenemos solamente las costillas, y de donde le sale,^c sabiendo sacarla, una leche mejor que la que nos da mi madrina en el almuerzo de los domingos. . . Felipa antes iba todas las noches al cuarto donde yo duermo,¹ y se arrimaba conmigo, acostándose encima de mí o echándose¹ a un lado. Luego se las ajuarecaba para que yo pudiera chupar de aquella leche dulce y caliente que se dejaba venir en chorros por la lengua. . . Muchas veces he comido flores de obelisco para entretener el hambre. Y la leche de Felipa era de ese sabor, sólo que a mí me gustaba más,⁷ porque,⁵ al mismo tiempo que me pasaba los tragos, Felipa me hacía cosquillas¹ por todas partes. Luego sucedía que casi siempre se quedaba dormida junto a mí, hasta la madrugada. Y eso⁴ me servía de mucho; porque yo no me apuraba del frío ni de ningún miedo a condenarme en el infierno si me moría⁷ yo solo allí, en alguna noche. . . A veces no le tengo tanto⁷ miedo al in-

¹ Pan y Am: sabe esto. . . Dicen
² Pan y Am: porque nunca se

^c Pan y Am: salir a la calle a mí solo. Cuando ¹ Pan y Am: dar una vuelta, es

^c Pan y Am: porque luego

¹ Pan y Am: día dijeron que

^h Pan y Am: la que tiene que decir lo que yo hice y ella

¹ Pan y Am: como otras gentes, que yo conocí quién sabe dónde, que me enseñaban un plato copeteado de carne y luego ^k Pan y Am: sin carne ni nada. No, mi madrina dice lo que digo. Por eso

⁷ Pan y Am: mucho que

^o Pan y Am: lo sabía, sabiendo

¹ Pan y Am: yo dormía, y

¹ Am: o echándose a

¹ Pan y Am: cosquillas con sus manos por ^u Am: Y eso servía; porque Pan: Y eso me servía; porque

^v Pan y Am: moría solo

^v Pan y Am: tengo mucho miedo

¹ Pan y Am: Pero a ¹ Pan, Am, A, B, C, D, E y F: acercaba, me ¹ C y D: Felipa, Felipa es ¹⁰ Pan y Am: parida, pero ¹ Pan y Am: más porque ⁵ Pan, Am y A: porque al

tierno. Pero a veces sí. Luego me gusta^a darme mis buenos sus-
 tos con eso de que me voy a ir al infierno cualquier día de éstos,
 por tener la cabeza tan dura y por gustarme dar de cabezazos
 contra lo primero que encuentro. Pero viene Felipa y me espanta
 mis miedos. Me hace cosquillas con sus manos como ella sabe
 hacerlo y me ataja el miedo ese que tengo de morirme. Y por
 un ratito hasta se me olvida. . . Felipa dice, cuando tiene ganas
 de estar conmigo, que ella le contará al Señor todos mis pecados.
 Que irá al cielo muy pronto y platicará^b con Él pidiéndole que
 me perdone toda la mucha maldad que me llena el cuerpo de
 arriba^c abajo. Ella le dirá que me perdone, para que yo no me
 preocupe más. Por eso se confiesa todos los días.^d No porque ella
 sea mala, sino porque yo estoy repleto^e por dentro de demonios,
 y tiene que sacarme esos chamucos^f del cuerpo confesándose por
 mí. Todos los días.^g Todas las tardes de todos los días. Por toda
 la vida ella me hará ese favor. Eso dice Felipa. Por eso yo la
 quiero tanto. . . Sin embargo, lo de tener la cabeza así de dura
 es la gran cosa. Uno da de topes contra los pilares del corredor
 horas enteras y la cabeza no se hace nada, aguanta sin quebrar-
 se. Y uno da de topes contra el suelo; primero despacito, des-
 pués más recio y aquello suena como un tambor. Igual que el
 tambor que anda con la chirimía, cuando viene la chirimía a
 la función^h del Señor.ⁱ Y entonces uno está en la iglesia, amarra-
 do a la madrina, oyendo afuera el tum tum del tambor. . . Y mi
 madrina dice que si en mi cuarto hay chinches y cucarachas
 y alacranes^j es porque me voy a ir a arder en el infierno si sigo
 con mis mañas^k de pegarle al suelo con mi cabeza. Pero lo que
 yo quiero es oír el tambor. Eso es lo que ella debería saber.
 Oírlo, como cuando uno está en la iglesia, esperando salir pronto
 a la calle para ver cómo es que aquel tambor se oye de tan lejos,
 hasta lo hondo de la iglesia y por encima de las condenaciones
 del señor cura. . . : "El camino de las cosas buenas^l está lleno de
 luz. El camino de las cosas malas es oscuro." Eso dice el señor
 cura. . . Yo me levanto y salgo de mi cuarto cuando todavía está
 a oscuras. Barro la calle y me meto otra vez en mi cuarto antes
 que me agarre la luz del día. En la calle suceden cosas. Sobra

^aAm: me gustaba darme

^bAm: le platicará al
^cPan y Am: y hablará con

^dPan y Am: arriba a abajo.

^ePan y Am: repleto de

^fAm: mí. Todos los días. Todos los
^gdías. Todas las tardes

^hPan y Am: Señor de Amula.ⁱ Y

^jPan y Am: alacranes, es porque yo m
^kPan y Am: mis cosas de

^lAm: cura. . . El camino de las cosas
 malas está lleno de luz. Eso Pan:
 cura. . . El camino de las cosas buena
 es oscuro. El camino de las cosas me
 las está lleno de luz. Eso Pan y A
 antes de que me agarre la luz de la
 calle. En

^oPan y Am: días, no

quien lo descalabre a pedradas apenas lo ven a uno. Lluven piedras grandes y filosas por todas partes. Y luego hay que remendar la camisa y esperar muchos días ^a que se remienden las cajaduras de la cara o de las rodillas. Y aguantar otra vez ^b que le amarran a uno las manos, porque si no ^c ellas corren a arrancar la costra del remiendo y vuelve a salir ^d el chorro de sangre. Oír que la sangre también tiene ^e buen sabor ^f aunque ^g eso sí, no se parece al sabor de la leche de Felipa. . . Yo por eso, para que no me apedreen, me vivo siempre metido en mi casa. En seguida que me dan de comer me encierro en mi cuarto y atranco bien la puerta para que no den conmigo los pecados mirando que aquello está a oscuras. Y ni siquiera prendo el ocote para ver por dónde se me andan subiendo las cucarachas. Ahora me estoy quietecito. Me acuesto sobre mis costales ^h y en cuanto siento alguna cucaracha caminar con sus patas rasposas por mi pescuezo ⁱ le doy un manotazo ^j y la aplasto. Pero no prendo el ocote. No vaya a suceder que me encuentren desprevenido los pecados por andar con el ocote prendido buscando todas las cucarachas que se meten ^k por debajo de mi cobija. . . Las cucarachas truenan como saltapericos ^l cuando uno las destripa. Los grillos no sé si truenan ^m. A los grillos nunca los mato. Felipa dice que los grillos hacen ruido siempre, sin pararse ni a respirar, para que no se oigan los gritos de las ánimas que están penando en el purgatorio. El día en que se acaben los grillos, el mundo se llenará de los gritos de las ánimas santas ⁿ y todos echaremos a correr espantados por el susto. Además, a mí me gusta mucho estarme con la oreja parada oyendo el ruido de los grillos. En mi cuarto hay muchos. Tal vez haya ^o más grillos que cucarachas aquí entre las arrugas de los costales donde yo me acuesto. También hay alfileres. Cada rato se dejan caer del techo y uno tiene que esperar sin resollar a que ellos hagan su ^p recorrido por encima de uno hasta llegar al suelo. Porque si algún brazo se mueve o empiezan a temblarle a uno los huesos ^q se siente en seguida ^r el ardo del piquete. Eso duele. A Felipa le picó una vez uno en una nalga. Se puso a llorar y a gritarle con gritos ^s queditos a la Virgen Santísima para que no se le echara a perder su nalga.

^a Pan y Am: días cuidando que se cerraron los remiendos de la ^t Pan y Am: vez a que

^d Pan: salir la sangre, Am: salir sangro. ^e Pan y Am: tiene un buen

^k Am: un mantazo y

^j Pan y Am: meten debajo

^m Pan y Am: si truenan. A

ⁿ Pan y Am: ánimas y

^o Pan y Am: vez hay más

^p Pan y Am: hagan el recorrido

^q Pan y Am: uno los hígados, se

^s Pan y Am: gritos muy queditos

^c Pan y Am: no, ellas ^f Pan, Am, A, B, C y D: sabor, aunque ^g Pan, Am, E y F: aunque eso ^h Pan y Am: Felipa... Dice el señor cura que aquel hombre malo del que nos había contado un cuento, se lo ocurrió prender fuego a su casa. Se levantó antes de que se levantara el día, como yo lo hago siempre, y en la oscuridad, en lugar de ir a barrer la calle como yo lo hago, le dió por hacer una lumbrada con su casa y meterse él adentro, para que la luz le alumbrara el camino de la muerte. Y dice el señor cura que aquel hombre malo necesitaba de la luz porque estaba condenado en vida, igual que yo, si sigo dándole al suelo con mi cabeza y aflojando los pilares del corredor a puros empujones de mis costillas, como dico mi madrina que hago... Yo por eso, casi llegando a mi casa, en seguida que me dan de comer, me meto en mi cuarto y cierro bien atrancada la puerta para que todo esté a oscuras y no den conmigo los pecados. Y ni siquiera ⁱ Pan y Am: costales y ^j Pan y Am: pescuezo, lo ^k Pan y Am: enseguida

Yo le unté saliva. Toda la noche me la pasé untándole saliva y rezando con ella, y hubo un rato, cuando vi que no se aliviaba con mi remedio, en que yo también le ayudé a llorar con mis ojos todo lo que pude. . . De cualquier modo, yo estoy más a gusto en mi cuarto que si anduviera en la calle, llamando la atención de los amantes de aporrear gente. Aquí nadie me hace nada. Mi madrina no me regaña porque me ven comiéndome las flores de su obelisco, o sus arayas, o sus granadas. Ella sabe lo entrado en ganas de comer que estoy siempre. Ella sabe que no se me acaba el hambre. Que no me ajusta ninguna comida para llenar mis tripas aunque mude a cada rato pellizcando aquí y allá cosas de comer. Ella sabe que me como el garbanzo remojado que le doy a los puercos gordos y el maíz seco que le doy a los puercos flacos. Así que ella ya sabe con cuánta hambre ando desde que me amanecí hasta que me anochece. Y mientras encuentro de comer aquí en esta casa, aquí me estaré. Porque yo creo que el día en que deje de comer me voy a morir, y entonces me iré con toda seguridad derecho al infierno. Y de allí ya no me sacará nadie, ni Felipa, aunque sea tan buena conmigo, ni el escapulario que me regaló mi madrina y que traigo cuidadoso en el pescuezo. . . Ahora estoy junto a la alcantarilla esperando a que salgan las ranas. Y no ha salido ninguna en todo este rato que llevo platicando. Si tardan más en salir, puede suceder que me duerma, y luego ya no habrá modo de matarlas, y a mi madrina no le llegará por ningún lado el sueño si las oye cantar, y se llenará de coraje. Y entonces le pedirá a alguno de toda la hilera de santos que tiene en su cuarto, que mande a los diablos por mí, para que me lleven a rastro a la condenación eterna, derecho, sin pasar ni siquiera por el purgatorio, y yo no podré ver entonces ni a mi papá ni a mi mamá, que es allí donde están. . . Mejor seguiré platicando. . . De lo que más ganas tengo es de volver a probar algunos tragos de la leche de Felipa, aquella leche buena y dulce como la miel que le sale por debajo a las flores del obelisco. . .

^aPan y Am: más contento en

^cPan y Am: que nunca se me

^ePan y Am: cada hora pellizcando

^gD: ella sabe

^hPan y Am: me llega la noche. Y

ⁱPan y Am: comer en

^jPan y Am: sacaré ni ^kPan y Am: buena gente conmigo

^lPan y Am: Ahora estoy en la alcantarilla

ⁿPan y Am: cantar, y entonces lo pedirá

^pPan y Am: platicando. De

^qPan y Am: que les sale

^bPan, Am y A: entrado de ganas ^dPan, Am y A: tripas, aunque ^fPan y Am: que les doy a los puercos gordos, y el maíz seco que les doy a los puercos flacos. Ella dice que un día me vió sacar un grano entero de maíz de una mierda de puerco y comérmelo muy a gusto. Así que ella ya conoce con ^rPan y Am: eterna; derecho, ^oPan y Am: mamá que ^vPan y Am: dividen el texto en tres párrafos. El segundo párrafo inicia con: Ahora estoy en la alcantarilla...; el último, con: De lo que más...

- ¹Apalcucchar: aplastar.
- ²Dizque tiene el valor de dícose quo.
- ³Obelisco: arbusto muy vistoso, de unos cuatro metros de altura. Sus flores, abundantes, suelen ser rojas, amarillas o blancas.
- ⁴Parida: que ha dado a luz.
- ⁵Charucos: demonios.
- ⁶Función: el conjunto de actos solemnes celebrados en una iglesia con motivo de las fiestas del santo patrono de algún lugar.
- ⁷San Juan de Amula, Jal. es un poblado que se halla al noroeste de El Grullo, en la margen derecha del río Tuxcacuesco.
- ⁸Los saltapericos son garbanzos cubiertos de pólvora y platados. Los niños los arrojan con fuerza al suelo o los tallan contra éste con la suela de los zapatos para que truenen.
- ⁹Arrayán: planta de una especie próxima al guayabo. De su fruto, también llamado así, se hace un sabroso dulce.

EL LLANO EN LLAMAS

Ya mataron a la perra,
pero quedan los perritos...

Corrido popular

"¡Viva^b Petronilo Flores!"^{c, 2}

El grito se vino rebotando por los paredones de la barranca y subió hasta donde estábamos nosotros. Luego se deshizo.

Por un rato, el viento que soplabá desde abajo nos trajo un tumulto de voces amontonadas, haciend^o un ruido igual al que hace el agua crecida cuando rueda sobre pedregales.

En seguida, saliendo de allá mismo, otro grito torció por el recodo de la barranca, volvió a rebotar en los paredones y llegó todavía con fuerza junto a nosotros:

"¡Viva^h mi general Petronilo Flores!"

Nosotros nos miramos.

La Perra^l se levantó despacio, quitó el cartucho a la carga de su carabina y se lo guardó en la bolsa de la camisa. Después se arrimó a donde estaban los Cuatro^k y les dijo: "¡Siganme, muchachos, vamos a ver qué toritos torreamos!" Los cuatro hermanos Benavides se fueron detrás de él, agachados; solamente la Perra^l iba bien tieso, asomando la mitad de su cuerpo flaco por encima de la cerca.

Nosotros seguimos allí, sin movernos. Estábamos alineados al pie del lienzo, tirados panza arriba^v como iguanas calentándose al sol.

La^o cerca de piedra culebreaba mucho al subir y bajar por las lomas, y ellos, la Perra^l y los Cuatro^l, iban también culebreando como si fueran con los pies trabados. Así los vimos perderse de nuestros ojos. Luego volvimos^l la cara para ver otra vez hacia

^dAm: abajo del arroyo, nos trajo

^eAm: amontonadas, encimadas unas sobre de otras con un ruido

^gAm: con fuerzas junto

^jAm: cartucho de la

^lAm: dijo: ¡Siganme, vamos a ver qué toritos torreamos! Los

^mAm: solamente la Perra iba enderezado, asomando

^oAm: El lienzo³ de piedra

^pAm: ellos, La Perra y "Los Cuatro", que habían seguramente apretado el paso, iban ^qAm: Luego volteamos a mirar otra vez para arriba, viendo las ramas

²Am: (Corrido) A, B, C y D: (Corrido popular) ^bF: Viva ^cAm: — ¡Viva Petronilo Flores!
^f Este párrafo forma parte del anterior en ^{Am} A, B, C y D. ^hAm: — ¡Viva mi general Petronilo Flores!
ⁱAm: La Perra so ^kAm: "Los Cuatro" A, B, C y D: "los Cuatro" ⁿAm: arriba como ⁴A, B, C y D: "los Cuatro", iban

arriba y miramos las ramas bajas de los amoles^d que nos daban tantita sombra.

Olia a eso: a sombra recalentada por el sol. A amoles podridos.

Se sentía el sueño del mediodía.

La boruca que venía de allá abajo se salía a cada rato de la barranca y nos sacudía^a el cuerpo para que no nos durmiéramos. Y aunque queríamos oír, parando bien la oreja, sólo nos llegaba la boruca: un remolino de^b murmullos, como si se estuviera oyendo de muy lejos el rumor que hacen las carretas al pasar por un callejón pedregoso.

De repente sonó un tiro.^c Lo repitió la barranca como si estuviera derrumbándose. Eso hizo que las cosas despertaran: volaron los totochilos,^e esos pájaros colorados que habíamos estado viendo jugar entre los amoles. En seguida las chicharras,^f que se habían dormido a ras del mediodía, también despertaron llenando^g la tierra de rechinos.

—¿Qué fue?^e—preguntó Pedro Zamora, todavía medio amorrado por la siesta.

Entonces *el Chihuila*^f se levantó y, arrastrando su carabina como si fuera un leño, se encaminó^g detrás de los que se habían ido.

—Voy a ver qué fue lo que fue^h—dijo perdiéndose también como los otros.

El chirriarⁱ de las chicharras aumentó de tal modo que nos dejó sordos y no nos dimos cuenta de la hora en que ellos aparecieron por allí. Cuando menos acordamos aquí estaban ya, mero enfrente de nosotros, todos desguarnecidos. Parecían ir de paso, ajuarcados para otros apuros y no para éste de ahorita.

Nos^j dimos vuelta y los miramos por la mira de las troneras.

Pasaron los primeros, luego los segundos y otros más, con el cuerpo echado para adelante, jorobados de sueño. Les relumbra-
ba la cara de^k sudor, como si la hubieran zambullido en el agua al pasar por el arroyo.

Siguieron pasando.

Llegó la señal. Se oyó un chiflido largo^l y comenzó la traca.

^eAm: —¿Qué fue?, preguntó
que fue, dijo, perdiéndose

^fAm: Entonces el Chihuila se levantó, y arrastrando ^hAm:

^aAm: sacudía un poco el

^bAm: de voces apretadas, como si uno
estuviera oyendo de muy lejos el rui-
do que

^cAm: tiro. Se oyó como un pajuelazo⁵
en el aire. Lo

^dAm: llenando toda la

^eAm: se fue detrás

^fAm: El chiflido de

^gAm: Nosotros nos dimos

^kAm: cara con el sudor,

^lAm: chiflido igual al que se usa pa-
ra arrear a las yeguas y comenzó

traballá lejos, por donde se había ido *la Perra*.^a Luego siguió aquí. Fue^b fácil. Casi tapaban el agujero de las troneras^c con su hulto, de modo que aquello era como tirarles a boca de jarro^e y hacerles pegar tamaño respingo^d de la vida a la muerte sin que apenas se dieran cuenta.

Pero esto duró muy poquito. Si acaso la primera y la segunda descarga. Pronto quedó vacío el hueco de la tronera por donde, nomándose uno, sólo se veía a los que estaban acostados en mitad del camito, medio torcidos,^e como si alguien los hubiera venido a tirar allí. Los vivos desaparecieron. Después volvieron a aparecer, pero por lo pronto ya no estaban allí.

Para la siguiente descarga tuvimos que esperar.

Alguno de nosotros^f gritó: "¡Viva^h Pedro Zamora!"

Del otro lado respondieron, casi en secreto: "¡Sálvame patruncito! ¡Sálvame! ¡Santo Niño de Atocha, socórrenme!"

Pasaron los pájaros. Bandadas de tordosⁱ cruzaron por encima de nosotros hacia los cerros.

La tercera descarga nos llegó por detrás. Brotó de ellos, haciéndonos brincar^j hasta el otro lado de la cerca, hasta más allá de los muertos que nosotros habíamos matado.

Luego comenzó^k la corretiza por entre los matorrales. Sentíamos^l las balas pajeleándonos los talones, como si hubiéramos caído sobre un enjambre de chapulines. Y de vez en cuando,^m y cada vez más seguido, pegando mero en medio de alguno de nosotros,ⁿ que se quebraba con un crujido de huesos.

Corrimos. Llegamos al borde de la barranca^p y nos dejamos descolgar por allí como si nos despeñáramos.

Ellos seguían disparando. Siguieron disparando todavía después^q que habíamos subido hasta el otro lado,^r a gatas, como tejones^s espantados por la lumbre.

"¡Viva^t mi general Petronilo Flores, hijos de la tal por cual!"^u nos gritaron otra vez. Y el grito se fue^v rebotando como el trueno de una tormenta, barranca abajo.^w □

Nos quedamos agazapados detrás de unas piedras grandes y bolidas, todavía resollando fuerte por la carrera. Solamente mirá-

^dAm: tamaño brinco de

^eAm: medio chuecos, como
^fAm: allí a como cayeran. Los

^gAm: de los nuestros gritó: ¡Viva Pedro Zamora!

^hAm: de chachalacas cruzaron
ⁱAm: hacia el oeste.

^jAm: haciéndonos pogar el brinco hasta

^kAm: Luego nos corretearon por

^lAm: barranca, dejándonos descolgar por allí, hacia abajo, como si nos despeñáramos. ^mAm: después de que habíamos podido subir hasta

ⁿAm: -- ¡Viva mi general Petronilo Flores, hijos de la tal por cual!, gritaron

^aAm: La Perra. C: La Perra. ^bLas siguientes oraciones aparecen como párrafo aparte en Am, A, B, C, D, E y F. ^cAm: jarro, y ^dSin comillas en Am. ^eEn D forma párrafo independiente: Sentíamos... huesos. ^fAm: cuando y ^gA, B, C, D, E, F y G: nosotros que ^hAm: lado a -- ⁱE, F y G: fue, rebotando ^jEn Am aparecen sólo tres divisiones de grupos de párrafos: entre el 55 y el 56 (Pero no por mucho tiempo.), el 80 y el 81 (Que- mamos el Cuastecomato...), y el 106 y 107 (Con Pedro Zamora...).

bamos a Pedro Zamora preguntándole con los ojos qué era lo que nos había pasado. Pero él también nos miraba sin decirnos nada. Era como si se nos hubiera acabado el habla a todos^b o como si la lengua se nos hubiera hecho bola como la de los pericos y nos costara trabajo soltarla para que dijera algo.

Pedro Zamora nos seguía mirando. Estaba haciendo sus cuentas con los ojos^f con aquellos ojos que él tenía, todos enrojecidos^d como si los trajera siempre desvelados. Nos contaba de uno en uno. Sabía ya cuántos éramos los que estábamos allí, pero parecía no estar seguro todavía; por eso nos repasaba una vez y otra y otra.

Faltaban algunos: once o doce, sin contar a *la Perra*^e y al *Chihuila* y a los que habían arrendado con ellos. *El Chihuila* bien pudiera ser que estuviera horquetado arriba de algún amole^g, acostado sobre su retrocarga, aguardando a que se fueran los federales.

Los Joseeses, los dos hijos de *la Perra*^h, fueron los primeros en levantar la cabeza, luego el cuerpo. Por fin caminaron de un lado a otro esperando que Pedro Zamora les dijera algo. Y dijo:

—Otro agarre^j como éste y nos acaban.

En seguida, atragantándose como si tragaraⁱ un buche de coraje, les gritó a los Joseeses:

—¡Ya sé que falta su padre, pero aguántense, aguántense^l tantito! ¡Iremos por él!

Una bala disparada de allá hizo volar una parvada de tildíos^m en la ladera de enfrente. Los pájaros cayeron sobre la barranca y revolotearon hasta cerca de nosotros; luegoⁿ, al vernosⁿ, se asustaron, dieron media vuelta rehumbrando contra el sol y volvieron a llenar de gritos los árboles de la ladera de enfrente.

Los Joseeses volvieron al lugar de antes y se acuclillaron^o en silencio.

Así estuvimos toda la tarde. Cuando empezó a bajar la noche llegó *el Chihuila*^f acompañado de uno de *los Cuatro*^q. Nos dijeron que venían de allá abajo, de la Piedra Lisa^r, pero no supieron decirnos si ya se habían retirado^s los federales. Lo cierto es que

^pAm: que había

^fAm: El Chihuila pudiera
^gAm: algún mesquite, acostado

ⁱAm: dijera alguna cosa. Y

^jAm: si hiciera un bucho

^lAm y A: pero aguántense, aguántense tantito!

^oAm: acuclillaron otra vez, en

^qAm: habían ido los

^bAm: todos, o ^cAm: ojos, con ^dAm: enrojecidos como ^eAm: a La Perra y al Chihuila y ^hAm: de La Perra, fueron ^fEste párrafo forma parte del anterior en Am, A, B, C, D, E y F; sin comillas ni guión en Am; sólo con comillas en los demás casos. ⁿAm y A: luego al ⁿAm: vernos se ^pAm y A: llegó el Chihuila acompañado. ^qAm: de "Los Cuatro". Nos A, B, C y D: de "los Cuatro". Nos ^rAm: Lisa; pero

todo parecía estar en calma. De vez en cuando se oían los aullidos de los coyotes.¹⁶

—¡Epa tú, Pichón!^b—me dijo Pedro Zamora—. Te voy a dar la encomienda de que vayas con los Joseces hasta Piedra Lisa y vean a ver qué le pasó a *la Perra*. Si está muerto, pos entiérrrenlo. Y hagan lo mismo con los otros. A los heridos déjenlos encima de algo para que los vean los guachos;¹ pero no se traigan a nadie.

—Eso haremos.

Y nos fuimos.

Los coyotes se oían más cerquita cuando llegamos al corral donde habíamos encerrado la caballada.

Ya^e no había caballos, sólo estaba un burro trasijado que ya vivía allí desde antes que nosotros viniéramos. De seguro los federales^f habían cargado con los caballos.

Encontramos al resto de *los Cuatro*^g detrasito de unos matajos, los tres juntos, encaramados uno encima de otro como si los^h hubieran apilado allí. Les alzamos la cabeza y seⁱ la zangoloteamos un poquito para ver si alguno daba todavía señales; pero no, ya estaban bien difuntos. En el agunje¹⁰ estaba otro de^j los nuestros con las costillas de fuera como si lo hubieran macheteado. Y recorriendo el lienzo de arriba abajo^k encontramos uno aquí y otro más allá, casi todos con la cara renegrada.

—A éstos los remataron, no tiene ni qué^l—dijo uno de los Joseces.

Nos pusimos a buscar a *la Perra*^m; a no hacer caso de ningún otro sino de encontrar a la mentada *Perra*.

No^o dimos con él.

“Seⁿ lo han de haber llevado —pensamos—. Se lo han de haber llevado para enseñárselo al gobierno”; pero, aun así, seguimos buscando por todas partes, entre el¹¹ rastrojo. Los coyotes seguían aullando.

Signieron aullando toda la noche. □

Pocos días después, en el Armería, al ir pasando el río,¹² nos volvimos a encontrar con Petronilo Flores. Dimos marcha atrás,

^bAm: Pichón!, me dijo Pedro Zamora. To ^cAm: a La Perra. Si ^epárrafo integrado al anterior en Am, A, B, C, D y F. ^gAm: de "Los Cuatro" detrasito A, B, C y D; de "los Cuatro" detrasito—^kAm: abajo, encontramos ^lAm: qué, dijo ^mAm: a La Perra; a no hacer ^oEste párrafo está integrado al anterior en Am y en A. ^pAm: —Se lo han de haber llevado, pensamos. Se lo han de haber llevado para enseñárselo al Gobierno; pero aun ^rAm: río nos

^dAm: oían no más los

^dAm: dójenlos encimita de

^fAm: federales se habían llevado los caballos.

^hAm: como si alguien los hubiera apilado ⁱAm: y los zangoloteamos un poquito por ver si alguno daba señales; ^jAm: otro que no conocíamos, con las tripas de fuera

^lAm: caso de nada más que de poder encontrar a la mentada Perra.

^rAm: entre los rastrojos. Los

pero ya era tarde. Fue como si nos fusilaran. Pedro Zamora pasó por delante haciendo galopar aquel macho³¹ barcino³¹ y chaparrito que era el mejor animal que yo había conocido. Y detrás de él, nosotros, en manada, agachados sobre el pescuezo de los caballos. De todos modos la matazón fue grande. No me di cuenta de pronto porque me hundí en el río debajo de mi caballo muerto, y la corriente nos arrastró a los dos, lejos, hasta un remanso⁶ bajito de agua y lleno de arena.

Aquél fue el último agarre que tuvimos con las fuerzas de Petronilo Flores. Después ya no peleamos. Para decir mejor las cosas, ya teníamos algún tiempo sin pelear, sólo de andar huyendo el bulto; por eso resolvimos remontarnos los pocos que quedamos, echándonos al cerro para escondernos de la persecución. Y acabamos por ser unos grupitos tan malos que ya nadie nos tenía miedo. Ya nadie corría gritando: "¡Allí vienen los de Zamora!"

Había vuelto la paz al Llano Grande.^f □

Pero no por mucho tiempo.

Hacia⁹ cosa de ocho meses que estábamos escondidos en el escondrijo del cañón^h del Tozín, allí donde el río Armería se encajona durante muchas horas para dejarse caer sobre la costa. Esperábamos dejar pasar los años para luego volver al mundo, cuando ya nadie se acordara de nosotros. Habíamos comenzado a criar gallinas y⁷ de vez en cuando subíamos a la sierra en busca de venados. Éramos cinco, casi cuatro, porque a uno de los Josefes se le había gangrenado una pierna por el balazo que le dieron abajito de la nalga, allá, cuando nos balacearon por detrás.

Estábamos allí, empezando a sentir que ya no servíamos para nada. Y de no saber que nos colgarían a todos, hubiéramos ido a pacificarnos.

Pero en eso apareció un tal Armancio^k Alcalá, que era el que le hacía los recados y las cartas a Pedro Zamora.

Fue de mañanita, mientras nos ocupábamos en destazar^l una vaca, cuando oímos el pitido del cuerno.²³ Venía de muy lejos,

²Am: fusilaran, así era el blanco que los dimos a los federales. Pedro

^hAm: cuenta porque yo me hundí en el río, debajo

⁶Am: un recodo bajito

^hAm: que quedábamos; echarnos al

^fAm: Grande por un tiempo.

⁹Am: Desde hacía ocho meses que estábamos viviendo escondidos. ^hAm: del Cañón del

⁷Am: y alguno que otro puerquito, y allá cada y cuando

^kAm: Amancio

^lAm: en amarrar una vaca para destazarla, cuando

Esta oración figura como párrafo aparte en Am: — ¡Allí vienen los de Zamora! ^lAm: cuando

por el rumbo del Llano.^a Pasado un rato volvió a oírse. Era como el bramido de un toro: primero agudo, luego ronco, luego otra vez agudo. El eco lo alargaba más y más y lo traía aquí cerca, hasta que el ronroneo del río lo apagaba.^d

Y ya estaba para salir el sol, cuando el tal Alcalá se dejó ver asomándose por entre los sabinos. Traía terciadas dos carrilleras con cartuchos del "44"^g y en las ancas^h de su caballo venía atravesado un montón de rifles como si fuera una maleta.

Se apeó del macho. Nos repartió las carabinas y volvió a hacer la maleta con las que le sobraban.^j

—Si no tienen nada urgente que hacer de hoy a mañana, pónganse listos para salir a San Buenaventura.^l Allí los está aguardando Pedro Zamora. En mientras,^m yo voy un poquito más abajo a buscar a los Zanates.ⁿ Luego volveré.

Al día siguiente volvió, ya de atardecida. Y sí, con él venían los Zanates.^p Se les veía la cara prieta entre el pardear de la tarde. También venían otros tres que no conocíamos.

—En el camino conseguiremos caballos^q—nos dijo. Y lo seguimos.

Desde mucho antes de llegar a San Buenaventura nos dimos cuenta de que los ranchos estaban ardiendo. De las trojes^r de la hacienda se alzaba más alta la llamarada, como si estuviera quemándose un charco de aguarrás.^s Las chispas volaban y se hacían rosca en la oscuridad del cielo formando grandes nubes alumbradas.

Seguimos caminando de frente, encandilados^t por la luminaria de San Buenaventura, como si algo nos dijera que nuestro trabajo era estar allí, para acabar con lo que quedaba.

Pero no habíamos alcanzado a llegar cuando^u encontramos a los primeros de a caballo que venían al trote, con la soga mo- rreada^v en la cabeza de la silla y tirando^w unos, de hombres pialados^x que, en ratos, todavía caminaban sobre sus manos, y otros, de hombres a los que ya se les habían caído las manos y traían descolgada la cabeza. Los^y miramos pasar. Más atrás venían Pedro Zamora y mucha gente a caballo. Mucha más gente que nunca. Nos dio gusto.

^aAm: del llano. Pasado

^bAm: voz más agudo

^cAm: del agua del río

^eAm: Ya estaba

^hAm: su macho venía atravesado un tercio de rifles.

^jAm: Después que nos montó la madre, se apeó del macho; nos repartió las carabinas a cada uno y volvió. ^kAm: No tienen alguna cosa urgente

^rAm: si se estuviera quemando un charco

^sAm: cielo como si las estuvieran aventando con un soplador; pero no se veía ninguna gente por ningún lado. / Seguimos ^tAm: frente, alumbrados por

^uAm: cuando ya encontramos

^vAm: y estirando cada uno a un hombre pialado, que en ratos todavía caminaba sobre sus manos, y a otros que ya A: y estirando cada uno a un hombre pialado que, en ratos todavía caminaba sobre sus manos, y a otros, a los que ya ^wAm, A, B, C y D: atrás venía Pedro

^dAm incluye a continuación el párrafo: Eufrasio se acomodó el guerno en su boca y contestó con un largo pitido. ^fAm: el sol cuando ^gAm: del 44, y ^hAm: sobraban. ⁱAm: mañana pónganse ^mAm: mientras yo ⁿAm: a los Zanatos. Luego ^oAm: volvió ya ^pAm: venían los Zanates. Se ^qAm: caballos, nos ^vEn B, C, D y E se hace un párrafo aparte con ésta y con las siguientes oraciones del párrafo; en cambio, en A figura como un párrafo: Los miramos pasar, y como otro: Más atrás... Am presenta sólo una división del párrafo, a partir de: Más atrás...

Daba gusto mirar aquella larga fila de hombres cruzando el Llano Grande otra vez, como en los tiempos buenos. Como al principio, cuando nos habíamos levantado de la tierra como huizapoles³¹ maduros aventados por el viento, para llenar de terror todos los alrededores del Llano.^b Hubo un tiempo que así fue. Y ahora parecía volver.^c □

De allí nos encaminamos^d hacia San Pedro. Le prendimos fuego y luego la emprendimos rumbo al Petacal.³⁴ Era la época en que el maíz ya estaba por pizcarse y las milpas³³ se veían secas y dobladas por^e los ventarrones que soplan por este tiempo sobre el Llano.^f Así que se veía muy bonito ver caminar el fuego en los potreros; ver hecho⁴ una pura brasa casi todo el Llano^h en la quemazón aquella, con el humo ondulado por arriba; aquel humo oloroso a carrizo y a miel, porque la lumbre había llegado también a los cañaverales.

Y de entre el humo íbamos saliendo nosotros, como espantajos, con la cara tiznada, arreando ganado de aquí y de allá para juntarlo en algún lugar y quitarle el pellejo.¹ Ése era ahora nuestro negocio: los cueros de ganado.

Porque,² como nos dijo Pedro Zamora: "Esta revolución la vamos a hacer con el dinero de los ricos. Ellos pagarán las armas y los gastos que cueste esta revolución que estamos haciendo. Y aunque no tenemos por³ ahorita ninguna bandera por qué pelear, debemos apurarnos a amontonar dinero, para que cuando vengan las tropas del gobierno vean que somos poderosos." Eso nos dijo.

Y cuando al fin volvieron las tropas, se soltaron matándonos otra vez⁴ como antes,^m aunque no con la misma facilidad. Ahora se veía a leguas que nos tenían miedo.

Pero nosotros también les teníamos miedo. Era de verse cómo se nos atoraban los güevosⁿ en el pescuezo con sólo oír el ruido^o que hacían sus guarniciones o las pezuñas de sus caballos al golpear las piedras de algún camino,¹ donde estábamos esperando² para tenderles una emboscada. Al verlos pasar, casi sentía-

^c Am incluye a continuación los siguientes tres párrafos:

Íbamos camino de San Pedro. Teníamos que llegar de noche para agarrarlos dormidos, no fuera a suceder lo que nos pasó la otra vez, que llegamos a buena hora y nos recibieron a balazos. No se nos había olvidado aquello. Ni a Pedro Zamora ni a ninguno de nosotros. Había que emprenderla ahora contra de ellos.

Era bien cerrada la noche cuando entramos en la hacienda. Ni siquiera nos ladraron los perros. Los corrales se veían vacíos con las puertas caídas, como si nadie quisiera volver a guardar allí ningún ganado. Las casas también parecían estar sin gente. Al abrir los portones de la hacienda nos pasaron por encima bandadas de murciélagos, que se despartaban en el aire negro de la noche.

Se habían ido. Quién sabe desde cuándo. De todas maneras, hicimos leña de cuanto encontramos y lo amontonamos en un rincón. Desbaratamos las puertas y las ventanas. Bajamos de los tapancos la hoja seca y la paja y le prendimos fuego para hacer la lumbre que acabaría con aquel caserón grande que era la Hacienda de San Pedro.

¹ Am: Porque como ² Am, A, B, C y D: vez, como ³ Am: camino donde

^a Am: viento, llenando de terror
^b Am: del llano. Hubo

^d Am: De allí nos fuimos para el Petacal. Era la buena época

^e Am: por ventarrones que soplaban en este ^f Am y A: el llano. Así

^g Am: hecho brasa ^h Am: el llano en

ⁱ Am: el cuero. Eso

^k Am: tenemos todavía ninguna bandera, debemos apurarnos a juntar el dinero que más podamos juntar, para

^l Am: antes; pero ya no

^m Am: los tenates³¹ en ⁿ Am: ruido de sus guarniciones

^o Am: estábamos aguardando para

mos que nos miraban¹ de reojo y como diciendo: "Ya los ven-
teamos,² homás nos estamos haciendo disimulados."

Y³ así parecía ser, porque de buenas a primeras se echaban
sobre⁴ el suelo, afortunados detrás de sus caballos y nos resistían
allí, hasta que otros nos iban cercando poquito⁵ a poco, agarrán-
donos como a gallinas acorraladas. Desde entonces supimos que
a ese paso no íbamos a durar mucho,⁶ aunque éramos muchos.

Y⁷ es que ya no se trataba de aquella gente del general Urba-
no, que nos habían echado, al⁸ principio y que se asustaban a
puros gritos y sombrerazos;⁹ aquellos hombres sacados a la fuer-
za de sus ranchos para que nos combatieran¹⁰ y que sólo cuando
nos veían poquitos se iban sobre nosotros. Ésos ya se habían
acabado. Después vinieron otros; pero estos últimos eran los
peores. Ahora era¹¹ un tal Olachea, con gente aguantadora y en-
trona; con alteños¹² traídos desde Teocaltiche,¹³ revueltos con indios
tepehuanes:¹⁴ unos indios mechudos, acostumbrados a no comer
en muchos días y que a veces se estaban horas enteras espían-
dolo¹⁵ a uno con el ojo fijo y sin parpadear, esperando a que uno
asomara la cabeza para dejar¹⁶ ir, derecho a uno, una de esas
balas largas de "30-30"¹⁷ que quebraban el espinazo como si se
rompiera una rama podrida.

No tiene ni qué,¹⁸ que era más fácil caer sobre los ranchos en
lugar de estar emboscando¹⁹ a las tropas del gobierno. Por eso²⁰
nos desperdigamos, y con un puñito aquí y otro más allá²¹ hici-
mos más perjuicios que nunca, siempre a la carrera, pegando la
patada y corriendo como mulas brutas.

Y así, mientras en las faldas del volcán se²² estaban quemando
los ranchos del Jazmín,²³ otros bajábamos de repente sobre los
destacamentos,²⁴ arrastrando ramas de huizache y haciendo creer
a la gente que éramos muchos, escondidos entre la polvareda
y la gritería que armábamos.

Los soldados mejor se quedaban quietos, esperando. Estuvie-
ron un tiempo yendo²⁵ de un lado para otro, y ora iban para ade-
lante y ora para atrás, como atarantados. Y desde aquí se veían
las fogatas en la sierra, grandes incendios²⁶ como si estuvieran
quemando los desmontes. Desde aquí veíamos arder día y noche

^b Am presenta esta parte sin comillas y separada, formando otro párrafo: --Ya los ven-
teamos, no más nos estamos haciendo disimulados. ^f Am: mucho aunque ^g Am: sombrerazos,
aquellos ^r Am y ^A: ir derecho ^o Am: 30-30 ⁵ A: allá, hicimos

^d Am: nos veían de

^e Am: Así parecía

^f Am, ^A, ^B, ^C y ^D: sobre suelo,
^e Am: cercando poco a poquito, agu-
rándonos

^g Am: Ya no eran aquellos hombres del
general ^h Am: echado en un principio

ⁱ Am: nos persiguieron y sólo

^k Am: Ahora se trataba de un tal Ola-
chea con

^j Am: entonces mirándolo a

^m Am: para dejarle ir

^v Am: ni qué, ora
^f Am: estar espiondo a ^g Am eso me-
jor nos desparramamos, y

^t Am: volcán estábamos quemando

^u Am: yendo al tanto de un

^v Am: grandes fuegos como si se es-
tuvieran

las cuadrillas y los ranchos y a veces algunos pueblos más grandes, como Tuzamilpa y Zapotitlán,⁴¹ que iluminaban la noche. Y los hombres de Olachea salían para allá, forzando la marcha; pero cuando llegaban, comenzaba a arder Totolimispa,⁴² muy acá, muy atrás de ellos.

Era bonito ver aquello. Salir de pronto de la maraña de los tepalcates cuando ya los soldados se iban con sus ganas de pelear, y verlos atravesar el Llano vacío, sin enemigo al frente, como si se zambullecan en el agua honda y sin fondo que era aquella gran herradura del Llano encerrada entre montañas. □

Quemamos el Cuastecomate⁴³ y jugamos allí a los toros. A Pedro Zamora le gustaba mucho este juego del toro.

Los federales se habían ido por el rumbo de Autlán,⁴⁴ en busca de un lugar que le dicen La Purificación,⁴⁵ donde según ellos estaba la nidada de bandidos de donde habíamos salido nosotros. Se fueron y nos dejaron solos en el Cuastecomate.

Allí hubo modo de jugar al toro. Se les habían quedado olvidados ocho soldados, además del administrador y el caporal de la hacienda. Fueron dos días de toros.

Tuvimos que hacer un corralito redondo como esos que se usan para encerrar chivas, para que sirviera de plaza. Y nosotros nos sentamos sobre las trancas para no dejar salir a los toreros, que corrían muy fuerte en cuanto veían el verduguillo con que los quería cornear Pedro Zamora.

Los ocho soldaditos sirvieron para una tarde. Los otros dos para la otra. Y el que costó más trabajo fue aquel caporal flaco y largo como garrocha de otate, que escurría el bulto sólo con ladearse un poquito. En cambio, el administrador se murió luego. Estaba chaparrito y hobachón y no usó ninguna maña para sacarle el cuerpo al verduguillo. Se murió muy callado, casi sin moverse y como si él mismo hubiera querido ensartarse. Pero el caporal sí costó trabajo.

Pedro Zamora les había prestado una cobija a cada uno, y ésa fue la causa de que al menos el caporal se haya defendido tan bien de los verduguillos con aquella pesada y gruesa cobija;

^{b.} Am: tepalcates, cuando Am: pelear y Am: redondo, como Am: cambio el Am: lugar, luego Am: y A: que, al menos el caporal, se

Am: Y la gente de Olachea salía para allá, forzando la marcha de sus soldados; pero

Am: A, B, C y D: el llano vacío, ..

Am: del llano encerrada

Am: Autlán, hasta un lugar que lo dicen El Palmar, donde

Am: habían olvidado ocho Am: y un caporal

Am: quería cornear Pedro

Am: bulto con sólo ladearse

Am: y moflotudo y

Am: prestado a cada uno una cobija Am: tan bien con aquella pesada y gruesa cobija. Pues Am: los verduguillos con

Am: cambio el Am: lugar

pues en cuanto supo a qué atenerse, se dedicó a zangolotear la cobija contra el verdugillo que se le dejaba ir derecho, y así lo capoteó hasta cansar a Pedro Zamora. Se veía a las claras lo cansado que ya estaba de andar correteando al caporal, sin poder darle sino unos cuantos pespuntos.⁵⁰ Y perdió la paciencia. Dejó las cosas como estaban y, de repente, en lugar de tirar derecho como lo hacen los toros, lo buscó al del Cuastecomate las costillas con el verdugillo, haciéndole a un lado la cobija con la otra mano. El caporal pareció no darse cuenta^b de lo que había pasado, porque todavía anduvo un buen rato sacudiendo la frazada de arriba^c abajo como si se anduviera espantando las avispas. Sólo cuando^d vio su sangre dándole vueltas por la cintura dejó de moverse. Se asustó y trató de taparse^e con sus dedos el agujero que se le había hecho en las costillas, por donde le salía^f en un solo chorro la cosa aquella colorada que lo hacía ponerse^g más descolorido. Luego se quedó tirado en medio del corral^h mirándonos a todos. Y allí se estuvo hasta que lo colgamos, porque de otra manera hubiera tardado mucho en morir.

Desdeⁱ entonces, Pedro Zamora jugó al toro más seguido, mientras hubo modo.^j □

Por ese^k tiempo casi todos éramos abajeños,^l desde Pedro Zamora para abajo; después se nos juntó gente de otras partes: los indios güeros de Zaconleo,^m zanconzotes y con caras como de requesón. Y aquellos otros de la tierra fría, que se decían de Mazanillaⁿ y que siempre andaban ensarapados como si a todas horas estuvieran cayendo las aguanieves. A estos últimos se les quitaba el hambre con el calor,^o y por eso Pedro Zamora los mandó a cuidar el puerto de los Volcanes,^p allá arriba, donde no había sino pura arena y rocas lavadas por el viento. Pero los indios güeros pronto se encariñaron con Pedro Zamora y no se quisieron separar de él. Iban siempre pegaditos a él, haciéndole sombra y todos los mandados que él quería que hicieran. A veces hasta se robaban las mejores muchachas que había en los pueblos para que él se encargara de ellas.

Me acuerdo muy bien de todo.^q De las noches que pasábamos

^fAm: salía, en un solo chorro, la ^hAm: corral, mirándonos ^jAm incluye a continuación los siguientes siete párrafos:

Esa misma noche salimos para la sierra de San Pedro, sin prisa, sabiendo que Olachea no nos perseguiría por algunos días. A medio camino oímos el cuerno de la gente que venía del Convento^r y de un lugar más acá que se llama Coatlançillo.^s Creímos que venían todos; pero solamente aparecieron cuatro.

Pedro Zamora se detuvo un momento para verlos y no les preguntó nada. Entonces uno de ellos lo dijo que Agustín Olachea los había agarrado dormidos:

--Los Polejas nos dijeron: "¡Duérmense un rato, muchachos!" Y de ese modo ya no volvimos a despertar. A mí hasta se me hace que los Polejas eran de la gente de Olachea. Usted se ha de acordar cómo también arriba del Temaxcal nos dimos aquel encontronazo con los federales, guiados por los Polejas, cuando ellos dizque se habían quedado un poquito atrás para darle agua a la remada.^t Usted se ha de acordar de eso. Se me figura que ya ellos la traían contra nosotros. Eso se me figura.

^aAm: correteando detrás del caporal,

^bAm: cuenta al principio de lo que le había

^cA: arriba a abajo

^dAm: Sólo hasta que vio su

^eAm: de tapar con

^gAm: ponerse descolorido.

ⁱAm: De allí en adelante Pedro

^kAm: Por este tiempo

^mAm: Zacoalco, casi todos zanconzotes y con caras de requesón.

^pAm: los volcanes, allá

^qAm: de todo. Me acuerdo de las noches

Pedro Zamora sólo les dijo:

-- ¡Váyanse a juntar con el Chihuila, él es ahora su jefe!

El Chihuila andaba por este tiempo aventando ganado en las riberas del Armería para remontarlo a la sierra. Era ya el último ganado que quedaba sobre el llano y había que juntarlo aprisa porque pronto nos cerrarían el paso para la costa, que era por donde sacábamos las pieles. Allá arriba les quitábamos el pellejo y salían una tras otra las reatas de mulas con su carga para el gobierno.

Porque hay que ver que el único cliente que teníamos era el gobierno, y mientras se tratara de negocios lo llevábamos bien, aunque por el otro lado nos pusieran muchas dificultades y trataran de acabar con aquel montón de bandidos que éramos nosotros.

Am: éramos abajeños, desde A, B, C, D, E, F y G: éramos "abajeños", desde "Am y B: valor y

en la sierra, caminando sin hacer ruido y con muchas ganas de dormir, cuando ya las tropas nos seguían de muy cerquita el rastro. Todavía veo a Pedro Zamora con su cobija solferina enrollada en los hombros cuidando que ninguno se quedara rezagado:

—¡Epa, tú, Pitasio, métele espuelas a ese caballo! ¡Y ustó no se me duerma, Reséndiz, que lo necesito para platicar!

Sí, él nos cuidaba. Íbamos caminando mero en medio de la noche, con los ojos aturdidos de sueño y con la idea ida; pero él, que nos conocía a todos, nos hablaba para que levantáramos la cabeza. Sentíamos aquellos ojos bien abiertos de él, que no dormían y que estaban acostumbrados a ver de noche y a conocernos en lo oscuro. Nos contaba a todos, de uno en uno, como quien está contando dinero. Luego se iba a nuestro lado. Oíamos las pisadas de su caballo y sabíamos que sus ojos estaban siempre alertas; por eso todos, sin quejarnos del frío ni del sueño que hacía, callados, lo seguíamos como si estuviéramos ciegos. □

Pero la cosa se descompuso por completo desde el descarrilamiento del tren en la Cuesta de Sayula. De no haber sucedido eso, quizá todavía estuvieran vivos Pedro Zamora y el Chino Arias y el Chihuahila y tantos otros, y la revuelta hubiera seguido por el buen camino. Pero Pedro Zamora le picó la cresta al gobierno con el descarrilamiento del tren de Sayula.

Todavía veo las luces de las llamaradas que se alzaban allí donde apilaron a los muertos. Los juntaban con palas o los hacían rodar como troncos hasta el fondo de la cuesta, y cuando el montón se hacía grande, lo empapaban con petróleo y le prendían fuego. La jentina se la llevaba el aire muy lejos, y muchos días después todavía se sentía el olor a muerto chamuscado.

Tantito antes no sabíamos bien a bien lo que iba a suceder. Habíamos regado de cuernos y huesos de vaca un tramo largo de la vía, y por si esto fuera poco, habíamos abierto los rieles allí donde el tren iría a entrar en la curva. Hicimos eso y esperamos.

La madrugada estaba comenzando a dar luz a las cosas. Se

ya los federales nos

duorma, Chihuahila, que lo necesito pa' platicar! y cuidaba. Ahora lo veo. Íbamos caminando por mero pero él nos conocía a todos y nos ca- boza. Veíamos aquellos

lado. Sentíamos las siempre despiertos; por A, B, C y D: siempre alerta; por eso lo seguíamos todos, sin callados, como si

A, B, C, D, E, F y G: la cuesta de eso, tal vez todavía A, B y C: eso, quizás todavía A, B, C y D: todavía estuviera vivo Pedro Zamora y el Chihuahila y el Chino Arias y tantos Zamora les picó la cresta a los del gobierno donde habían apilado a los troncos al fondo del pozo, y cuando el montón se hacía grande los empapaban en petróleo y les prendían fuego. el viento muy sentía en el aire el iba a pasar. Habíamos regado de huesos cuernos de vaca vía, y por si esto fuera poco habíamos abierto la vía allí.

madrugada iba comenzando

—¡Epa tú, Párrafo integrado al anterior en y en B.

veía ya casi claramente^a a la gente apeñascada en el techo de los carros. Se oía que^b algunos cantaban. Eran voces de hombres y de mujeres.^c Pasaron frente a nosotros todavía medio ensombrecidos por la noche,^d pero pudimos ver que eran soldados con sus galletas.^e Esperamos. El tren no se detuvo.

De haber querido lo^f hubiéramos tiroteado, porque el tren caminaba despacio y jadeaba como si a puros pujidos quisiera subir la cuesta. Hubiéramos podido hasta platicar con ellos un rato. Pero las cosas eran de otro modo.

Ellos empezaron^g a darse cuenta de lo que les pasaba cuando sintieron bambolearse^h los carros, cimbrarse el tren como si alguien lo estuviera sacudiendo. Luego la máquina se vino para atrás,ⁱ arrastrada^j y fuera de la vía por los carros pesados y llenos de gente. Daba unos silbatazos roncós y tristes y muy largos.^k Pero nadie la ayudaba. Seguía hacia atrás, arrastrada por aquel tren al que no se le veía fin,^l hasta que le faltó tierra y yéndose de lado cayó al fondo de la barranca. Entonces los carros la siguieron, uno tras otro, a toda prisa, tumbándose cada uno en su lugar allá abajo. Después todo se quedó en silencio como si todos, hasta nosotros, nos hubiéramos muerto.

Así pasó aquello.

Cuando los vivos comenzaron a salir de entre las astillas de los carros, nosotros nos retiramos de allí, acalambrados de miedo.

Estuvimos escondidos varios días; pero los federales nos fueron a sacar de nuestro escondite. Ya no nos dieron paz; ni siquiera para^m mascar un pedazo de cecinaⁿ en paz. Hicieron que se nos acabaran las horas de dormir^o y de comer, y que los días y las noches fueran iguales para nosotros. Quisimos llegar al cañón^p del Tozín; pero el gobierno^q llegó primero que nosotros. Faldeamos el volcán.^r Subimos a los montes más altos y allí, en ese lugar que le dicen el^s Camino de Dios, encontramos otra vez al gobierno tirando a matar. Sentíamos cómo bajaban las balas sobre nosotros, en rachas apretadas, calentando el aire que nos rodeaba. Y hasta las piedras detrás de las que nos escondíamos se hacían trizas una tras otra como si fueran terrones. Después supimos que eran ametralladoras aquellas carabinas con que dis-

^aAm: casi bien a la
^bAm: que cantaban.

^cAm: majores. Seguramente los niños vendrían dormidos, porque después mos que también venían niños. Pasaron ^cAm: galletas y sus hijos. Esperamos. ^fAm: querido los habríamos tiroteado,

^gAm: Ellos comenzaron a

^hAm: sintieron cimbrarse los carros bambolearse el tren

ⁱAm: arrastrada, fuera de la vía, los carros pesados de gente.

^kAm: largos, igual que un aullido. Pero nadie ^lAm: fin. Siempre hacia

atrás y por fuera de su vía, hasta ^mAm: barranca. Los carros entonces la siguieron,

ⁿAm: para poder mascar

^oAm: horas de comer y de dormir, y

^pAm: al Cañón del ^qA: el Gobierno llegó ^rAm: el Volcán. Subimos

^sAm: dicen El Camino

^tAm: nos atojonábamos se iban haciendo trizas

^dAm y A: noche; pero ^{Am, A, B, C y D:} atrás arrastrada

paraban ahora sobre nosotros y que dejaban hecho una coladera el cuerpo de uno; pero entonces creímos que eran muchos soldados, por miles, y todo lo que queríamos era correr de ellos.

Corrimos los que pudimos. En el Camino de Dios se quedó el Chihuila, atejonado⁶⁰ detrás de un madroño, con la cobija envuelta en el pescuezo como si se estuviera defendiendo del frío. Se nos quedó mirando cuando nos íbamos cada quien por su lado para repartirnos la muerte. Y él parecía estar riéndose de nosotros, con sus dientes pelones, colorados de sangre.

Aquella desparramada que nos dimos fue buena para muchos; pero a otros les fue mal. Era raro que no viéramos colgado de los pies a alguno de los nuestros en cualquier palo de algún camino. Allí duraban hasta que se hacían viejos y se arriscaban como pellejos sin curtir. Los zopilotes se los comían por dentro, sacándoles las tripas, hasta dejar la pura cáscara. Y como los colgaban alto, allá se estaban campaneándose al soplo del aire muchos días, a veces meses, a veces ya nada más las puras tilangas⁶² de los pantalones bulléndose con el viento como si alguien las hubiera puesto a secar allí. Y uno sentía que la cosa ahora sí iba de veras al ver aquello.

Algunos ganamos para el Cerro Grande⁶³ y arrastrándonos como víboras pasábamos el tiempo mirando hacia el Llano, hacia aquella tierra de allá abajo donde habíamos nacido y vivido y donde ahora nos estaban aguardando para matarnos. A veces hasta nos asustaba la sombra de las nubes.

Hubiéramos ido de buena gana a decirle a alguien que ya no éramos gente de pleito y que nos dejaran estar en paz; pero, de tanto daño que hicimos por un lado y otro, la gente se había vuelto matreril⁶⁴ y lo único que habíamos logrado era agenciarnos enemigos. Hasta los indios de acá arriba ya no nos querían. Dijeron que les habíamos matado sus animalitos. Y ahora cargan armas que les dio el gobierno y nos han mandado decir que nos matarán en cuanto nos vean.

"No queremos verlos; pero si los vemos los matamos", nos mandaron decir.

De este modo se nos fue acabando la tierra. Casi no nos que-

^fAm y A: dentro sacándoles ⁱAm: tiempo, mirando ⁿAm: pero de ^CAm: cierra aquí con punto y aparte o incluye a continuación los siguientes cuatro párrafos (el final del cuarto retoma: Ahora cargan armas... vean.)

Todo el ganado que pastaba por el Cerro Grande era de ellos. Y sí, era cierto, nosotros estuvimos matando ganado de eso. Fue una vez que encontramos una ordeña por aquí, sin saber quién era el dueño. Fue esa vez en que, por no querer hacer ruido, no matamos las vacas a balazos sino que las degollamos a cuchillo. Y después ya ni siquiera las degollábamos; las desollábamos vivas. Las pialábamos bien pialadas, y para no perder el tiempo esperando a que se murieran, les íbamos quitando el pellejo.

Costaba trabajo acostumbrarse a ese modo; pero lo hicimos. Costaba trabajo ver cómo no levantaban del suelo aquellos animales encuerados, dando un paso aquí y otro más allá y luego verlos caer de golpe, llenando el aire de mugidos. De un prójimo no da tanta lástima. A mí me tocó matar a muchos; pero nunca sentí que me temblaran tanto los huesos como cuando estábamos en el Cerro Grande, despollejando vacas vivas y soltándolas encueradas por los corrales, bajo el vivo sol, y oyéndolas bramar como nunca me ha tocado oír nada parecido.

^AAm: entonces creíamos que

^bAm: En El Camino ^CAm: quedó el Chihuila apretujado detrás ^dAm: envuelta como si se defendiera del

^eAm: dimos nos sirvió a muchos;

^gAm: las tilangas

^hAm: que ahora sí la cosa iba de a de veras

^jAm: el llano, hacia

^kAm: habíamos vivido siempre y donde ^lAm: matarnos. Y a veces hasta nos asustábamos con la sombra

ⁿAm: lado y por otro,

^pA: el Gobierno y

Pedro Zamora nos había dicho: "Son muchas vacas y muy poco el tiempo que tenemos para esperar a que agonicen. Qúitenlos el cuero y dejen que se mueran solitas". Eso nos dijo.

Y ahora resulta que esos animales eran de los indios mecas;¹ estos indios que habían todo el Cerro Grande y que siempre habían estado con nosotros desde la primera revuelta. Ahora cargan armas que les dió el gobierno y nos han mandado decir que nos matarán en cuanto nos vean.

¹En Am, sin comillas y con guión.

daba ya ni el pedazo que pudiéramos necesitar para que nos enterraran. Por eso decidimos separarnos los últimos, cada quien arrendando por distinto rumbo. □

Con Pedro Zamora anduve cosa de cinco años. Días buenos, días malos, se ajustaron cinco años. Después ya no lo volví a ver. Dicen que se fue a México detrás de una mujer y que por allá lo mataron. Algunos estuvimos esperando^{1a} que regresara, que cualquier día apareciera de nuevo para volvernos a levantar en armas; pero nos causamos de esperar. Es todavía la hora en que no ha vuelto. Lo mataron por allá. Uno que estuvo conmigo en la cárcel me contó eso de que lo habían matado.³

Yo salí de la cárcel hace tres años. Me castigaron allí por muchos delitos; pero no porque hubiera andado con Pedro Zamora. Eso no lo supieron ellos. Me agarraron por otras cosas, entre otras por la mala costumbre que yo tenía de robar muchachas. Ahora vive conmigo una de ellas, quizá^h la mejor y más buena de todas las mujeres que hay en el mundo. La que estaba allí, afuerita de la cárcel, esperando quién sabe desde cuándo a que me soltaran.

—¡Pichón, te estoy esperando a ti!^k—me dijo—. ¡Te^m he estado esperando desde hace mucho tiempo!¹

Yo entonces pensé que me esperaba para matarme. Allá como entre sueños^p me acordé de quién era ella. Volví a sentir el agua fría de la tormenta que estaba cayendo sobre Telcampana,⁶ esa noche que entramos allí y arrasamos el pueblo. Casi estaba seguro de que su padre era aquel viejo al que le dimos su aplaque cuando ya íbamos de salida; al que alguno de nosotros le descerrajó un tiro en la cabeza mientras yo me echaba a su hija sobre la silla del caballo y le daba unos cuantos coscorrones para que se calmara y no me siguiera mordiendo. Era una muchachita de unos catorce años, de ojos bonitos, que me dio mucha guerra y me costó buen trabajo amansarla.

—Tengo^t un hijo tuyo^u—me dijo después—. Allí^v está.

Y apuntó con el dedo a un muchacho largo con los ojos azorados:^w

⁹Am incluyo a continuación el siguiente párrafo:

Me dijo que la noche que sucedió aquello, Pedro Zamora andaba ya todo descaminado como un loco asomándose a las ventanas de las casas y preguntando en las puertas que si no vivía allí una mujer llamada Esperanza. Dijo que, según él sabía, la mujer a la que Pedro Zamora le decía Esperanza se le había ido; que se le había perdido de pronto mientras él estaba dormido. Dijo que la tal mujer era muy bonita según eso, y que Pedro Zamora no había vuelto loco por ella. Ya no quedó rastro de Pedro Zamora ni de nada, en cuanto aquella mujer se lo puso enfrente. Parece que él se la había llevado de un pueblo por donde pasó de huída y que no había tenido tiempo de casarse con ella. Y ella tuvo que ir con él a fuerza. Lo odiaba con toda su vida; pero lo tenía miedo y se fue a donde él quiso llevarla. Sabía quién era Pedro Zamora y no dijo que no, dijo que sí, en seguida, como corriendo. Tenía mucho miedo de morirle. Su familia también la dejó ir. Le dijeron: "Ve con él". Se les llenó de agujeros el corazón, pero así y todo la dejaron que se fuera, aguantándose. Le lo hace que después lloraron y dijeron las palabras

²Am: pedazo donde pudimos nos caber cuando nos enterraran. ^bD: quien arrendado por

^{Am}: malos, unos con otros se ajustaron

^{Am}: esperando que

^{Am}: día regresara para

^{Am}: esperar. Porque es todavía

^hC: ellas, quizás la

^D: —¡Pichón!, to F: —Pichón, to A, B, C, D, E y F: ti —me E: dijo—. To ^vSin signos de admiración en Am, A, B, C, D y F. ^oAm: Y entonces yo creí que ^pAm: entre nubes me

^{Am}: al que matamos cuando ya

^{Am}: tiro sobre la cara mientras

^{Am}: cuantos golpes en la cabeza para que se aquietara y no me

^vAm: después. Ahí está.

cosas. Tuvieron que dársela a Pedro Zamora. Todos vivirían por haber hecho aquello. De otro modo quién sabe. Tal vez Pedro Zamora los hubiera matado a todos y después conseguiría lo que quería conseguir con ellos o sin ellos. Además iba huyendo, así que le quedaba poco tiempo para alegatas. Dijo que Pedro Zamora arrendó con ella para México y que en el camino ella desapareció estando él dormido. Quién sabe lo que ella le daría para que se durmiera tan pesadamente. O quizá él se sintió tranquilo. Ella lo ha de haber tranquilizado acostándose con él en la misma cama de algún lugar por donde pasaron antes de tomar el tren para México. Se volvió cariñosa de repente. Y él se creyó que ya lo quería y que siempre la tendría a su lado. Es fácil para una mujer engañar así a un hombre que está dormido de amor, como lo estaba Pedro Zamora por ella. Dijo que cuando él se despertó, la mujer no estaba a su lado. Y que ese fué el comienzo de un andar trajinando de aquí para allá buscándola por todas partes, hasta que lo mataron una noche. Dijo que la noche que lo mataron era ya un altero grande de noches las que había andado Pedro Zamora detrás de ella, no pudiendo creer que una mujer que llamaría la atención dondequiera, por lo grandote que era, pudiera desaparecer sin dejar rastro. Dijo que al estar asomándose por las rejas de una ventana se le acercaron unos hombres y le preguntaron que si él era Pedro Zamora. Y que él contestó que sí. Dijo que ya no lo preguntaron ninguna otra cosa. Nada más lo hicieron que se repegara a la pared, y ya allí uno de ellos le reventó la cabeza a balazos. Eso dijo el hombre que me platicó todo esto, y que lo sabía muy bien porque él era uno de los que habían acompañado al que lo mató. Por eso sabía todo.

¡Am: allí afuerita ¡Am: -- ¡Pichón, to ¡Am: til, me dijo. tAm presenta este párrafo y los dos siguientes integrados en uno sólo. "Am: tuyo, me dijo después. vAm: azorados. ¡Quítate

¡Quítate el sombrero,^a para que te vea tu padre!

Y el muchacho se quitó el sombrero. Era igualito a mí y con algo de maldad en la mirada. Algo de eso tenía que haber sacado de su padre.

—También a él le dicen *el Pichón*^b—volvió a decir la mujer, aquella que ahora es mi mujer—. Pero él no es ningún bandido ni ningún asesino. Él es gente buena.

Yo agaché la cabeza. ■

^aAm y A: sombrero para ^bAm: dicen el Pichón, volvió a decir la mujer aquella que ahora es mi mujer. Pero

¹Corrido: canción popular que narra la vida de algún personaje o describe alguna acción particular, como el asalto a un tron, una batalla, etc. Es típico de México.

²Hay indicios suficientes para tomar como verídicos a los personajes mencionados en este cuento, sobre todo a Pedro Zamora, quien dirigió un grupo de rebeldes en lo que se conoce como El Llano Grande, Jal., en las primeras décadas del siglo.

³Lienzo: cerca.

⁴Amole: árbol que da unas bellotas llamadas acullí, las cuales, machacadas, se usaban para lavar la ropa. Del nombre de este árbol, muy común en la zona, proviene Amula, nombre que se dio a una de las provincias del sur de Jalisco (entonces Reino de la Nueva Galicia) durante la época colonial.

⁵Pajuelazo: golpe dado con una vara.

⁶Totochilo: nombre vulgar que se da a un pajarillo común.

⁷Chicharra: cigarra.

⁸Tracatera: balacera. Es onomatopoya.

⁹Una tronera es un hueco que se hace en la parte inferior de las cercas de piedra para que por él salga el agua y no inunde los potreros cuando llueve.

¹⁰Tordo: pajarillo que suele andar en bandadas alimentándose de las cosechas de maíz, mijo y trigo.

¹¹Tejón: animal de unos cuarenta centímetros de alto y unos noventa de largo. Es carnívoro común en el campo, de color café, extremidades cortas, hocico aguzado, orejas rectas y pequeñas, y cola larga y esposa.

¹²Hijos de la tal por cual: implica una ofensa grave en México. Rulfo recurre a un eufemismo que alude a la típica mención de la madre.

¹³Azarre: batalla, enfrentamiento.

¹⁴Tildío: nombre vulgar de una avecilla riberoña que anida en la arena. Habita en los pantanos.

¹⁵Los federales: los soldados del gobierno.

¹⁶Coyote: animal del tamaño de un perro grande, propio de México. Es de color gris amarillento, astuto y de fino instinto. Carnívoro. Habita en los cerros, y en las noches sale de sus madrigueras a matar animales para sobrevivir.

¹⁷Guacho: soldado del gobierno.

¹⁸Aguaje: sitio en que está el agua, ya sea que allí brote o que se haya captado y retenido mediante un bordo o una hondonada.

¹⁹Rastrojo: conjunto de plantas de maíz ya secas, estén cortadas o aún en pie.

²⁰Aunque macho suele significar en Jalisco el híbrido de asno y yegua o de caballo y burra, refiriéndose a los equinos, al parecer aquí significa simplemente caballo.

²¹Barcino: pinto, ya sea negro con blanco, con amarillo o con rojo.

²²El Cañón del Toxín debe ser uno de los precipicios del Cerro Grande en la Sierra Manantlán. Existe en las faldas de ese cerro, al sur de la confluencia de los ríos Ayuquilla y Tuxcacuesco para formar el Armería, el poblado de San Pedro Toxín, que luego se cita. Este poblado y algunos más que aparecen en el cuento fueron hasta el primer cuarto de siglo pequeñas propiedades agrarias llamadas ranchos, o bien entidades con una organización heredada de la colonia, las tradicionales haciendas.

²³Durante los movimientos revolucionarios de 1910 a 1929, los grupos de guerrilleros usaban un cuerno para comunicarse.

²⁴Ancas: cuartos traseros.

²⁵San Buenaventura, Jal., es un poblado que se halla al pie de los cerros Cuastecomato Tiltapote y El Carrizal, unos quince kilómetros al sureste de San Juan de Amula.

²⁶Troje: bodega en que se guarda la cosecha.

²⁷Aguarrán: aceite de trementina. Solvente. Inflamable.

²⁸Un soplador es una estera pequeña que se agita con la mano para avivar el fuego.

²⁹Soga morreada: aquella soga delgada que usan los vaqueros y que ha sido pasada varias veces por el morro o cabeza de la silla para hacerla más lisa y tiesa.

- ³⁰Pialado: jalado de los pies con una soga.
- ³¹Huizapal: planta silvestre que produce unos frutos a manera de globos orizados de espinas.
- ³²El Petacal, Jal., poblado al noroeste de Zapotitlán de Vadillo, entre Tolimán y Copala, frente al cerro El Petacal.
- ³³La milpa es la planta del maíz.
- ³⁴Tanatos o tanates: testículos.
- ³⁵Ventear: percibir con el olfato dónde se halla una persona o un animal.
- ³⁶Alteño: habitante de las tierras altas. En Jalisco, es además el originario de Los Altos, zona noroeste del estado. Se opone a abajeño.
- ³⁷Teocaltiche, Jal., cabecera del municipio del mismo nombre, en la zona de Los Altos. En 1980 había en el municipio 33 174 habitantes.
- ³⁸Tepehuanes: grupo indígena que aún pervive. Ha habitado principalmente el estado de Durango y el sur de Chihuahua. Fue notable su belicoidad.
- ³⁹Ranchos del Jazmín: seguramente los que conforman El Jazmín, poblado que se halla quince kilómetros al suroeste de Venustiano Carranza, Jal.
- ⁴⁰Un destacamento es un grupo de soldados comisionados en algún lugar o para una tarea específica.
- ⁴¹Zapotitlán de Vadillo, Jal., es la cabecera del municipio del mismo nombre, en los límites del estado. Se halla en las estibaciones del Nevado de Colima. En 1980 contaba el municipio con 7 108 habitantes.
- ⁴²Al parecer, Totolimissa se refiere a Totocimizpa, poblado que se sitúa unos diez kilómetros al suroeste de Venustiano Carranza.
- ⁴³Cuastecomate: rancharía en El Llano Grande, situada unos cinco kilómetros al norte de Tolimán, Jal.
- ⁴⁴Autlán, Jal., cabecera del municipio del mismo nombre, al suroeste de Guadalajara y a 1 003 metros sobre el nivel del mar. Es centro comercial, agrícola, ganadero y mineral. En 1980 había en el municipio 41 499 habitantes.
- ⁴⁵Purificación, Jal., cabecera del municipio del mismo nombre, cercano a la costa de Jalisco, en una región muy montañosa y con comunicaciones deficientes. La población municipal era en 1980 de 10 763 habitantes.
- ⁴⁶El Palmar de los Pelayo no se halla por el rumbo de Autlán, sino al noroeste de Venustiano Carranza, Jal. Quizás por esa razón Rufino cambió de nombre al sitio y eligió La Purificación.
- ⁴⁷Caporal: jefe de vaqueros de una hacienda.
- ⁴⁸Verduguello: Arma semejante a una gran aguja. Se coloca dentro de una especie de bastón, en un extremo y de manera oculta, accionándose en el otro extremo.
- ⁴⁹Otate: especie de vara de bambú, más delgada.
- ⁵⁰Posuntos: piquetes.
- ⁵¹El Convento: poblado a unos treinta kilómetros al noroeste de Jiquilpan, Jal., al norte del cerro Rincón del Tigre.
- ⁵²Coatlancillo: poblado que se halla aproximadamente diez kilómetros al norte de Tonaya, Jal.
- ⁵³Remada: bestia de carga que se lleva de repuesto.
- ⁵⁴Zacoaleco de Torres, Jal., cabecera del municipio del mismo nombre, setenta kilómetros al sur de Guadalajara. En 1980 había 23, 923 habitantes en este municipio.
- ⁵⁵Manzanilla, Jal., cabecera del municipio de La Manzanilla de la Paz, situado en la Sierra del Tigre, en los límites de Jalisco con Michoacán. La Manzanilla tenía en 1980 3 713 habitantes.
- ⁵⁶La Cuesta de Sayula es un paso entre montañas que está unos diez kilómetros al suroeste de Sayula, Jal. En ese punto se halla el poblado La Cuesta.
- ⁵⁷Modentina: mal olor.
- ⁵⁸Gallota: mujer del soldado. También, concubina.
- ⁵⁹Cecina: carne seca de res.
- ⁶⁰Atojonado: que trató de meterse en alguna cavidad de la tierra, como los tejón.
- ⁶¹Amplacarse: retorcerse hacia arriba.
- ⁶²Pilona o liranga: tira colgante.
- ⁶³El Cerro Grande: prominencia de la Sierra Manantlán. Alcanza los 2 500 metros

sobre el nivel del mar. Está en el extremo suroeste de El Llano Grande. Lo bordea por sus lados norte y noreste el río Armería.

⁶⁴Matrona: astuta, ventajosa, ladina.

⁶⁵Apenciarse algo: apropiarse de una cosa.

⁶⁶Encuerado: Aquí, sin piel, desollado.

⁶⁷Meca: el indio de origen chichimeca.

⁶⁸Tolcamana: poblado que se halla unos cinco kilómetros al sur de Venustiano Carranza, Jal.

⁶⁹Dar a alguien su aplaque: aplacar, calmarlo.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

¡DILES QUE NO ME MATEN!

—¡DILES^a que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Quo por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.

—No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

—Haz que te oiga. Date tus mañas y dile que para sustos ya ha estado bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

—No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

—Anda otra vez. Solamente otra vez,^b a ver qué consigues.

—No. No tengo ganas de ir. Según eso,^c yo soy tu hijo. Y,^d si voy mucho con ellos,^e acabarán por saber quién soy y les dará por afusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

—Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. No más eso, diles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

—No.^f

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

—Dile al sargento que te deje ver al coronel. Y cuéntale lo viejo que estoy. Lo poco que^g valgo. ¿Qué ganancia sacará^h con matarme? Ninguna ganancia. Al fin y al cabo élⁱ debe de tener un alma. Dile que lo haga por la bendita salvación de su alma.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

—Voy,^j pues. Pero si de pérdida me afusilan a mí también,^k ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

—La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Ocupate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.^l □

^eAm: ellos y me preguntan quién soy, los dará

^jAm: que yo valgo. ^hAm: ganancia sacarán con ⁱAm: cabo ellos deben de tener un alma. Diles que

^aE: ¡Diles F: Diles ^bAm y A: voz a ^cAm y A: eso, yo ^dAm y G: Y si ^fAm presenta este párrafo y el siguiente integrados al anterior. ^jAm: —Voy pues ^kAm: también ¿quién ^lEn Am aparecen sólo dos separaciones de conjuntos de párrafos, ésta y la que figura entre los párrafos cuarenta y siete y cuarenta y ocho (—El coronel...).

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar,^a le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como sólo las puede sentir un recién resucitado.

Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás^b como quisieron hacerle ver los de Alina, sino porque tuvo sus razones. Él se acordaba:^c

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso;^d por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que,^e siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después,^f cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus^g potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a atrear la bola de animales flacos hasta las paraderas para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca^h para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero.

Así,ⁱ de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre pegado a la cerca, siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo.

Hasta que una vez don Lupe le dijo:

—Mira,^k Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él contestó:

^gAm: de su potrero, entonces

ⁱAm: vez otro agujero.

^hAm, A, B, C y D: Y él le contestó:

^aAm: matar lo ^bAm, A, B, C y D: nomás, como ^cAm: acordaba. ^dAm: eso: por ^eAm: que siendo ^fAm: después cuando ^gAm, A, B, C y D: cerca, para ^hAm: Este párrafo figura como parte del anterior en Am, A, B, C, D, E y F. ^kAm: —Mira Juvencio,

—Mire³ don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata. □

"Y⁶ me mató un novillo.²

"Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que lo di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidado. Pero² según eso, no lo está.

"Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que³ por parte de ellos, no había que tener miedo.

"Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciando para asustarme y seguir robándome. Cada que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

"—Por ahí¹ andan unos fuereños,³ Juvencio.

"Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo sólo verdolagas. A veces tenía que salir¹ a la medianoche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida."

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilo. "Al menos esto —pensó— conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz."

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas

²Am: —Mire don No están entrecorillados éste ni los siguientes cinco párrafos en Am.
¹Am: cosa, ya ⁶Am y A: Pero según eso no ³Am y A: Así que por parte de ellos no ²Am:
 Al menos esto, pensó, conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz.

⁶Am: inocentes. Hay so

⁶Am: llevaron muy lejos,

⁶Am, B, C y D: —Por ahí andan

⁶Am: salir hasta sin calzones, a l

de su vida, después de tanto pelear^a para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso,^b no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya lo único que le quedaba para cuidar era la vida,^c y ésta la conservaría^d a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. Él anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas^e secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago^f que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte^g y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran.

Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría^h aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplaba despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

^aAm: pelear; de haberse

^dAm, A y B: conservaría como

^bAm: acaso ¿no? ^cAm: vida y ^eA, B, C, D, E, F y G: estómago, que ^fAm: muerte, y ^gAm y A: lugar podía quedar todavía alguna esperanza.

Sus ojos^a que se habían apeñuscado con los años^b venían viendo la tierra, aquí, debajo^c de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne.

Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: "Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos", iba a decirles, pero se quedaba callado. "Mas adelantito se lo diró", pensaba.

Y sólo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte^k de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.

Así que ni valía la pena^l de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; sólo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar^p no supo si lo habían oído. Dijo:

^cAm y A: aquí, abajo de

^eAm: que ora el

ⁱAm, A, B, C y D: se los diró",

^kAm: tuvo esa suerte, de ver con

^jAm: milpa empezaba a

^mAm: seca de a tiro.

ⁿAm: pena haber

^aAm: ojos que B, C, D, E y F. ^bAm: años venían ^cAm: —"Yo ^dAm y A: decirles; pero ^eAm: —"Más ^fAm: Párrafo unido al anterior en Am, A, B, C, D, E y F. ^gAm: cara, sólo ^hAm: hablar no

—Yo nunca le he hecho daño a nadie —eso^a dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se^bvolvieron a verlo. Siguieron igual,^c como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche. □

—Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. Él, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero sólo salió la voz:

—¿Cuál hombre? —preguntaron.

—El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó^d a traer.

—Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima —volvió a decir la voz de allá adentro.

—¡Ey,^e tú! ¿Que^f si has habitado en Alima? —repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

—Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

—Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

—Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

—¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió.

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

—Ya sé que murió —dijo—^g Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos:

—Guadalupe^h Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para entaizar está muerta. Con nosotrosⁱ eso pasó.

—Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después una pica de bucy^j en el estómago. Me contaron que duró

^bAm: no voltearon a verlo.

^dAm: mandó traer.

^eAm: —Ey, tú, que si has habitado en Alima—repitió ^fA: Que si has habitado en Alima—repitió

^jAm: estómago para rematarlo. No

^aAm: nadie. —Eso dijo. ^cAm y A: igual como ^dAm, A, B, C, D y G: —dijo. Y ^hCon c millas en Am y en E; sin guión en F. ⁱA, B, C, D, E, F y G: nosotros, eso

más de dos días perdido y que, ^acuando lo encontraron, tirado en un arroyo, ^btodavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le ^ccuidaran a su familia.

"Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ése, ^daunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, ^eme da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca."

Desde acá, desde afuera, se oyó bien claro cuanto dijo. Después ordenó:

—¡Llévenselo y amárrenlo un rato, ^fpara que padezca, y luego fusílenlo!

—¡Mírame, coronel! —pidió él—. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derregado de viejo. ¡No me mates...!

—¡Llévenselo! —volvió a decir la voz de adentro.

—... Ya ^hhe pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como unapestado, siempre con el palpito ^gde que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, ⁱal menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Diles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando.

En seguida la voz de allá ^jadentro dijo:

—Amárrenlo y dende algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros. □

Ahora, ^kpor fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló ^lbien apretado al aparejo para que no se fuese ^ma caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro ⁿy se fueron, arrebiatados, ^ode prisa,

^cAm: que no dejaran desamparada a su familia.

^dAm: a ése. No lo conozco. Pero el

^gAm y A: mates!...

^jAm: allá, dijo:

^lAm: para estar seguro de que no se caería por el ^mA: so fuera a

^aAm y A: que cuando ^bE: arroyo todavía ^cAm: está mo ^fAm y A: rato para que padezca y ^hAm, D, E, F y G: —...Ya ⁱAm y A: que al menos el ^kAm y A: Ahora por fin se

para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo^a para arreglar el velorio del difunto.

—Tu nuera y los nietos te extrañarán^b—iba diciéndole—. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les asigurarán que te ha comido el coyote^c cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron. ■

^aAm: con luz, a tiempo de poder volar al difunto.

^bAm: extrañarán, iba diciéndole. ^cA, B, C, D, E, F y G: coyote, cuando

- ¹Morcón: cada uno de los palos gruesos que se ponen verticalmente para sostener un cobertizo.
- ²Movillo: toro menor de tres años.
- ³Fuercoño: el que no vive en el poblado sino que llega de fuera.
- ⁴Sicua: corteza de un tipo de árbol. Se usa como cordel.
- ⁵Pica de bucy: Asta de madera con punta a propósito para arrear a los bueyes que jalan el arado.
- ⁶Pálpito: presentimiento.
- ⁷Apretalar: ceñir algo a una cabalgadura por medio de una correa llamada pret.
- ⁸Hacerle pelos al burro: jalarle la pelambre de los ijares para que corra más rápido.
- ⁹Arrobiatados: pegado uno detrás del otro.

LUVINA

--DE^a LOS cerros altos del sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso. Está plagado de esa piedra gris con la que hacen la cal, pero en Luvina no hacen cal con ella ni le sacan ningún provecho. Allí la llaman piedra cruda, y la loma que sube hacia Luvina la nombran Cuesta^b de la Piedra Cruda. El aire y el sol se han encargado de desmenuzarla, de modo que la tierra de por allí es blanca y brillante como si estuviera rociada^c siempre por el rocío del amanecer; aunque esto es un puro decir, porque en Luvina los días son tan fríos como las noches y el rocío se cuaja en el cielo antes que llegue a caer sobre la tierra.

"... Y^d la tierra es empinada. Se desgaja por todos lados en barrancas hondas, de un fondo que se pierde de tan lejano. Dicen los de Luvina que de aquellas barrancas suben los sueños; pero yo lo único que vi subir fue el viento, en tremolina, como si allá abajo lo tuvieran encañonado en tubos de carrizo. Un viento que no deja crecer ni a las dulcamaras: esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra, agarradas con todas sus manos al despeñadero de los montes. Sólo a veces, allí donde hay un poco de sombra, escondido entre las piedras, florece el chicalote con sus amapolas blancas. Pero el chicalote pronto se marchita. Entonces uno lo oye rasguñando el aire con sus ramas espinosas, haciendo un ruido como el de un cuchillo sobre una piedra de afilar.

"Ya^e mirará usted ese viento que sopla sobre Luvina. Es pardo. Dicen que porque arrastra arena de volcán; pero lo cierto es que es un aire negro. Ya lo verá usted. Se planta en Luvina prendiéndose de las cosas como si las mordiera. Y sobran días en que se lleva el techo de las casas como si se llevara un sombrero de petate, dejando los paredones lisos, descobijados. Luego rasca como si tuviera uñas: uno lo oye a mañana y tarde,

^bB, C, D, E, F y G: nombran cuesta do

^cA: estuviera húmeda siempre

^aA, B, C, D, E y F: Do ^dA, B, C, D, E y F presentan este párrafo y el siguiente sin comillas. A, B y C: ... Y D, E, F y G: ...Y ^eA, B, C, D, E y F: --Ya

hora tras hora, sin descanso, raspando las paredes, arrancando tectas² de tierra, escarbando con su pala picuda por debajo de las puertas, hasta sentirlo bullir dentro de uno como si se pusiera a remover los goznes de nuestros mismos huesos. Ya lo verá usted."

El hombre aquel que hablaba se quedó callado un rato, mirando hacia afuera.

Hasta ellos llegaba¹ el sonido del río^b pasando sus crecidas³ aguas por las ramas de los canichines;^c el rumor del aire moviendo suavemente las hojas de los almendros, y los gritos de los niños^d jugando en el pequeño espacio iluminado por la luz que salía de la tienda.

Los comejenes entraban y rebotaban contra la lámpara de petróleo, cayendo al suelo con las alas chamuscadas.

Y afuera seguía avanzando la noche.

—¡Oye,^e Camilo, mándanos otras dos cervezas más! —volvió a decir el hombre. Después añadió:

—Otra cosa, señor. Nunca verá usted un cielo azul en Lavina. Allí todo el horizonte está desteñido; nublado siempre por una mancha caliginosa que no se borra nunca. Todo el lomerío pelón, sin un árbol, sin una cosa verde para descansar los ojos; todo envuelto en el calín ceniciento. Usted verá eso: aquellos cerros apagados como si estuvieran muertos y a Lavina en el más alto, coronándolo con su blanco caserío como si fuera una corona de muerto. . .

Los gritos de los niños se acercaron hasta meterse dentro de la tienda. Eso hizo que el hombre se levantara, fuera hacia la puerta y les dijera: "¡Váyanse más lejos! ¡No interrumpen! Siguen jugando,^f pero sin armar alboroto."

Luego,^g dirigiéndose otra vez a la mesa, se sentó y dijo:

—Pues sí, como le estaba diciendo. Allí llueve poco. A mediados de año llegan unas cuantas tormentas que azotan la tierra y la desgarran, dejando nada más el pedregal flotando encima del tepetate. Es bueno ver entonces cómo se arrastran las nubes, cómo andan de un cerro a otro dando tumbos como si fueran vejigas infladas; rebotando y pegando de truenos igual que

^aA: ellos llegaba el

^bA: río, pasando ^cA: canichines. El B, C, D, E, F y G: canichines; el ^dA: niños, jugando ^eF presenta este párrafo unido al anterior. ^fPárrafo integrado al anterior en A, B, C y D. ^gA: —¡Oye Camilo, ^hA: jugando poro ⁱA: Luego dirigiéndose otra vez a la mesa no

si se quebraran en el filo de las barrancas. Pero después de diez o doce días se van y no regresan sino al año siguiente,^a y a veces se da el caso de que no regresen en varios años.

"... Sí,^b llueve poco. Tan poco o casi nada, tanto que la tierra, además de estar reseca y achicada como cuero viejo, se ha llenado de rajaduras y de esa cosa que allí llaman 'pasojos de agua', que no son sino terrones endurecidos como piedras filosas, que se clavan en los pies de uno al caminar, como si allí hasta a la tierra le hubieran crecido espinas. Como si así fuera."

Bebió la cerveza hasta dejar sólo burbujas de espuma en la botella y siguió diciendo:

—Por cualquier lado que se le mire, Luvina es un lugar muy triste. Usted que va para allá se dará cuenta. Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza. Donde no se conoce la sonrisa, como si a toda la gente le hubieran entablado la cara. Y usted, si quiere^c puede ver esa tristeza a la hora que quiera. El aire que allí sopla la revuelve, pero no se la lleva nunca. Está allí como si allí hubiera nacido. Y hasta se puede probar y sentir, porque está siempre encima de uno, apretada contra de uno, y porque es oprimente como una gran cataplasma sobre la viva carne del corazón.

"... Dicen^d los de allí que cuando llena la luna, ven de bulto la figura del viento recorriendo las calles de Luvina, llevando a rastras una cobija negra; pero yo siempre lo que llegué a ver, cuando había luna en Luvina, fue la imagen del desconsuelo. . . siempre.

"Pero^e tómese su cerveza. Veo que no le ha dado ni siquiera una probadita. Tómese la. O tal vez no le guste así tibia como está. Y es que aquí no hay de otra. Yo sé que así sabe mal; que agarra un sabor como a meados de burro. Aquí uno se acostumbra. A fe que allá ni siquiera esto se consigue. Cuando vaya a Luvina la extrañará. Allí no podrá probar sino un mezcal que ellos hacen con una yerba llamada hojascé,^f y que a los primeros tragos estará usted dando de volteretas como si lo chacamotearan.^g Mejor tómese su cerveza. Yo sé lo que le digo."

^aA: siguiente y ^bC, D y G: "...Sí" ^cA, B, C y D: quiere, puede ^dC, D y G: "...Dice
^eG: "...Pero"

Allá afuera seguía oyéndose el batallar del río. El rumor del aire. Los niños jugando. Parecía ser aún temprano, en la noche.

El hombre se había ido a asomar una vez más a la puerta y había vuelto.

Ahora^a venía diciendo:

—Resulta fácil ver las cosas desde aquí, meramente traídas por el recuerdo, donde no tienen parecido ninguno. Pero a mí no me cuesta ningún trabajo seguir hablándole de lo que sé, tratándose de Lavina. Allá viví. Allá dejé la vida. . . Fui a ese lugar con mis ilusiones cabales y volví viejo y acabado. Y ahora usted va para allá. . . Está bien. Me parece recordar el principio. Me pongo en su lugar y pienso. . . Mire usted, cuando yo llegué por primera vez a Lavina. . . ¿Pero me permite antes que me tome su cerveza? Veo que usted no le hace caso. Y a mí me sirve de mucho. Me alivia. Siento como si me enjuagara la cabeza con aceite alcanforado. . . Bueno, le contaba que cuando llegué por primera vez a Lavina, el arriero que nos llevó no quiso dejar ni siquiera que descansaran las bestias. En cuanto nos puso en el suelo, se dio media vuelta:

"—Yo me vuelvo —nos dijo.

"—Espera, ¿no vas a dejar sestear^b tus animales? Están muy aporrendos.

"—Aquí se fregarían más —nos dijo—. Mejor me vuelvo.

"Y se fue, dejándose caer por la Cuesta^c de la Piedra Cruda, espoleando sus caballos como si se alejara de algún lugar endemoniado.

"Nosotros, mi mujer y mis tres hijos,^d nos quedamos allí, parados en mitad de la plaza, con todos nuestros ajuares en los brazos. En medio de aquel lugar donde sólo se oía el viento. . .

"Una plaza sola, sin una sola yerba para detener el aire. Allí nos quedamos.

"Entonces yo le pregunté a mi mujer:

"—¿En qué país estamos, Agripina?

"Y ella se alzó de hombros.

"—Bueno, si no te importa, ve a buscar dónde comer y dónde pasar la noche. Aquí te aguardamos —le dije.

^aEsto párrafo aparece integrado al anterior on A, B, C y D. ^dA: hijos nos

^bB: "—Espera, ¿nos vas

^cB, C, D, E, F y G: la cuesta de

"Ella agarró al más pequeño de sus hijos y se fue. Pero no regresó.

"Al atardecer,^a cuando el sol alumbraba sólo las puntas de los cerros, fuimos a buscarla. Anduvimos por los callejones de Luviná, hasta que la encontramos metida en la iglesia: sentada mero en medio de aquella iglesia solitaria, con el niño dormido entre sus piernas.

"—¿Qué haces aquí, Agripina?

"—Entré a rezar —nos dijo.

"—¿Para qué? —le pregunté yo.

"Y ella se alzó de hombros.

"Allí no había a quien rezarle. Era un jacalón vacío, sin puertas, nada más con unos socavones abiertos y un techo resquebrajado por donde se colaba el aire como por un cedazo.

"—¿Dónde está la fonda?

"—No hay ninguna fonda.

"—¿Y el mesón?

"—No hay ningún mesón.

"—¿Viste a alguien? ¿Vive alguien aquí? —le pregunté.

"—Sí, allí enfrente. . . Unas mujeres. . . Las sigo viendo. Mira, allí tras las rendijas de esa puerta veo brillar los ojos que nos miran. . . Han estado asomándose para-acá. . . Míralas. Veo las bolas brillantes de sus ojos. . . Pero no tienen qué darnos de comer. Me dijeron sin sacar la cabeza que en este pueblo no había de comer. . . Entonces entré aquí a rezar, a pedirle a Dios por nosotros.

"—¿Por qué no regresaste allí?^b Te estuvimos esperando.

"—Entré aquí a rezar. No he terminado todavía.

"—¿Qué país es éste, Agripina?

"Y ella volvió a alzarse de hombros.

"Aquella noche nos acomodamos para dormir en un rincón de la iglesia, detrás del altar desmantelado. Hasta allí llegaba el viento, aunque un poco menos fuerte. Lo estuvimos oyendo pasar por encima de nosotros, con sus largos aullidos; lo estuvimos oyendo entrar y salir por los huecos socavones de las puertas; golpeando con sus manos de aire las cruces del viacrucis:

^a Al atardecer, ya cuando el sol sólo alumbraba las

^b ¿Por qué no regresaste allí? To

unas cruces grandes y duras hechas con palo de mezquite que colgaban de las paredes a todo lo largo de la iglesia, amarradas con alambres que rechinaban a cada sacudida del viento como si fuera un rechinar de dientes.

"Los niños lloraban porque no los dejaba dormir el miedo. Y mi mujer, ^atratando de retenerlos a todos entre sus brazos. Abrazando su manojo de hijos. Y yo allí, sin saber qué hacer.

"Poco antes del amanecer se calmó el viento. Después regresó. Pero hubo un momento en esa madrugada en que todo se quedó tranquilo, como si el cielo se hubiera juntado con la tierra, aplastando los ruidos con su peso. . . Se oía la respiración de los niños ya descansada. Oía el resuello de mi mujer allí ^ca mi lado:

"—¿Qué es? —me dijo.

"—¿Qué es qué? —le pregunté.

"—Eso, el ruido ese.

"—Es el silencio. Duérmete. Descansa, ^daunque sea un poquito, que ya va a amanecer.

"Pero al rato oí yo también. Era como un aletear de murciélagos en la oscuridad, muy cerca de nosotros. De murciélagos de grandes alas que rozaban el suelo. Me levanté y se oyó el aletear más fuerte, como si la parvada de murciélagos se hubiera espantado y volara hacia los agujeros de las puertas. Entonces caminé de puntitas hacia allá, sintiendo delante de mí aquel murmullo sordo. Me detuve en la puerta y las vi. Vi a todas las mujeres de Lavina con su cántaro al hombro, con el rebozo colgado de su cabeza y sus figuras negras sobre el negro fondo de la noche.

"—¿Qué quieren? —les pregunté—. ¿Qué buscan a estas horas?

"Una de ellas respondió:

"—Vamos por agua.

"Las vi paradas frente a mí, mirándome. Luego, como si fueran sombras, echaron a caminar calle abajo con sus negros cántaros.

"No, no se me olvidará jamás esa primera noche que pasé en Lavina.

^aA: mujer tratando ^cA: mujer allí a ^dA: Descansa aunque

^bA: todos en sus

^cA: mujer allí a

"... ¿No cree usted que esto se merece otro trago? Aunque sea nomás para que se me quite el mal sabor del recuerdo." □

—Me parece que usted me preguntó cuántos años estuve en Luvina, ¿verdad...? La verdad es que no lo sé. Perdí la noción del tiempo desde que las fiebres me lo enrevesaron; pero debió haber sido una eternidad... Y es que allá el tiempo es muy largo. Nadie lleva la cuenta de las horas ni a nadie le preocupa cómo van amontonándose los años. Los días comienzan y se acaban. Luego viene la noche. Solamente el día y la noche hasta el día de la muerte, que para ellos es una esperanza.

"Usted ha de pensar que le estoy dando vueltas a una misma idea. Y así es, sí señor... Estar sentado en el umbral de la puerta, mirando la salida y la puesta del sol, subiendo y bajando la cabeza, hasta que acaban aflojándose los resortes y entonces todo se queda quieto, sin tiempo, como si se viviera siempre en la eternidad. Esto hacen allí los viejos.

"Porque en Luvina sólo viven los puros viejos y los que todavía no han nacido, como quien dice... Y mujeres sin fuerzas, casi trabadas de tan flacas. Los niños que han nacido allí se han ido... Apenas les clarea el alba y ya son hombres. Como quien dice, pegan el brinco del pecho de la madre al azadón y desaparecen de Luvina. Así es allí la cosa.

"Sólo quedan los puros viejos y las mujeres solas, o con un marido que anda donde sólo Dios sabe dónde... Vienen de vez en cuando como las tormentas de que le hablaba; se oye un murmullo en todo el pueblo cuando regresan y uno como gruñido cuando se van... Dejan el costal del bastimento para los viejos y plantan otro hijo en el vientre de sus mujeres, y ya nadie vuelve a saber de ellos sino al año siguiente, y a veces nunca... Es la costumbre. Allí le dicen la ley, pero es lo mismo. Los hijos se pasan la vida trabajando para los padres como ellos trabajaron para los suyos y como quién sabe cuántos atrás de ellos cumplieron con su ley...

"Mientras tanto, los viejos aguardan por ellos y por el día de la muerte, sentados en sus puertas, con los brazos caídos, movi-

^bA: Luvina, ¿verdad?... La

^aC, D, E, F y G: "...¿No ^cA: siguiente y ^dA: tanto los

dos sólo por esa gracia que es la gratitud del hijo... Solos, en aquella soledad de Luvina.

"Un día traté de convencerlos de que se fueran a otro lugar, donde la tierra fuera buena. ¡Vámonos de aquí! —les dije—. No^a faltará modo de acomodarnos en alguna parte. El gobierno^b nos ayudará."

"Ellos me oyeron, sin parpadear, mirándome desde el fondo de sus ojos,^c de los que sólo se asomaba una lucecita allá muy adentro.

"—¿Dices que el gobierno^d nos ayudará, profesor? ¿Tú^e no conoces al gobierno?^f

"Les dije que sí.

"—También nosotros lo conocemos. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre del gobierno.^g

"Yo les dije que era la Patria. Ellos movieron la cabeza diciendo que no. Y se rieron. Fue la única vez que he visto reír a la gente de Luvina. Pelaron sus dientes molinques^h y me dijeron que no, que el gobiernoⁱ no tenía madre.

"Y tienen razón, ¿sabe usted?^j El señor ese sólo se acuerda de ellos cuando alguno de sus muchachos ha hecho alguna fechoría acá abajo. Entonces manda por él hasta Luvina y se lo matan. De ahí^k en más no saben si existe.

"—Tú nos quieres decir que dejemos Luvina porque, según tú, ya estuvo bueno de aguantar hambres sin necesidad —me dijeron—. Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos.

"Y allá siguen. Usted los verá ahora que vaya. Mascando hazos de mezquite seco y tragándose su propia saliva para engañar el hambre. Los mirará pasar como sombras, repegados al muro de las casas, casi arrastrados por el viento.

"—¿No oyen ese viento? —les acabé por decir—. Él acabará con ustedes.

"—Dura lo que debe de durar. Es el mandato de Dios —me contestaron—. Malo cuando deja de hacer aire. Cuando eso sucede, el sol se arrima mucho a Luvina y nos clupa la sangre

^aA y B: No nos faltará ^bA, B,
C y D: El Gobierno nos

^dB, C y D: que el Gobierno nos
^eA, B, C y D: ¿Tú conoces ^fB, C
y D: al Gobierno?

^gA, B, C y D: del Gobierno.

^hA, B, C y D: el Gobierno no
ⁱA: razón, sabe usted. El

^jA, B, C y D: De hay en más no
saben si existen.

^cA, B, C, D, E y F: ojos de

y la poca agua que tenemos en el pellejo. El aire hace que el sol se esté allá arriba. Así es mejor.

"Ya no les volví a decir nada. Me salí de Luvina y no he vuelto ni pienso regresar.

"... Pero mire las maromas que da el mundo. Usted va para allá ahora, dentro de pocas horas. Tal vez ya se cumplieron quince años que me dijeron a mí lo mismo: 'Usted va a ir a San Juan Luvina.' En esa época tenía yo mis fuerzas. Estaba cargado de ideas. . . Usted sabe que a todos nosotros nos infunden ideas. Y uno va con esa plasta encima para plasmarla en todas partes. Pero en Luvina no cuajó eso. Hice el experimento y se deshizo. . .

"San Juan Luvina. Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre. Pero aquello es el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay ni quien le ladre al silencio; pues en cuanto uno se acostumbra al vendaval que allí sopla, no se oye sino el silencio que hay en todas las soledades. Y eso acaba con uno. Míreme a mí. Conmigo acabó. Usted que va para allá comprenderá pronto lo que le digo. . .

"¿Qué opina usted si le pedimos a este señor que nos matice^b unos mezcalitos? Con la cerveza se levanta uno a cada rato y eso interrumpe mucho la plática. ¡Oye, Camilo, mándanos ahora unos mezcales!

"Pues sí, como le estaba yo diciendo. . ." ^c □

Pero no dijo nada. Se quedó mirando un punto fijo sobre la mesa donde los comejenes ya sin sus alas rondaban como gusanitos desnudos.

Afuera seguía oyéndose cómo avanzaba la noche. El chapoteo del río contra los troncos de los camichines. El griterío ya muy lejano de los niños. Por el pequeño cielo de la puerta se asomaban las estrellas.

El hombre que miraba a los comejenes se recostó sobre la mesa y se quedó dormido. ■

^aD, E, F y G: "...Pero" ^bEn A, B, C, D y F forma párrafo independiente: En... deshizo...
^cEn A, B, C y D no existe esta separación de conjuntos de párrafos.

- ¹Chicaloto: planta herbácea nativa del país, de hojas dentadas y espinosas.
- ²Tecala: trozo pequeño.
- ³Hojacó: arbustillo propio de las zonas desérticas de México. Con sus hojas se prepara tó amargo, mezcal, etc.
- ⁴Chacamotear a alguien: darle chacamotas, vueltas.
- ⁵Sestear: descansar los animales en un lugar sombreado.
- ⁶Molengues: raquítics.
- ⁷Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas se dio gran impulso a la escuela rural. Miles de maestros acudieron por primera vez a lugares remotos con la idea cardenista de llevar la educación al campo para mejorar el país.
- ⁸Matizar el mezcal: tener en la mano el pequeño recipiente que lo contiene para que el mezcal se caliente un poco.

LA NOCHE QUE LO DEJARON SOLO

—¿Por qué van tan despacio? —les preguntó Feliciano Ruca¹ a los de adelante—. Así acabaremos por dormirnos. ¿Acaso no les urge llegar pronto?

—Llegaremos mañana amaneciendo —le contestaron.

Fue lo último que les oyó decir. Sus últimas palabras. Pero de eso se acordaría después, al día siguiente.

Allí iban los tres, con la mirada en el suelo, tratando de aprovechar la poca claridad de la noche.

“Es mejor que esté oscuro. Así no nos verán.” También habían dicho eso, un poco antes, o quizá la noche anterior. No se acordaba. El sueño le nublaba el pensamiento.

Ahora, en la subida, lo vio venir de nuevo. Sintió cuando se le acercaba, rodeándolo como buscándole la parte más cansada. Hasta que lo tuvo encima, sobre su espalda, donde llevaba terciados los rifles.

Mientras el terreno estuvo parejo, caminó de prisa. Al comenzar la subida, se retrasó; su cabeza empezó a moverse despacio, más lentamente conforme se acortaban sus pasos. Los otros pasaron junto a él, ahora iban muy adelante y él seguía balanceando su cabeza dormida.

Se fue rezagando. Tenía el camino enfrente, casi a la altura de sus ojos. Y el peso de los rifles. Y el sueño trepado allí donde su espalda se encorbaba.

Oyó cuando se le perdían los pasos: aquellos huecos talonazos que había venido oyendo quién sabe desde cuándo, durante quién sabe cuántas noches: “De la Magdalena² para allá,³ la primera noche; después de allá para acá, la segunda, y ésta es⁴ la tercera. No serían muchas —pensó—, si al menos hubiéramos dormido de día. Pero ellos no quisieron: ‘Nos pueden agarrar dormidos —dijeron—. Y eso sería lo peor.’”

³E: ¿Por F: Por ⁴A: él. Ahora

^bA, B, C y D: que oyó decirles. Su

^dA, B, C, D, E, F y G: para acá, l
^eA: ésta era la

—¿Lo peor para quién?

Ahora el sueño le hacía hablar. "Les dije que esperaran: vamos dejando este día para descansar. Mañana caminaremos de filo y con más ganas y con más fuerzas, por si tenemos que correr. Puede darse el caso."

Se detuvo con los ojos cerrados. "Es mucho —dijo—. ¿Qué ganamos con apurarnos? Una jornada. Después de tantas que hemos perdido, no vale la pena." En seguida gritó: "¿Dónde andan?"

Y casi en secreto: "Váyanse, pues. ¡Váyanse!"

Se recostó en el tronco de un árbol. Allí estaba la tierra fría y el sudor convertido en agua fría. Ésta debía de ser la sierra de que le habían hablado. Allí abajo el tiempo tibio, y ahora acá arriba este frío que se le metía por debajo del gabán: "Como si me levantaran la camisa y me manosearan el pellejo con manos heladas."

Se fue sentando sobre el musgo. Abrió los brazos como si quisiera medir el tamaño de la noche y encontró una cerca de árboles. Respiró un aire oloroso a trementina. Luego se dejó resbalar en el sueño, sobre el cochul, sintiendo cómo se le iba entumeciendo el cuerpo. □

Lo despertó el frío de la madrugada. La humedad del rocío.

Abrió los ojos. Vio estrellas transparentes en un cielo claro, por encima de las ramas oscuras.

"Está oscureciendo", pensó. Y se volvió a dormir.

Se levantó al oír gritos y el apretado golpetear de pezuñas sobre el seco tepetate del camino. Una luz amarilla bordeaba el horizonte.

Los arrieros pasaron junto a él, mirándolo. Lo saludaron: "Buenos días", le dijeron. Pero él no contestó.

Se acordó de lo que tenía que hacer. Era ya de día. Y él debía de haber atravesado la sierra por la noche para evitar a los vigías. Este paso era el más resguardado. Se lo habían dicho.

Tomó el terció de carabinas y se las echó a la espalda. Se hizo

Al perdido no

A, B, C y D: guoño lo hacía

A, B, C, D, E, F y G: Allí estaba la

a un lado del camino y cortó por el monte, hacia donde estaba saliendo el sol. Subió y bajó, cruzando lomas terregosas.

Le parecía oír a los arrieros que decían: "Lo vimos allá arriba. Es así y asado, y trae muchas armas."

Tiró los rifles. Después se deshizo de las carrilleras. Entonces se sintió livianito y comenzó a correr como si quisiera ganarles a los arrieros la bajada.

Había que "encuubrar, rodear la meseta y luego bajar". Eso estaba haciendo. Obre Dios. Estaba haciendo lo que le dijeron que hiciera, aunque no a las mismas horas.

Llegó al borde de las barrancas. Miró allá lejos la gran llanura gris.

"Ellos deben estar allá. Descansando al sol, ya sin ningún pendiente", pensó.

Y se dejó caer barranca abajo, rodando y corriendo y volviendo a rodar.

"Obre Dios", decía. Y rodaba cada vez más en su carrera.

Le parecía seguir oyendo a los arrieros cuando le dijeron: "¡Buenos días!" Sintió que sus ojos eran engañosos. Llegarán al primer vigía y le dirán: "Lo vimos en tal y tal parte. No tardará en estar por aquí."

De pronto se quedó quieto.

"¡Cristo!", dijo. Y ya iba a gritar: "¡Viva Cristo Rey!",⁴ pero se contuvo. Sacó la pistola de la costallilla y se la acomodó por dentro,³ debajo de la camisa, para sentirla cerquita de su carne. Eso le dio valor. Se fue acercando hasta los ranchos del Agua Zarcá⁵ a pasos queditos, mirando el bullicio de los soldados que se calentaban junto a grandes fogatas.

Llegó hasta las bardas del corral y pudo verlos mejor; reconocerles la cara: eran ellos, su tío Tanis y su tío Librado. Mientras los soldados daban vuelta alrededor de la lumbre, ellos se mecían, colgados de un mezquite, en mitad del corral. No parecían ya darse cuenta del humo que subía de las fogatas, que les nublaba los ojos vidriosos y les ennegrecía la cara.

No quiso seguir viéndolos. Se arrastró a lo largo de la barda

³B, C, D, E y G: dentro debajo

¹Al parecer, todos los nombres y sobrenombres de personas que aparecen en este cuento son reales. Uno de ellos, Victoriano Ramírez, El Catorco, ostentó el grado de general entre los cristeros de Los Altos. Fue originario de San Miguel el Alto, Jal. y murió en Tepatitlán, Jal. a fines de abril de 1929, a manos de otros jefes cristeros. La guerra cristera se inició en Jalisco en enero de 1927 como reacción a las medidas gubernamentales que reglamentaban el culto y terminó el 27 de julio de 1929, día en que se abrieron las iglesias después de dos años y medio de haberlas cerrado la jerarquía eclesiástica. Esta guerra fue especialmente cruenta en los estados de Jalisco, Colima, Michoacán y Guanajuato. Sólo para una zona, Los Altos de Jalisco, el gobierno llegó a enviar hasta 10 000 soldados, y se calcula que tan sólo en Jalisco murieron 4 000 soldados del gobierno durante la campaña.

²Me inclino a creer que La Magdalena es la actual ciudad Benito Juárez, al suroeste de la ciudad de Colima y al sur de la Sierra Manantlán.

³Cochal: cactácea de tronco corto y leñoso.

⁴Viva Cristo Rey! era el saludo entre los cristeros.

⁵Al parecer, los ranchos del Agua Zarca que Rulfo menciona aquí son unos caseríos que se hallan en el declive norte del cerro Palo Chaparro, unos diez kilómetros al sur de Sayula, Jal., precisamente en la margen del arroyo Agua Zarca.

⁶Acabalar: completar.

⁷La Sierra de Comanja está situada entre el noreste de Jalisco y la parte noroeste del estado de Guanajuato.

⁸Roliz: cauce, lecho o camino.

PASO DEL NORTE^{a,1}

—Me voy lejos, padre; por eso vengo a darle el aviso.

—¿Y pa ónde te vas, si se puede saber?

—Me voy pal Norte.

—¿Y allá pos pa qué? ¿No tienes aquí tu negocio? ¿No estás metido en la merca de puercos?

—Estaba. Ora ya no. No deja. La semana pasada no conseguimos pa comer y en la antepasada comimos puros que-lites. Hay hambre, padre; usté ni se las huele porque vive bien.

—¿Qué estás ahí diciendo?

—Pos que hay hambre. Usté no lo siente. Usté vende sus cue-tes y sus saltapericos y la pólvora y con eso la va pasando. Mientras haiga funciones, le lloverá el dinero; pero uno no, pa-dre. Ya naide cría puercos en este tiempo. Y si los cría pos se los come. Y si los vende, los vende caros. Y no hay dinero pa^d mercarlos,^e demás de esto. Se acabó el negocio, padre.

—Y ¿qué diablos vas a hacer al Norte?

—Pos a ganar dinero. Ya ve usté, el Carmelo volvió rico, trajo hasta un gramófono y cobra la música a cinco centavos. De a parejo, desde un danzón hasta la Anderson² esa que canta can-ciones tristes; de a todo^f por igual, y gana su buen dinerito y hasta hacen cola pa^g oír. Así que usté ve; no hay más que ir y volver. Por eso me voy.

—¿Y ónde vas a guardar a tu mujer con los muchachos?

—Pos por eso vengo a darle el aviso, pa que usté se encargue de ellos.

—¿Y quién crees que soy yo, tu pílmama? Si te vas, pos ahí que Dios se las ajuarié con ellos. Yo ya no estoy pa criar mu-chachos; con haberte criado a ti y^h a tu hermana, que en paz des-

^bE y F: Me ^cA: los vende los ^eA: mercarlos demás
B, D, E y F: muchachos, con

^aC suprimo este cuento.

^dE, F y G: dinero para mercarlos,

^gA, B y D: cola para oír.

^hA y B: y tu

^hA, B, E, F y G: todo, por ^hA,

cause, con eso tuve de sobra. De hoy en delante no quiero tener compromisos. Y como dice el dicho: "Si la campana no repica es porque no tiene badajo."

—No³ hallo qué decir, padre, hasta lo desconozco. ¿Qué me gané con que usted me criara?, puros trabajos. Nomás me trajo al mundo al averíguatelas como puedas. Ni siquiera me enseñó el oficio de euctero, como pa que no lo fuera a hacer a usted la competencia. Me puso unos calzones y una camisa y me echó a los caminos pa que aprendiera a vivir por mi cuenta y ya casi me echaba de su casa con una mano adelante y otra atrás. Mire usted, éste es el resultado: nos estamos muriendo de hambre. La nuera y los nietos y éste su hijo, como quien dice toda su descendencia, estamos¹ ya por parar las patas y caernos bien muertos. Y el coraje que da es que es de hambre. ¿Usted cree que eso es legal y justo?

—Y a mí qué diablos me va o me viene. ¿Pa^c qué te casaste? Te fuiste de la casa y ni siquiera me pediste el permiso.

—Eso lo hice porque a usted nunca le pareció buena la Tránsito. Me la malorió³ siempre que se la truje y, recuérdesele, ni siquiera voltió a verla la primera vez que vino: "Mire,^d papá, ésta es la muchachita con la que me voy a coyuntar." Usted se soltó hablando en verso y que díjque la conocía de íntimo, como si ella fuera una mujer de la calle. Y dije una hola de cosas que ni yo se las entendí. Por eso ni se la volví a traer. Así que por eso no me debe usted guardar rencor. Ora sólo quiero que me la cuide, porque me voy en serio. Aquí no hay ya ni qué hacer, ni de qué modo buscarle.

—Ésos son rumores. Trabajando se come y comiendo se vive. Apréndete mi sabiduría. Yo estoy viejo y ni me quejo. De muchacho ya ni se diga; tenía hasta pa conseguir mujeres de a rato. El trabajo da pa todo y continás pa las urgencias del cuerpo. Lo que pasa es que eres tonto. Y no me digas que eso yo te lo enseñé.

—Pero usted me nació. Y usted tenía que haberme encaminado, no nomás soltarme como caballo entre las milpas.

—Ya estabas bien largo cuando te fuiste. ¿O^a poco querías

^dA: "Miro papá,

³A, B y D: —No le hallo

^bD: descendencia, estaremos ya

^cA: vieno. Pa qué te casaste.
^{Te}

^eD: entro milpas.

¹A: fuiste. O a poco querías
te mantuviera para siempre. S

que te mantuviera pa' siempre? Sólo las lagartijas buscan la misma covacha hasta cuando mueren. Di que te fue bien y que conociste mujer y que tuviste hijos; otros ni siquiera eso han tenido en su vida, ^bhan pasado como las aguas de los ríos, sin comerse ni beberse.

—Ni siquiera me enseñó usted a hacer versos, ya que los sabía. Aunque sea con eso hubiera ganado algo divirtiéndolo a la gente como usted hace. Y el día que se lo pedí me dijo: "Anda a merrear güevos, eso deja más." Y en un principio me volví güevero y aluego gallinero y después merqué puercos y, hasta eso, no me iba mal, si se puede decir. Pero el dinero se acaba; vienen los hijos y se lo sorben como agua y no queda nada después pa' negocio y naide quiere fiar. Ya le digo, la semana pasada comimos quelites, y ésta, pos ni eso. Por eso me voy.

"Y ^dme voy entristecido, padre, aunque usted no lo quiera creer, porque yo quiero a mis muchachos, no como usted que nomás los crió y los corrió."

—Apréndete esto, hijo: en el nidal nuevo, hay que dejar un güevo. Cuando te aletí la vejez aprenderás a vivir, sabrás que los hijos se te van, que no te agradecen nada; que se comen hasta tu recuerdo.

—Eso es puro verso.

—Lo será, pero es la verdad.

—Yo de usted no me he olvidado, como usted ve.

—Me vienes a buscar en la necesidad. Si estuvieras tranquilo te olvidarías de mí. Desde que tu madre murió me sentí solo; cuando murió tu hermana, más solo; cuando tú te fuiste vi que estaba ^fya solo pa' siempre. Ora vienes y me quieres remover el sentimiento; pero no sabes que es más dificultoso resucitar un muerto que dar la vida de nuevo. Aprende algo. Andar por los caminos enseña mucho. Restriégate con tu propio estropajo, eso es lo que has de hacer.

—¿Entonces no me los cuidará?

—Ahí déjalos, nadie se muere de hambre.

—Dígame si me guarda el encargo, no quiero irme sin estar seguro.

^aB: mantuviera para siempre?
D: mantuviera siempre?

^cB, D, E, F y G: enseñó usted a

^eD: Cuando aletí

^fD: estaba solo

^bG: vida; han ^dEsto párrafo aparece integrado al anterior y sin comillas en A, B, D y F.

—¿Cuántos son?
 —Pos nomás tres niños y dos niñas y la nuera^a que está re-
 joven.^b
 —Rejodida, dirás.
 —Yo fui su primer marido. Era nueva.^c Es buena. Quiérala,
 padre.
 —¿Y cuándo volverás?
 —Pronto, padre. Nomás arrejunto el dinero y me regreso.
 Le pagaré al^d doble lo que usted haga por ellos. Déles de comer,
 es todo lo que le encomiendo.^e

^cA: Era virgen. Es

^dD: pagará el doble

De los ranchos bajaba la gente a los pueblos; la gente de los
 pueblos se iba a las ciudades. En las ciudades la gente se perdía;
 se disolvía entre la gente. “¿No sabe ónde me darán trabajo?”
 “Sí, vete a Ciudad Juárez. Yo te paso por doscientos pesos. Busca
 a fulano de tal y dile que yo te mando. Nomás no se lo digas a
 nadie.” “Está bien, señor, mañana se los traigo.”^f

^fD suprime este párrafo y los
 dos siguientes conjuntos de pá-
 rrafos.

—Oye,^h dicen que por Nonualco⁵ necesitan gente paⁱ
 la descarga de los tronos.

^hE y G suprimen este conjunto
 de ocho párrafos. ⁱF: gente
 para la

—¿Y pagan?

—Claro, a dos pesos⁶ la arroba.⁷

—¿De serio? Ayer descargué como una tonelada
 de plátanos detrás de la Mercó⁸ y me dieron lo
 que me comí. Resultó con que los había robado y
 no me pagaron nada,^j hasta me cusiliaron⁹ a los
 gendarmes.

^jA y B: nada y hasta

—Los ferrocarriles son serios. Es otra cosa.
 Ahí^k verás si te arriesgas.

^kA y B: cosa. Hay verás

—¡Pero cómo no!

—Mañana te espero.

Y sí, bajamos mercancía de los tronos de la ma-
 ñana a la noche y todavía nos sobró tarea pa o-
 tro día. Nos pagaron. Yo conté el dinero: seson-
 ta^k y cuatro pesos. Si todos los días fueran así.^m

^lA y B: dinero: Sesenta y

^aA, B, D, E, F y G: nuera que ^bA, B y D: está ro joven. ^cEn A, B y F se da la sepa-
 ración mayor entre este párrafo y el siguiente, no así en E ni en G. Esta sepa-
 ración de párrafos no existe en F. ^dFalta en F esta separación de conjunto de pá-
 rrafos.

—Señor, aquí le traigo los doscientos pesos.

—Está bien. Te voy a dar un papelito pa nuestro amigo de Ciudad Juárez. No lo pierdas. Él te pasará la frontera y de ventaja llevas hasta la contrata. Aquí va el domicilio y el teléfono pa que lo localices más pronto. No, no vas a ir a Tejas.¹⁰ ¿Has oído hablar de Oregón?¹¹ Bien, dile a él que quieres ir a Oregón. A cosechar manzanas, eso es, nada de algodones. Se ve que tú eres un hombre listo. Allá te presentas con Fernández. ¿No lo conoces? Bueno, preguntas por él. Y si no quieres cosechar manzanas, te pones a pegar durmientes. Eso deja más y es más durable. Volverás con muchos dólares. No pierdas la tarjeta. □

—Padre, nos mataron.

—¿A quiénes?

—A nosotros. Al pasar el río. Nos zumbaron las balas hasta que nos mataron a todos.

—¿En dónde?

—Allá, en el Paso del Norte, mientras nos encandilaban las linternas, cuando íbamos cruzando el río.

—¿Y por qué?

—Pos no lo supe, padre. ¿Se acuerda de Estanislao?¹² Él fue el que me encampanó¹³ pa irnos pa allá. Me dijo cómo estaba el teje y maneje del asunto y nos fuimos primero a México y de allí al Paso. Y estábamos pasando el río cuando nos fusilaron¹⁴ con los máuseres.¹⁵ Me devolví porque él me dijo: "Sácame de aquí, paisano, no me dejes." Y entonces estaba ya panza arriba, con el cuerpo todo agujerado,¹⁶ sin músculos. Lo arrastré como pude, a tirones, haciéndomele¹⁷ a un lado a las linternas que nos alumbraban buscándonos. Le dije: "Estás vivo"¹⁸ y él me contestó: "Sácame de aquí, paisano." Y luego me dijo: "Me dieron." Yo tenía un brazo quebrado por un golpe de bala y el güeso se había ido de allí¹⁹ de donde se salta el²⁰ codo. Por eso lo agarré con la mano buena y le dije: "Agárrate fuerte de aquí." Y se me murió en la orilla, frente a las luces de un lugar

¹⁸A: vivo" y él

¹²D: Estanislao?

¹⁴D: fusilaron los

¹⁵A: los fusiles, Me

¹⁶A, B y D: todo agujereado, sin

¹⁷D: tirones, haciéndome a un lado de las

¹⁹D: allí donde ¹⁸A, B, E y F: salta del codo.

que le dicen la Ojinaga,¹³ ya de este lado, entre los tules¹⁴ que siguieron peinando el río como si nada hubiera pasado.

"Lo subí a la orilla y le hablé: '¿Todavía^b estás vivo?' Y él no me respondió. Estuve haciendo la lucha por revivir al Estanislado^c hasta que amaneció; le di friegas y le sobé^d los pulmones pa^e que resollara, pero ni pío volvió a decir.

"El de la migración se me arrimó por la tarde.

"—¡Ey, tú!, ¿qué haces aquí?

"—Pos estoy cuidando este muertito.

"—¿Tú lo mataste?

"—No, mi sargento^f—le dije.

"—Yo no soy ningún sargento. ¿Entonces quién?

"Como lo vi uniformado y con las aguilitas esas, me lo figuré del ejército, y traía tamaño pistolón que ni lo dudé.

"Me siguió preguntando: '¿Entonces^g quién, eh?' Y así se estuvo dale y dale hasta que me zarandió de los cabellos y yo ni metí las manos, por eso del codo dañado que ni defenderme pude.

"Le dije:^h—No me pegue, que estoy manco.

"Y hasta entonces le paró a los golpes.

"—¿Qué pasó?, dime —me dijo.

"—Pos nos clarearon anoche. Ibamos regustosos, chifle y chifle del gusto de que ya ibamos pal otro lado cuando merito en medio del agua se soltó la balacera. Y ni quién se lasⁱ quitara. Éste y yo fuimos los únicos que logramos salir y a medias, porque mire, él ya hasta aflojó el cuerpo.

"—¿Y quiénes fueron los que los balacearon?

"—Pos ni siquiera los vimos. Sólo nos aluzaron con sus linternas,^j y pácatelas y pácatelas, oímos los riflonazos, hasta que yo sentí que se me voltiaba^k el codo y oí a éste que me decía: 'Sácame del agua, paisano.'^l Aunque de nada nos hubiera servido haberlos visto.

"—Entonces han de haber sido los apaches.¹⁵

"—¿Cuáles apaches?

¹³A, B, D, E, F y G: tules que ¹⁴A: habló: ¿Todavía estás vivo? Y ^fA: sargento, le ^gA: preguntando: ¿Entonces quién, eh? Y así ^hD divide este párrafo en dos: "Le dijo: / —"No me pegue, que estoy manco. ⁱA: linternas y pácatelas y pácatelas oímos

^cD: Estanislao

^dD: lo sobó los ^eA, B y D: pulmones para que

ⁱA y B: se la quitara.

^kD: se volteaba el

"—Pos unos que así les dicen y que viven del otro lado.

"—¿Pos que no están las Tejas del otro lado?

"—Sí, pero está llena de apaches, como no tienes una idea. Les voy a hablar a Ojinaga para que recojan a tu amigo y tú presente pa que regreses a tu tierra. ¿De dónde eres? No^a debías de haber salido de allá. ¿Tienes dinero?

"—Le quité al muerto este tantito. A ver si me ajusta.

"—Tengo ahí una partida pa los repatriados. Te daré lo del pasaje; pero si te vuelvo a devisar por aquí, te dejo a que revientes. No me gusta ver una cara dos veces. ¡Ándale, vete!

"Y yo me vine y aquí estoy, padre, pa contárselo a usted."

—Eso te ganaste por creído^b y por tarugo. Y ya verás cuando te asomes por tu casa; ^cya verás la ganancia que sacaste con irte.

—¿Pasó algo malo? ¿Se me murió algún chamaco?

—Se te fue la Tránsito con un arriero. Dizque era rebuena,^d ¿verdá? Tus muchachos están acá atrás dormidos. Y tú vete buscando onde pasar la noche,^e porque tu casa la vendí pa pagarme lo de los gastos. Y todavía me sales debiendo treinta pesos del valor de las escrituras.

—Está bien, padre, no me le voy a poner renegado. Quizá mañana encuentre por aquí algún trabajito pa pagarle todo lo que le debo. ¿Por qué rumbo dice usted que arrendó el arriero con la Tránsito?

—Pos por ahí. No me fijé.

—Entonces orita vengo, voy por ella.

—¿Y por onde vas?

—Pos por ahí, padre, por onde usted dice que se fue. ■

^aA, B y D: No te debías

^bD: por creído y

^cA: casa, ya ^dA y B: re buena ^eA: noche porque

¹Paso del Norte es el nombre antiguo de la actual Ciudad Juárez, en la frontera de México con Estados Unidos.

²Probablemente se refiere a Marian Anderson, la famosa contralto cantante de ópera, nacida en Filadelfia en 1902.

³Maloriar: Aquí, maltratar.

⁴En la década de los cuarentas se dio en México un gran fenómeno migratorio, ante el inicio de la industrialización de las grandes ciudades y las crisis en el campo mexicano. La participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial fue también un factor que motivó el movimiento de braceros hacia este país, al que los campesinos se referían como El Norte.

⁵Nonoalco es un barrio del norte de la ciudad de México en el que está la estación de los ferrocarrilos.

⁶La cotización del peso mexicano en 1945 era de 4.85 pesos por un dólar; en 1949, 8.65, y de 1950 a 1953, 9 pesos por dólar.

⁷Arroba: peso que equivale a 25 libras u onco kilos y medio.

⁸La Merced es un barrio al sureste del centro de la ciudad de México en el que estaba hasta la década de los setentas el principal sitio de abastecimiento de comestibles.

⁹Cusiliar: incitar a un perro para que muerda a una persona.

¹⁰Texas: estado sureño de Estados Unidos, limítrofe con México.

¹¹Oregón: estado del noroeste de Estados Unidos. Destacan en él las plantaciones agrícolas.

¹²Encampanar: entusiasmar.

¹³Ojinaga, Chih., ciudad que se halla en la confluencia del río Conchos con el río Bravo. Es aduana fronteriza.

¹⁴Paisano significa aquí, más que originario del mismo país, del mismo pueblo.

¹⁵Apaches: conjunto de tribus salvajes que hasta mediados del siglo XIX merodeaban por los territorios del sur de Estados Unidos y del norte de México.

ACUÉRDATE

ACUÉRDATE de Urbano Gómez, hijo de don Urbano, nieto de Dimas, aquel que dirigía las pastorelas¹ y que murió recitando el "rezonga, ángel maldito" cuando la época de la influencia.² De esto hace ya años, quizá quince. Pero te debes acordar de él. Acuérdate que le decíamos *el Abuelo* por aquello de que su otro hijo, Fidencio Gómez,³ tenía dos hijas muy juguetonas: una prieta y chaparrita,⁴ que por mal nombre le decían *la Arremangada*,⁵ y la otra,⁶ que era *re te alta*⁷ y que tenía los ojos zarcos⁸ y que hasta se decía que ni era suya y que por más señas estaba enferma del hipo. Acuérdate del relajo que armaba cuando estábamos en misa y que a la mera hora de la Elevación soltaba su ataque de hipo, que parecía como si se estuviera riendo y llorando a la vez, hasta que la sacaban afuera y le daban tantita agua con azúcar y entonces se calmaba. Ésa acabó casándose con Lucio Chico, dueño de la mezcalera que antes fue de Librado, río arriba, por donde está el molino de linaza de los Teódulos.

Acuérdate que a su madre le decían *la Berenjena* porque siempre andaba metida en líos y de cada lio salía con un muchacho. Se dice que tuvo su dinerito, pero se lo acabó en los entierros, pues todos los hijos se le morían de recién nacidos y siempre les mandaba cantar alabanzas, llevándolos al panteón entre músicas y coros de monaguillos que cantaban "hosannas" y "glorias" y la canción esa de "ahí te mando, Señor, otro angelito". De eso se quedó pobre, porque le resultaba caro cada funeral, por eso de las velas que les daba a los invitados del velorio. Sólo le vivieron dos, el Urbano y la Natalia, que ya nacieron pobres y a los que ella no vio crecer, porque se murió en el último parto que tuvo, ya de grande, pegada a los cincuenta años.

La debes haber conocido,⁹ pues era realegadora¹⁰ y cada rato andaba en pleito con las marchantas¹¹ en la plaza del mercado

¹A: Gómez tenía ²A: chaparrita que ³A: Arremangada y ⁴A, B, C, D, E, F y G: otra que
⁵A, B, C, D, E y G: re te alta ⁶A: mando Señor ⁷A: conocido pues ⁸A, B, C y D: re alega
dora

porque le querían dar muy caro los jitomates;³ pegaba de gritos y decía que la estaban robando. Después, ya de pobre, se le veía rondando entre la basura, juntando rabos de cebolla, ejotes ya sancochados y alguno que otro cañuto de cañá "para que se les endulzara la boca a sus hijos". Tenía dos, como ya te digo, que fueron los únicos que se le lograron. Después no se supo ya de ella.

Ese Urbano Gómez era más o menos de nuestra edad, apenas unos meses más grande, muy bueno para jugar a la rayuela y para las trácalas.⁵ Acuérdate que nos vendía clavellinas y nosotros se las comprábamos, cuando lo más fácil era ir a cortarlas al cerro. Nos vendía mangos verdes que se robaba del mango que estaba en el patio de la escuela y naranjas con chile que compraba en la portería a dos centavos y que luego nos las revendía a cinco. Rifaba cuanta porquería y media traía en la bolsa: canicas ágatas, trompos y zumbadores y hasta mayates⁶ verdes, de esos a los que se les amarra un hilo en una pata para que no vuelen muy lejos.

Nos^b traficaba a todos, acuérdate.

Era cuñado de Nachito Rivero, aquel que se volvió menso a los pocos días de casado y que Irés,^c su mujer, para mantenerse, tuvo que poner un puesto de tepache en la garita del camino real, mientras Nachito se vivía tocando canciones todas desafinadas en una mandolina que le prestaban en la peluquería de don Refugio.

Y nosotros íbamos con Urbano a ver a su hermana, a hebernos el tepache^d que siempre le quedábamos a deber y que nunca le pagábamos,^e porque nunca teníamos dinero. Después hasta se quedó sin amigos, porque todos,^f al verlo, le sacábamos la vuelta para que no fuera a cobrarnos.

Quizá entonces se volvió malo, o quizá ya era de nacimiento.

Lo expulsaron de la escuela antes del quinto año, porque lo encontraron con su prima *la Arremangada* jugando a marido y mujer detrás de los lavaderos, metidos en un aljibe seco. Lo sacaron de las orejas por la puerta grande entre la risión de todos, pasándolo por en medio de una fila de muchachos y mu-

^cG: que Natalia, su

¹A, B, C, D y E: jitomates, pegaba ^b párrafo integrado al anterior en A, B, C y D. ^dA, B, C, D, E, F y G: tepache que ^eA: pagábamos porque ^fA: todos al verlo lo

chachas para avergonzarlo. Y él pasó por allí, con la cara levantada, amenazándonos a todos con la mano y como diciendo: "Ya me las pagarán caro."

Y después a ella, que salió haciendo pucheros y con la mirada raspando los ladrillos, hasta que ya en la puerta soltó el llanto; un chillido que se estuvo oyendo toda la tarde como si fuera un aullido de coyote.

Sólo que te falle mucho la memoria,^a no te has de acordar de eso.

Dicen que su tío Fidencio, el del trapiche,^f le arrimó una paliza que por poco y lo deja parálisis,^l y que él, de coraje, se fue del pueblo.

Lo cierto es que no lo volvimos a ver sino cuando apareció de vuelta por aquí convertido en policía. Siempre estaba en la plaza de armas, sentado en una banca con la carabina entre las piernas y mirando con mucho odio a todos. No hablaba con nadie. No saludaba a nadie. Y si uno lo miraba, él^b se hacía el desentendido como si no conociera a la gente.

Fue entonces cuando mató a su cuñado, el de la mandolina. Al Nachito se le ocurrió ir a darle una serenata, ya de noche, poquito después de las ocho y cuando todavía estaban tocando las campanas el toque de Ánimas. Entonces se oyeron los gritos, y la gente que estaba en la iglesia rezando el rosario salió a la carrera y allí los vieron: al Nachito defendiéndose patas arriba con la mandolina y al Urbano mandándole un culatazo tras otro con el máuser, sin oír lo que le gritaba la gente, rabioso, como perro del mal. Hasta^d que un fulano que no ora ni de por aquí se desprendió de la muchedumbre y fue y le quitó la carabina y lo dio con ella en la espalda, doblándolo sobre la banca del jardín,^e donde se estuvo tendido.

Allí lo dejaron pasar la noche. Cuando amaneció se fue. Dicen que antes estuvo en el curato y que hasta le pidió la bendición al padre cura, pero que él no se la dio.

Lo detuvieron en el camino. Iba cojeando, y mientras se sentó

^a A: memoria no
^d En G forma párrafo independiente: Hasta... tendido. ^e A, B, C, E, F y
 el jardín donde

^b D: él hacía el

^c A: y el Urbano

a descansar llegaron a él. No se opuso. Dicen que él mismo se amarró la soga en el pescuezo y que hasta escogió el árbol que más le gustaba para que lo ahorcaran.

Tú te debes acordar de él, pues fuimos compañeros de escuela y lo conociste como yo. ■

¹Pastorela: representación teatral que se lleva a cabo en la época navideña. Toman parte en ella personas del pueblo o campesinos. El asunto central de estas obras es el anuncio que hizo a los pastores el ángel acerca del nacimiento del niño Dios.

²La época de la influenza: época de la influenza o gripe española, epidemia que asoló al país hacia 1918.

³Zarco: azul.

⁴Marchanta: aquí, persona que vende en la plaza.

⁵Trácala: intercambio, compraventa, no siempre en los mejores términos para alguna de las partes.

⁶Mayato: un tipo de escarabajo. Abunda en el campo en la época de calor.

⁷Tepache: bebida típica hecha a partir de cáscara de piña y vinagre fermentados.

⁸Trapicho: molino de caña de azúcar.

⁹Lo deja parálisis: lo deja paralítico.

NO OYES LADRAR LOS PERROS

—TÚ QUE vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

—No se ve nada.

—Ya debemos estar cerca.

—Sí, pero no se oye nada.

—Mira bien.

—No se ve nada.

—Pobre de ti, Ignacio.

La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la^b orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

—Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fijate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que nos dijeron que Tonaya^a estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

—Sí, pero no veo rastro de nada.

—Me estoy cansando.

—Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

—¿Cómo te sientes?

—Mal.

^aE y F: Tú

^bAsí por el arroyo

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en su pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja.

Él apretaba los dientes para no morirse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

—¿Te duele mucho?

—Algo —contestaba él.

Primero le había dicho: "Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco." Se lo había dicho como cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía.

Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

—No veo ya por dónde voy —decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

—¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

—Éste no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

—Bájame, padre.

—¿Te sientes mal?

—Sí.

—Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cuide. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te

Las manos, que traía

he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

—Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmurada:

—Quiero acostarme un rato.

—Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrada entre las manos de su hijo.

—Todo^a esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvenría si yo lo hubiera dejado tirado allí,^b donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me^c derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien,^d volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso. . . Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!” Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente. . . Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: “Ése no puede ser mi hijo.”

^a párrafo entrecomillado en A. ^b así allí donde lo encontré y ^c A presenta este párrafo entrecomillado, con comilla simple en las citas interiores. ^d así bien volverá

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

—Tengo sed.

—¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

—Dame agua.

—Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza. . . Pero así fue. Tu madre, que descanse en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: "No tenemos a quién darle nuestra lástima." ¿Pero usted, Ignacio? □

^bA: que en lugar de cariño lo

^aA: hacerlo porque yo

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaván, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza. ❑

—Y tú no los oías, Ignacio —dijo—.

¹Tonaya, Jal., cabecera del municipio del mismo nombre al suroeste de Tapalpa, entre los corros Tonaya y El Palmar, en el paso del río Tonaya. En 1980 tenía este municipio 6 865 habitantes.

EL DÍA DEL DERRUMBE

—Esto^a pasó en septiembre. No en el septiembre de este año^b sino en el del año pasado. ¿O fue^c el antepasado, Melitón? ^{MC: fue en el}

—No, fue el pasado.

—Sí, si yo me acordaba bien. Fue en septiembre del año pasado, por el día veintiuno. ¿Yeme,^d Melitón, ¿no fue el veintiuno de septiembre el mero día del temblor?

—Fue un poco antes. Tengo entendido que fue por el dieciocho.

—Tienes razón. Yo por esos días andaba en Tuzcacuexco.^e ^{MC y C: Tuzcacuexco.} Hasta vi cuando se derrumbaban las casas como si estuvieran hechas de melcocha;^f nomás se retorcián así, haciendo inuecas y se venían las paredes enteras contra el suelo. Y la gente salía de los escombros toda aterrorizada corriendo derecho a la iglesia dando de gritos. Pero espérense.^g Oye, Melitón, se^h me hace como que en Tuzcacuexcoⁱ no existe ninguna iglesia. ¿Tú no te acuerdas?

^hMC: Melitón, ¿se me hace como que en Tuzcacuexco, no existe nin una iglosia? ¿Tú ⁱC: Tuzcacuexco

—No la hay. Allí no quedan más que unas paredes cuarteadas que dicen fue la iglesia hace algo así como doscientos años; pero nadie se acuerda de ella, ni de cómo era; aquello más bien parece un corral abandonado plagado de higuerrillas.²

—Dices bien. Entonces no fue en Tuzcacuexco^j donde me agarró el temblor, ha de haber sido en El Pochote.^k ¿Pero El Pochote es un rancho, no?

^jMC y C: Tuzcacuexco
^kMC: en el Pochote. ¿Pero el Pochote

—Sí, pero tiene una capillita que allí le dicen la iglesia;^l está un poco más allá de la hacienda de Los Alcatraces.

—Entonces fue allí ni más ni menos donde me agarró el temblor ese que les digo y cuando la tierra se pandeaba todita como si por dentro la estuvieran rebullendo. Bueno, unos pocos días después,^m porque me acuerdo que todavía estábamos apuntalando paredes, llegó el gobernador; venía a ver qué ayuda podía

^aMC, C, E y F: Esto ^bMC: año, sino ^dMC: Oyeme Melitón, ^fMC: melcócha, no más C, E, E y F: melcocha, nomás ^gMC, C y D: espérense: Oye, ^hMC, C, D y E: iglosia, está ⁱMC, C, D, E, F y G: después; porque

prestar con su presencia. Todos ustedes saben que nomás^a con que se presente el gobernador, con tal de que la gente lo mire, todo se queda arreglado. La cuestión está en que al menos venga a ver lo que sucede, y no que se esté allá metido en su casa nomás^b dando órdenes. En viniendo él, todo se arregla, y la gente, aunque se le haya caído la casa encima, queda muy contenta con haberlo conocido. ¿O no es así, Melitón?

—Eso que ni qué.

—Bueno, como les estaba diciendo, en septiembre del año pasado, un poquito después de los temblores cayó por aquí el gobernador para ver cómo nos había tratado el terremoto. Traía geólogo y gente conocedora, no crean ustedes que venía solo. Oye, Melitón, ¿cómo cuánto dinero nos costó darles de comer a los acompañantes del gobernador?

—Algo así como cuatro mil pesos.

—Y eso que nomás^c estuvieron un día y en cuanto se les hizo de noche se fueron, si no, quién sabe hasta qué alturas habiéramos salido desfaleados, aunque eso sí, estuvimos muy contentos: la gente estaba que se le reventaba el pescuezo de tanto estirarlo para poder ver al gobernador y haciendo comentarios de cómo se había comido el guajolote y de que si había chupado los huesos,^e y de cómo era de rápido para levantar una tortilla tras otra rociándolas con salsa de guacamole,^f en todo se fijaron. Y él tan tranquilo, tan serio, limpiándose las manos en los calcetines para no ensuciar la servilleta,^g que sólo le sirvió para espolvorearse de vez en vez los bigotes. Y después, cuando el ponche de granada se les subió a la cabeza, comenzaron a cantar toda en coro. Oye,^h Melitón, ¿cuál fue la canción esa que estuvieron repite y repite como disco rayado?

—Fue una que decía: "No sabes del alma las horas de luto."

—Eres bueno para eso de la memoria, Melitón, no cabe duda. Sí, fue ésa. Y el gobernador nomásⁱ reía; pidió saber dónde estaba el cuarto de baño. Luego se sentó nuevamente en su lugar, olió los claveles que estaban sobre la mesa. Miraba a los que cantaban, y movía la cabeza, llevando el compás, sonriendo. No cabe duda^j que se sentía feliz, porque su pueblo era feliz, hasta

^hMC: duda se

^aMC: que no más con ^bMC: casa, no más dando ^cMC: no más se estuvieron ^dMC: contentos; la ^eMC, C, D y E: huesos y ^fMC, C, D, E, F y G: servilleta que ^gMC: Oye Melitón

se le podía adivinar el pensamiento. Y a la hora de los discursos se paró uno de sus acompañantes, que tenía la cara alzada,^a un poco horneada a la izquierda. Y habló. Y no cabe duda de que se las traía. Habló de Juárez,^c que nosotros teníamos levantado en la plaza y hasta entonces supimos que era la estatua de Juárez, pues nunca nadie nos había podido decir quién era el individuo que estaba encaramado en el monumento aquel. Siempre creíamos que podía ser Hidalgo⁵ o Morelos⁶ o Venustiano Carranza,⁷ porque en cada aniversario de cualquiera de ellos, allí les hacíamos su función. Hasta que el catrincito aquel nos vino a decir que se trataba de don Benito Juárez. ¡Y las cosas que dijo! ¿No es verdad, Melitón? Tú que tienes tan buena memoria te has de acordar bien de lo que recitó aquel fulano.

—Me acuerdo muy bien; pero ya lo he repetido tantas veces que hasta resulta enfadoso.

—Bueno, no es necesario. Sólo que estos señores se pierden de algo bueno. Ya les dirás mejor lo que dijo el gobernador.

”La cosa es que aquello, en lugar de ser una visita a los dolientes y a los que habían perdido sus casas, se convirtió en una horrachera de las buenas. Y ya no se diga cuando entró al pueblo la música de Tepec,⁸ que llegó retrasada por eso de que todos los cantones se habían ocupado en el acarreo de la gente del gobernador y los músicos tuvieron que venirse a pie; pero llegaron. Entraron sonándole duro al arpa y a la tambora, haciendo tatachum, chum, chuni, con los platillos, arreándole fuerte y con ganas al *Zopilote Mojado*. Aquello estaba de haberse visto, hasta el gobernador se quitó el saco y se desabrochó la corbata, y la cosa siguió de refilón. Trajeron más damajuanas¹⁰ de ponche y se dieron prisa en tatemar más carne de venado,^f porque aunque ustedes no lo quieran creer y ellos no se dieran cuenta, estaban comiendo carne de venado,⁹ del que por aquí abunda. Nosotros nos reíamos cuando decían que estaba muy buena la barbacoa,¹¹ ¿o no, Melitón?, cuando por aquí no sabemos ni lo que es eso de barbacoa. Lo cierto es que apenas les servíamos un plato y ya querían otro y ni modo, allí estábamos para servirlos; porque como dijo Liborio, el administrador del Timbre,¹² que entre pa-

^bMC: Habló del Juárez

^eC, D, E, F y G: Zopilote mojado.
Aquello

^aE, F y G: alzada un ^cMC, C, D, E y F: Juárez que
siguiente en MC. ^cMC: al Zopilote Mojado. Aquello
F y G: venado del

^dSin comillas este párrafo y el
^fMC: venado; porque ^gMC, C, D, E,

róntesis siempre fue muy agarrado: 'No^a importa que esta recepción nos cueste lo que nos cueste que para algo ha de servir el dinero',^b y luego tú, Melitón, que por ese tiempo eras presidente municipal, y que hasta te desconocí cuando dijiste: 'Que se chorríe el ponche, una visita de éstas no se desmerece.' Y sí, se chorrío el ponche, ésa es la pura verdad; hasta los manteles estaban colorados. Y la gente aquella que parecía no tener llenadero. Sólo me fijé que el gobernador no^c te movía de su sitio; que no estiraba ni la mano, sino que sólo se comía y bebía lo que le arrimaban; pero la bola de lambiscones se desvivía por tenerle la mesa^d tan llena que hasta ya no cabía ni el salero que él tenía en la mano y que cuando lo desocupaba se lo metía en la bolsa de la camisa. Hasta yo fui a decirle: '¿No^e gusta sal, mi general?',^f y él me enseñó riendo el salero que tenía en la bolsa de la camisa, por eso me di cuenta.

"Lo grande estuvo cuando él comenzó a hablar. Se nos echó el pellejo a todos de la pura emoción. Se fue enderezando, despacio, muy despacio,^g hasta que lo vimos echar la silla hacia atrás con el pie; poner sus manos en la mesa; agachar la cabeza como si fuera a agarrar vuelo^h y luego su tos, que nos puso a todos en silencio. ¿Qué fue lo que dijo, Melitón?

—"Conciudadanosⁱ—dijo—. Rememorando mi trayectoria, vivificando el único proceder de mis promesas. Ante esta tierra que visité como anónimo compañero de un candidato a la Presidencia, cooperador ommimado de un hombre representativo,^j cuya honradez no ha estado nunca desligada del contexto de sus manifestaciones políticas y que sí, en cambio, es firme glosa de principios democráticos en el supremo vínculo de unión con el pueblo, amando a la austeridad de que ha dado muestras la síntesis evidente de idealismo revolucionario nunca hasta ahora pleno de realizaciones y de certidumbre."^k

—Allí hubo aplausos,^l ¿o no, Melitón?

—Sí, muchos aplausos. Después siguió:

"Mi^m trazo es el mismo, conciudadanos. Fui parco en promesas como candidato, optando por prometer lo que únicamente podía cumplir y que al cristalizar, tradujérase en beneficio co-

^cMC: gobernador ni se

^dMC: mesa llena

^gMC: despacio, muy despacito, hasta

^kD: certidumbres."

^lMC, E, F y G: hubo aplauso, ¿o

^aÉsta y la siguiente cita del párrafo están con comilla doble en MC. ^bMC: dinero" y C, D, E y F: dinero' y "Sin comillas en MC. ^cMC: general? Y él ^dMC: vuelo, y ^eMC: —"Conciudadanos, dijo. ^fMC: representativo; cuya ^gMC no cierra comillas. ^hEste párrafo está integrado al anterior en D. Sin comilla simple en MC, C, D, E y F.

lectivo y no en subjuntivo, ni participio de una familia genérica de ciudadanos. Hoy^a estamos aquí presentes, en este caso paradójal de la naturaleza, no previsto dentro de mi programa de gobierno...^b

"—¡Exacto,^c mi general! —gritó uno de por allá—. ¡Exacto! Usted lo ha dicho.

"... En^d este caso, digo^e cuando la naturaleza nos ha castigado, nuestra presencia receptiva en el centro del epicentro telúrico^f que ha devastado hogares que podían haber sido los nuestros,^g que son los nuestros; concurrimos en el auxilio, no con el deseo neoromano de gozarnos en la desgracia ajena, más aún, inminentemente dispuestos a utilizar munificamente nuestro esfuerzo en la reconstrucción de los hogares destruidos, hermanalmente dispuestos en los^h consuelos de los hogares menoscabados por la muerte. Este lugar que yo visité hace años, lejano entonces a toda ambición de poder, antaño feliz, hogañito culutecido, me duele. Sí, conciudadanos, me laceran las heridas de los vivos por sus bienes perdidos y la clamante dolencia de los seres por sus muertos insepultos bajo estos escombros que estamos presenciando."ⁱ

—Allí también hubo aplausos, ¿verdad, Melitón?

—No, allí volvió a oírse el gritón de antes: "¡Exacto,^j señor gobernador! Usted lo ha dicho." Y luego otro de más acá que dijo: "¡Callen a ese borracho!"

—Ah, sí. Y hasta pareció que iba a haber un tumulto en la mera cola de la mesa, pero todos se apaciguaron cuando el gobernador habló de nuevo.

"Tuzcacuenses,^k vuelvo a insistir: me^l duele vuestra desgracia, pues a pesar de lo que decía Bernal, el gran Bernal Díaz del Castillo: 'Los^m hombresⁿ que murieron habían sido contratados para la muerte', yo, en los considerandos de mi concepto ontológico y humano,^o digo: ¡me duele!^p con el dolor que produce ver derruido el árbol en su primera inflorescencia. Os ayudaremos con nuestro poder. Las fuerzas vivas del Estado desde su faldisterio^q claman por socorrer a los damnificados de esta hecatombe nunca precedida ni deseada. Mi regencia no terminará sin haberos

^hMC: en el consuelo de

^kMC, C y D: Tuzcacuenses,

ⁿMC: hommes C y D: hommes

^aMC: Hoy, estamos ^bC y D cierran comillas. ^cSin comillas en MC, C y D. E: "¡Exacto,
^dMC: "...En C y D: —"...En E y F: "...En G: "...En ^eMC, C, D, E y G: digo cuando
^fMC: telúrico, que ^gMC: nuestros; que ^hMC no cierra comillas. ⁱSin comillas las dos
^jMC: insistir: Me duele ^kMC y D: "Los ^lMC, C, E, F y G: humano digo ^mMC y D: digo: ¡No
ⁿduele! ^oC, D, E y G: duéle! con

cumplido. Por otra parte, no erro que la voluntad de Dios haya sido la de causaros detrimento, la de desaposentaros. . .”

—Y allí terminó. Lo que dijo después no me lo aprendí porque la bulla que se soltó en las mesas de atrás creció y se volvió reedifici^a conseguir lo que él siguió diciendo.

—Es muy cierto, Melitón. Aquello estuvo de haberse visto. Con eso les digo todo. Y es que el mismo sujeto de la comitiva se puso a gritar otra vez: “¡Exacto! ¡Exacto!”^c con unos chillidos que se oían hasta la calle. Y cuando lo quisieron callar, sacó la pistola y comenzó a darle de chacamotas por encima de su cabeza, mientras la descargaba contra el techo. Y la gente que estaba allí de mirón echó a correr a la hora de los balazos.^d Y tumbó las mesas en la caída que llevaba y se oyó el rompedero de platos y de vidrios y los botellazos que le tiraban al fulano de la pistola para que se calmara, y que nomás se estrellaban en la pared. Y el otro, que tuvo todavía tiempo de meter otro cargador al arma y lo descargaba de nueva cuenta, mientras se ladeaba de aquí para allá escabulléndole el bulto a las botellas voladoras que le aventaban de todas partes.

“Hubieran^e visto al gobernador allí de pie, muy serio, con la cara fruncida, mirando hacia donde estaba el tumulto como queriendo calmarlo con su mirada.

“Quién sabe quién fue a decirle a los músicos que tocaran algo, lo cierto es que se soltaron tocando el Himno Nacional con todas sus fuerzas, hasta que casi se le reventaba el cachete al del trombón de lo recio que pitaba; pero aquello siguió igual. Y luego resultó que allá afuera, en la calle, se había prendido también el pleito. Le vinieron a avisar al gobernador que por allá unos se estaban dando de machetazos; y fijándose bien, era cierto, porque hasta acá se oían voces de mujeres que decían: ‘¡Apártenlos que se van a matar!’ Y al rato otro grito que decía: ‘¡Ya mataron a mi marido! ¡Agárrenlo!’ Y el gobernador ni se movía, seguía de pie. Oye, Melitón, cómo es esa palabra que se dice. . .”^h

—Impávido.

—Eso es, impávido. Bueno, con el argüende de afuera la cosaⁱ MC: es, impálido. Bueno,

^a MC, E y G: rete difícil. ^b Sin comillas en MC, C y D. ^c MC: ¡Exacto! con ^d MC: balazos, y tumbó. ^e En MC, sin comillas este párrafo y el siguiente. ^f Sin comillas las citas de este párrafo en MC, C, D y E. ^g En MC, C, D y E forma párrafo independiente: Y el gobernador... se dice..., entracomillado en C, D y E. ^h D no cierra comillas.

aquí dentro pareció calmarse. El borrachito del "exacto" estaba dormido; le habían atinado un botellazo y se había quedado todo despatarrado tirado en el suelo. El gobernador se arrimó entonces al fulano aquel y le quitó la pistola que tenía todavía agarrada en una de sus manos agarrotadas por el desmayo. Se la dio a otro y le dijo: "Encárgate de él y toma nota de que queda desautorizado a portar armas." Y el otro contestó: "Sí, mi general."

"La música,^b no sé por qué, siguió toque y toque el Himno Nacional, hasta que el catrincito que había hablado en un principio, alzó los brazos y pidió silencio por las víctimas. Oye, Melitón, ¿por cuáles víctimas pidió él que todos nos asilenciáramos?"

—Por las del epifoco.^e

—Bueno, pues por ésas. Después todos se sentaron, enderezaron otra vez las mesas y siguieron bebiendo ponche y cantando la canción esa de las "horas de luto".

"Ora me estoy acordando que sí fue por el veintinueve de septiembre el borlote; porque mi mujer tuvo ese día a nuestro hijo Merencio, y yo llegué ya muy noche a mi casa,^b más bien borracho que buenisano. Y ella no me habló en muchas semanas arguyendo que la había dejado sola con su compromiso. Ya cuando se contentó me dijo que yo no había sido bueno ni para llamar a la comadrona^h y que tuvo que salir del paso a como Dios le dio a entender." [E]

^cMC: pidió silencio. Pidió un minuto de silencio por las
^eMC: del epifoco.

^aSin comillas en MC ^bMC: música no sé por qué siguió ^dC, D, E y F no cierran comillas. ^fSin comillas en MC ^gC y D: borlote: porque ^hMC, C, D y F: casa más

LA HERENCIA DE MATILDE ARCÁNGEL

EN CORAZÓN DE MARÍA vivían, no hace mucho tiempo, un padre y un hijo conocidos como los Eremitas; si acaso porque los dos se llamaban Eremios. Uno, Eremio Cedillo; otro, Eremio Cedillo también, aunque no costaba ningún trabajo distinguirlos, ya que uno le sacaba al otro una ventaja de veinticinco años bien colmados.

Lo colmado estaba en lo alto y garrudo de que lo había dotado la benevolencia de Dios Nuestro Señor al Eremio grande. En cambio al chico lo había hecho todo alrevesado, hasta se dice que de entendimiento. Y por si fuera poco el estar trabado de flaco, vivía, si es que todavía vive, aplastado por el odio como por una piedra; y válido es decirlo, su desventura fue la de haber nacido. □

Quien más lo aborrecía era su padre, por más cierto mi compadre; porque yo le bauticé al muchacho. Y parece que para hacer lo que hacía se atenia a su estatura. Era un hombrón así de grande, que hasta daba coraje estar junto a él y sopesar su fuerza, aunque fuera con la mirada. Al verlo uno se sentía como si a uno lo hubieran hecho de mala gana o con desperdicios. Fue en Corazón de María, abarcando los alrededores, el único caso de un hombre que creciera tanto hacia arriba, siendo que los de por ese rumbo crecen a lo ancho y son bajitos; hasta se dice que es allí donde se originan los chaparros; y chaparra es allí la gente y hasta su condición. Ojalá que ninguno de los presentes se ofenda por si es de allá, pero yo me sostengo en mi juicio.

Y regresando a donde estábamos, les comenzaba a platicar de unos fulanos que vivieron hace tiempo en Corazón de María. Eremio grande tenía un rancho apodado Las Ánimas, venido

^cMet: tiempo un ^fC, D y F: vivía si ^gMet: fuerza aunque ^mMet: verlo, uno ⁿMet: Fue en ^oMet: C, D y F: María abarcando ^pMet: chaparros, y ^qMet: allá; pero

^aMet: LA PRESENCIA DE

^bMet: María habitaban no

^dMet: no era difícil diferenciarlos, ya

^eMet: Dios al Eremio grande. Mientras al chico lo había hecho todo alrevesado, y se dice que hasta de entendimiento.

^fMet: vivía o vivió, si ^gMet: el aborrecimiento como ^hMet: desventura mayor fue

ⁱMet: padre, por cierto

^jMet: Y se supone que

^kMet: estatura, pues era un hombrón así de grande, tamaño, que hasta

^pMet: de eso

^qMet: se rumora que es el lugar donde

^rMet: yo sostengo mi

^uMet: Regresando a ^vMet: a contar de unos sujetos que

^wMet: un ranchito apodado

a menos por muchos trastornos, aunque el mayor de todos fue el descuido. Y es que nunca quiso dejarle esa herencia al hijo que, como ya les dije, era mi ahijado. Se la bebió entera a tragos de "bingarrote"² que conseguía vendiendo pedazo tras pedazo de rancho y con el único fin de que el muchacho no encontrara cuando creciera de dónde agarrarse para vivir. Y casi lo logró. El hijo apenas si se levantó un poco sobre la tierra, hecho una para lástima, y más que nada debido a unos cuantos compadecidos que le ayudaron a enderezarse; porque su padre ni se ocupó de él, antes parecía que se le cuajaba la sangre de sólo verlo.

Pero para entender todo esto hay que ir más atrás de que Eurenio conociera a la que iba a ser su madre. La madre se llamó Matilde Arcángel. Entre paréntesis, ella no era de Corazón de María, sino de un lugar más arriba que se nombra Chupaderos, al cual nunca llegó a ir el tal Cedillo y que si acaso lo conoció fue por referencias. Por ese tiempo ella estaba comprometida conmigo; pero uno nunca sabe lo que se trae entre manos, así que cuando fui a presentarle a la muchacha, un poco por presumirla y otro poco para que él se decidiera a apadrinarnos la boda, no me imaginé que a ella se le agotará de pronto el sentimiento que decía sentir por mí, ni que comenzaran a enfriarse los suspiros, y que su corazón se le labiera agenciado otro.

Lo supe después.

Sin embargo, habrá que decirles antes quién y qué cosa era Matilde Arcángel. Y allá voy. Les contaré esto sin apuraciones. Despacio. Al fin y al cabo tenemos toda la vida por delante.

Ella era hija de una tal doña Sinesia, dueña de la fonda de Chupaderos; un lugar caído en el crepúsculo⁴ como quien dice, allí donde se nos acababa la jornada. Así que cuanto arriero recorría esos rumbos alcanzó a saber de ella y pudo saborearse los ojos mirándola. Porque por ese tiempo, antes de que desapareciera, Matilde era una muchachita que se filtraba como el agua entre todos nosotros.

Pero el día menos pensado⁵ y sin que nos diéramos cuenta

²Met: el peor de todos fue el descuido. Parece ser que nunca le quiso dejar esa herencia al hijo que conseguía liquidando un pedazo tras otro de rancho, con el C y D: Se lo bebió entero a tragos. ³Met: encontrara de dónde agarrarse para vivir, y más que ⁴Met: a levantarse; porque ⁵Met: antes, por el contrario, parecía

⁶Met: que el Eurenio se enterara de la que iba a ser su mujer. ⁷Met: Su mujer se llamó

⁸Met: se llama Chupaderos, ⁹Met: si de casualidad lo ¹⁰Met: referencias. Matilde estuvo comprometida primero conmigo; ¹¹Met: por pronunciación y ¹²Met: se resolviera a ¹³Met: le comenzara a agotar el ¹⁴Met: ni que se lo enfriaran los suspiros, y mucho menos que su

¹⁵Met: Y para allá

¹⁶Met: de doña Sinesia, dueña

¹⁷Met: recorría esa ruta alcanzó ¹⁸Met: mirándola. Pues Matilde era una muchachita apenas embarneada que se filtraba

¹⁹Met: crepúsculo, como quien dice allí ²⁰Met: pensado y ²¹Met: C, D y F. ²²Met: Párrafo unido al anterior en ²³Met: Párrafo integrado al anterior en ²⁴Met: C, D y F. ²⁵Met: crepúsculo, como quien dice allí ²⁶Met: pensado y

de qué modo,³ se convirtió en mujer. Le brotó una mirada de semisueño que escarbaba^b clavándose dentro de uno como un clavo que cuesta trabajo desclavar. Y luego se le reventó la boca como si se la hubieran desflorado a besos. Se puso bonita la muchacha,^c lo que sea de cada quien.

Está bien que uno no esté para merecer. Ustedes^d saben, uno es arriero. Por puro gusto. Por platicar con uno mismo, mientras se anda en los caminos.

Pero los caminos^e de ella eran más largos que todos los caminos que yo había andado en mi vida y hasta se me ocurrió que nunca terminaría de quererla.

Pero total, se la apropió el Eurenio.

Al volver de uno de mis recorridos,^f supe que ya estaba casada con el dueño de Las Ánimas. Pensé que la había arrastrado la codicia y^g tal vez lo grande del hombre. Justificaciones nunca me faltaron. Lo que me dolió aquí en el estómago,^h que es donde más duelen los pesares, fue que se hubiera olvidado de ese atajo de pobres diablos que íbamos a verla y nos guarecíamos en el calor de sus miradas. Sobre todo de mí, Tranquilino Herrera, servidor de ustedes, y con quien ella se comprometió de abrazo y beso y toda la cosa. Aunque viéndolo bien, en condiciones de hambre,^k cualquier animal se sale del corral; y ella no estaba muy bien alimentada que digamos;ⁱ en parte porque a veces éramos tantos que no alcanzaba la ración,^j en parte porque siempre estaba dispuesta a quitarse el bocado de la boca para que nosotros comiéramos.

Después engordó.³ Tuvo un hijo. Luego murió. La mató un caballo desbocado.^o □

Veníamos de bautizar a la criatura. Ella lo traía en sus brazos.^p No podría yo contarles los detalles de por qué y cómo se desbocó^q el caballo, porque yo venía mero adelante. Sólo me acuerdo que era un animal rosillo.⁴ Pasó junto a nosotros como una nube gris, y más que caballo^r fue el aire del caballo el que nos tocó ver; solitario, ya casi embarrado^s en la tierra. La Matilde Arcángel se había quedado atrás, sembrada no muy lejos de allí y con

³Met: modo y a qué horas, se
^bMet: escarbaba dentro

^dMet: merecer. Aunque eso no impida que no haga uno ilusiones. Uno es arriero. Por gusto. Por platicar con uno mismo mientras anda en

^eMet: los vericuetos de

^gMet: codicia o tal

^jMet: guarecíamos con el

^kMet: animal rompe la correa y se

ⁱMet: ración y en parte porque ella se quitaba de la boca el bocado para que

^pMet: brazos. La verdad es que yo no podría contarles ^qMet: se encabritó el caballo, porque yo venía muy adelante.

^sMet: embarrado en la

^cMet: muchacha lo ^ePárrafo integrado al anterior en Met. ^fMet: recorridos supe ^hMet: estómago que ^kMet: cualquier ⁱMet: digamos, en ^jMet: ración ^oEn Met no existe esta separación de grupos de párrafos. ^rMet: caballo, fue

la cara metida en un charco de agua. Aquella carita que tanto quisimos tantos, ahora casi hundida, como si se estuviera enjuagando la sangre que brotaba como manadero^f de su cuerpo todavía palpitante.

Pero ya para entonces no era de nosotros. Era propiedad de Eurenio Cedillo, el único que la había trabajado como suya. ¡Y vaya si era chula la Matilde! Y más que trabajado, se había metido dentro de ella mucho más allá de las orillas de la carne, hasta el alcance de hacerle nacer un hijo. Así que a mí, por ese tiempo, ya no me quedaba de ella más que la sombra o si acaso una brizna de recuerdo.

Con todo, no me resigné a no verla. Me acomodé a bautizarles al muchacho^g con tal de seguir cerca de ella, aunque fuera nomás en calidad de compadre.

Por eso es que todavía siento pasar junto a mí ese aire^h que apagó la llamarada de su vida, como si ahora estuviera soplando; como si siguiera soplando contra uno.

A mí me tocó cerrarle los ojos llenos de agua; y enderezarle lo boca torcida por la angustia; esa ansia que le entró y que seguramente le fue creciendo durante la carrera del animal, hasta el fin, cuando se sintió caer.^k Ya les conté que la encontramos embrocada sobre su hijo. Su carne ya estaba comenzando a secarse, convirtiéndose en cáscara por todo el jugo que se le había salido durante todo el rato que duró su desgracia. Tenía la mirada abierta, puesta en el niño. Ya les dije que estaba empapada en agua. No en lágrimas, sino del agua puerca del charco lodoso donde cayó su cara. Y parecía haber muerto contenta de no haber apachurrado a su hijo en la caída, ya que se le traslucía la alegría en los ojos. Como les dije antes, a mí me tocó cerrar aquella mirada todavía acariciadora^m, como cuando estaba viva.

La enterramos. Aquella boca, a la que tan difícil fue llegar, se fue llenando de tierra. Vimos cómo desaparecía toda ella sumidaⁿ en la hondonada de la fosa, hasta no volver a ver su forma. Y allí, parado como horcón, Eurenio Cedillo. Y yo

^aMet: ahora hundida

^bMet: manadero de sangre de su

^cMet: Pero ya entonces

^dMet: mí, a esas alturas, no me quedaba de su cariño más que

^eMet: es que siento todavía pasar ^fMet: aire que apagó la llamarada de su vida como si ahora estuviera soplando. / A mí

^gMet: por el ansia; esa angustia que le

^hMet: salido mientras duró su desgracia. Ya les dije que estaba empapada, no de lágrimas, sino llena de agua puerca del charco lodoso donde lo tocó caer. Y parecía haber muerto contenta. Como ya les dije, a mí me tocó

ⁱMet: enterramos. Su cuerpo al que tan difícil me fue llegar se ^jMet: ella en el fondo de la fosa. Y allí, parado como un horcón, Eurenio Cedillo, al parecer sin sentimientos, dejando que se le fuera su mujer. Y yo

^kMet: muchacho con ^lEn ^mMet: esto párrafo está integrado al anterior. ⁿMet: agua, y ^oMet: caer. la encontramos embrocada sobre su hijo, como si le hubiera hecho un hueco para que no llegara hasta él la muerte. Y tenía la cara reblandecida y el cuerpo comenzando a ^pMet: acariciadora como

pensando: "Si la hubiera dejado tranquila^a en Chupaderos, quizá todavía estuviera viva."

"Todavía^b viviría^c—se puso a decir él— si el muchacho no hubiera tenido la culpa." Y contaba que al niño se le había ocurrido dar un berrido como de tecolote,^d cuando el caballo en que venían era muy asustón. Él se lo advirtió a la madre muy bien, como para convencerla de que no dejara berrear al muchacho. Y también decía que ella podía haberse defendido al caer; pero que hizo todo lo contrario:^e "Se hizo arco, dejándole un hueco al hijo como para no aplastarlo. Así que, contando unas con otras,^f toda la culpa es del muchacho. Da unos berridos que hasta uno se espanta. Y yo para qué voy a quererlo. Él de nada me sirve. La otra podía haberme dado más y todos los hijos que yo quisiera; pero éste no me dejó ni siquiera saborearla." Y así se soltaba diciendo cosas y más cosas, de modo que ya uno no sabía si era pena o coraje el que sentía por la muerte.

Lo que sí se supo siempre fue el odio que le tuvo al hijo.

Y era de eso de lo que yo les estaba platicando^g desde el principio. El Eurenio se dio a la bebida. Comenzó a cambiar pedazos de sus tierras por botellas de "bingarrote". Después lo compraba^h hasta por barricas. A mí me tocó una vez fletearⁱ toda una recua con puras barricas de "bingarrote" consignadas al Eurenio. Allí entregó todo su esfuerzo: en eso y en golpear a mí ahijado,^j hasta que se le cansaba el brazo.

Ya para esto habían pasado muchos años. Eurenio^k chico creció a pesar de todo, apoyado en la piedad de unas cuantas almas; casi por el puro alicento que trajo desde al nacer. Todos los días amanecía^l aplastado por el padre,^m que lo consideraba un cobarde y un asesino,ⁿ y si no quiso matarlo, al menos procuró que muriera de hambre para olvidarse de su existencia. Pero vivió. En cambio el padre iba para abajo con el paso del tiempo. Y ustedes y yo y todos sabemos que el tiempo es más pesado que la más pesada carga que puede soportar el hombre. Así, aunque siguió manteniendo sus rencores, se le fue mermando el odio, hasta convertir sus dos vidas en una^o viva soledad.

Yo los procuraba poco. Supe, porque me^p lo contaron, que mi

^aMet: dejado apaciguada en Chupaderos, quizá estuviera

^fMet: estaba contando desde

^hMet: compraba por ⁱMet: vez fletear toda ^jMet: consignadas a don Eurenio. Allí entregó todas sus fuerzas; en

^kMet: Eurenio el chico

^lMet: amanecía como aplastado

^oMet: en una vida de soledad.

^pMet: no contaron,

^{Met}: "Mataría viva —decía él después— si el muchacho no hubiera hecho diabluras. Pero se no a berrear como un condenado. Yo lo advertí a la Matilde que el caballo que montaba bronco, y ese chiquillo da unos berridos que hasta uno se espanta. El pobre animal cómo a saber que además de la carga que traía encima, venía allí algo así como un pito de campana que soltaba el chillido de un derrepente. En qué cabeza cabe que él iba a tener conaciones para con ella si de pronto lo asustaba. No, la culpa de toda la tuvo el muchacho. Y ahora de sobra no ha quedado a mi cuidado como si yo no tuviera otras cosas que hacer. No, no me sirve más que para estorbo. La muerte me podría haber servido de mucho y dado y todos los hijos que yo hubiera querido; pero este diablo de muchacho la mató cuando ella estaba agarrándole el sabor." Y así ^C y ^D: "Todavía viviría, se puso a decir él, si contrario." So ^C, ^D y ^F: otras toda ^JMet: ahijado hasta ^{Met}, ^C, ^D, ^E, ^F y ^G: padre ^{Met}: asesino; y

ahijado tocaba la flauta mientras su padre dormía la borrachera. No se hablaban ni se miraban; pero aún después de anochecer se oía en todo Corazón de María la música de la flauta; y a veces se seguía oyendo mucho más allá de la medianoche.^c

Bueno, para no alargarnos más la cosa, un día quieto, de esos que abundan mucho en estos pueblos, llegaron unos revoltosos a Corazón de María. Casi ni ruido^d hicieron, porque las calles estaban llenas de hierba; así que su paso fue en silencio,^e aunque todos venían montados^f en bestias. Dicen que aquello estaba tan calmado y que ellos cruzaron tan sin armar alboroto, que se oía el grito del somormujo y el canto de los grillos; y que más que ellos, lo que más se oía era la musiquita de una flauta que se les agregó al pasar frente a la casa de los Eremitas, y se fue alejando,^g yéndose, hasta desaparecer.

Quién sabe qué clase de revoltosos serían y qué andarían haciendo. Lo cierto, y esto también me lo contaron, fue que^h a pocos días, pasaron también sin detenerse,ⁱ tropas del gobierno. Y que en esa ocasión^j Eusebio el viejo, que a esas alturas ya estaba un tanto achacoso, les pidió que lo llevaran. Parece que contó que tenía cuentas pendientes con uno de aquellos bandidos que iban a perseguir. Y sí, lo aceptaron. Salió de su casa a caballo y con el rifle en la mano, galopando para alcanzar a las tropas. Era^k alto, como antes les decía, que más que un hombre parecía una banderola por eso de que llevaba el greñero al aire, pues no se preocupó de buscar el sombrero.

Y por algunos días no se supo nada. Todo siguió igual de tranquilo. A mí me tocó llegar entonces. Venía de^l abajo, donde también^m nada se rumoraba.ⁿ Hasta que de pronto comenzó^o a llegar gente. Coamileros,^p saben ustedes: unos fulanos que se pasan parte de su vida arrendados en las laderas de los montes, y que si bajan a los pueblos es en procura de algo o porque algo les preocupa. Ahora los había hecho bajar el susto.^q Llegaron diciendo que allá en los cerros se estaba peleando desde hacía varios días. Y que por ahí venían ya^r unos casi de arriba.

Pasó la tarde sin ver pasar a nadie. Llegó la noche. Algunos pensamos que tal vez hubieran agarrado otro camino. Espera-

¹Met: pero que aún después de anochecer no ¹Met: y que a veces.

¹Met: ni hicieron ruido, porque las calles estaban onzacatadas, así que ¹Met: venían a lomo de caballo. Llicen

¹Met: se fue alojándose, yéndose,

¹Met: Era tan alto como ¹Met: que hombre

¹Met: donde tampoco nada ^oD: se rumoreaba. Hasta ¹Met: pronto comenzaron a llegar los "coamileros", esos fulanos que

¹Met: el miedo. Llegaron

¹Met: venían unos ya casi de

^cMet, C y D: la media noche. ^eMet: silencio aunque ^hMet: que a pocos días pasaron C: que a ^fF: detenerse tropas ^jMet: ocasión, Eusebio ^lMet, C, D, E, F y G: "abajo" donde ^mC, D, E, F y G: "Coamileros",

mos detrás de las puertas cerradas. Dieron las nueve^a y las diez en el reloj de la iglesia. Y casi con la campana de las^b horas se oyó el mugido del cuerno. Luego el trote de caballos. Entonces yo me asomé a ver quiénes eran. Y vi un montón de desarrapados montados en caballos flacos; unos estilando sangre,^d y otros seguramente dormidos porque cabeceaban. Se siguieron de largo.

Cuando ya parecía que había terminado el desfile de figuras oscuras que apenasⁱ se distinguía de la noche, comenzó a oírse, primero apenas y después más clara,^j la música de una flauta. Y a poco rato, vi venir a mi ahijado Eurenio montado en el caballo de mi compadre Eurenio Cedillo. Venía en^k ancas, con la mano izquierda dándole duro a su flauta, mientras que con la derecha sostenía, atravesado sobre la silla, el cuerpo de su padre muerto.

^bMet: las últimas horas
^cMet: mugido de un cuerno. Luego el trotar

ⁱMet: terminado aquel desfile
^jMet: apenas se distinguían de la

^kMet: Venía a nancas,

^aMet y C: las 9 y las 10 en ^dMet: sangre y ^jC: clara la

- ¹Chaparro: bajo de estatura.
²Bingarrote: bebida típica producida a partir del agavo.
³Enfermo: aquí, se embarazó.
⁴Rosillo: de color oscuro salpicado de blanco.
⁵Tocolote: lechusa.

ANACLETO MORONES

¡VIEJAS^a hijas del demonio! Las vi venir a todas juntas, en procesión. Vestidas de negro, sudando como mulas bajo el mero rayo del sol. Las vi desde lejos como si fuera una recua levantando polvo. Su cara ya ceniza de polvo. Negras todas ellas. Venían por el camino de Amula, cantando entre rezos, entre el calor, con sus negros escapularios grandotes y renegridos^b sobre los que caía en goterones el sudor de su cara.

Las vi llegar y me escondí. Sabía lo que andaban haciendo y a quién buscaban. Por eso me di prisa a esconderme hasta el fondo del corral, corriendo ya con los pantalones en la mano.

Pero ellas entraron y dieron conmigo. Dijeron: "¡Ave María Purísima!"

Yo estaba acucillado en una piedra, sin hacer nada, solamente sentado allí con los pantalones caídos, para que ellas me vieran así y no se me arrimaran. Pero sólo dijeron: "¡Ave María Purísima!" Y se fueron acercando más.

¡Viejas indinas!¹ ¡Les debería dar vergüenza! Se persignaron y se arrimaron hasta ponerse junto a mí, todas juntas, apretadas como en manojos, chorreando sudor y con los pelos untados a la cara como si les hubiera llovido.

—Te venimos a ver a ti, Lucas Lucatero. Desde Amula venimos, sólo por verte. Aquí cerquita nos dijeron que estabas en tu casa; pero no nos figuramos que estabas tan adentro; no en este lugar ni en estos menesteres. Creímos que habías entrado a darle de comer a las gallinas, por eso nos metimos. Venimos a verte.

¡Esas viejas! ¡Viejas y feas como pasmadas² de burro!

—¡Díganme qué quieren! —les dije, mientras me fajaba los pantalones y ellas se tapaban los ojos para no ver.

—Traemos un encargo. Te hemos buscado en Santo Santiago y en Santa Inés, pero nos informaron que ya no vivías allí, que

^a E y F: Viejas, ^b A, B, C, D, E, F y G: renegridos sobre

te habías mudado a este rancho. Y acá venimos. Somos de Amula.

Yo ya sabía de dónde eran y quiénes eran; podía hasta haberles recitado sus nombres, pero me hice el desentendido.

—Pues sí, Lucas Lucatero, al fin te hemos encontrado, gracias a Dios.

Las convidé al corredor y les saqué unas sillas para que se sentaran. Les pregunté que si tenían hambre o que si querían aunque fuera un jarro de agua para remojarse la lengua.

Ellas se sentaron, secándose el sudor con sus escapularios.

—No, gracias —dijeron—. No venimos a darte molestias. Te traemos un encargo. ¿Tú me conoces, verdad, Lucas Lucatero? —me preguntó una de ellas.

—Algo —le dije—. Me parece haberte visto en alguna parte. ¿No eres, ^apor casualidad, Pancha Fregoso, la que se dejó robar por Homobono Ramos?

—Soy, sí, pero no me robó nadie. Ésas fueron puras maledicencias. Nos perdimos los dos buscando garambullos. ^bSoy congregante ^cy yo no hubiera permitido ^dde ningún modo...

—¿Qué, Pancha?

—¡Ah!, cómo eres mal pensado, Lucas. Todavía no se te quita lo de andar eriminando gente. Pero, ya que me conoces, quiero agarrar la palabra para comunicarte a lo que venimos.

—¿No quieren ni siquiera un jarro de agua? —les volví a preguntar.

—No te molestes. Pero ya que nos ruegas tanto, no te vamos a desairar.

Les traje una jarra de agua de arrayán y se la bebieron. Luego les traje otra y se la volvieron a beber. Entonces les arriqué un cántaro con agua del río. Lo dejaron allí, pendiente, para dentro de un rato, porque, según ellas, les iba a entrar mucha sed cuando comenzara a hacerles la digestión.

Diez mujeres, sentadas en hilera, con sus negros vestidos puercos de tierra. Las hijas de Ponciano, de Emiliano, de Crescenciano, de Toribio el de la taberna y de Anastasio el peluquero.

¡Viejas carambas! Ni una siquiera pasadera. Todas caídas por

^a por casualidad Pancha ^b permitido, do

los cincuenta. Marchitas como floripondios⁵ engarruñados y ac-
cos. Ni de dónde escoger.

—¿Y qué buscan por aquí?

—Venimos a verte.

—Ya me vieron. Estoy bien. Por mí no se preocupen.

—Te has venido muy lejos. A este lugar escondido. Sin domi-
cilio ni quien dé razón de ti. Nos ha costado trabajo dar contigo
después de mucho inquirir.

—No me escondo. Aquí vivo a gusto, sin la moledera de
la gente. ¿Y qué misión traen, si se puede saber? —les pre-
gunté.

—Pues se trata de esto... Pero no te vayas a molestar en dar-
nos de comer. Ya comimos³ en casa de la Torcacita.¹ Allí nos
dieron a todas. Así que ponte en juicio.⁶ Siéntate aquí enfrente
de nosotras para verte y para que nos oigas.

Yo no me podía estar en paz. Quería ir otra vez al corral.
Oía el cacareo de las gallinas y me daban ganas de ir a recoger
los huevos antes que se los comieran los conejos.

—Voy por los huevos —les dije.

—De verdad que ya comimos. No te molestes por nosotras.

—Tengo allí dos conejos sueltos que se comen los huevos.

Orita regreso.

Y me fui al corral.

Tenía pensado no regresar. Salirme por la puerta que daba
al cerro y dejar plantada a aquella sarta de viejas canijas.

Le eché una miradita al montón de piedras que tenía arrinco-
nado en una esquina y le vi la figura de una sepultura. En-
tonces me puse a desparramarlas, tirándolas por todas partes,
haciendo un reguero aquí y otro allá. Eran piedras de río, holu-
das, y las podía aventar lejos. ¡Viejas de los mil judas! Me
habían puesto a trabajar. No sé por qué se les antojó venir.

Dejé la tarea y regresé. Les⁵ regalé los huevos.

—¿Mataste los conejos? Te vimos aventarles de pedradas.
Guardaremos los huevos para dentro de un rato. No debías ha-
berte molestado.

—Allí en el seno se pueden empollar, mejor déjenlos afuera.

¹A y B: comimos casa la Torcacita.
³C: comimos casa de la Torcacita.

¹D y E: en casa de la Torcacita. ⁶En A, B, C, D y F forma párrafo independiente: Les...
huevos.

del Santo Niño. ¿Para qué me alborotas otra vez? Yo ya hasta me olvidé de ti.

—Pero yo no. ¿Cómo dices que te llamabas?

—Nieves... Me sigo llamando Nieves. Nieves García. Y no me hagas llorar, Lucas Lucatero. Nada más de acordarme de tus melosas promesas me da coraje.

—Nieves... Nieves. Cómo no me voy a acordar de ti. Si eres de lo que no se olvida... Eras suavecita. Me acuerdo. Te siento todavía aquí en mis brazos. Suavecita. Blanda. El olor del vestido con que salías a verme olía a alcanfor. Y te arrejuntabas mucho conmigo. Te repegabas tanto que casi te sentía metida en mis huesos. Me acuerdo.

—No sigas diciendo cosas, Lucas. Ayer me confesé y tú me estás despertando malos pensamientos y me estás echando el pecado encima.

—Me acuerdo que te besaba en las corvas. Y que tú decías que allí no, porque sentías cosquillas. ¿Todavía tienes hoyuelos en la corva de las piernas?

—Mejor cállate, Lucas Lucatero. Dios no te perdonará lo que hiciste conmigo. Lo pagarás caro.

—¿Hice algo malo contigo? ¿Te traté acaso mal?

—Lo tuve que tirar. Y no me hagas decir eso aquí delante de la gente. Pero para que te lo sepas: lo tuve que tirar. Era una cosa así como un pedazo dececina. ¿Y para qué lo iba a querer yo, si su padre no era más que un vaquetón?

—¿Conque eso pasó? No lo sabía. ¿No quieren otra poquita de agua de arrayán? No me tardaré nada en hacerla. Espérenme nomás.

Y me fui otra vez al corral a ceptar arrayanes. Y allí me entretuve lo más que pude, mientras se le bajaba el mal humor a la mujer aquella.

Cuando regresé ya se había ido.

—¿Se fue?

—Sí, se fue. La hiciste llorar.

—Sólo quería platicar con ella, nomás por pasar el rato. ¿Se

¿A: sentía adentro de mis

han fijado cómo tarda en llover? Allá¹ en Amula ya debe haber llovido, ¿no?

—Sí, anteaer cayó un aguacero.

—No cabe duda de que aquél es un buen sitio. Lluve bien y se vive bien. A fe que aquí ni las nubes se aparecen. ¿Todavía es Rogaciano el presidente municipal?

—Sí, todavía.

—Buen hombre ese Rogaciano.

—No. Es un maldoso.

—Puede que tengan razón. ¿Y qué me cuentan de Edelmiro, todavía tiene cerrada su botica?

—Edelmiro murió. Hizo bien en morir, aunque me esté mal el decirlo; pero era otro maldoso. Fue de los que le echaron infamias al Niño Anacleto. Lo acusó de abusionero⁸ y de brujo y engañabobos. De todo eso anduvo hablando en todas partes. Pero la gente no le hizo caso y Dios lo castigó. Se murió de rabia como los huitacoques.⁹

—Esperemos en Dios que esté en el infierno.

—Y que no se causen los diablos de echarle leña.

—Lo mismo que a Lirio López, el juez, que se puso de su parte y mandó al Santo Niño a la cárcel.

Ahora eran ellas las que hablaban. Las dejé decir todo lo que quisieran. Mientras no se metieran conmigo, todo iría bien. Pero de repente se les ocurrió preguntarme:

—¿Quieres ir con nosotras?

—¿Adónde?

—A Amula. Por eso venimos. Para llevarte.

Por un rato me dieron ganas de volver al corral. Salirme por la puerta que da al cerro y desaparecer. ¡Viejas infelices!

—¿Y qué diantres¹⁰ voy a hacer yo a Amula?

—Queremos que nos acompañes en nuestros ruegos. Hemos abierto, todas las congregantes del Niño Anacleto, un novenario de rogaciones para pedir que nos lo canonicen. Tú eres su yerno y te necesitamos para que sirvas de testimonio. El señor cura nos encomendó que lleváramos a alguien que lo hubiera tratado de cerca y conocido de tiempo atrás, antes que se hiciera famo-

¹A, B, C, D, E y F: llover? ¿Allá en Amula ya dobo haber llovido, no?

so por sus milagros. Y quién mejor que tú, que viviste a su lado y puedes señalar mejor que ninguno las obras de misericordia que hizo. Por eso te necesitamos, para que nos acompañes en esta campaña.

¡Viejas carambas! Haberlo dicho antes.

—No puedo ir —les dije—. No tengo quien me cuide la casa.

—Aquí se van a quedar dos muchachas para eso, lo hemos prevenido. Además está tu mujer.

—Ya no tengo mujer.

—¿Laego la tuya? ¿La hija del Niño Anacleto?

—Ya se me fue. La corré.

—Pero eso no puede ser, Lucas Lucatero. La pobrecita debe andar sufriendo. Con lo buena que era. Y lo jovencita. Y lo bonita. ¿Para dónde la mandaste, Lucas? Nos conformamos con que siquiera la hayas metido en el convento de las Arrepentidas.

—No la metí en ninguna parte. La corré. Y estoy seguro de que no está con las Arrepentidas; le gustaba mucho la bulla y el relajo. Debe de andar por esos rumbos, desfajando pantalones.

—No te creemos, Lucas, ni así tantito te creemos. A lo mejor está aquí, encerrada en algún cuarto de esta casa rezando sus oraciones. Tú siempre fuiste muy mentiroso y hasta levantafalsos. Acuérdate, Lucas, de las pobres hijas de Hermelindo, que hasta se tuvieron que ir para El Grullo porque la gente les chillaba la canción de Las Güilotas^{c, d} cada vez que se asomaban a la calle, y sólo porque tú inventaste chismes. No se te puede creer nada a ti, Lucas^d Lucatero.

—Entonces sale sobrando que yo vaya a Amula.

—Te confiesas primero y todo queda arreglado. ¿Desde cuándo no te confiesas?

—¡Uh!^e desde hace como quince años. Desde que me iban a fusilar los cristeros. Me pusieron una carabina en la espalda y me hincaron delante del cura y dije allí hasta lo que no había hecho. Entonces me confesé hasta por adelantado.

—Si no estuviera de por medio que eres el yerno del Santo Niño, no te vendríamos a buscar, continás te pediríamos nada. Siempre has sido muy diablo, Lucas Lucatero.

^dA: Y quó mejor

^bA, B, C, D, E, F y G: le gustaba mucho

^cA, B, C; D, E y G: "Las güilotas"
^f: Las güilotas
^d: ti, Lucas.

^eA: —Uh, desde

—Por algo fui ayudante de Anacleto Morones. Él sí que era el vivo demonio.

—No blasfemes.

—Es que ustedes no lo conocieron.

—Lo conocimos como santo.

—Pero no como santero.

—¿Qué cosas dices, Lucas?

—Eso ustedes no lo saben; pero él antes vendía santos. En las ferias. En la puerta de las iglesias. Y yo le cargaba el tambache.¹³

"Por¹ allí íbamos los dos, uno detrás de otro, de pueblo en pueblo. Él por delante y yo cargándole el tambache con las novenas de San Pantaleón, de San Ambrosio y de San Pascual, que pesaban cuando menos tres arrobas.

"Un día encontramos a unos peregrinos. Anacleto estaba arrodillado encima de un hormiguero, escuñándose como mor-diéndose la lengua no pican las hormigas. Entonces pasaron los peregrinos. Lo vieron. Se pararon a ver la curiosidad aquella. Preguntaron: '¿Cómo puedes estar encima del hormiguero sin que te piquen las hormigas?'

"Entonces él puso los brazos en cruz² y comenzó a decir que acababa de llegar de Roma, de donde traía un mensaje y era portador de una astilla de la Santa Cruz donde Cristo fue crucificado.

"Ellos lo levantaron de allí³ en sus brazos. Lo llevaron en andas hasta Amula. Y allí fue el acabose; la gente se postraba frente a él y le pedía milagros.

"Ése fue el comienzo. Y yo nomás me vivía con la boca abierta, mirándolo engatusar al montón de peregrinos que iban a verlo."

—Eres puro hablador y de sobra hasta blasfemo. ¿Quién eras tú antes de conocerlo? Un arropuerco.⁴ Y él te hizo rico. Te dio lo que tienes. Y ni por eso te acomides a hablar bien de él. Desagradecido.

—Hasta eso, le agradezco que me haya matado el hambre,

⁴ Un arropuerco. Y

¹ En A, B, C y D, este párrafo está integrado al anterior: tambache. Por ² la cruz, y ³ allí, en

pero eso no quita que él fuera el vivo diablo. Lo sigue siendo, en cualquier lugar donde esté.

—Está en el cielo. Entre los ángeles. Allí es donde está, más que te pese.

—Yo sabía que estaba en la cárcel.

—Eso fue hace mucho. De allí se fugó. Desapareció sin dejar rastro. Ahora está en el cielo en cuerpo y alma presentes. Y desde allá nos bendice. Muchachas,¹ ¡arrodíllense! Recemos el "Penitentes somos, Señor", para que el Santo Niño interceda por nosotras.

Y aquellas viejas se arrodillaron, besando a cada padrenuestro² el escapulario donde estaba bordado el retrato de Analecto Morones.

Erán las tres de la tarde.

Aproveché ese ratito para meterme en la cocina y comerme unos tacos de frijoles. Cuando salí ya sólo quedaban cinco mujeres.

—¿Qué se hicieron las otras? —les pregunté.

Y la Pancha, moviendo los cuatro pelos que tenía en sus bigotes, me dijo:

—Se fueron. No quieren tener tratos contigo.

—Mejor. Entre menos burros más olotes.³ Quieren más agua de arrayán?

Una de ellas, la Filomena, que se había estado callada todo el rato y que por mal nombre le decían *la Muerta*, se culimpinó encima de una de mis macetas y, metiéndose el dedo en la boca, echó fuera toda el agua de arrayán que se había tragado, revuelta con pedazos de chicharrón y granos de huamúchiles.⁴

—Yo no quiero ni tu agua de arrayán, blasfemo. Nada quiero de ti.

Y puso sobre la silla el huevo que yo le había regalado:⁵ —¡Ni tus huevos quiero! Mejor me voy.

Ahora sólo quedaban cuatro.

—A mí también me dan ganas de vomitar —me dijo la Pancha—. Pero me las aguanto. Te tenemos que llevar a Amula a como dé lugar.

¹A, B y C: ¡Muchachas! ¡Arrodíllense!

²D, E y F: Muchachas ¡arrodíllense! ³P: el Penitentes somos, Señor, para ⁴G: cada padrenuestro ⁵el B y F: cada Padre nuestro el ⁶D: regalado. Las dos últimas oraciones forman un párrafo aparte en D y en F.

"Eres^A el único que puede dar fe de la santidad del Santo Niño. Él te ha de ablandar el alma. Ya hemos puesto su imagen en la iglesia y no sería justo echarlo a la calle por tu culpa."

—Busquen a otro. Yo no quiero tener vela en este entierro.

—Tú fuiste casi su hijo. Heredaste el fruto de su santidad. En ti puso él sus ojos para perpetuarse. Te dio a su hija.

—Sí, pero me la dio ya perpetuada.

—Válgame Dios, qué cosas dices, Lucas Lucatero.

—Así fue, me la dio cargada como de cuatro meses cuando menos,

—Pero olía a santidad

—Olía a pura pestilencia. Le dio por enseñarles la barriga a cuantos se le paraban enfrente, sólo para que vieran que era de carne. Les enseñaba su panza crecida, amoratada por la hinchazón del hijo que llevaba dentro. Y ellos se refan. Les hacía gracia. Era una sinvergüenza. Eso era la hija de Anacleto Morones.

—Impío. No está en ti decir esas cosas. Te vamos a regalar un escapulario para que echés fuera al demonio.

—... Se^C fue con uno de ellos. Que dizque la quería. Sólo le dijo: "Yo me arriesgo a ser el padre de tu hijo." Y se fue con él.

—Era fruto del Santo Niño. Una niña. Y tú la conseguiste regulada. Tú fuiste el dueño de esa riqueza nacida de la santidad.

—¡Monsergas!¹⁶

—¿Qué dices?

—Adentro^d de la hija de Anacleto Morones estaba el hijo^d de Anacleto Morones.

—Eso tú lo inventaste para achacarle cosas malas. Siempre has sido un invencionista.

—¿Sí? Y qué me dicen de las demás. Dejó sin vírgenes esta parte del mundo, válido de que siempre estaba pidiendo que le velara su sueño una doncella.

—Eso lo hacía por pureza. Por no ensuciarse con el pecado. Quería rodearse de inocencia para no manchar su alma.

—Eso creen ustedes porque no las llamó.

^bC: fuera el demonio

^dA, B, C y D: el nioto de

^d Este párrafo está integrado al anterior, y sin comillas, en A, B, C, D y F. ^cC, D, E, F y G: ...Se

—A mí sí me llamó —dijo una a la que le decían Melquindes—. Yo le velé su sueño.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Sólo sus milagrosas manos me arroparon en esa hora en que se siente la llegada del frío. Y le di gracias por el calor de su cuerpo; pero nada más.

—Es que estabas vieja. A él le gustaban tiernas; que se les quebraran los güesitos; oír que tronaran como si fueran cáscaras de cacahuete.

—Eres un maldito ateo, Lucas Lucatero. Uno de los peores.

Ahora estaba hablando *la Huérfana*, la del eterno llorido. La^a vieja más vieja de todas. Tenía lágrimas en los ojos y le temblaban las manos:

—Yo soy huérfana y él me alivió de mi orfandad; volví a encontrar a mi padre y a mi madre en él. Se pasó la noche acariaciéndome para que se me bajara mi pena.^b

Y le escurrían las lágrimas.

—No tienes, ¿pues, por qué llorar —le dije.

—Es que se han muerto mis padres. Y me han dejado sola. Huérfana a esta edad en que es tan difícil encontrar apoyo. La única noche feliz la pasé con el Niño Anacleto, entre sus consoladores brazos. Y ahora tú hablas mal de él.

—Era un santo.

—Un bueno de bondad.

—Esperábamos que tú siguieras su obra. Lo heredaste todo.

—Me heredó un costal de vicios de los mil judas. Una vieja loca. No tan vieja como ustedes; pero bien loca. Lo bueno es que se fue. Yo mismo le abrí la puerta.

—¡Hereje! Inventas puras herejías.

Ya para entonces quedaban solamente^d dos viejas. Las^e otras se habían ido yendo una tras otra, poniéndome la cruz y reculando y con la promesa de volver con los exorcismos.

—No me has de negar que el Niño Anacleto era milagroso —dijo la hija de Anastasio—. Eso sí que no me lo has de negar.

—Hacer hijos no es ningún milagro. Ése era su fuerte.

—A mi marido lo curó de la sífilis.

^aA y B: llorido. La más vieja de

^dA, B, C, D y F: quedaban sólo dos

^bEn G forma párrafo aparte: las... exorcismos. ^cA: tienes pues por qué ^eEn G forma párrafo

—No sabía que tenías marido. ¿No eres la hija de Anastasio el peluquero? La hija de Tacho es soltera, según yo sé.

—Soy soltera, pero tengo marido. Una cosa es ser señorita y otra cosa es ser soltera. Tú lo sabes. Y yo no soy señorita, pero soy soltera.

—A tus años haciendo eso, Micaela.

—Tuvo que hacerlo. Qué me ganaba con vivir de señorita. Soy mujer. Y una nace para dar lo que le dan a una.

—Hablas con las mismas palabras de Anacleto Morones.

—Sí, él me aconsejó que lo hiciera, para que se me quitara el hepático. Y me junté con alguien. Eso de tener cincuenta años y ser nueva es un pecado.

—Te lo dijo Anacleto Morones.

—Él me lo dijo, sí. Pero hemos venido a otra cosa; a que vayas con nosotras y certifiques que él fue un santo.

—¿Y por qué no yo?

—Tú no has hecho ningún milagro. Él curó a mi marido. A mí me consta. ¿Acaso tú has curado a alguien de la sífilis?

—No, ni la conozco.

—Es algo así como la gangrena. Él se puso amoratado y con el cuerpo lleno de sabañones. Ya no dormía. Decía que todo lo veía colorado como si estuviera asomándose a la puerta del infierno. Y luego sentía ardores que lo hacían brincar de dolor. Entonces fuimos a ver al Niño Anacleto y él lo curó. Lo quemó con un carrizo ardiendo y le untó de su saliva en las heridas y, ¡acatelas!, se le acabaron sus males. Dime si eso no fue un milagro.

—Ha de haber tenido sarampión. A mí también me lo curaron con saliva cuando era chiquito.

—Lo que yo decía antes. Eres un condenado ateo.

—Me queda el consuelo de que Anacleto Morones era peor que yo.

—Él te trató como si fueras su hijo. Y todavía te atreves... Mejor no quiero seguir oyéndote. Me voy. ¿Tú te quedas, Pancha?

—Me quedaré otro rato. Haré la última lucha yo sola. □

B, C y D: —Sí; él

LA: ser virgen es

—Oye, Francisca, ora que se fueron todas, te vas a quedar a dormir conmigo, ¿verdad?

—Ni lo mande Dios. ¿Qué pensaría la gente? Yo lo que quiero es convencerte.

—Pues vámonos convenciendo los dos. Al cabo qué pierdes. Ya estás revieja,^a como para que nadie se ocupe de ti, ni te haga el favor.

—Pero luego vienen los dichos de la gente. Luego pensarán mal.

—Que piensen lo que quieran. Qué más da. De todos modos Pancha te llamas.

—Bueno, me quedaré contigo; pero nomás hasta que amanezca. Y eso sí me prometes que llegaremos juntos a Amula, para yo decirles que me pasé la noche ruégnete y ruégnete. Si no, ¿cómo le hago?

—Está bien. Pero antes córtate esos pelos que tienes en los bigotes. Te voy a traer las tijeras.

—Cómo te burlas de mí, Lucas Lucatero. Te pasas la vida mirando mis defectos. Déjame mis bigotes en paz. Así no sospecharán.

—Bueno, como tú quieras.^b

Cuando oscureció, ella me ayudó a arreglarle la ramada a las gallinas y a juntar otra vez las piedras que yo había desparamado por todo el corral, arrinconándolas en el rincón donde habían estado antes.

Ni se las malició que allí estaba enterrado Anacleto Morones. Ni que se había muerto el mismo día que se fugó de la cárcel y vino aquí a reclamarme que le devolviera sus propiedades.

Llegó diciendo: —Vende^c todo y dame el dinero,^d porque necesito hacer un viaje al Norte. Te escribiré desde allá y volveremos a hacer negocio los dos juntos.

—¿Por qué no te llevas a tu hija? —le dije yo—^e Eso es lo único que me sobra de todo lo que tengo y dices que es tuyo. Hasta a mí me enredaste con tus malas mañas.

—Ustedes^f se irán después, cuando yo les maude avisar mi paradero. Allá arreglaremos cuentas.

^aA, B, C y D: estás re vieja, como ^bPor falla tipográfica, en D aparecen a continuación los cuatro párrafos del final. ^cA: diciendo: "vende ^dA: dinero porque ^eA: hija? le dije yo. Eso ^fEste párrafo y los tres siguientes están entrecomillados en A.

—Sería mucho mejor que las arregláramos de una vez. Para quedar de una vez a mano.

—No estoy para estar jugando ahorita —me dijo—. Dame lo mío. ¿Cuánto dinero tienes guardado?

—Algo tengo, pero no te lo voy a dar. He pasado las de Caín con la sinvergüenza de tu hija. Date por bien pagado con que yo la mantenga.

Le entró el coraje. Pateaba el suelo y le urgía irse...

“¡Que descansen en paz, Anacleto Morones!”, dije cuando lo enterré, y a cada vuelta que yo daba al río acarreando piedras para echárselas encima: “No te saldrás de aquí aunque uses de todas tus tretas.”

Y ahora la Pancha me ayudaba a ponerle otra vez el peso de las piedras, sin sospechar que allí debajo estaba Anacleto y que yo hacía aquello por miedo de que se saliera de su sepultura y viniera de nueva cuenta a darme guerra. Con lo mañoso que era, no dudaba que encontrara el modo de revivir y salirse de allí.

—Échale más piedras, Pancha. Amontónalas en este rincón, no me gusta ver pedregoso mi corral. □

Después ella me dijo, ya de madrugada:

—Eres una calamidad, Lucas Lucatero. No eres nada cariñoso. ¿Sabes quién sí era amoroso con una?

—¿Quién?

—El Niño Anacleto. Él sí que sabía hacer el amor. □

^aA. presenta este párrafo entrocómillado, con comilla simple en las citas.

¹Indina: descarada.

²Pajarita: llaga.

³Marabullo: tunilla roja que es el fruto de una cactácea llamada también de que codo.

⁴Con rogante: miembro de una congregación religiosa.

⁵Floripondio: nombre vulgar de una familia de plantas de grandes flores, generalmente blancas, en forma de campana.

⁶Ponerse en juicio: dejar de andar de un lado para otro.

⁷Vaquetón: flojo, desobligado.

⁸Abusadero: abusivo.

⁹Huitacoche: pajarito del altiplano, muy estimado por la dulzura y delicadeza de su canto. Se dice que pájaros como el zenzontle y el huitacoche mueren de rabia porque mueren antes que consentir en algo que no les agrada, como el cambio de comida o la convivencia con otra ave en la misma jaula. También suelen morir a consecuencia de haber perdido su libertad.

¹⁰Diantro: diablo.

¹¹El Grullo, Jal., cabecera del municipio del mismo nombre, situado al noreste de Aullán. La cabecera municipal se halla al norte de un fértil valle regado por el río Ayuquila. En 1980 había en todo el municipio 18 869 habitantes.

¹²Las güilotas debió ser una canción jocosa, ya que güilota, un tipo de paloma del campo, alude también al miembro viril masculino. Además, güila significa prostituta.

¹³Pambache: bulto.

¹⁴Olota: el centro de la mazorca del maíz.

¹⁵Muñichil: fruto comestible del árbol del mismo nombre.

¹⁶Monserga: montira.